



Sandra Black

Entre tú y yo:

D.J.57

Besos de tinta y sangre

Entre tú y yo:

Entre tú y yo II

Sendra Black

Copyright © 2019 Sendra Black
Primera edición: Agosto 2019
Imagen de portada: Lorenaerre (@lorenaerrephoto)
Portada: Miriam Blanco
Edición y corrección: Estefanía Blanco (@niaescritora)

Todos los derechos reservados. La distribución y/o copia, física o digital, queda totalmente prohibida.

Las imágenes de este libro están protegidas por derechos de autor. Su copia, distribución, y/o utilización queda totalmente prohibida.

ISBN: 9781088639344

Sinopsis

HISTORIA BASADA EN UN ROMANCE REAL

Paola Vincent tiene una vida perfecta: es una reputada psicóloga, dirige su propia clínica, su familia la adora, vive en la mejor zona de Nueva York y todos piensan que su novio de la universidad es perfecto. Por desgracia, no es oro todo lo que reluce y su vida da un cambio radical justo en el momento en el que su relación de cinco años se va a pique.

Hunter Bunch se dedicaba a tatuar y a servir copas en uno de los bares más concurridos de Brooklyn con un único objetivo: ahorrar y montarse su propio estudio de tatuajes. Hasta que una noche, en el bar, vio a una chica rubia impresionante con los ojos anegados en lágrimas.

Ambos venían de mundos diferentes y querían cosas opuestas. Ella pertenecía al mundo de la alta sociedad neoyorquina. Él quería vivir el momento y tenía muy claras sus metas. Ella se había visto envuelta en algo peligroso. Y él no quería complicaciones.

¿Qué ocurre cuando la atracción entre dos personas es tan intensa que les pone la vida patas arriba? ¿Qué ocurre si existe el miedo a dejarse llevar? Y, peor aún, ¿qué ocurre cuando la vida te pone en el punto de mira de un asesino?

ÍNDICE

ADVERTENCIA

Prólogo

Capítulo I – Malditos lunes

Capítulo II – Cara al aire

Capítulo III – Tinta

Capítulo IV – Aquí mando yo

Capítulo V – Noticias de Brooklyn

Capítulo VI – Hunter Bunch

Capítulo VII – Fiesta, pasión y un café

Capítulo VIII – Mi paciente favorito

Capítulo IX – Responsabilidades

Capítulo X – Mi cita con la realidad

Capítulo XI – Problemas

Capítulo XII – Calor y más calor

Capítulo XIII – Ojos en la oscuridad

Capítulo XIV – Un infierno de hielo

Capítulo XV – Si te he visto, no me acuerdo

Capítulo XVI – Los Hamptons

Capítulo XVII – A kilómetros de distancia

Capítulo XVIII – Mensajes y promesas

Capítulo XIX – Juego de tres

Capítulo XX – Fin de semana de oportunidades

Capítulo XXI – Emergencia en vacaciones

Capítulo XXII – Perdida en la nada

Capítulo XXIII – Puesta a punto

Capítulo XXIV – El mejor postor

Capítulo XXV – Tarde y mal

Capítulo XXVI – Médico sin título

Capítulo XXVII – Normalidad relativa

Capítulo XXVIII – Las cartas sobre la mesa

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

NOTA DE LA AUTORA

Para P y H,

Quienes inspiraron esta apasionada historia, y desde el principio estuvieron ahí.

“Somos un montón de hermosas contradicciones, como polos opuestos que irremediablemente se atraen.” David Sant.

“La pasión es una emoción crónica.” Théodule-Armand Ribot (psicólogo)

ADVERTENCIA

Esta historia está basada en un romance real. Algunas partes han sido dramatizadas y otras han nacido directamente de mi imaginación.

Los personajes tienen características de las personas en las que están inspiradas, por lo que cualquier parecido con la realidad NO es pura coincidencia y tengo el permiso para contar sus historias.

Ahora sí, disfruta de esta historia de amor con toques de acción y erotismo.

Sendra Black

Prólogo

Hacía apenas una semana que Jared, un amigo de la universidad que aún vivía en Nueva York, me había llamado para contarme que una amiga suya buscaba compañero de piso y que, en un bar de la zona, que pertenecía a su jefe, se buscaba camarero. Parecía que todo se había propiciado para que volviera a la gran ciudad y yo tampoco me pensaba mucho las cosas. En el pueblo tampoco es que hubiera futuro más allá de los maizales.

Quedaban pocos kilómetros para adentrarme en el barrio de Brooklyn en el que iba a vivir. No es que fuera de las mejores zonas de la ciudad, pero no era el Bronx y tenía entendido que había bastantes estudiantes y familias por allí.

En ese momento, mientras atravesaba el famoso puente Verrazano–Narrows que conectaba Staten Island con Brooklyn, pensaba en los más de dos mil kilómetros que me separaban de Avoca, el minúsculo pueblo de Arkansas del que me había esfumado. Apenas me había despedido de mi familia y amigos, pero no creía que fuera a echarles mucho de menos. Por no hablar de que estaba casi seguro de que mis padres vendrían a verme a la mínima oportunidad, especialmente mi madre.

—A setecientos metros, gire a la izquierda y su destino estará a la derecha. ¡Ha llegado a su destino!

Me sorprendió todo lo que había recorrido mientras iba metido en mis pensamientos, pero al girar la esquina, un edificio ligeramente grisáceo, con una entrada con escaleras y adosado a un edificio idéntico, llamó mi atención. Era el que me había descrito Jared.

Aparqué junto a la escalinata y, rápidamente, mi colega apareció a mi lado. Iba acompañado por una chica de más o menos mi edad, con el pelo corto y teñido de algo similar al castaño, y con los brazos llenos de tatuajes.

—¿Ves cómo encajáis? —se carcajeó mi amigo al ver mi expresión mientras estudiaba a su amiga—. Me apuesto lo que sea a que Gina se presentará como voluntaria para ser tu lienzo. Porque sigues tatuando, ¿no?

—Sí, pero tengo que hacer algo más si quiero sobrevivir —expliqué, cogiendo unas cajas del maletero del coche—. Ayúdame con las maletas... No seas vago —le chinché.

Entre los tres, vaciamos mi coche y lo dejamos todo en la entrada del piso.

Era grande y luminoso, con unos sofás en mitad del salón que no pegaban con el resto de la decoración, y un suelo enmoquetado que había visto tiempo mejores. Estaba claro que había que hacer un poco de limpieza, pero ya habría momento para eso.

—El cuarto pequeño es el que te comenté que podías usar como estudio —dijo Jared, abriendo la puerta de una sala vacía.

—Eso sería la hostia.

—Y esta sería tu habitación.

Abrió la puerta de otro cuarto cercano en el que había una cama, una cómoda, una mesilla de noche y un armario empotrado. También había una puerta que deduje que sería el cuarto de baño, lo que realmente me gustó.

—Te dejo el dormitorio con baño —intervino Gina— porque me daba mucha pereza mover mis cosas.

—Suerte la mía —repliqué, empujando con los pies una de las cajas para meterla en mi nueva habitación.

—Bueno, te dejamos para que te instales.

—Nos vemos para la cena, Hunter —se despidió mi amigo.

Iba a ponerme manos a la obra para empezar a acomodar todas mis cosas, agradecido por no tener a mi amigo y a mi compañera de piso respirándome en la nuca durante el proceso de instalación.

—¡RECUERDA QUE EL ENCARGADO DEL BAR TE ESPERA ESTA NOCHE! —gritó Jared.

Seguidamente, se escuchó el golpe de la puerta al cerrarse y yo di por iniciada mi nueva vida en Nueva York. O, mejor dicho, retomaba aquella que había dejado atrás al volver a mi pueblo.

—Vamos allá.

Capítulo I – Malditos lunes

El café de esa mañana me estaba sentando como agua de mayo, y no porque me estuviera espabilando para enfrentarme a los pacientes agendados ese día en mi clínica, sino porque debía plantarme frente a uno de mis empleados que, además, acaba de convertirse en mi exnovio.

—Madre mía... —susurré para la cocina vacía.

Estaba más que tentada a quedarme en casa y fingir que estaba enferma. Para algo debía de servir ser la maldita directora de la clínica, ¿no? Tan solo tenía que coger el teléfono y avisar a mi secretaria para que reajustara la agenda.

—Y después tendría que darle explicaciones a Serena porque, por supuesto, se iba a enterar de todo —lamenté, de nuevo hablando conmigo misma en voz alta.

Empecé a respirar de forma agitada e intenté poner en práctica todo lo aprendido durante mi carrera de psicología, pero por todos era sabido que los consejos ofrecidos nunca son aplicables a uno mismo. Para cuando quise darme cuenta, empecé a notar que me daba vueltas toda la cocina y me vi obligada a agarrarme a la isla.

—Vale... Ya está —dije tras unos angustiosos segundos—. Vas a ponerte los tacones y te vas a ir directa a la clínica, Paola.

Repitiendo ese mantra en mi cabeza, me encaminé hacia mi vestidor para terminar de arreglarme. Apenas me quedaba calzarme los zapatos y elegir una americana, pero se me estaba haciendo un mundo la tarea. Se notaba que quería quedarme en mi maravilloso apartamento, envuelta en una manta y contemplando las vistas de la ciudad en plena acción.

Al final, tras una última vista de mi reflejo en el espejo del vestidor y con una profunda respiración, agarré el bolso y salí de casa. Tenía pensado coger el coche e ir hasta la clínica, pero visto lo visto, no confiaba en mi capacidad de llegar de una sola pieza. Por eso, cuando el portero del edificio se ofreció a llamar a un taxi no dudé en aceptar su oferta.

—Que tenga un buen día, señorita Vincent —se despidió de mí el empleado.

—Gracias.

A esa hora, el tráfico era una auténtica pesadilla y el conductor del taxi

conducía como un auténtico demente, pero fue más que suficiente para llegar a tiempo al trabajo. Aún era pronto para que los trabajadores hubiesen llegado, pero el ala destinada a la escuela de educación especial ya empezaba a albergar coches con los alumnos.

—¿Cuánto le debo? —pregunté cuando aparcó delante de la puerta principal.

—Quince dólares, señora —anunció.

Le extendí un billete de veinte, mirando hacia el aparcamiento de empleados para ver a quién podría encontrarme al entrar. Inmediatamente, supe que mi hermana estaría dentro, lo que no me sorprendía, pero se me cayó el mundo encima cuando vi el sencillo coche de Jamie aparcado al lado de mi plaza.

—Quédese con el cambio —susurré, apeándome.

—Un placer, señora.

El coche arrancó en cuanto cerré la puerta y quedé frente a frente con mi clínica. La ampliación había quedado perfecta y podíamos dar cobertura a más pacientes y alumnos. Todo quedaba dividido en dos alas: en una se atendía a pacientes en el campo de la psicología y en la otra se habían habilitado aulas para niños con necesidades especiales, así como también contaba con aulas para dar cobertura a aquellas personas con problemas en el habla por diversas circunstancias. Era ahí, en esa parte de la clínica, donde Nayasha trabajaba junto a mi hermana.

—¿Entras?

—Me has asustado, Naya —susurré, uniéndome a ella.

—Estabas petrificada mirando a la nada —replicó—. ¿Todo bien?

—Sí, sí —me apresuré a decir, sonriendo—. Estaba repasando mi agenda —mentí.

—La ampliación fue un acierto —comentó, acercándose a su despacho— porque cada vez tengo más pacientes.

—La verdad es que sí —asentí, deteniéndome frente a ella—. Si te ves muy saturada, dímelo.

—Por supuesto.

Me despedí de ella con la mano y una sonrisa radiante que se desdibujó en cuanto puse un pie en la intimidad de mi despacho. Yo daba allí las terapias, puesto que era una estancia tan grande que me permitía tener un diván para mis pacientes y un sillón para mí. Además de otras comodidades, como el baño adjunto y una zona con una mesa redonda para reuniones que se alargaban hasta la comida o la cena.

Dejé el bolso en el armario que había en el baño y saqué de un archivador los

informes de mis próximos pacientes. Tenía la costumbre de revisar cada caso, aunque ese día estaba con la cabeza en otra parte y era incapaz de concentrarme. Jamie copaba todos mis pensamientos, y es que cinco años de relación no se podían borrar en un fin de semana. Apenas recordaba algo del viernes, pues Serena me había llevado a un garito y me había vuelto loca bebiendo chupitos de tequila mientras ese tipo todo tatuado hacía las delicias del género femenino allí presente. Sin embargo, el resto del fin de semana lo había pasado en casa, autocompadeciéndome. Había llorado lo indescriptible, hasta el punto de no saber el motivo por el que lo hacía. Por supuesto, parte de mis lágrimas iba destinada a ese amor que no iba a poder ser, pero la mayoría no sabía hacia qué o quién iban dirigidas.

—Paola.

Estaba esperando ese momento, en el que Jamie entrara en mi despacho como si fuera el suyo. Tenía esa costumbre y, en un principio, no me habría molestado pues, cuando estaba con pacientes, mi secretaria avisaba para que nadie me molestara, pero a esa hora tan temprana nadie podía impedirle el acceso a mi espacio.

Aún no podía creer que nuestra relación se hubiese ido a la mierda. No sabía bien cómo afrontar el cambio.

—Tenemos que hablar —dijo ante mi silencio.

—No lo creo, Jamie —repliqué—. Te dejé las cosas bastante claras.

—No podemos dejarlo por una tontería.

—¿Realmente crees que es una tontería? ¡Llevas meses mintiéndome!

—No es culpa mía no encontrar en ti lo que necesito —espetó, aunque rápidamente se recompuso y añadió—: No quería decir eso.

Le miré durante mucho rato, preguntándome cómo había estado tan ciega. Había caído a los pies de un auténtico egoísta y no me había percatado de ello hasta después de cinco años de relación. Jamie era un tipo atractivo que sabía meterse a la gente en el bolsillo, pero como pareja se había dedicado a insinuar defectos de mi cuerpo que no le gustaban hasta el punto de hacerme una auténtica desdichada. Sin embargo, él sabía disimularlo todo e incluso fingía conmigo para seguir teniéndome a su alcance. A mí y a la clínica.

—Lo peor de todo —dije al fin— es que sí querías decirlo.

—Paola...

—Realmente, creo que lo mejor es dejarlo aquí —zanjé, suspirando con hastío.

—¿Y ahora qué? ¿Me vas a echar?

—No. Eres un buen psicólogo, pero no te voy a asignar más casos —decidí—. En cuanto des de alta al último de tus pacientes, rescindiré tu contrato y te daré una carta de recomendación por si quieres buscarte otra clínica.

—¿Y ya está?

—Y ya está.

—Dudo que a tu padre le haga gracia eso —inquirió, dejando entrever la estima que mi familia le tenía.

—Sinceramente, Jamie... Me da igual. —El tono que había usado, como si fuera una amenaza, me irritó en demasía. Si yo dirigía esa clínica, no era simplemente por ser hija de quien era. Yo era de las mejores de mi campo, joder—. Recuerda con quién estás hablando.

—Sí... Con una hija de papá a la que se lo han dado todo hecho.

—Puede ser, pero también soy esa que puede arruinar tu carrera —dije, mostrando más templanza de la que sentía—. Así que, o lo tomas o lo dejas.

—Esto no quedará así... Pienso hacer lo que sea para arreglar las cosas.

—Como he dicho, eres un buen psicólogo, pero, para tu desgracia, eres un pésimo paciente y por eso estamos como estamos.

Me levanté y salí de detrás del escritorio, dirigiendo mis pasos hacia la puerta para abrirla.

—Ahora, cada uno por su lado.

Me miró con un desprecio que empezaba a reconocer en su mirada y, por primera vez, no se tradujo en una puñalada en el corazón. De hecho, empezaba a sentirme un poco liberada, aunque una ruptura nunca era fácil y por eso, en cuanto cerré la puerta, me rompí.

*** **

La noche se me estaba haciendo eterna y aún quedaban un par de horas para cerrar. No importaba el día de la semana, pues el Nexus siempre iba a tener a decenas de personas allí hasta las tantas. Aunque tampoco era algo raro teniendo en cuenta que muchos hombres y mujeres de negocios tomaban una copa allí después de una larga jornada en la oficina. Además, tampoco faltaban grupos de amigas que, simplemente, buscaban desconectar; o tíos que buscaban pasar un

buen rato.

En todo el tiempo que llevaba allí, me había cruzado con una gran variedad de mujeres, empezando por estudiantes universitarias o bailarinas y pasando por economistas o empresarias. Estaba claro que mi presencia no pasaba desapercibida para el género femenino, y mi jefe no dudaba en aprovechar esa baza, por lo que hacía horas de más para que él tuviera beneficios extra.

—Bunch, atiende a esas chicas de la esquina —espetó una de las camareras, haciendo uso de mi apellido.

Me giré hacia donde me indicaba y vi a unas cuantas chicas que reían histéricamente. Eran de mi edad, más o menos, y vestían de forma casual, como si acabaran de salir de la universidad o alguna clase. Me acerqué a ellas, mostrando la mejor de mis sonrisas y sacando la libreta que guardaba para anotar los pedidos.

—¿Qué os pongo, chicas? —quise saber, guiñándole un ojo a la que estaba más cerca de mí.

—Queremos celebrar que hemos sobrevivido al peor examen de danza clásica de la historia —ronroneó una pelirroja de enormes ojos verdes—. ¿Qué nos recomiendas?

—Os voy a preparar unos cócteles que os vais a chupar los dedos —dije, anotando el precio estándar de las copas en la libreta

—Se me ocurre otra cosa que chupar —susurró, lo suficientemente alto, una chica morena y alta, con unas piernas demasiado largas.

—¡Sasha! —saltó la chica a la que le había guiñado un ojo, haciéndome sonreír más.

—Puedo imaginarlo —carcajeé y miré con intensidad a la morena—. Vuelvo enseguida.

Caminé hasta la barra, pero no sin antes escuchar un suspiro de una de las chicas. No era raro que alguna clienta se me insinuara cada noche, pero no solía caer.

Me colé detrás de la barra americana, junto a la responsable de esa zona, y me apresuré a preparar sendos cócteles. Cuando los tuve listos, los coloqué en una bandeja y volví hasta las chicas, que habían empezado a tontear con los hombres de negocios de una mesa próxima a la de ellos. Sin embargo, cuando me vieron centraron sus sentidos en mí, sobre todo la morena, la tal Sasha.

—Aquí tenéis —empecé. Dejé un vaso alto y estrecho con un líquido marrón frente a la que estaba más a mi alcance—. Para ti, un *Long Island*. —Me giré hacia la morena y le puse una copa curvada en frente—. Para ti, un *Planter's*

Punch y, para ti, un delicioso *Sex on the Beach* —concluí, dejándole la bebida a la rubia, que se quedó boquiabierta.

—¿Eso es una indirecta? —casi tartamudeó, adquiriendo una tonalidad roja preciosa.

—No lo dudes —reí, negando con la cabeza mientras colocaba un aperitivo en el centro de la mesa, justo encima de la cuenta—. Avisadme con cualquier cosa, chicas.

No duré mucho tiempo más allí, pues llegó un grupo grande de tipos, que parecían jugadores de fútbol americano, y empezaron a pedir cervezas a diestro y siniestro. Fue entonces, en mitad de todo el caos, cuando vi a una chica algo más joven que yo, acompañada por otra rubia. Me acerqué a ellas con la intención de tomarles el pedido y con la vaga sensación de haberlas visto antes.

—¿Qué os pongo, rubias?

—¿Tenéis vino? —habló la rubia más bajita—. Me conformo con cualquier cosa que venga de Napa.

—No creo que tengamos un *Screaming Eagle* —repliqué, intentando recordar qué teníamos en el almacén—, pero creo recordar que teníamos algo de vino rosado.

—Pues trae la botella.

Vi cómo detrás de ellas se movía alguien y se colocaba cerca de las chicas. Se trataba de un hombre grande, vestido totalmente de negro y con cara de pocos amigos.

—¿Qué te pongo a ti, tío?

—Estoy de servicio —espetó.

—Ponle una cerveza negra —dijo la chica a la vez—. Haz lo que te digo.

—Marchando.

Le dirigí una mirada a la otra chica, cuyos ojos castaños y nariz estaban enrojecidos, como si hubiera estado llorando durante horas. Sus ojos se anclaron a los míos durante unas milésimas de segundos, pero pude ver un brillo de tristeza en ellos que no encajaba ahí. No es que yo fuera un entrometido, pero odié no saber qué causaba ese sentimiento en ella.

Capítulo II – Cara al aire

Me había hartado de llorar. Tampoco es que estuviera todo el día envuelta en un manto de llanto, pero en ciertos momentos del día me venía abajo. Afortunadamente, tenía la agenda llena de citas concertadas con pacientes necesitados de terapias diversas, por lo que no tenía tiempo para comerme la cabeza. Además, apenas me cruzaba con Jamie durante la jornada, básicamente, porque yo apenas salía de mi despacho.

—Doctora Vincent, ha llegado un fiscal del Estado que quiere hablar con usted —dijo la voz de Ellie, mi secretaria, a través del comunicador.

—Hazle pasar —ordené, extrañada.

Rápidamente, la puerta se abrió y mi secretaria apareció acompañando a un hombre alto y fornido con cara de pocos amigos, pero vestido de forma impecable.

—Lamento presentarme sin avisar, doctora —habló el hombre—. Soy Samuel Gardens, fiscal del Estado de Nueva York.

—Un placer —correspondí, levantándome de la silla y estrechándole la mano—. ¿A qué debo su presencia en mi clínica, señor Gardens?

Ellie le guio hasta mi escritorio y yo le indiqué que se sentara frente a mí. Vi cómo él sacaba de un maletín una carpeta de color crema y la dejaba sobre la mesa.

—Lo que le voy a decir es confidencial, ¿comprende?

—¿De qué se trata?

—Necesitamos que le haga una valoración a este individuo —explicó, deslizando la carpeta sobre la superficie acristalada del escritorio—. Su nombre es Terry Johnson y la fiscalía está revisando su caso para determinar si se le concede el tercer grado o, por el contrario, se le mantiene en aislamiento permanente.

—Tenía entendido que el sistema penitenciario contaba con sus propios psicólogos.

—Y así es, pero el FBI sospecha que tiene comprado a medio comité. —Su mirada se dirigió hacia la carpeta y volvió a mí—. El gobierno tiene muy buenas referencias de usted y tenemos la creencia de que es una persona íntegra.

—Comprendo... —Abrí la carpeta y ojeé por encima el expediente del sujeto

—. Estudiaré el caso esta semana.

—Le avisaremos con la fecha de la visita, pero será este mismo mes.

—Avísame con antelación —ordené, pensando en mi agenda programada.

El hombre asintió y se levantó, dispuesto a irse. Me volvió a estrechar la mano y salió de mi despacho. Yo me quedé en el mismo sitio y empecé a estudiar el caso, tomando notas en una libreta cuando algo me llamaba especialmente la atención.

El individuo era una auténtica joya, con una condena bastante severa, aunque yo no controlaba asuntos legales. Informes previos decían que tenía trastornos de personalidad múltiple o incluso esquizofrenia, pero los síntomas de dichos trastornos no se correspondían con los hechos descritos en los antecedentes. Supuse que querían que yo contrastara esos resultados, puesto que no estaba involucrada en ningún comité de evaluación. De todos modos, quería consultar mis derechos legales para no pisarme los dedos.

Al final, aprovechando que no tenía citas hasta después de comer, salí en dirección al Edificio Andersen, en el Uper East Side. Tenía previsto ir para hablar con Keyla Andersen sobre la rescisión del contrato de Jaime, por lo que también podría preguntarle acerca del asunto de la evaluación.

—Ellie, me voy —anuncié, abrochándome el ligero abrigo—. Si alguien pregunta por mí, dile que volveré después de la comida.

—Sí, doctora.

Caminé hasta el aparcamiento revisando unos correos electrónicos relacionados con la GoldGroup Society, la sociedad que tenía junto a algunos amigos. Las inversiones estaban yendo bien y esperábamos tener grandes beneficios ese año. Hice una nota mental para estudiar mejor el informe, pero por lo pronto estaba contenta con el resumen que nos había mandado Drake, el corredor de bolsa que llevaba nuestras inversiones y fundador de la sociedad.

Subí a mi coche dejando el bolso en el asiento del copiloto y me descalcé, echando los zapatos a un lado. Conducir descalza no era lo más idóneo, pero era incapaz de hacerlo con tacones de diez centímetros.

El edificio no estaba muy lejos, por lo que no tardé más de veinte minutos en llegar y aparcar en las plazas del garaje destinadas a personal externo. Volví a calzarme y fui hasta la recepción con la intención de solicitar la acreditación de visitante. Siempre que íbamos allí era para tener alguna reunión sobre la sociedad, y solíamos ir acompañados por algún miembro de la familia Andersen, así que no nos hacía falta pase alguno.

—Paola —me llamó una profunda voz mientras aguardaba mi turno.

—¡Ay! ¡Qué susto me has dado, Vladimir!

El escolta personal de Keyla, y tío de unos de mis mejores amigos, acostumbraba a hacer rondas de control por el edificio y parecía ser que me había interceptado.

—No hagas cola —me dijo, señalando el ascensor del fondo—, ya sabes que puedes ir por ahí.

—Se me hacía raro subir sin Serena o Drake —repliqué.

—No te preocupes —sonrió, marcando las arruguitas de la comisura de sus ojos.

—Está bien.

Me despedí de él con un gesto de la mano y me encaminé al elevador privado. Siempre que lo había utilizado, había ido acompañada, por lo que el ir sola levantó la suspicacia de varias de las personas allí presentes.

«Seguramente se piensen que soy alguien importante», pensé, dándole al botón de la planta, que albergaba el bufete que pertenecía a Keyla, y reprimiendo una sonrisa.

Una suave sacudida acompañada por un tintineo me informó de la llegada a mi piso. La recepcionista que se escondía detrás del mostrador me saludó con una sonrisa, pero no me detuvo para preguntarme con quién iba a hablar, por lo que fui directa al despacho principal.

—Señorita Vincent —saludó la secretaria de Keyla—, no recuerdo que tuviera cita con la señora Andersen.

—No, pero necesito comentar unas cosas con ella —me excusé, rezando para que no me pusiera muchas pegas—. No tardaré más de media hora.

—Yo me encargo, Kara —anunció Keyla, abriendo la puerta de su oficina—. Me ha dicho Vladimir que te ha visto. ¿Qué te trae por aquí? ¿Va todo bien?

—Hola, Keyla —saludé, dándole sendos besos en las mejillas—. Sólo te quería hacer unas consultas.

—Por supuesto —asintió. Le dirigió una mirada a su asistente y añadió—: Que no me molesten hasta nuevo aviso.

Me condujo hasta su despacho, donde apenas había estado un par de veces. Era una estancia enorme, con distintas áreas y una pared acristalada que proporcionaba una luminosidad y unas vistas envidiables.

Nos sentamos en su sofá *chester* y le extendí, en primer lugar, una copia del contrato laboral de Jamie.

—Necesito que me digas si, al rescindir el contrato, podrá sacarme mucho dinero.

—Claro, pero esto es algo que uno de recursos humanos podría decirte — explicó, echando un ojo a los documentos.

—No quiero que esto circule por la clínica... Es sobre Jamie.

—Ya me dijo Serena que no os iba bien —lamentó, siguiendo el examen del contrato—. Todo irá bien, ya verás.

Sonreí como agradecimiento y esperé a que terminara de revisar todo lo que le había dado. Sus ojos volaban sobre las líneas de los folios y, de vez en cuando, su ceño se fruncía cuando algo no parecía encajarle. Incluso parecía sonreír cuando pasaba por las cláusulas específicas del contratado.

—Yo no haría un contrato así, pero supongo que es porque soy muy paranoica —dijo al fin—. En principio, no tiene forma de pillarte si decide que las compensaciones por la rescisión no son de su agrado.

—¿Seguro?

—Totalmente —asintió—. Legalmente, lo tienes todo atado y no veo ninguna laguna. Sin embargo, le voy a decir a uno de mis abogados laboristas que te mande un modelo nuevo para futuras contrataciones.

—¿Algo que me cubra mejor?

—Básicamente, con la adición de cláusulas que no den opción a lagunas legales y que te cubran la espalda sin miedo.

—Eso sería genial. Mi equipo de recursos humanos usa un contrato estándar.

—Me he dado cuenta —sonrió, devolviendo los papeles—. ¿Necesitas algo más?

Fue entonces cuando le comenté lo sucedido con el fiscal. Keyla me escuchaba atentamente, asintiendo en determinados momentos, pero sin interrumpirme ni una sola vez. Al terminar, se mantuvo callada unos segundos, como si repasara en su cabeza toda la legislación posible que pudiera caer sobre mí si incumplía los términos indicados.

—Conozco a Gardens —comentó, levantándose para coger una botella de agua y uno de sus vasos de cristal de bohemia. Me hizo un gesto, ofreciéndome algo de beber, pero negué con la cabeza—. Es bastante duro en los tribunales, pero nunca me ha ganado en un juicio —se carcajeó.

—Nadie te gana... Eso no es una novedad, realmente.

—Tonterías —contradijo, moviendo la mano como si quitara hierro al asunto—. A lo que iba. Tu función en todo esto es hacer una valoración y darles un informe. Después, ellos decidirán como proceder.

—¿Y ya está?

—Sí, pero asegúrate de que Gardens sepa que soy tu abogada —comentó,

haciendo unas anotaciones en la agenda que estaba abierta en su mesa.

—Entonces, no tengo nada de lo que preocuparme —afirmé más que pregunté.

—Puedes estar tranquila —aseguró—. Si ves que algo no te gusta, llámame.

Estuvimos unos minutos más hablando y me contó que el traslado de la sede de los laboratorios de su familia estaba casi terminado, a falta de la instalación de los laboratorios de investigación en ese mismo edificio. Serena estaba supervisándolo todo, hasta el punto de parecer una auténtica psicótica por culpa de su perfeccionismo. Hasta Keyla se reía cuando me contaba la forma en la que ordenaba a los obreros y técnicos que hicieran las cosas como ella quería.

—Mi hija puede ser una auténtica tirana —rio, sin esconder el orgullo que sentía por su hija.

Con todo eso, esperaban que las filtraciones a empresas rivales cesaran, puesto que habían perdido muchos millones de dólares por culpa del material robado. Por no mencionar que querían quitarse de en medio a Serena, ya que parecía que estaba muy cerca de destaparlos todo. Sin embargo, la familia Knox-Andersen no estaba dispuesta a que uno de sus miembros corriera peligro. ¡Si a Serena casi le vuelan la tapa de los sesos durante una comida!

Afortunadamente, habían tomado cartas en el asunto y mi amiga iba casi blindada. Lo único que le faltaba es que vistiese ropa antibalas.

Miré el reloj y, viendo que se aproximaba la hora de la comida, me puse en pie y me despedí de mi abogada. Había sido una visita fructífera de la que salía mucho más tranquila. Sin embargo, tenía que reconocer que me escamaba un poco todo eso de tener que hacerle una evaluación a ese demente.

—Tendré un ojo puesto en ti —anunció la letrada, desde la puerta de su despacho—. Todo irá bien.

—Gracias por todo, Keyla

—Para eso estamos, cariño.

*** **

Finalmente, habíamos movido la sede de los laboratorios WhiteWell a Nueva York y mi madre se había empeñado en instalarlos en tres de las plantas de su

edificio. ¿Eso qué quería decir? Que tenía por delante largas semanas de organización y remodelado de plantas. No solo tendría que diseñar los laboratorios con los distintos niveles de bioseguridad, sino que tendría que proveerlos con los mejores materiales del mercado, lo que conllevaba la aprobación de presupuestos y reuniones con distintas empresas punteras del mercado tecnológico. Yo no estaba hecha para esa tarea, pero tampoco me fiaba de otros para hacerla, puesto que yo tendía a ser muy maniática en lo que a la investigación se refería. Tanto era así que iba a tener un laboratorio exclusivamente para mí e iba a dividir en departamentos los distintos grupos de investigación. Con todas esas medidas, esperaba poder descubrir al maldito topo que me había provocado la caída en bolsa de la empresa y, en consecuencia, que las pérdidas hubiesen sido millonarias.

—Veo cómo te sale humo de las orejas.

La voz femenina de Paola me asustó tanto que casi me subo al techo, pero pronto me relajé al verla en el umbral del que iba a ser mi despacho.

—¿Qué haces aquí?

—Invitarte a café —sonrió, mirando el reloj que adornaba su muñeca—. Tengo un par de horas hasta mi próximo paciente y seguro que tú no has probado bocado en toda la mañana.

—Lo cierto es que tienes razón. —Suspiré, amontonando los esbozos de los que iban a ser los nuevos laboratorios.

—¡Pues vamos!

Mientras recogía mis cosas, me quedé pensando en cómo estaba mi amiga. Aún se le notaba un poco apagada, aunque sabía disimularlo muy bien, pero yo veía ese rastro de tristeza en sus ojos y su sonrisa. Odiaba verla así, pero tampoco quería agobiarla más. Un corazón roto siempre se curaba, tarde o temprano.

—¿Dónde te apetece ir? Tengo que avisar a mi perro guardián —lamenté, rodando los ojos.

—Me da igual, siempre y cuando tengan un buen café.

Asintiendo, cogí el teléfono, que ni me había molestado en sacar del bolso, y le mandé un mensaje a Lush. Sabía que él estaría pendiente y estaba casi segura de que me llevaría a una cafetería poco concurrida.

La respuesta no se hizo esperar y un escueto “OK” apareció en la pantalla.

—Vamos.

Juntas caminamos hasta el ascensor, que se abrió y reveló a un corpulento hombre en su interior. Iba vestido de negro y de una de sus orejas asomaba un

pinganillo transparente que, para mi desgracia, me mantenía a salvo.

—Señorita Vincent —saludó a Paola.

—Hola, Lush —convino mi amiga, sonriendo con ligereza. No pude evitar rodar los ojos ante su amabilidad.

—Sí, sí, sí... Vamos —corté, subiendo al ascensor.

Fuimos hasta el coche mientras conversábamos, sobre todo de temas relacionados con mi hermano y Nayasha. Paola lamentaba no ver más a menudo a Drake, especialmente, porque su novia era una de sus empleadas.

—Cuando viene, es un hola y adiós, y empieza a mosquearme eso —explicó, subiendo a la parte trasera de mi coche.

—Organizaré una cena para cuando vuelva de Los Ángeles —ofrecí—. Hablaré con Naya, así seguro que puede organizarse.

—Yo se lo diré a mi hermana.

Era curioso que, viviendo en la misma ciudad, apenas nos viéramos un puñado de veces antes de las vacaciones de verano. La frecuencia con la que Paola y yo nos estábamos viendo era una auténtica anomalía, pero era más que bienvenida.

Lush condujo por las calles de Nueva York hasta la Calle 20 con la 7^o Avenida de Chelsea, donde estaba una de las mejores cafeterías de la ciudad. Allí solía ir cuando quería despejarme un poco durante mis años de instituto, y después mi presencia en el local se redujo a mis temporadas de vacaciones universitarias.

Aparqué el coche en una travesía cercana, por supuesto, sin permitirme entrar a mí en la cafetería mientras el desempeñaba esa tarea, y fuimos hasta la entrada del local. Paola iba mirando algo en su teléfono y parecía importante, por lo que me acerqué al mostrador y pedí tres cafés grandes.

—El mío, solo —gruñó Lush detrás de mí.

—Ya has oído al grandullón —le dije a la dependienta, poniendo los ojos en blanco—. Uno, solo; otro, con leche sin lactosa y el tercero, con leche de almendras.

—Marchando, guapa.

Fui a pagar el café, sin importarme los sonidos de disconformidad de mi guardaespaldas, y cogí un trozo de tarta de zanahoria del expositor de repostería. Después, recogí las bebidas con ayuda de Lush y fui hasta la pequeña mesa apartada. Automáticamente, vi el rostro desencajado de mi amiga y supe que algo había pasado en mi ausencia.

—¿Qué ha pasado?

Ella no habló, ni siquiera me miró, simplemente me tendió su teléfono móvil y vi que tenía en pantalla una conversación con Jamie. Parecía ser que su ex se había dedicado a mandarle mensajes con amenazas de suicidio si ella no volvía con él, pero previamente le había suplicado que le diera otra oportunidad. Todo muy patético y dramático, aunque esperaba que no hiciera efecto en mi amiga.

—Ni caso, Paola —espeté, devolviéndole el dispositivo.

—Pero...

—Ni peros, ni hostias en vinagre —susurré, acercándome a ella—. Eres psicóloga y sabes cómo actúa esta gente. Sólo quiere llamar tu atención.

—¿Qué harías tú? —quiso saber, hundiéndose en la silla—. Ya le he dicho que, en cuanto les dé el alta a sus pacientes, voy a rescindir su contrato.

—Yo le habría pegado la patada en el culo ya... Pero entiendo tu punto de vista —aseguré—. Mantente firme, rubia.

Vi cómo bloqueaba el teléfono para meterlo en su bolso y aceptaba el café que le tendía. Paola tenía un semblante preocupado, pero sorprendentemente mantuvo su postura y no cedió ni un ápice, y eso que durante el tiempo que estuvimos juntas su teléfono no dejó de vibrar.

—Desde luego... ¡Qué pesado! —me quejé cuando sonó el zumbido del móvil, una vez más—. ¡Qué dramático!

—Hablaré con él en cuanto llegue a la clínica —prometió—. Al final, me tocará mandarlo a la mierda. Si es que no se puede ir de exnovia comprensiva...

La miré con la compasión pintada en el fondo de mis ojos. Paola siempre había sido demasiado buena. En su naturaleza no había ni un mínimo rastro de maldad, lo que facilitaba a la gente hacerle daño de algún modo. Era confiada hasta decir basta.

Apuramos nuestras bebidas y volvimos al Edificio Andersen, que estaba siendo un auténtico bullicio de personal, e incluso había presencia de prensa.

—Nos vemos pronto —le dije a mi amiga, divisando cómo los reporteros se acercaban a mí—. Te llamaré mañana.

Paola me abrazó y se precipitó hacia el aparcamiento, dejándome a merced de los reporteros.

—Lush —susurré, empezando a agobiarme.

Nunca me gustó ser el centro de atención y, menos, cuando no tenía a alguien de la familia para salvarme el culo de las preguntas indiscretas. Afortunadamente, la prensa nunca había fijado sus objetivos en mí, a excepción de cuando me doctoré con honores años antes de lo que me correspondía. Sin embargo, esa fase duró poco y la vida discreta que llevaba era más que suficiente

para disuadir a los periodistas. Únicamente, me dejaba fotografiar cuando iba a alguna gala o fiesta, pero poco más.

Noté cómo los fuertes brazos de mi escolta me rodeaban y ocultaban de los flashes de las cámaras. Me guio, casi en volandas, hasta el ascensor privado y esperó a que llegara. En todo momento, actuó como una pantalla defensiva, pero notaba cómo se tensaba con cada disparo de objetivo, o cuando una pregunta indiscreta se hacía oír.

No sé cuánto tiempo tardó en llegar el ascensor, pero cuando al fin me vi reducida al pequeño espacio junto al poderoso cuerpo de mi escolta, pude respirar con tranquilidad. Jamás iba a acostumbrarme a toda esa atención, sobre todo porque intentaban sacarme información de gente de mi familia. Yo vivía en un laboratorio, así que no sabía qué esperaban sonsacarme.

—Gracias —suspiré, recostándome en la pared del espejo.

—Hago mi trabajo —gruñó, pero se atrevió a guiñarme un ojo.

—Tú y tu insolencia —susurré, aunque por su sonrisa supe que me había escuchado.

«Atrevido», espeté sin pronunciar palabra.

Capítulo III – Tinta

El zumbido de la máquina de tatuar era casi imperceptible para mí, tenía la mano agarrotada y el pie del pedal entumecido, pero tenía que terminar ese tatuaje. De fondo, sonaba *Castle of Glass* de Linkin Park, y la tinta y la sangre empapaban el papel que usaba para limpiar el dibujo. No me quedaba mucho, tan solo un par de zonas que sombrear y un retoque aquí y allá, pero las sesiones de más de cuatro horas eran casi una agonía.

Miré al tipo que me había pedido que le tatuara y casi tuve que reprimir una sonrisa al ver que cerraba los ojos por el dolor que le producía la aguja.

—Ya termino —anuncié, atacando la última flor de su tatuaje.

—Joder tío, menos mal —bufó.

Me había pedido que le tapara el nombre de su exnovia, el cual era una enormidad en el centro de la espalda y, encima, quería hacer honor a su fe cristiana con una cruz. Con todo, y tras una larga conversación sobre lo que quería y lo que no, habíamos optado por una cruz gótica y unas rosas que representaban a las mujeres de su vida. Esa iba a ser la última sesión, y yo al fin iba a cobrar un dinero que me iba a venir bien para pagar el alquiler.

—Terminé.

El tipo estuvo unos segundos suspirando en la camilla del pequeño estudio que había acondicionado en mi apartamento, como reuniendo valor para levantarse. Finalmente, tomó impulso, caminó hasta un espejo que tenía en el estudio y se miró en él.

—Está de puta madre —dijo, al fin—. Han valido la pena las ocho malditas horas de las dos sesiones.

—¿Algo que no te guste? —atajé.

—Que va, tronco... Así ya no se ve el nombre de esa zorra, y mi hija y mi madre están ahí representadas.

—Genial.

Se mantuvo frente al espejo, de espaldas, durante un par de minutos más, admirando mi obra y, después, se acercó a su ropa y se vistió. Luego, sacó su cartera del bolsillo trasero de los pantalones y extendió dos billetes de cien dólares.

—Quedamos en doscientos pavos, ¿no?

—Perfecto —asentí, cogiendo el dinero.

—Trabajas bien y eres barato... Nos volveremos a ver pronto.

Le acompañé hasta la puerta y le estreché la mano a modo de despedida. Quién me iba a decir que iba a hacer negocio como tatuador gracias a mi trabajo en el bar. Al final, había conseguido tener buenos ingresos, aunque apenas tenía tiempo para descansar.

—Gina, abre las ventanas y ventila esto —gruñí, volviendo a mi estudio.

Tenía que conseguir echarle del apartamento. Últimamente, su vida se limitaba a quedarse en casa, bebiendo cerveza y colocándose a base de marihuana y cocaína. Atrás, había quedado la chica risueña de los primeros meses de convivencia, pero la pérdida de su trabajo había minado su moral hasta convertirla en un despojo humano. La situación había llegado a un punto en la que me debía cuatro meses de alquiler y no sabía qué hacer porque, legalmente, el contrato de alquiler estaba a su nombre.

Miré el reloj y, para mi desgracia, entraba a trabajar en menos de una hora, por lo que me apresuré a ducharme y a arreglarme. Media hora después, estaba de camino al bar.

Al llegar, el local estaba vacío, a excepción de mis compañeros de curro, que se afanaban en rellenar platos con cacahuets y patatas fritas, colocar vasos para las copas y cambiar los barriles de la cerveza. A mí me tocaba hacer inventario y reponer las bebidas de los expositores junto a Lizzy.

—Hola, compañero.

—Hola, preciosa.

La miré con una sonrisa pícaro. Era una auténtica belleza morena, con la piel clara y unos ojos color miel que dejaban a más de uno con la boca abierta.

—¿Nos vemos en el descanso? —quiso saber.

—Donde siempre —respondí, contando las botellas de ginebra que tenía que coger del almacén.

Lizzy y yo teníamos esa costumbre: escaparnos en nuestro descanso y enrollarnos en el baño de empleados. Era una de las mejores formas de descargar estrés, especialmente, si la noche en el bar se presentaba movida.

—¡A vuestros puestos! —ordené, haciendo uso de mi rango de encargado.

Me coloqué detrás de la barra, junto a Lizzy, aunque yo tenía una función más interactiva con las clientas —nótese el género femenino—, mientras mi compañera se dedicaba a preparar algunos de los cócteles y servir cerveza.

En cuanto las puertas se abrieron y los guardias de seguridad se pusieron en sus puestos, la música inundó todo el local y la gente empezó a entrar. Las peticiones de bebidas no tardaron en llegar y todo el equipo se puso en marcha. Vi cómo Lizzy coqueteaba con unos tipos que querían cerveza, cómo los de seguridad le negaban el paso a un par de tipos y cómo un grupo de ejecutivas se sentaba en una de las mesas y me pedían atención con la mano.

Mi descanso llegó a media noche, tras perder la cuenta de la gente a la que había atendido, por lo que fui hasta el baño de empleados. Afortunadamente, Lizzy ya estaba allí, fumando mientras miraba algo en su teléfono móvil.

—¡Ya era hora! —se quejó, apagando el cigarro—. Solo me quedan veinte minutos.

—Tiempo suficiente —sonreí, cogiéndola por la cintura.

Mi boca chocó con la suya en un beso voraz, apasionado y húmedo. Su lengua jugaba con la mía, entre jadeos y gemidos que sólo provocaban que me pusiera más duro. Lizzy me empotró contra la puerta cerrada mientras desabrochaba mis pantalones y yo le subía la falda.

—Estás empapada.

Mis dedos jugaban con su sexo, entrando y saliendo de su interior mientras acariciaba ese punto que le hacía gemir. Su mano me tenía agarrado, aunque era incapaz de moverla por las sensaciones que le producía en su centro.

—Joder —jadeó, dándose la vuelta y apoyándose en el lavamanos—. Fuerte.

—Como siempre —me carcajeé, sacando un condón del bolsillo.

Rasgué el paquete plateado con los dientes y me lo enfundé con rapidez, a la vez que comprobaba que la excitación de ella seguía ahí. Sin más, entré de un solo empuje, haciéndole gritar. Enredé la mano en su coleta, tirando de ella con posesión a la vez que me movía sin compasión entre sus piernas. Le di un azote en la nalga derecha para luego subirle la pierna e incorporarla un poco. Su oído quedó a la altura de mis labios y las penetraciones se volvieron más profundas.

—Mírate —susurré—. Mira cómo entro en ti.

Obedeció y nuestras miradas se cruzaron en el espejo de enfrente. Su boca estaba entreabierta, los ojos le brillaban enfebrecidos y sus mejillas estaban de un tono muy similar al que se apreciaba un poco más abajo, en su sexo.

Aumenté el ritmo, sujetándola por el cuello y llevando la otra mano a su clítoris para acrecentar el placer. Automáticamente, sentí cómo sus piernas se aflojaban, su mirada se tornó blanca y su interior se aferró a mí con desesperación.

Y exploté, jadeando.

Tardamos un par de minutos en recuperarnos del todo, pero ella tuvo que irse a su puesto con rapidez.

—Aún me tiemblan las piernas —susurró, arreglándose la falda y el pelo.

Anudé el condón y me lo guardé en el bolsillo, evitando así dejar pruebas de nuestro encuentro en horas de trabajo.

—Nos vemos fuera —dijo, abriendo la puerta—. Espero no tener mucha cara de recién follada.

—Apenas se nota —apunté, aunque sus labios hinchados daban pistas.

Salió del estrecho espacio con una leve sonrisa en los labios y yo aproveché para asearme un poco, sin evitar pensar en la relación que tenía con Lizz. No es que tuviéramos algo exclusivo, simplemente nos divertíamos practicando sexo, pero nunca quedábamos para hacer cosas como tener citas o gilipolleces así. Eso era lo bueno de ella, que no esperaba de mí una relación. Básicamente, porque no la buscaba.

—¡Hunter! Jared pregunta por ti —dijo una de las camareras a través de la puerta.

—Ya salgo.

Me eché un último vistazo al espejo, comprobando que todo estuviera en su sitio y salí, volviendo al trabajo.

*** **

El día en la clínica había sido duro, por lo que, en cuanto puse un pie en mi apartamento, me fui directa a la bañera. Necesitaba un baño de agua caliente con sales y aceites, acompañado con una buena copa de vino blanco.

Suspiré en cuanto mi cuerpo entró en contacto con el agua caliente, casi hirviendo, y sentí cómo mis músculos se relajaban. Cerré los ojos sin poder evitarlo e intenté dejar la mente en blanco. No quería pensar en la clínica, ni en Jamie, ni en la GoldGroup Society... Sin embargo, mi cerebro no estaba dispuesto a cumplir mis deseos. Jamie volvió a mis pensamientos y, con él, el fracaso de nuestra relación. Aún tenía cierta esperanza de que lo nuestro volviera a su cauce, de que él se diera cuenta de que la relación que habíamos construido durante cinco años valía la pena.

—¿Estás segura de que quieres dejarlo? —me había preguntado mi madre durante la comida.

Le había contestado que sí, aunque en ese momento había aparecido mi padre y mi corazón se rompió. Ellos tenían una sólida relación desde hacía muchísimos años. De hecho, habían empezado a salir cuando estaban en el instituto y jamás se habían separado. Tenían una relación tan idílica que, durante mi infancia, no los había escuchado discutir ni una sola vez.

Yo quería algo así, y cuando Jamie se cruzó en mi camino realmente pensaba que lo había encontrado.

—Está claro que no es oro todo lo que reluce —le dije al cuarto de baño vacío.

Me encogí dentro de la bañera, apoyando la barbilla en las rodillas y cogiéndome los pies para masajearlos. Recorrí mis empeines, suspirando y aliviando la tensión por llevar zapatos de tacón durante todo el día, y mis dedos rozaron la piel del dorso que albergaba mi único tatuaje. Saqué el pie, esperando volver a ver un tatuaje fino y elegante, pero sólo pude comprobar que estaba casi borrado.

—Dos mil... —susurré, apenada porque apenas se leía el quince que completaba ese año.

Ese año había sido importante para mí por muchas razones, pero, una de ellas, había sido Jamie, pues fue cuando nos habíamos empezado a plantear una relación seria. También representaba el año de mi graduación en psicología en Columbia y mi éxito en la GoldGroup Society, pero todo eso quedaba opacado por el idiota de mi exnovio.

La rabia me invadió y bajé el pie, salpicando por todas partes el cuarto de baño y jurándome que me repasaría el tatuaje que me recordaba lo importante y maravilloso que había sido ese año para mí. ¡No todo tenía que girar en torno a Jamie, joder!

Salí de la bañera con el mismo estado de nervios que al principio, cogí el albornoz y me arrebujé en él. No iba a tardar mucho en meterme en la cama, por lo que fui directa al vestidor y cogí uno de los pijamas de raso que tanto me gustaban. Ni siquiera me molesté en cenar, solo quería enrollarme en las cálidas mantas y dejar que el día llegara a su fin, con la esperanza de que el siguiente fuera más tranquilo a nivel emocional. Tenía la sensación de estar en una continua montaña rusa de sentimientos y empezaba a pasarme factura. Para mi trabajo necesitaba una mente despejada y clara, o no iba a poder ser capaz de guiar a mis pacientes en sus terapias.

«No dejes que él te arrebatte lo que has construido», sugirió esa voz propia de mi conciencia.

Jamie ya me había arrebatado mi seguridad. No debía permitir que me quitara mi profesión, eso por lo que se me reconocía. Tenía que dejar ir ese sentimiento que me atenazaba el corazón.

Sin embargo, esa noche me dormí con lágrimas en los ojos.

Capítulo IV – Aquí mando yo

El día empezaba fuerte en la clínica. Una de mis pacientes más complicadas había llamado para pedir una cita de urgencia, por lo que llevaba un poco de retraso con el resto de los pacientes.

—No sé cómo sobrellevarlo... Entiendo ese estilo de vida, pero tras mi exmarido no me veo capaz.

—¿Lo has hablado con él? —quise saber, cruzando las piernas y observando a mi paciente—. Sé que tu marido sabe todo lo que pasaste en tu anterior relación y está yendo despacio en lo que a relaciones se refiere, ¿no?

—Sí, sí... Pero me ha propuesto ir más allá —explicó, retorciéndose las manos con nerviosismo—. Le quiero mucho y está teniendo mucha paciencia, y realmente me siento segura con él, pero no quiero que me ate o me lleve a uno de sus clubs de intercambio.

—¿Y qué opina él?

—Se empeña en hablar las cosas.

—Josephine —intervine, usando el tono adecuado para captar su atención—, en el mundo de los intercambios y el sexo no convencional, prima el consenso. Es normal que quiera hablarlo todo contigo, sobre todo si sabe lo ocurrido en tu pasado.

El silencio reinó en la consulta y pude ver cómo ella pensaba y sopesaba sus posibilidades. Su rostro reflejaba la inseguridad adquirida por culpa del maltrato psicológico al que había sido sometida, y esa era la verdadera razón por la que se frenaba en su actual relación.

—Tu marido no es tu ex, Josephine —apunté—. Habla con él, comparte tus sentimientos y no tengas miedo a ir más allá, siempre y cuando sea lo que ambos queréis.

La sesión no duró mucho más, pero, al final, terminé por proponerle una cita a ella con su esposo en dos semanas; y los únicos deberes que debía hacer era hablar con él. Después, si así lo querían, podríamos reunirnos los tres para que yo pudiera ejercer como mediadora.

—Lláname cuando quieras —le dije, estrechándole la mano.

—Haré lo que me aconseja, doctora Vincent.

Me despedí de ella justo en el momento en el que llegaba mi hermana. Iba con una carpeta en la mano y una bolsa de Starbucks en la otra.

—Dime que es café —gemí, señalando la bolsa.

—Solo y con azúcar —sonrió, entrando detrás de mí en mi despacho.

Nos sentamos en la mesa, sacamos las bebidas y un trozo de tarta de chocolate, y mi hermana me tendió la carpeta.

—¿Qué es?

—Algo que necesito que resuelvas.

Darla me había llevado el expediente de uno de sus alumnos, cuyos padres acababan de separarse y no estaba pasando por un buen momento. Parecía ser que ambos estaban en disputas por la custodia del pequeño y usaban chantajes materiales y emocionales para beneficiarse de cara a la decisión del pequeño.

—He derivado a los padres a tu consulta.

—Pero tú puedes indicarles cómo proceder —expuse.

—Sí, pero no soy psicóloga y no sé cómo expresarlo sin que parezca que estoy acusándoles de ser malos padres.

Suspiré, pues tenía razón. Darla era una buena profesional y, como directora de la escuela de educación especial, era irremplazable, pero tendía a decir las cosas sin dobles raseros.

Al final, le dije que hablara con mi secretaria para que cuadrara mis citas mientras yo repasaba mentalmente mi agenda. Desde luego, estar ocupada me ayudaba a no pensar en Jamie, y más si ni siquiera me cruzaba con él por los pasillos de la clínica. Todo eso me estaba dando a entender muchas cosas relacionadas con mis sentimientos y empecé a sentirme liberada.

—¿Cómo te va? —quiso saber mi hermana.

—¿Lo dices por Jamie? Me he dado cuenta de que la pena que sentía era por no lograr lo que tienen papá y mamá —confesé.

—Lo que ellos tienen es un milagro —replicó, rodando los ojos.

—Ya, bueno...

No pude evitar pensar en su novio, el cual no me daba buena espina. Tenía ciertas conductas que me hacían pensar cosas malas de él, hasta el punto de haberme sorprendido a mí misma psicoanalizándole.

—¿Todo bien con Lewis? —pregunté, tratando de parecer indiferente.

—Con nuestros más y nuestros menos, ya sabes. Lo normal.

—Seguro que tú tienes más suerte que yo.

—Llegará tu momento, hermana. Cuando menos te lo esperes, aparecerá tu príncipe de brillante armadura.

Apenas pudimos hablar durante un rato más y cada una debió volver a sus quehaceres. Además, mi secretaria entró en el despacho con un sobre lacrado y lo depositó delante de mí.

—Para usted.

Cogí el sobre que había dejado sobre la mesa y leí el remitente. Se trataba de la oficina del fiscal de Nueva York, por lo que me pude hacer una idea del contenido de la carta:

Estimada doctora Vincent,

Tal y como acordamos, le informo de que, dentro de una semana, a primera hora, recibirá la visita del sujeto que le mencioné. Irá acompañado por dos agentes federales de plena confianza y dispondrá del tiempo que necesite para hacerle la entrevista. Por su seguridad, los agentes estarán en la puerta durante la cita y podrá disponer de ellos si así lo considera.

Recuerde lo que hablamos.

Atentamente, Samuel Gardens

Estaba visto que ese día no iba a ser tranquilo. Esperaba ese mensaje, pero no con tanta celeridad, y la verdad era que no quería tener nada que ver en la decisión condenatoria de un tribunal. Joder, yo era una psicóloga privada, no una funcionaria ni, mucho menos, una psicóloga forense. Por desgracia, me veía en la obligación de acatar.

Salí al pasillo, donde mi secretaria tenía un cubículo cerca de mi puerta, y le pedí que despejara mi agenda para el próximo viernes, así como que evitara que los miembros de la plantilla llegaran antes de las nueve de la mañana.

—Me da igual cómo lo hagas —zanjé—. Simplemente, di que lo ordeno yo.

Sin más, volví a mi despacho y cerré de un portazo, hastiada.

“Necesito desconectar”

Palabras concisas, enviadas al teléfono de Serena. Afortunadamente, mi amiga no tardó en responder:

“Te recojo en tu casa a las nueve. Yo también he tenido un día duro”

Sonreí ante sus palabras, pues sin duda me entendía a la perfección.

*** **

Como todos los viernes, el Nexus estaba lleno. Las camareras iban y venían con bandejas llenas de jarras de cerveza y copas, la pequeña pista de baile estaba abarrotada y en la barra se gritaban comandas a diestro y siniestro.

Yo estaba por la sala grande, atendiendo a los clientes. Como encargado, una de mis funciones era la de socializar, cosa que no era exactamente mi fuerte. Era cierto que tenía éxito entre las chicas, pero los tipos podían ser bastante antipáticos.

—¡Guapo! ¿Nos pones una ronda de chupitos?

Conté los que eran en la mesa e hice una señal a una de las camareras para que los trajera a la vez que les dejaba la cuenta sobre la mesa.

Me metí detrás de la barra para echarle una mano a Lizzy, que empezaba a lidiar con los primeros borrachos de la noche. Le dejé con las cosas rápidas, como cervezas y copas sencillas, mientras yo me entretenía con los cócteles.

—Eh, tío, ¿me pones dos cervezas?

Levanté la cabeza para decirle que se lo pidiera a mi compañera, pero cambié de opinión en cuanto le reconocí. Se trataba de ese tipo que siempre iba un paso por detrás de esas niñas ricas que habían entrado en el Nexus un par de veces.

—Suaves —añadió, poniendo los ojos en blanco.

—Está claro que no son para ti —comenté, sonriendo mientras colocaba dos botellines de cristal sobre la barra y las abría con una mano.

Me llamó la atención cómo revisaba cada uno de mis movimientos, e incluso se atrevió a mojar el dedo, a través de la boquilla, en la cerveza y probarla. Jamás había visto algo así, lo que me hizo suponer que esas chicas con las que iba eran importantes.

—No preguntes —espetó, cogiendo las bebidas y yendo hasta la pista de baile.

Las dos jóvenes estaban moviéndose al ritmo de la música y él se dedicaba a apartar moscones que se acercaban a ellas, cosa que parecía no gustarle a la más bajita.

Intenté centrarme en el trabajo, que parecía no tener fin, pero no podía evitar que mis ojos se desviaran hacia la pista. Esa rubia de piernas largas tenía algo que me atraía muchísimo. Era jodidamente preciosa.

—¡Espabila! —ladró Lizzy, dándome una colleja.

—Voy a hacer una ronda —anuncié, pues no dejaba de ser una mis funciones como encargado y era una excusa perfecta para escaquearme.

Salí hacia la zona de las mesas, donde varios grupos bebían y comían algún aperitivo. No quería quedarme embobado mirando a esas dos chicas, pero cuando fui hacia las mesas del final, ahí estaban, hablando con las cabezas muy juntas. La más alta estaba sonriendo, aunque su mirada seguía un poco triste. Fue entonces cuando su amiga me vio y levantó la mano en mi dirección.

—¿Me habéis llamado? —pregunté, mirando a la preciosa chica de ojos marrones.

—¿Nos puedes traer cuatro chupitos de tequila? —preguntó su amiga, aunque fui incapaz de apartar la mirada de ella mientras tomaba nota.

—Enseguida, chicas.

El guardaespaldas me observó desde su rincón, pero no le di importancia y fui a la barra a por las bebidas de las chicas. Lizzy parecía más relajada, por lo que le pedí los cuatro chupitos mientras, sin remedio, giraba la cabeza para mirar a la pareja.

—Pídele el teléfono —bromeó mi amiga, sirviendo la bebida ambarina en los pequeños vasos.

—Yo no hago esas cosas —espeté, cogiendo una bandeja para transportar mejor el pedido.

—Tú solo follas en los baños —se carcajeó, guiñándome un ojo.

Fruncí el ceño mientras la miraba, contrariado por sus comentarios, aunque no dejaban de ser ciertos.

El local empezaba a vaciarse, por lo que no me costó mucho llegar a la mesa de la comanda. El escolta, al verme, me tendió un billete de veinte dólares y repitió el proceso de probar lo servido. Después, me dejó poner los vasos sobre la mesa.

—Gracias —susurró la rubia, cogiendo uno de los recipientes y bebiéndoselo de golpe.

Su amiga la imitó y, rápidamente, terminaron de beber, cogieron sus cosas y se dispusieron a irse del local, que ya estaba en horas bajas.

—Hasta la próxima —me despedí, aunque dudé que me hubieran escuchado.

Volví a la barra y le hice el gesto a Lizzy para que tocara la sirena que indicaba que no se servirían más copas o aperitivos. El responsable de la música puso una canción lenta, por lo que la gente empezó a dispersarse de cara a la salida.

Había sido una noche larga y me había sorprendido el no haber podido

despegar los ojos de aquella belleza rubia y alta, de piernas torneadas y ojos de un marrón que parecía caramelo fundido.

—Volverá —susurró Lizzy, pasando un trapo por la barra.

No le dije nada, pero deseé que tuviera razón.

*** **

Dejé a Paola en su casa y me dirigí hacia el ático en el que había vivido mi madre de soltera, y del que me había apropiado. Antes de mí, había vivido mi hermano con su prometida, pero tras el fallecimiento de esta no había sido capaz de volver allí. Afortunadamente, la aparición de Naya en su vida había ayudado a que todo volviera a su cauce.

Yo vivía preocupada por la gente últimamente, reflexioné. Primero, mi hermano se había recluido en la mansión de la playa y, ahora, una de mis mejores amigas era un auténtico despojo de sentimientos. Y todo causado por lo mismo: el amor.

Todo eso me llevaba a preguntarme si valía la pena. La gente a mi alrededor sufría a causa de ese sentimiento y luego no notaba que compensara. Ni siquiera mis padres o mis abuelos, que tenían un matrimonio forjado desde tiempos de juventud, se habían librado de la fatalidad. Era cierto que luego todo se había asentado, pero la sangre derramada en el pasado, en mi opinión, no podía compensar la felicidad del presente. Y, sin embargo, quería ayudar a Paola. No tenía muy claro cómo, pero haría algo para que saliera de ese letargo en el que se había sumido por culpa del impresentable de Jamie.

—¿Estás bien? —la voz de mi escolta me sobresaltó.

—No es de tu incumbencia —ladré, girándome en el reducido espacio del ascensor.

—Sólo dime si necesitas algo —añadió, saliendo detrás de mí.

—Lo único que necesito de ti es que me trates con menos familiaridad —espeté, abriendo la puerta de mi casa—. No somos amigos, Lush.

—Ya me he dado cuenta —dijo por lo bajini, con los dientes apretados.

Le cerré la puerta en las narices, aunque una débil sonrisa se dibujó en mis labios. Esos intercambios de palabras siempre alimentaban algo en mi interior,

haciéndome sentir viva. No era afán de discutir, sino algo más. Algo que tenía que identificar.

Décimas de segundo después, con la sonrisa aún presente en mi rostro, una bombilla se encendió en mi cerebro. Abrí la puerta de un tirón, esperando que aún no hubiera llegado al ascensor y le llamé:

—¡Lush! Sí hay algo que puedes hacer —comenté, intentando usar un tono de voz analítico.

—¿Ocurre algo?

—¿Puedes encontrar alguna forma de contactar con el camarero de los tatuajes del garito al que nos llevas? —quise saber, cruzando los dedos por detrás de la espalda—. Es para una amiga.

Me miró largamente y pensé que iba a negarse, pero apretó los dientes e hizo un leve asentimiento con la cabeza. Después, cerré de un portazo sin despedirme y con un gesto burlón porque sabía que no le había hecho gracia. A Lush, en muchas ocasiones, no le quedaba más remedio que acatar las órdenes, aunque rara vez eran las mías. Él estaba directamente subordinado a Vladimir, y mis peticiones no eran consideradas, a no ser que fuera algo sin riesgo, o de vida o muerte. Lo malo era que, seguramente, nuestra última charla terminaría en oídos de mi madre. Ella no me pediría explicaciones, eso lo sabía, a no ser que creyese que había algún peligro oculto en algún lado.

—Tonterías —bufé, caminando hacia el salón.

Los últimos rayos de sol entraban por la cristalera, dándole una tonalidad anaranjada a toda la estancia. El diván que decoraba la pared con vistas me tentaba, y la necesidad de relajarme me llevó a recostarme en él. Al lado, tenía un montón de revistas de divulgación, todas ellas con marcas echas en las páginas y a la espera de ser releídas. Tenía por costumbre leer allí, estudiando los avances en ciencia que me interesaban, y era una manera de distraerme. Dedicarme a la ciencia por entero me ayudaba a pensar en segundo plano, algo que me llevó a una nueva idea.

Me levanté del diván y recuperé el bolso que había dejado abandonado, de cualquier forma, en el sofá. Rebusqué en el interior el teléfono móvil, con una idea dando vueltas en mi mente. En cuanto lo tuve en la mano, revisé la agenda, buscando un teléfono muy concreto, y llamé sin dudar. Tras dos tonos, una voz masculina sonó.

—¿Serena?

—Te necesito.

Capítulo V – Noticias de Brooklyn

Pasé la mañana sumida en una tediosa reunión con los directivos de la clínica. Mi hermana estaba sentada a mi derecha y el resto de los puestos de la mesa de la sala de juntas estaban ocupados por tiburones de los negocios. No había más mujeres que nosotras, algo que quería cambiar en algún momento.

El motivo de la reunión era, como siempre, los fondos disponibles para cubrir la necesidades especiales de las personas que no tenían una economía holgada. Siempre tenía que pelear para arrancar unos cuantos dólares, pero contaba con un buen aliado.

—La GoldGroup Society se hace cargo de esos gastos —espetó Drake, sentado a mi izquierda—. No intentéis meter vuestras narices ahí, porque antes hay que pasar por mí.

—Señor Knox, sólo queremos que piense en invertir en el área laboral.

—Esa área está más que cubierta —replicó mi hermana—. Nuestra plantilla es de lo mejor del país.

—Pero con un mejor salario evitaríamos que...

—¡No! —espeté—. Como ha indicado mi hermana, esa área está cubierta. Todas están cubiertas, por lo que, si no van a aportar algo útil les agradecería, que se retiraran de mi clínica. Tenemos pacientes que atender.

Ninguno dijo nada, y yo me cansé de hacer la idiota ahí sentada, por lo que cerré mi cuaderno de notas y me levanté. Automáticamente, todos me siguieron y salieron de la sala. Yo me encaminé a mi despacho, sabiendo que detrás de mí venían mi hermana y Drake.

—Sanguijuelas —me quejé, lanzando mis cosas al escritorio.

—Hiciste bien en llamarme —comentó mi amigo.

Desde hacía días, sospechaba cuáles eran las intenciones de la directiva y no iba a estar dispuesta a ceder. Esa clínica era patrimonio de la familia Vincent y debía tratarse como tal. Mi padre no habría cedido, y Darla y yo habíamos aprendido muy bien de él.

—Espero que no insistan —intervino mi hermana, cogiendo un poco de agua del aparador.

Unos golpes en la puerta nos alertaron a los tres, y Nayasha, acompañada por Serena, entró en la estancia.

—Lamento no haber podido ir a la reunión —dijo Serena—. Tenía que hablar con los contratistas.

—Tranquila, tu hermano ha sabido apañárselas.

Observé cómo Naya se acercaba a Drake y depositaba un suave beso en los labios de su novio, para luego quedarse cerca de él. Algo en mí, al verlos, se tensó, pero no de una mala manera. Estaba realmente contenta por Drake. Por ambos, en realidad. Se notaba que eran complementarios. Si uno se movía, el otro también para adaptarse. Eran un auténtico espectáculo.

—Tengo una reunión en un rato —anunció Drake, mirando a su pareja—, ¿tomamos algo antes de que me vaya?

—Claro —convino Naya, sonriendo—. ¿Venís?

—Yo tengo clase en media hora —lamentó Darla, recogiendo sus cosas y despidiéndose del resto.

—Id vosotros, yo tengo que hablar con Paola.

Serena recibió una mirada elocuente de su hermano, pero no dijo nada. Cuando la pareja feliz se fue, nos quedamos a solas en mi despacho. Observé a la chica y vi que estaba un poco nerviosa y que su sombra habitual no estaba con ella. No es que me molestara que un escolta la siguiera allá donde fuera, especialmente después del atentado que sufrió en una de sus casas, pero era raro que ese gran tipo no pululara por allí.

—¿Y Lush?

Fue a decir algo, pero la puerta se abrió de nuevo. Estaba a punto de ladrar un reproche cuando me fijé en el joven que estaba en el umbral. Era alto y delgado, con un pelo negro cortísimo y unos ojos almendrados que me habían acompañado durante interminables fiestas durante mi adolescencia.

—¡ALF!

Salté de mi silla y me precipité hacia sus brazos. Me acogió entre ellos y me abrazó con fuerza durante lo que pareció una eternidad. Su calor alivió mi corazón, destrozado por todo lo ocurrido durante esos años.

Alf se había ido a trabajar a Seattle, donde se encontraban la mayoría de las editoriales del país. Al final, no sólo había terminado dirigiendo una de esas empresas, sino que se había convertido en un conocido escritor a nivel internacional. Era tal su fama, que vivía viajando, ya fuera en busca de nuevos talentos o de promoción de alguno de sus libros. ¡Si hasta habían llevado sus novelas a la televisión!

—¿Qué haces aquí?

—Digamos que han solicitado mi presencia aquí para que te ponga las pilas,

Pao. —Su forma de hablar parecía un reproche.

—¿Quién?

—Yo. —Serena había levantado la mano y parecía la culpable.

Mi mirada fue de uno a otro durante unos segundos. Ambos sonreían y yo estaba con la boca abierta.

«¿Desde cuándo estos dos tenían contacto?», me pregunté.

Ellos se habían visto en diversas ocasiones, pero, desde que él se mudó a otro estado, sus coincidencias habían sido nulas. O eso creía, puesto que ni siquiera se habían visto en las fiestas que tanto acostumbrábamos a dar a favor de la GoldGroup Society.

—Sé lo que estás pensando —habló Alf, por fin—. Ena me llamó hace un par de días y me dejó preocupado. Imagínate la cara que se me quedó cuando, durante la firma de libros en Londres, tu amiga me llama y me cuenta que lo has dejado con Jamie, que vives en una pena continua y que ese gilipollas se dedica a amargarte la existencia. ¿Es que no te enseñé nada durante el instituto? Tienes que espabilar y dejarte de tonterías. Sí, lo tuyo con Jamie ha terminado y es una mierda porque creías que era tu hombre ideal, pero afortunadamente te has dado cuenta de que es un impresentable antes de convertirte en una pasa arrugada. Así que, te vas a dejar de tonterías de niña de instituto enamorada del capitán del equipo de fútbol y vas a desinhibirte un poco.

Me quedé con cara de idiota. Estaba segura de ello. No pude más que mirarle, parpadeando con escepticismo.

—Por lo pronto, este fin de semana vamos a salir —informó, mirándonos a las dos.

—Me temo que no —intervino mi amiga—. Salir tan seguido no es bueno para evitar a la prensa.

—Piénsalo, querida Ena —insistió Alf—. Reservaré el sitio que me digas si hace falta.

—Eso lo puedo hacer yo... Lo pensaré.

Estaban hablando como si yo no estuviera allí, y estaba empezando a irritarme. Iba a intervenir, zanjando el tema de una buena vez, cuando Serena se acercó a mí y sacó un papel del bolsillo trasero de sus tejanos.

—Tengo esto para ti —expuso, tendiéndome un trozo de papel doblado—. Creo que es un buen punto por el que empezar.

Miré la nota, vi el nombre de un tal Hunter Bunch y no entendí nada.

—Es el chico de los tatuajes del bar de Brooklyn... Vi cómo le mirabas —apuntó, sonriendo de medio lado—, y tiene pinta de ser capaz de darte un buen

punto de vista de la vida, por decirlo de algún modo.

—¿Perdón? ¿Hay un tío bueno al que te gustaría meter en tu cama y no me lo has dicho? Pues reza para que no me lo quede yo.

—Siempre fuiste una perra —me carcajeé.

—Bien que lo sabes.

Me quedé mirando la nota, pensando en ese chico del bar. Era guapo y tenía algo que me atraía, pero estaba casi segura de que él no se había fijado en mí. Ese sitio siempre estaba lleno de chicas jóvenes y preciosas, y hasta las camareras resplandecían como modelos de lencería. Yo, por el contrario, nunca me había considerado una gran belleza, ni siquiera cuando desfilaba para algunos de los mejores diseñadores del país.

Suspiré.

—¿Cómo va a fijarse en alguien como yo?

—¿Ves lo que te decía? —inquirió Serena.

—Yo me encargo...

Debatieron un poco más sobre qué hacer conmigo, pero no fui capaz de prestar atención. Básicamente, estaba compadeciéndome de mí misma. Otra vez.

*** **

Me tocaba hacer inventario y trabajar por la noche, por lo que pasé el día entero entre las cuatro paredes del Nexus. Lizzy iba a venir a ayudarme con la tarea de la mañana, pero no iba a poder estar conmigo más tarde, lo que me jodió bastante.

Estaba en el almacén, tomando nota de la cerveza que empezaba a escasear, cuando unas manos rodearon mi cintura. No hizo falta que me girara para saber quién era, pero confirmé mis sospechas cuando sus manos descendieron hasta la cinturilla de los pantalones tejanos y, sin vergüenza, se colaron por ahí.

—Lizzy... —advertí, sin dejar de trabajar.

—Estamos solos —ronroneó, mordiéndome la oreja.

Estuve unos minutos dejando que me provocara, pero sin dar muestras de estar dispuesto a cumplir sus deseos. Sonreí cuando se alejó de mí con un gruñido, y amplí mi sonrisa cuando la sostuve por la mano y la empujé de frente a la estantería que contenía los paquetes de frutos secos.

—Esto es lo que querías. —No era una pregunta.

—Sí —jadeó, dejando que le bajara los pantalones de deporte.

Presioné su cara sobre la balda, facilitándome una buena postura para entrar en su cuerpo desde atrás. Y no lo pensé, simplemente me puse un condón,

empujé en ella y me hundí hasta el fondo.

—Joder —gritó, pero no me detuve.

Sólo era desahogo. Nada de sentimientos. Simplemente sexo.

Los sonidos que escapaban de los labios de Lizzy eran una auténtica fantasía, especialmente cuando la cogía del pelo y tiraba. Me encantaba tenerla inmovilizada mientras me movía en su interior. Cuando terminé, Lizzy se limpió entre las piernas con un poco de papel y yo me guardé el condón en el bolsillo para desecharlo más tarde.

—Ahora puedo enfrentarme a mi familia más tranquila —comentó, guiñándome un ojo—. Lamento no estar esta noche.

—Tranquila, entiendo lo que tienes que hacer.

Salí con ella hacia la barra brillante e impoluta que, en pocas horas, estaría pegajosa y llena de vasos, y coloqué los vasos limpios cerca del grifo de la cerveza. Esa noche estaría yo al mando de la barra y supervisaría desde allí como buenamente pudiese.

—Seguro que es una noche tranquila.

—Eso espero, porque estoy hecho polvo.

—Deberías descansar más —me regañó—. Pasas las noches aquí y en tus días libres tatúas y cosas así... Por no hablar de las horas que echas machacándote en el gimnasio.

—Lo sé, Lizz, pero realmente me hace falta la pasta. —Me dirigió una mirada triste. Ella conocía todos los apuros por los que pasaba, por lo que no insistió más. Simplemente recogió sus cosas, se atusó el pelo frente a los cristales de las vitrinas de las botellas caras y me sonrió.

—Nos vemos mañana —se despidió, lanzándome un beso desde la distancia—. ¡Y gracias por el polvo!

—Ha sido un placer, Lizz —respondí, sonriendo y negando con la cabeza. Mi amiga no tenía remedio.

Me encantaba su actitud cuando teníamos sexo. Era una buena amiga y, cuando nos acostábamos, nada se ponía incómodo entre nosotros.

Poco después de la despedida, las puertas del Nexus abrieron y en poco tiempo se llenó. Para mi sorpresa, un grupo de tíos entró con ganas de fiesta, puesto que uno de ellos iba a casarse ese fin de semana. Así que, sin pretenderlo, me vi envuelto en una vorágine de pedidos de copas y jarras de cerveza.

—¡Mel! —llamé a una de las camareras sin dejar de servir—. Cúbreme.

La chica acató la orden y se colocó en mi posición. Yo tenía que hacer una ronda para comprobar que todo iba a bien. Otra sorpresa esa noche llegó cuando,

en las mesas de siempre, encontré a la chica rubia de piernas kilométricas. En esa ocasión, no iba acompañada de su amiga, sino que a su lado había un joven de su edad. Estaban muy pegados y parecía que él hacía todos sus esfuerzos para hacerla reír. Fue en ese momento cuando levantaron la mirada y me vieron.

—¿Nos puedes traer dos *Cosmos* y algo de picar? Hemos ido a la barra, pero es una locura —pidió el chico.

—Sí... Hoy estamos a tope —comenté, mirando a la joven que deliberadamente evitaba mis ojos—. Ahora os lo traigo.

Me giré con lentitud y pude notar la mirada de ese chico clavada en mi espalda. No sabía cuál era su problema, pero empezaba a sentirme estudiado. Fui a la barra y preparé las copas que me habían pedido. No eran cócteles complicados y, en poco tiempo, los tuve listos y sobre una bandeja, a la que le añadí unos nachos con queso y un plato con brochetas de frutas. Después, volví a su mesa. La chica le estaba comentando algo y se calló al verme. Su amigo puso los ojos en blanco y aceptó todo lo que puse delante de ellos. Una vez más, fui incapaz de despegar la mirada de esa preciosa cara. Me había dado cuenta de que su nariz estaba salpicada de ligeras pecas y tenía unos labios rojos y carnosos hechos para besar y ser besados.

—Quédate el cambio —dijo el tío, dándome un billete de cincuenta dólares.

—¿Algo más? —La pregunta iba más para ella que para él.

—De momento, no —respondió, como si hubiera entendido mis intenciones.

Volví a la barra y ayudé a Mel, aunque no podía evitar que mi atención se desviara hacia el rincón en el que esa chica estaba.

«¿Cómo se llamará?», me pregunté, cobrando una cuenta.

Después, todo se volvió un caos. Los tíos de la despedida empezaron a armar mucho jaleo e incluso molestaron a algunas de las camareras. Afortunadamente, los de seguridad pudieron mantenerlos a raya y yo me encargué de que fueran los camareros los que les sirvieran las copas. Tampoco fui capaz de acercarme a la mesa de la rubia y su amigo, pero sí estaba pendiente cada poco rato. Mi mirada se había cruzado en un par de ocasiones con la de él, pero no me importó demasiado. Igual así animaba a su amiga a que viniera a hablar conmigo, porque yo nunca iba detrás de una chica.

Al final de la noche, estaba agotado y con ganas de volver a casa, por lo que guardé toda la recaudación en la caja fuerte del despacho del dueño del Nexus, cerré el local y fui al callejón trasero. Allí estaba mi *Harley*, esperando para llevarme a casa. Me monté en la moto, arranqué con ese rugido tan característico de la marca y conduje hasta casa. Sabía que, al llegar, iba a encontrarme a Gina

colocada y vegetando en mitad del sofá, hecho que confirmé en cuanto abrí la puerta de la calle y aspiré el olor a marihuana. Mi compañera de piso estaba viendo la teletienda mientras inhalaba por la boca con su pipa.

La furia, ante el panorama, me golpeó directamente en el pecho y por poco le lanzo algo para ver si reaccionaba y retomaba las riendas de su vida.

—¿Ya tienes mi dinero, Gina? —quise saber, sin siquiera detenerme a hacer compañía, con la mandíbula tan apretada que dolía.

—Que te den, Hunter —replicó, con voz gangosa. Después, se empezó a reír sola.

Me fui a mi cuarto sin mirarla y me encerré allí. No quería pensar en la drogadicta de mi compañera de piso porque me ponía de muy mal humor, pero afortunadamente mi mente estuvo de acuerdo. La imagen de la rubia se coló en mis pensamientos y la imaginé de mil formas distintas. La mayoría de ellas desnuda y en posturas muy distintas e interesantes.

Realmente, esperaba que se acercara a mí el próximo día.

Capítulo VI – Hunter Bunch

Alf me estaba volviendo loca desde la noche en la que salimos a tomar unas copas, el mismo día que llegó a la ciudad. No cesaba en su intento de hacerme ver que el chico de los tatuajes del bar no había apartado los ojos de mí en toda la noche. Yo no era capaz de darme cuenta de esas cosas, pero había conseguido que me picara la curiosidad y había desperdiciado medio día buscando en internet información sobre él. Estaba demasiado acostumbrada a encontrar cosas sobre mi entorno en la red, pero de ese chico apenas había un par de páginas de redes sociales. Lo único jugoso que vi fue que ejercía como tatuador en sus ratos libres y no se le daba del todo mal, a juzgar por las fotografías de sus obras.

—¡Es una señal! —había dicho Alf—. Tú tienes un tatuaje chapucero y él hace esas cosas horribles con tinta. ¡Contacta con él y que lo arregle!

No se me había ocurrido, pero era cierto. Había sido esa duda en mis ojos lo que había propiciado que Alf continuara con su discurso motivacional sobre cómo soltarme la melena. Se empeñaba en recordarme esos años de instituto en los que había tonteado con unos pocos chicos, pero sin llegar a nada serio. Estaba convencido de que retomar un poco el coqueteo con el sexo masculino activaría, de una vez por todas, mi autoestima.

Yo le decía que no era necesario que un hombre estuviera en mi vida, que era una mujer fuerte e independiente capaz de vivir sola, pero ese chico me intrigaba y él lo sabía.

—Tendrías que divertirte más, Paola —repitió por enésima vez durante su perorata—. Has tenido dos novios formales y es hora de que pruebes un poquito de todo antes de elegir tu plato favorito.

—No voy a acostarme con media ciudad, Alf —repliqué, archivando el informe de uno de mis pacientes.

—Ya lo sé, pero sí podrías darte un par de alegrías para el cuerpo.

Me encantaba la forma de ser de él. Siempre tan optimista, a pesar de sus desavenencias amorosas. Alf siempre había sido de carácter alegre, aunque sí era capaz de mostrar su lado más serio y comprometido cuando hacía falta. No por nada era mi mejor amigo.

Terminé de organizar los informes de los últimos pacientes a los que les había dado el alta, entre pensamientos de valentía y tatuajes, y al final me dirigí

con mi amigo al restaurante italiano que estaba al lado del edificio Andersen. Queríamos que Serena se uniera a nosotros durante la comida, por lo que hice una llamada a las recepcionistas del edificio para que le transmitieran el mensaje a mi amiga. Poco después, ella, junto a su escolta personal, entraban por la puerta del restaurante.

—Estaba a punto de pedir comida —dijo a modo de saludo en cuanto llegó a la mesa—. Estoy muerta de hambre.

Se sentó junto a mí en la mesa, frente a Alf, y su escolta se situó junto a las puertas de la cocina. Le observé durante unos segundos, viendo cómo supervisaba a cada una de las personas que estaban en ese lugar, y luego me centré en mis acompañantes. Serena iba vestida de una manera muy informal, con unos pantalones tejanos oscuros y una blusa de color rojo, pero siempre con sus inseparables zapatos de tacón de diseño.

—¿Ya has hablado con el tío de los tatuajes? —quiso saber, tomando un sorbo de su copa de vino rosado.

—¡No! Tú también no, joder...

—A ver si tú me ayudas a que entre en razón —inquirió Alf.

Y así, empezó una nueva cruzada de argumentos para que me insinuara a ese tal Hunter Bunch. No dejaban de ponerme en perspectiva las cosas buenas que podría sacar de ese hombre y, al final, dejé de prestar atención y me limité a comer. Realmente, no quería involucrarme con alguien aún, pues era demasiado pronto tras romper con Jamie.

—Este viernes veremos qué ocurre —concluyó Serena, acabando su postre de café.

—Va a ser genial —sonrió Alf.

—Sois pesaditos, ¿eh?

Ambos empezaron a reír, y yo no pude más que rodar los ojos y acabarme la botella de vino. Eran insaciables y estaban rayando el límite de mi paciencia.

Tras la comida, Alf tuvo que irse a la ABC para una entrevista, ya que se habían enterado de su regreso a la ciudad y querían aprovechar para hacerle un reportaje. Serena tenía que ultimar detalles para sus laboratorios, que ya estaban en plena construcción y necesitaban supervisión en todo momento. Y yo tuve que atender a un par de pacientes en la clínica.

Durante las terapias, había podido centrarme en el paciente, pero, en cuanto salían por la puerta, mi cabeza volvía a la lista de ventajas que mis amigos tanto se habían empeñado en enseñarme. Estaba empezando a volverme loca, y no en un buen sentido.

—Han llegado unas solicitudes de atención psicológica —anunció mi secretaria, entrando en el despacho y dejando sobre mi mesa unas cuantas carpetas.

—Luego les echo un vistazo en casa —susurré, escribiendo en el ordenador.

—Hay un caso clínico, derivado del Lenox.

Esas palabras despertaron mi curiosidad, puesto que venía del hospital en el que trabajaba Blake Andersen, el tío de Serena y Drake. Si había sido derivado de allí, sería porque era un caso complejo y sabían que yo era experta en diagnósticos psicológicos clínicos, aunque me dedicase más a la psicología de familia.

Miré por encima el expediente del niño a diagnosticar y me entusiasmó el caso. Tanto, que lo recogí todo y me despedí del personal. Quería llegar a casa y estudiarme cada uno de los expedientes con el fin de ver qué pacientes me quedaba yo y cuáles derivaba en función de su patología. Vamos, que me quedaba una noche intensa por delante, puesto que debía justificar cada uno de mis procedimientos.

Pedí la cena por teléfono en cuanto llegué a mi casa y, mientras me la traían, me di una ducha rápida, me puse un sencillo camisón de satén y me arropé en la bata de franela negra, justo en el momento en el que llamaron a la puerta.

—Señorita, un repartidor trae su cena —anunció el portero del edificio a través del interfono.

—Hazle subir.

Esperé en el umbral de la puerta, con el dinero dispuesto para pagarle y, cuando tuve mi comida, fui al sofá que había en el salón. Sobre la mesa del centro, había dejado mis cosas de trabajo, por lo que me senté y, mientras cenaba, leí el primero de los expedientes.

Estuve hasta bien entrada la madrugada trabajando y, en algún momento, me quedé dormida en el salón, tapada con apenas una manta y con las carpetas esparcidas por el suelo. Esa noche soñé y lo recordé. Era incapaz de olvidar las caricias que unas manos tatuadas me habían proporcionado. Y tampoco podía deshacerme de la sensación de sentir la barba de cierto camarero mientras me besaba entre las piernas.

*** **

Era mi noche libre, por lo que me había planificado para poder ir al concierto de los Rolling Stones con Jared. Estaba siendo un concierto genial e incluso habíamos podido enrollarnos con un par de chicas preciosas. Ninguno de los dos había esperado algo así, pero había sido una buena oportunidad y, para cuando quisimos darnos cuenta, nuestras bocas estaban sobre la de dos hermosas mujeres. No fue más allá de eso, pues queríamos ver el concierto, pero nos valió como distracción mientras cantaban los teloneros.

Jared y yo habíamos sido cómplices de muchas situaciones así, hasta que yo empecé a salir con una chica en serio. Habíamos durado un par de años e incluso había planeado sobre nosotros la sombra del compromiso, pero ella se había ido y yo me juré a mí mismo no volver a caer en las redes de esa maldición llamada amor.

Al terminar el concierto, nos habíamos dirigido hacia mi casa para tomar unas cervezas mientras jugábamos a la consola, pero los planes cambiaron en el momento en el que entré en el apartamento. La casa volvía a oler a marihuana y Gina estaba en el salón. Sin embargo, en esa ocasión no estaba sola. De hecho, estaba follando con un tipo en el suelo, junto a un billete enrollado y una tablita con restos de cocaína.

—¡SUFICIENTE! —bramé, hastiado de tener que cargar con ella.

Mi compañera de piso me vio, pero no se inmutó. Tanto ella como su cómplice de adicción seguían ahí, dándole que te pego.

Estuve a punto de lanzarme contra ellos, pero Jared fue más rápido y me sacó del apartamento. A él le sabía mal que me hubiera visto envuelto en una situación así, pues había sido cosa suya el presentarme a Gina. Al principio, todo había ido bien hasta que a ella le gustó más la compañía de un buen porro que la de una persona.

—Vente a casa —sugirió mi colega.

No dije nada, pero le seguí calle arriba. Mi paciencia se había agotado. Tenía que hacer algo con respecto a Gina y su incapacidad de pagar el alquiler, por no hablar de su costumbre a autodestruirse. No quería llegar un día a mi casa y verla muerta en mitad del salón. Tenía que deshacerme de ella o buscar un buen piso. Por desgracia, no podía permitirme un piso igual por la zona. No con mi sueldo, al menos.

—Ya verás cómo se arregla —decía Jared, tratando de calmarme.

—Voy a ver cómo me las ingenio para que se largue del apartamento, aunque para ello tenga que hablar con la casera.

—No puedes dejarla tirada.

—Ya le he dado muchas oportunidad, Jared —repliqué—. Llévatela a tu casa, si tanto te preocupa tu amiga.

Me miró durante unos segundos, pero supe que me había entendido cuando negó con la cabeza. Nadie quería cargar con una toxicómana que no se dejaba ayudar. Con Gina lo habíamos intentado todo, incluyendo terapias de grupo y desintoxicación, pero se había negado en redondo. Siempre decía que el mundo era una mierda como para querer continuar en él. Tenía que echarla de casa y necesitaba un abogado que me asesorara, pues el pleno derecho de arrendamiento recaía en Gina, por lo que yo tendría las de perder si ella decidía echarme. Pero antes, volvería a hablar con ella y le daría una última oportunidad y, si no quería cambiar, iría al centro de ayuda al ciudadano para que me asesoraran de forma legal.

Lo que tenía claro, ante todo, era que no iba a volver al pueblo. Antes prefería vivir en una casa de mala muerte en el Bronx y que mis vecinos fueran unos pandilleros o traficantes.

Capítulo VII – Fiesta, pasión y un café

Volví a mirarme al espejo, indecisa por el atuendo que había elegido. No quería ir muy arreglada a un sitio como el Nexus, y la mayoría de los vestidos que tenía costaban más de doscientos dólares o eran de gala. Y tampoco podía ir con un traje de chaqueta como los que llevaba a la clínica. Al final, me decidí por unos pantalones sueltos anudados en la cintura, una suave blusa negra y unos zapatos de tacón alto. El pelo me lo había dejado suelto y liso, y apenas me había puesto un poco de maquillaje en los ojos para resaltarlos. Sólo podía esperar no desentonar, aunque tampoco es que importara mucho.

Con un suspiro, volví mirarme en el espejo y me di por satisfecha. Cogí el bolso con las llaves, algo de dinero y el teléfono móvil, y bajé hasta la planta baja del edificio. Iba a quedar con Serena mientras que Alf se reunía allí con nosotras, por lo que me acerqué a la puerta para salir en cuanto vi su coche.

—Que tenga una buena noche, señorita —deseó el portero, abriendo la puerta con presteza.

—Gracias —sonreí, viendo el coche de Serena deteniéndose frente a mí.

El escolta de mi amiga salió del puesto del copiloto y me abrió la puerta trasera. Serena estaba allí, mirando algo en su teléfono, vestida de una forma muy similar a la mía por suerte. Me sonrió al verme y guardó el dispositivo mientras el conductor arrancaba y ponía rumbo a Brooklyn.

—¿Qué tal? —saludó, dándome un ligero apretón en la pierna.

—Mentiría si no dijera que algo nerviosa.

Vi cómo una chispa de humor se reflejaba en sus ojos, pero tuvo la decencia de no rizar más el rizo. Ella sabía que no tenía el cuerpo para tonterías, y menos después de haber pasado la noche anterior en vela trabajando.

—Llegamos en dos minutos —dijo Lush, aunque sin dirigirse a alguien en concreto.

Bajamos del coche y Lush le indicó al conductor qué hacer, para después escoltarnos hasta la entrada. Allí, saludó al personal de seguridad y entramos directamente sin hacer cola.

—Allí está Alf —indicó mi amiga, señalando hacia una mesa.

No me percaté hasta ese momento de que había estado buscando al chico de los tatuajes y no lo encontraba por ningún lado.

Me fijé en Alf, que coqueteaba con uno de los camareros, y sentí celos al ver la facilidad con la que desataba sus encantos. Yo nunca había sido capaz de tomar la iniciativa, seguramente, porque mi primer novio formal lo tuve relativamente pronto. Y, después, llegó Jamie. No me había dado tiempo a pasar a algo más que un par de besos con algún chico y, todo eso, mientras estaba en el instituto.

Serena y yo nos sentamos junto a él y aprovechamos para pedirle al camarero unas bebidas. Fue entonces cuando Alf nos saludó con sendos besos en las mejillas y nos empezó a hablar de su nuevo ligue, cuyo nombre era Thomas y era de ascendencia hispana.

—Es guapo —dijo mi amiga, aunque sin mucho entusiasmo.

—Apuesto una ronda de chupitos a que terminas con él en un cuarto de baño esta noche.

—Acepto, aunque está claro que vas a ganar —se carcajeó.

Empecé a reír a carcajadas justo en el momento en el que alguien dejaba frente a mí una copa con una sustancia anaranjada. Levanté la mirada, entre risas, para agradecerle el servicio al camarero, pero las palabras se quedaron atrapadas en mis labios. Ahí estaba el chico de los tatuajes, Hunter Bunch, con el ceño ligeramente fruncido tras la montura de sus gafas de pasta.

Estaba demasiado atractivo para su propio bien, o el mío.

—¡Eh! ¿Y mi camarero?

—Lo lamento, tío, pero lo necesitaba atendiendo detrás de la barra —explicó, dejando algo de picar en el centro de la mesa. Después, cogió un papel doblado que descansaba en la bandeja y añadió—: Pero me ha dado esto para ti.

Alf cogió la nota y la leyó con una pronunciada sonrisa en los labios. Acto seguido, nos guiñó un ojo a Serena y a mí, y se encaminó a la barra bajo la mirada curiosa del camarero.

—¿De verdad va a ir?

—¿Alf? Por supuesto —se rio Serena.

Me miró a mí con curiosidad y no sé si fue el ambiente que me rodeaba, el poco alcohol que había tomado o la mirada elocuente de mi amiga, pero me sorprendí a mí misma dirigiéndome a él directamente:

—Oye, tú que tienes tantos tatuajes —casi susurré—, conocerás a alguien que me pueda ayudar.

—Yo mismo hago tatuajes —replicó, acercándose para hacerse oír.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos que parecieron horas, pero era incapaz de apartar la vista de él.

—¿Y crees que puedes repasarme un tatuaje? —realmente, esperaba que mi voz sonara segura y un poco sensual.

—Depende. ¿Puedo verlo ahora?

Sonreí sin poder evitarlo, pero no me amilané y giré un poco sobre mi silla. Pude sacarme el zapato sin mucha dificultad y, al no llevar medias, podía enseñar bien la inscripción medio borrada que decoraba mi pie. Estiré un poco la pierna, en una postura retorcida, y lo puse a la altura de su estómago.

—¿Quién te ha hecho esa chapuza? —preguntó, mirando con ojo clínico mi pie, el cual tenía sujeto con una mano.

—Un tipo, en su local de Manhattan —expliqué.

—¿Tienes un bolígrafo?

No me dio tiempo a responder, pues sacó uno del bolsillo de su delantal corto y cogió mi mano con toda la confianza del mundo. Me subió la manga de la blusa y apuntó su número de teléfono en el antebrazo, ante mi estupefacta visión.

—Llámame un día de estos y vemos qué puedo hacer —dijo, guiñándome un ojo.

Dicho eso, se fue a su puesto y yo me quedé allí, con cara de tonta y su número de teléfono impreso en el brazo. Aún no me creía que hubiera sido capaz de hablarle y, al parecer, mi cutre intento de seducción había funcionado.

—¡Esa es mi chica! —saltó mi amiga, aunque yo seguía demasiado distraída viendo cómo Hunter se alejaba de mí. Todavía, sentía su tacto en mi piel, quemándome—. Venga, Paola —dijo Serena, sobresaltándome con un tirón en el brazo—, cierra la boca, acábate la copa y vamos a bailar.

Asentí, obedeciendo, y fui arrastrada hasta la pequeña pista de baile. No conocía la música que sonaba, pero era de esas que te animaban a dar saltos por todas partes, sin importar el ritmo de la melodía. Serena estaba a mi lado, estrechamente cercada por su escolta, y yo me movía como flotando en una nube. Incluso Alf estaba dándolo todo bailando, a pesar de que no era su fuerte.

En algún momento de la noche, cuando yo ya me empezaba a sentir a gusto bailando junto a esa gente, alguien me cogió de la cintura. Iba a girarme para decirle que quitara sus manos de mi cuerpo, pero entonces vi todos los tatuajes y me dejé llevar por la sensual voz de Rihanna en *Love On The Brain*. Nuestros cuerpos se movían juntos, rozándose en todo momento y, en ese punto, todo dejó de importarme.

Me giré y coloqué los brazos en torno a su cuello. Él era más alto que yo, y eso que yo llevaba tacones, por lo que tenía que alzar la barbilla para poder ver su cara. Me estudiaba en todo momento, pero su expresión era pícaro y sexual,

como si me estuviera desnudando con la mirada. Podía notar sus manos, grandes y tibias, en esa zona donde la espalda pierde su nombre en una suave curva. Cada parte de mi cuerpo que estaba en contacto con el suyo ardía y no podía más que imaginarlo en mi cama, encima de mí. Tenía que ser una auténtica delicia notar toda esa piel plagada de tinta sobre la mía desnuda.

—¿No tienes que trabajar? —susurré, al ver que se inclinaba un poco hacia mí.

—Sí, pero me he dado cuenta de que no sé tu nombre —explicó, sonriendo de medio lado—, y no quiero conocerte como la chica guapa del Nexus

—Me llamo Paola —reí, notando cómo se encendían mis mejillas—. ¿Y tú?

—Soy Hunter, aunque todos me llaman Bunch —respondió, acercándose más a mí.

Nuestras caderas estaban encajadas, bailando tan pegados que no sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba él, pero no me sentía rara por ello. Me resultaba demasiado natural estar así con él, a pesar de que no le conocía.

—Cerramos en breves —me dijo, con su rostro tan cerca del mío que hasta nuestras respiraciones se mezclaban—, pero, si quieres continuar la fiesta, puedes ir al Gold Club que está aquí al lado.

Asentí brevemente, incapaz de hablar. Notaba el roce de sus labios sobre los míos mientras hablaba, pero el beso nunca llegó. Se separó de mí y se perdió entre la multitud. Rápidamente, Serena apareció a mi lado, sonriendo con malicia y un brillo raro en los ojos.

—¿Nos vamos? —preguntó Alf desde detrás nuestra—. Thomas me ha dicho que le espere en la parte trasera del bar.

Yo estaba demasiado excitada como para irme a casa, pero tampoco me creía preparada como para atender a la insinuación de Hunter. Estaba muy confusa. Notaba un torrente de emociones en mi interior que no sabía gestionar. No entendía cómo alguien como yo iba a salir airoso de una situación con un hombre desconocido, por mucha atracción que tuviese hacia él.

—¡Eh! —me llamó Serena, acercándose a mí—. He escuchado lo que te ha dicho. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé —respondí, aturdida—. No me quiero ir a casa, pero no sé qué hacer en estos casos.

—Esto es lo que vamos a hacer —anunció, mirando a Alf—. Tú y yo nos vamos al Gold Club, mientras dejamos que Alf pierda vuestra apuesta. Si aparece y quieres quedarte a solas con él, hazme una señal; si no, yo te sacaré de ahí. ¿De acuerdo?

—¿Qué señal?

—Tan solo mírame y lo sabré.

Serena tomó las riendas de la situación y le hizo un gesto a Alf para que se fuera en busca de su camarero. Después, le hizo una seña a su escolta para que nos sacara de allí.

El Gold Club, uno de los locales de Drake, estaba a un par de calles, por lo que no dudamos en ir andando. Ese *pub* cerraba a altas horas de la madrugada, por lo que aún se podía ver una larga cola esperando para entrar y continuar la fiesta. Sin embargo, uno de los privilegios de ser de la GoldGroup Society era que podía ir a esos sitios y ser recibida como si fuera mío. Y más, si iba acompañada de la mismísima hermana del dueño del local.

—¡Señorita Knox! —saludó el portero fornido que daba paso—. No sabíamos que iba a venir.

—Ha sido algo improvisado —remarcó.

Entramos juntas, tras una breve sonrisa al trabajador, y fuimos directas al reservado que Drake tenía y que usábamos su círculo cercano cuando queríamos disfrutar de una noche de diversión. Dejamos los bolsos en el perchero allí dispuesto y le pedimos a una de las camareras una cerveza. Cuando nos la trajo, fuimos directas a la pista de baile. Ese sitio se caracterizaba por poner música de todo tipo, incluyendo algunos temas que no sonaban normalmente en las radios del país.

Serena y yo estábamos bailando una canción de Ava Max que me encantaba, y cuya letra me llegaba hondo porque me sentía un poco identificada. Después, le siguió una canción de Maroon 5 y otra de James Arthur. La música sonaba y sonaba, pero los latidos de mi corazón iban desacompasados mientras mis ojos no dejaban de dirigirse hacia la entrada del club para comprobar si veía la silueta de un hombre plagado de tatuajes. De pronto, en mi cabeza se hizo el silencio y supe que había entrado al *pub*. Automáticamente, nuestras miradas se engancharon y supe lo que tenía que hacer.

—Vete —le dije a Serena, mirándola elocuentemente.

Mi amiga no hizo preguntas, sino que le hizo un gesto a su guardaespaldas y juntos se perdieron entre la multitud.

Hunter llegó a mí en un par de zancadas, y su brazo se enredó en mi cintura. Panic! At The Disco sonaba a todo volumen, envolviéndonos en una atmósfera en la que sólo estábamos él y yo.

—Has venido, princesa —dijo al fin, mirándome con intensidad.

No me dio tiempo a decir nada más. Su boca chocó con la mía en un beso

brusco y largo en el que sus labios se amoldaron a los míos con sorprendente naturalidad. Pronto, todo se tornó más ardiente y sus manos descendieron hasta mi trasero para acercarme más a él mientras me besaba. Jadeé contra su boca cuando noté su excitación entre nosotros, pero no dejé en ningún momento de saborearle. Era todo tan intenso que no me daba cuenta de lo que estaba pasando alrededor, hasta que choqué con la barra del establecimiento.

—Te invito a una copa —sonrió, dándome otro beso rápido en los labios—. ¿Qué te apetece?

—Un San Francisco.

—¡Channel! Ponme un San Francisco y una Budweiser.

—¡Marchando! —gritó, haciéndose oír entre la multitud, hasta que me vio detrás de él—. ¡Paola! Perdona, no te había visto. ¿Necesitas algo?

Sonreí a la camarera con amabilidad. No la conocía de haberle visto en el club, pero si le había visto en alguna reunión e incluso Drake nos había presentado a todo su personal un día que coincidimos en el Edificio Andersen.

—Su San Francisco es para mí —respondí, señalando a Hunter a la vez que le guiñaba un ojo.

La camarera se apartó un poco y se apresuró a prepararme la copa. Mientras tanto, Hunter me observaba con los ojos entrecerrados, como si intentara descifrarme, lo que me hizo mucha gracia y no pude evitar reírme.

—¿Qué me miras?

—No sabía que conocías a Channel —explicó.

—Digamos que estoy muy unida al dueño de este sitio.

—¿En serio?

—Somos como hermanos —respondí, encogiéndome de hombros.

—Eres una caja de sorpresas, princesa.

Nuestras bebidas llegaron y lo conduje hasta el reservado para estar más tranquilos. Se sentó en uno de los sofás y tiró de mí para que me pusiera sobre él. Ni siquiera nos dio tiempo a iniciar una conversación. Nuestros labios se buscaban con avidez y no podíamos separarnos el uno del otro. Sus manos estaban por todas partes y yo quise envalentonarme para explorar un poco por mi cuenta.

En algún momento, acabé ahorrajada sobre él. Tenía sus manos en mis caderas y me apretaba contra él de vez en cuando, provocando que algunos gemidos escaparan de mi pecho. El culmen llegó tras tirarme un poco del pelo para dejar expuesto mi cuello, donde prodigó besos húmedos que desataron las mariposas de mi estómago. Estaba más excitada que nunca.

—Me encanta que tengas un reservado —ronroneó, mordiendo levemente el lóbulo de mi oreja—. Podría hacerte mil cosas hasta que gritaras mi nombre.

—¡Oh, Dios! —jadeé, dejando que sus manos recorrieran mis pechos por debajo de la blusa.

Notaba que todo el cuerpo me hormigueaba de una forma deliciosa y adictiva. No quería que quitara las manos de mí, pero, a la vez, notaba que esos demonios que minaban mi autoestima despertaban. ¿Y si no le gustaba lo que veía? ¿Y si no era suficiente?

*** **

Noté el momento en el que perdí a Paola, pero no quise hacer un mundo de ello y, además, el ritmo del club había decaído, por lo que estarían a punto de cerrar.

Decidí dar por concluida esa noche, dándole un beso apasionado como despedida mientras acariciaba ligeramente sus pezones por encima del sujetador. Me la habría tirado allí mismo si no se hubiera perdido en mitad del momento, pero algo me decía que tendría oportunidad de hacerlo más adelante.

—Será mejor que nos vayamos —susurré, arreglándole un poco la ropa—. Puedo oír cómo recogen los camareros.

—¿Qué? ¡Dios mío, qué vergüenza!

Reí al ver que se ponía un poco colorada. Era adorable porque era preciosa y no se daba cuenta de ello.

Cogió sus cosas, tras arreglarse la ropa y el pelo, y se encaminó hacia las escaleras. Yo iba detrás de ella, aún excitado, y me tomé la licencia de observar su precioso trasero. Me habría encantado haberla cogido desde atrás o que ella se hubiese arrodillado ante mí para practicar otros menesteres.

«Céntrate», dijo mi subconsciente en vista de que iba a terminar con una dolorosa erección.

—Buenas noches, señorita Vincent —se despidió uno de los responsables de la seguridad—. Nos vemos, Bunch.

—Nos vemos, tío.

Una vez en la calle, pasé un brazo por los hombros de Paola y la conduje hasta la moto que había aparcado en la esquina de esa calle. No llevaba casco

extra, pero a esas horas no había mucho peligro por las calles.

—Te llevo a casa.

—Vivo algo lejos —lamentó, mirando el vehículo al que me había montado.

—¿Dónde vives? —Paola se mordió el labio y se balanceó sobre sus tacones con nerviosismo—. Eres de Nueva York, ¿no?

—Vivo en Manhattan —explicó—. En el Uper East Side.

—Eres una señorita de la alta sociedad, ¿eh? —bufé, cada vez más extrañado de verla por Brooklyn.

—¿Culpable? —Volvió a encogerse de hombros.

—Vamos, sube —pedí, dándole el casco—. Vivo cerca de aquí y...

—¡No voy a quedarme en tu casa! —saltó.

—Iba a decir que podemos pasar por allí para cambiar la moto por mi coche —espeté, enarcando una ceja.

—¡Oh! Perdona... Es que yo no... Yo no me quedo con desconocidos.

Volví a mirarla extrañado. ¿De dónde había salido esa chica?

Negué con la cabeza y le indiqué con un gesto que subiera detrás de mí. Vivía a unos pocos minutos de allí, por lo que, rápidamente, visualicé el coche en la misma calle en la que vivía. Dejé la moto junto a las escaleras que daban acceso a mi apartamento y saqué las llaves del coche.

—Yo vivo ahí —comenté, señalando la puerta del portal—. Y ese coche plateado de ahí es el mío.

No era el mejor coche del mundo, ni mucho menos, pero era funcional y yo utilizaba más la moto. Le hice un gesto para que entrara por la puerta del copiloto y arranqué en cuanto estuvo aposentada. El interior estaba fresco, por lo que no encendí la calefacción y me puse camino al puente que unía ambos distritos.

El Uper East Side quedaba a más de media hora de donde estábamos, pero al ser temprano apenas había tráfico y no nos costó mucho llegar a Central Park. Esa zona era de las más caras de Nueva York, y la alta sociedad se pavoneaba por esas calles como si fueran los dueños de la ciudad. Yo no iba mucho por allí, a pesar de que había buenas galerías de arte y me encantaba pasear entre obras de arte. Era demasiado pomposo para mí.

—Ese es mi edificio.

Señaló un edificio alto, de estilo *art déco* tan típico de la zona, que tenía un portero apostado en la puerta con un uniforme ridículo. Paré justo en frente de ese hombre y vi como dirigía una mirada de disgusto hacia mí.

—Será mejor que bajes ya o ese portero te sacará a rastras —dije, un poco

mordaz.

—No exageres —replicó, saludando con la mano al empleado.

—¿Qué hacías en Brooklyn? —quise saber, pues no entendía ese cambio de aires.

—No siempre puedo ir a sitios de por aquí, porque es donde se espera que estemos —explicó.

—No lo entiendo.

—A la prensa sensacionalista le gusta, de vez en cuando, seguimos allá donde vamos.

—¿Por qué hablas en plural?

—Digamos que mi círculo de amigos tiene cierta importancia en el país.

Fue entonces cuando me acordé de ese tipo que se dedicaba a acompañarlas siempre y que incluso probaba las bebidas que consumían en el bar. Todo eso sólo hacía que quisiera saber más de esa gente.

—Bueno, será mejor que me vaya.

Paola abrió la puerta del coche y el portero se apresuró a ayudarla a bajar, pero no pude evitar retenerla del brazo y tirar de ella para besarle con pasión bajo la mirada de reproche de ese señor. Le metí la lengua en la boca para acariciar la suya con suavidad, jugando con las sensaciones que provocaba en ella.

—Te hablaré para lo del tatuaje —susurró, jadeando por el beso.

—Lo espero.

Finalmente bajó, dirigiéndome una última sonrisa.

—Señorita Vincent —saludó el conserje, haciendo una inclinación con la cabeza.

Paola Vincent. Ese era el nombre de la rubia de ojos almendrados y piernas interminables que había despertado mi interés. No me veía con ella para algo más que no fuera sexo, pero no me importaría tener esas piernas a mi alrededor durante unas cuantas horas. O su boca. Esa boca que había sido creada para el pecado.

Conduje de vuelta a mi apartamento mientras la ciudad empezaba a despertar con un amanecer despuntando en el horizonte plagado de rascacielos. Para cuando llegué a mi apartamento, las luces de la calle se habían apagado, dando paso a la claridad mortecina de un día nublado en la ciudad. Recogí el correo del buzón, lleno de facturas, y subí las escaleras hasta casa. Gina no había estado por allí desde que le había pillado teniendo sexo con ese drogadicto, pero tampoco me importaba. De hecho, ni siquiera la echaba en falta, lo que me hacía ver que,

cada vez, tenía más ganas de que desapareciera de mi vida.

Me dejé caer sobre la cama, quitándome con los pies los zapatos negros de cuero y deslizando el resto de la ropa fuera de mi cuerpo. Antes de darme cuenta, me quedé dormido y soñé con esos labios recorriendo mi cuerpo.

*** **

Me había quedado dormida en el salón y el sol me despertó gracias al gran ventanal que decoraba la estancia. Me dolía la cabeza por culpa de las copas de más que había tomado la pasada noche, y me notaba ligeramente atontada.

Miré a través de los cristales y la luz me cegó, haciéndome cerrar los ojos de golpe. Me estiré con fuerza, haciendo crujir mi columna vertebral, y me di cuenta de que estaba desnuda debajo de la suave manta. Me incorporé como movida por un resorte y me cubrí un poco antes de encaminarme a mi habitación. Fue entonces cuando lo vi, a John, recostado en la encimera de la cocina americana. Iba vestido con su habitual traje negro, pero se le veía relajado mientras miraba algo en su dispositivo móvil. Intenté pasar por allí sin ser vista, pero estaba claro que un escolta iba a percatarse de cualquier movimiento en su periferia.

—Tienes café recién hecho en la cafetera —comentó, guardando el teléfono en el bolsillo interior de la americana.

Apreté los dientes. No soportaba que me tratara con esas confianzas. No es que yo fuera una esnob, pero creía fervientemente en la necesidad de poner un límite entre los distintos estamentos jerárquicos de un trabajo. Así lo había aprendido en la universidad, y no veía mal aplicarlo en todos los ámbitos de mi vida.

—Antes de que abras tu preciosa boca con algún reproche, te gustará saber que Paola Vincent ha pasado la noche en su casa, después de haber estado hasta la hora del cierre en el Gold Club en compañía de Hunter Bunch —informó, aún sin mirarme.

No me molesté en darle las gracias y, olvidando que iba casi desnuda, me acerqué a él y lo enfrenté. Su expresión al verme de esa guisa no demostró sorpresa, pero sí percibí un brillo extraño en sus ojos.

—No te extralimites, Lush —gruñí—. Me da exactamente igual bajo las órdenes de quién estés, pero puedo conseguir un reemplazo si realmente me lo propongo. ¿Queda claro?

—Como el agua —respondió, sonriendo con suficiencia.

Le miré durante unos segundos, intentando mantenerme firme en mi postura, y me dirigí a mi habitación. Estaba a punto de salir de la cocina cuando él tiro de mi brazo y me acercó a su cuerpo. Jadeé por la sorpresa y porque me encontraba a escasos centímetros de su rostro.

—Olvida su café —espetó, tendiéndome una taza que había preparado—. Está claro que le hace falta, doctora Knox.

Me miró de arriba abajo y yo le gruñí, dando un tirón para soltarme. Nos retamos en silencio, tanteándonos, hasta que se relajó y volvió a recostarse en la encimera.

—Y ha llamado su madre, por cierto —informó—. Tiene comida familiar.

—Arg —suspiré—. No puedo contigo...

—Yo podría decir lo mismo —susurró, a mis espaldas, aunque lo bastante alto para que le escuchara.

—¿Cómo dices?

—Que iré a por el coche.

No me molesté en dirigirle otra mirada. No podía con él. Era descarado, altanero, arrogante y, por suerte o por desgracia, tremendamente bueno en su trabajo. Quizá por eso aún no me había plantado ante Vladimir para exigirle un cambio de escolta.

Me tomé el café, solo y sin azúcar, mientras me preparaba para la ducha. Tenía la esperanza de que el agua me espabilara un poco y me sacara de ese estado resacoso que tanto odiaba. Terminé de arreglarme en el vestidor, sentada en el tocador que contenía mi maquillaje mientras miraba el vaso de zumo de naranja que alguien había dejado sobre la mesa.

—Maldito Lush.

Cogí el vaso y, justo detrás, apareció una aspirina. Parecía que se burlaba de mí, pero a la vez se mostraba preocupado. Debía de tener un aspecto lamentable durante nuestra discusión en la cocina, pues me había proporcionado las tres cosas que ayudan a una resaca: cafeína, vitamina C y un analgésico. Y yo había sido una auténtica zorra con él.

Lo dejé correr; ya arreglaría las cosas en otro momento o intentaría ser más condescendiente. En ese momento, tenía que darme prisa, por lo que me maquillé con rapidez y de forma sencilla, me cepillé el pelo con esmero para

plancharlo un poco y me vestí con un sencillo conjunto de traje de chaqueta color burdeos y unas sandalias de *Jimmy Choo*.

Salí al recibidor, ya con el bolso colgado del hombro y las gafas de sol listas para cubrir mis ojos sensibles a la luz, para encontrarme con John. Me estaba esperando junto al ascensor, con un pinganillo saliéndole del oído y perdiéndose por su musculoso cuello.

—Todo listo —susurró al puño de su manga mientras pasaba por su lado.

Nos metimos en el ascensor y bajamos al garaje del edificio. No sabía cómo darle las gracias por el detalle del zumo, puesto que no estaba muy acostumbrada a esas cosas, pero la buena educación me pudo y al final tartamudeé:

—Oye, gracias por la aspirina.

El no dijo nada, sólo me guiñó un ojo, sonrió e hizo un asentimiento con la cabeza. Había regresado el escolta profesional, ese que me dejaba espacio, pero siempre estaba detrás de mí.

—Buenos días, doctora Knox —saludó el chófer, abriéndome la puerta.

—Hola —correspondí, sonriendo.

Me subí al coche y empecé a jugar con el teléfono mientras John hacía unas comprobaciones rutinarias. Tenía la costumbre de mirar debajo del coche siempre, o abrir el capó. Yo pensaba que exageraba, pero desde que alguien intentó matarme en una fiesta familiar en Los Ángeles, todos se habían vuelto extremadamente protectores, incluso paranoicos. Desde mi punto de vista, el verdadero peligro estaba en California, no en Nueva York, pero prefería mantenerme al margen para darles tranquilidad mental. Tras varios minutos, al fin salimos a la calle. Durante todo el trayecto, estuve mensajando con Paola en busca de detalles de su noche, pero no me sorprendió saber que no había pasado a más de un par de besos y caricias. Siempre había sido tímida, a pesar de haber trabajado como modelo durante el instituto. No sentía seguridad en sí misma, algo que se había agravado por cómo le había tratado el desgraciado de Jamie.

Llegamos a la casa familiar entre una marabunta de periodistas, sin duda, aún curiosos por conocer más datos de la relación de mi hermano con Nayasha. Todos esperaban el inminente anuncio de su matrimonio, pero la realidad era que ni ellos sabían cuándo eso iba a pasar. La familia de mi cuñada, especialmente su padre, no estaba muy por la labor de dar el visto bueno, pero no se oponía firmemente a que se vieran. La verdad es que dudaba que los deseos de mi hermano de convertir a Nayasha en su esposa fueran a cumplirse pronto, algo que amargaba a mi hermano todos los días.

—Vaya a aparcar —ordenó Lush.

Salió del coche y abrió mi puerta, tendiéndome la mano para ayudarme a salir. Apretó con fuerza mis dedos y me atrajo contra su pecho. Me tapaba la cabeza de la prensa, que empezaba a bombardearme a preguntas. Notaba cómo me rodeaba la cintura con uno de sus fuertes brazos y me conducía hasta la puerta principal.

—Ya llegamos, Serena —susurró en mi oído, haciendo que se me erizara el pelo de la nuca.

—No soporto esto. —No supe si me refería a la sensación que me producía su cercanía o a la presencia de esa jauría de perros con cámaras y micrófonos.

Abrió la puerta de la casa y me metió dentro, quedando ambos muy juntos. Él jadeaba un poco por el esfuerzo, pero estaba impecable, no como yo, que parecía que había atravesado un bosque de zarzas.

—¿Estás bien? —quiso saber, apartándome el pelo de la cara.

—Perfecta —respondí, mirándole a los ojos.

—Odio verte metida en todo eso —susurró.

—A la próxima, no detengas el coche —pedí, casi suplicando.

Sonrió ante mis palabras y parecía que quería hacer algo más, pero de repente se separó y se alejó de mí justo en el momento en el que Vladimir aparecía por el vestíbulo, cargando a su bebé en brazos. John me miró una última vez, antes de cuadrarse ante su supervisor e irse al ala de la casa destinada al servicio.

—Ena —saludó mi tío, sin despegar la vista de su subordinado—, ¿todo bien?

—Ahora, sí —asentí, con el corazón latiendo a mil por hora.

Me acerqué a él para coger a la pequeña, sin poder evitar un sentimiento de rabia al ver a John irse de mi lado. ¿Por qué? Seguía sin saberlo.

Capítulo VIII – Mi paciente favorito

El fin de semana había pasado en un auténtico suspiro. La mañana del sábado, tras irme a comer con mi familia y hablar mucho con Serena por *WhatsApp*, tuve el valor de escribirle un mensaje a Hunter. Al principio, fingió no reconocermelo hasta que vio la fotografía de mi perfil y empezó un intercambio continuo de indirectas. Al final, en uno de esos momentos en los que la conversación se apagaba, sacó el tema de la revisión de mi tatuaje y, ese mismo domingo por la mañana, había acudido a su casa. Por supuesto, le había insistido a Serena para que me acompañara, puesto que ella me infundía los ánimos necesarios para no retraerme y tampoco es que confiara mucho en mis dotes de seducción.

Habíamos llegado cerca de la primera hora de la noche y Serena había aparecido junto a su escolta, el cual tuvo la deferencia de esperar en la escalinata de acceso al edificio. Juntas habíamos subido hasta el piso de Hunter e incluso había podido comprobar la decepción en su rostro al verme acompañada.

—Perdona que me haya autoinvitado —intervino rápidamente mi amiga—, pero llevo un tiempo pensando en hacerme un tatuaje.

—Claro —respondió—. Sin problema.

—Hunter —hablé, al fin—. Te presento a Serena, una buena amiga.

—Llámame Ena —replicó, dándole un ligero beso en la mejilla.

Entrar en ese apartamento fue un golpe directo en la cara. Tenía un salón amplio y luminoso, decorado con muebles que no combinaban entre sí, pero todo estaba limpio y reluciente. Su estudio, instalado en una de las habitaciones del apartamento, estaba lleno de artículos de coleccionista, además de contar con una camilla médica y un escritorio con un ordenador.

Lo observé todo mientras Serena le explicaba lo que quería y él se afanaba en esbozarlo en papel de calco. Mi amiga me observaba de reojo, como si esperara una señal para desaparecer de allí. Sin embargo, al final de la noche, Serena tenía unas iniciales tatuadas en la nuca y yo volvía a lucir el mío de forma impecable.

—Ya verás como ahora no se borra —susurró, mirándome con intensidad.

—Entonces, no tendré excusa para venir a verte —logré decir.

—No necesitas una excusa para eso, princesa —aseguró, masajeando la piel

tatuada—. De momento, te acordarás de mí toda la semana.

Y no se había equivocado. Ese lunes, justo cuando me había puesto los zapatos de tacón para ir a la clínica, me había acordado de él por culpa del escozor. Y aún, me había acordado más de él a cada paso.

«Tendría que haber esperado hasta poder usar sandalias», me lamentaba mientras caminaba por el pasillo que conducía a mi despacho. Entré en la oficina y me senté en el sofá, quitándome los zapatos mientras sacaba el teléfono del bolso.

“Desde luego, no puedo dejar de acordarme de ti”

No pude evitar mandar ese mensaje, acompañado por una de esas caras pícaras propias de la aplicación de mensajería. Esperé unos segundos para ver si llegaba respuesta, pero era temprano por la mañana y yo tenía que atender a un paciente en diez minutos.

No era de esas que llega a su puesto de trabajo y se cambia, sino que me mantenía durante toda la jornada vestida con ropa de calle y zapatos. Sin embargo, ese día necesitaba ponerme algo cómodo o no iba a aguantar la molestia que el tatuaje me producía cuando se rozaba con el estrecho zapato. Por eso, me fui hacia el baño adjunto a mi despacho, donde tenía un armario con algo de ropa y me puse los zuecos sanitarios y la bata con el logo de la clínica.

Terminaba de arreglarme cuando mi secretaria abrió la puerta para dejar pasar a mi paciente.

—Buenos días, doctora Vincent —dijo el joven, estrechando mi mano.

—Buenos días, Calvin —saludé, guiándole hasta el diván—. ¿Cómo has estado?

La mañana trascurrió entre pacientes y sin sobresaltos. No tuve mucho trabajo, puesto que los lunes los dedicaba, en gran parte, a organizar a los pacientes nuevos y valorar posibles altas. Estaba terminando de redactar un informe de segunda opinión cuando la pantalla de mi teléfono se iluminó con un mensaje. Hunter se acababa de despertar y yo sonreí como una tonta.

“Podrías acordarte de mí por otras cosas”

Su respuesta activó todas las terminaciones nerviosas de mi piel, el estómago se me encogió y los latidos del corazón se me alteraron como si fueran alas de colibrí. Estaba claro que él sabía jugar.

“¿Ah, sí? ¿Cómo? Porque el escozor del pie es muy insistente”

Me carcajé mientras le daba al botón de enviar y volvía a dejar el dispositivo sobre la mesa. Era casi la hora de comer, por lo que me apresuré en terminar la tarea.

“¿Has comido? Te espero en la calle”

El mensaje de Hunter me dejó boquiabierta mirando el teléfono. No se le habría ocurrido ir hasta allí para comer conmigo, ¿no? Tecleé furiosamente hasta que quedé satisfecha con el informe y cerré la pantalla del ordenador. A pesar de haber trabajado a toda velocidad, me había demorado casi cuarenta minutos desde que su mensaje había entrado en mi teléfono, por lo que ni siquiera me molesté en retocarme, sino que cogí el teléfono y algo de dinero en efectivo, y salí a la carrera hacia la entrada principal. Noté que mi secretaria me miraba extrañada, pero tampoco dijo nada. Me detuve antes de salir, anonadada de ver que sí, que Hunter estaba allí, apoyado en su moto con las gafas de sol puestas, la barba larga arreglada, los brazos cruzados sobre el pecho, marcando su musculatura, y una bolsa de comida sobre el asiento.

Al final, me armé de valor y bajé para ir a su encuentro. Su sonrisa se hizo más amplia al verme y no dudó en acercarse a mí para darme un beso largo en la comisura de los labios.

—¿Qué haces aquí?

—He visto tu mensaje y quiero que te acuerdes de mí por otro tipo de escozor —replicó, guiñándome un ojo.

Noté cómo me subía el calor a las mejillas y agradecí ir maquillada como para que no se notara el rubor. No supe qué decir, pero sí sonreí.

—Y he deducido que no has comido —continuó, señalando con la cabeza la bolsa—. ¿Hay algún sitio al que podamos ir?

Me devané los sesos pensando en el lugar idóneo y, en mi mente, solo estaban el comedor común de la clínica o mi despacho. Tenía ciertos reparos a la hora de mostrarme en actitud cariñosa o algo similar con él, sobre todo si Jamie andaba por allí. Fue entonces cuando me acordé de la pequeña terraza situada en un parque cercano. Era perfecta para tomar café, comer algo o pasar el rato tomando el fresco.

—Hay un sitio aquí cerca —informé—. Podemos ir andando.

Le indiqué dónde dejar la moto, junto a mi propio coche, y emprendí el camino a pie. Íbamos muy juntos y podía notar esas chispas electrizantes que me atraían a él.

Minutos después, estábamos sentados en una silla de madera de jardín con la comida que él había traído sobre la mesa de láminas. No podía apartar la mirada de Hunter. Se me hacía muy extraño tenerlo allí, sin previo aviso, en una especie de cita.

—¿Qué tal el pie? —quiso saber, dándole un sorbo a su bebida.

—He tenido que ponerme los zuecos —expliqué, enseñándoselos.

Recordé el aspecto que debía llevar y me morí de vergüenza. Hunter pareció notar mi desasosiego, puesto que esbozó una sonrisa en sus labios y me guiñó un ojo, desencadenando las miles de mariposas que habitaban en mi estómago últimamente.

—Te queda bien el uniforme —comentó.

—Pues no te acostumbres, que no suelo llevarlo —repliqué, riendo a medias.

La mirada pícaro que me dirigió me hizo enrojecer, pues me hizo darme cuenta del segundo sentido de mis últimas palabras.

—Me encantaría verte sin él —se carcajeó.

—Ya sabes qué quería decir —murmuré, azorada.

No pudimos alargar mucho más la comida, puesto que yo tenía que volver a la clínica y Hunter empezaba su turno en el bar en menos de una hora y aún tenía que llegar a Brookyn.

—Nos vemos pronto —prometió cuando llegamos al aparcamiento.

Se acercó a mí y volvió a besarme en la comisura de los labios, dejándome con ganas de más, pero no tenía el valor de dar yo el siguiente paso.

—Hablamos —prometió.

Lo vi montarse en la moto y arrancar con un ruido ensordecedor. Me dedicó un último vistazo a través de la visera del casco integral y salió despedido calle abajo. Permanecí allí unos segundos más y, cuando me decidí a volver a la clínica, mi hermana me esperaba allí con media sonrisa en la cara.

—¡Cállate! —advertí, pasando por su lado.

—Ya me enteraré, ya —canturreó, yendo hacia el pasillo que llevaba hacia el área del que se encargaba.

Me metí en mi despacho, cerré la puerta y me recosté sobre ella. Y sonreí... Tanto que hasta me dolían las mejillas.

*** **

Cuando llegué al Nexus, Lizzy ya estaba allí. Se movía entre las mesas, repasando que las cosas estuvieran en orden a la vez que tarareaba la canción que se había puesto en la mesa de mezclas.

—¡Hola! —saludó alegremente, sin dejar de hacer sus tareas.

Le hice un gesto con la mano y fui al vestuario para ponerme la camiseta con el logo del bar y el delantal corto negro. No tenía mucho que hacer, pero debía comprobar que todo estaba listo para la apertura.

—¿Qué tal te ha ido con la niña rica? —quiso saber mi amiga, sorprendiéndome desde detrás de la barra.

—No me la he tirado, Lizz —repliqué, poniendo los ojos en blanco.

—No me digas que quieres ir despacio con ella.

Entendía muy bien sus palabras, pues yo nunca había sido de esos que van lentos y afianzan una relación. De hecho, yo ni siquiera quería una relación. Hacía años que había tenido una relación de exclusividad que no había ido bien, y no tenía ganas de repetir experiencia.

—No, pero es como un animalito asustadizo, ¿sabes? —expliqué, secando unos vasos—. Cuando hago algo más que darle un beso, se retrae.

—¿Por qué? —Me encogí de hombros ante su pregunta—. Pues ten cuidado, Hunter. Podrías hacerle mucho daño.

—No se le puede hacer daño a alguien con un poco de sexo —espeté.

—Tú sabrás qué haces, Hunter —dijo al final, entrando en el almacén.

No quería herir a Paola. Mi única intención era disfrutar con ella de un par de maratones de sexo caliente, pero sabía que no iba a ser fácil. Siempre había pecado de cabezota, pero con Paola ese defecto mío había ido más allá. Tanto, que había estado todo el fin de semana pensando en ella y en esos besos sensuales que habíamos compartido durante la noche del viernes.

—¡Hola!

La voz del jefe llegó desde la entrada. Kurt era un tipo fornido, pero alegre y dicharachero. Nos dejaba a todos los empleados manga ancha, siempre y cuando al final de mes hubiera tenido el beneficio exigido en cada uno de sus locales.

—Hola, jefe —saludé, chocando el puño con él.

—¿Cómo se presenta la semana? —quiso saber.

—Esperemos que con mucho trabajo.

—¡Ese es el espíritu!

Vi cómo se dirigía al despacho, donde tenía la caja fuerte. Los lunes solía ir para coger todo lo recaudado durante el fin de semana y así poder ingresarlo. Después, cuando ya había repasado los libros de cuentas, incidencias e inventario, se iba y nos dejaba con el trabajo duro al resto.

—Bunch, la semana que viene hablaremos de tus horas extra —dijo, precipitándose hacia la salida.

Ni siquiera me molesté en responder, pues sabía que nunca vería remunerado ese tiempo de más. Y, por desgracia, no podía quejarme porque necesita ese trabajo para sobrevivir en Nueva York. Sin embargo, me consolaba saber que podía pagar mis gastos y, además, ahorrar un poco y compaginar lo de servir copas con hacer tatuajes. Realmente, esperaba poder abrir mi estudio en algún momento. Esa era la meta y en ello quería enfocarme.

Antes de darnos cuenta, la hora feliz llegó y decenas de personas empezaron a entrar en el bar, sedientos de cerveza. Las copas iban que volaban, y Lizzy no daba abasto con las jarras de cerveza que le pedían.

—Hunter —llamó Lizzy, desde el grifo de cerveza—, necesito que me cambies el barril de la cerveza tostada.

—¡Voy!

Me metí en el almacén y cogí uno de esos pesados barriles de acero inoxidable. Me apresuré a cambiarlo, con el fin de evitar lo más posible que se le acumularan los clientes a mi compañera. Había terminado de instalar el barril cuando un barullo cerca de la puerta llamó mi atención. Me apresuré a ir hasta el sitio en el que unos tipos se estaban partiendo la cara a puñetazos e intenté ayudar a los de seguridad a separarlos.

—¡Sacadlos de aquí! —espeté, cuando al fin pudieron separarlos.

—Vamos, idiotas.

En cuanto salieron del local le hice una señal al DJ para que en una hora pusiera la canción de cierre, enfadado por la situación.

—Thomas, limpia todo esto —pedí, señalando los cristales esparcidos por el suelo.

—Marchando.

Fue entonces cuando vi al chico ese que había acompañado a Paola la última vez. Estaba sentado en una mesa, vestido de forma casual y cómoda, y miraba su teléfono móvil mientras bebía un *Cosmopolitan*. No parecía encajar en el ambiente, pero sus amigas tampoco lo hacían y así habían conseguido llamar la atención.

—Hemos quedado después —dijo Thomas desde detrás de mí.

—No te veía yo con un niño rico, Thom —señalé, desviando la mirada hacia mi compañero.

—Sinceramente, me extraña que no lo hayas reconocido aún.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, colega —sonrió, recogiendo unos cristales—. ¿No se te ha ocurrido buscar en Google a la chica con la que estás saliendo? Te llevarás una

sorpresa.

Fui a replicarle, pero Lizzy volvía a tener problemas con los clientes, por lo que me despedí rápidamente de Thomas y me dispuse a volver detrás de la barra.

—Limpia esto y, después, puedes irte —indiqué, guiñándole un ojo.

Sí había buscado a Paola en internet, pero solamente para saber dónde trabajaba. Ni siquiera me había fijado en el resto de las entradas que aparecían en el buscador, pero me había picado la curiosidad.

—¡Deja de pensar con la polla y échame un cable! —bramó Lizzy, estresada porque un grupo de tíos no dejaban de lanzarle improperios.

—No te pases —susurré en su oído al pasar por su lado—. Tíos, una palabra más a la camarera y os saco a patadas.

Automáticamente, se calmaron y yo continué con mi trabajo.

A la hora del cierre, Thomas se reunió con el amigo de Paola en la salida. Intercambiaron un rápido beso en los labios mientras mi compañero se ajustaba la chaqueta.

—¡Eh! —se hizo notar el amigo de Paola—. Llámala.

Después, salieron juntos y yo me quedé en el local. Me tocaba cerrar y Lizzy se había ido hacía rato, por lo que estaba solo. Apagué las luces de la sala principal, cerré la puerta y me encaminé a los vestuarios para cambiarme. Antes de darme cuenta, estaba escribiéndole un mensaje a Paola.

“Termino de trabajar ahora. Estoy roto”

No esperaba que me respondiera, puesto que eran pasadas las tres de la madrugada, pero mi teléfono no tardó en vibrar con la llegada de un nuevo mensaje.

“¡Qué Suerte! Aquí sigo yo, revisando informes.”

Yo sí que la quería revisar a ella, de arriba abajo y conmigo encima. Estaba tentado a ir a distraerla un poco, pero no quería parecer desesperado por estar con ella.

“Seguro que juntos podríamos revisar otras cosas más interesantes.”

Acompañé el nuevo mensaje con una fotografía mía sin camiseta, aprovechando que me estaba cambiando, y mostrando parcialmente mi cara. En esa ocasión, su respuesta tardó más en llegar. Tanto, que me dio tiempo a ponerme la ropa de calle, cerrar todo el local e ir hasta la moto, aparcada en el callejón de la parte de atrás.

Estaba a punto de arrancar cuando la vibración del teléfono me alertó. En cuanto abrí el mensaje, un calor me subió desde los pies a la cara gracias a la sensual foto que me había mandado. No se revelaba nada, pero iba vestida con

un *bustier* negro de encaje que resaltaba sus pechos y su piel cremosa.

“Sí, algo interesante podríamos encontrar.”

Sonreí ante sus palabras y su intento de coquetear. Realmente, era deliciosa y no se daba cuenta. Sabía que pronto iba a probarla, pero no quería asustarla. Quería hacerle de todo, menos eso.

“¿Te vienes mañana por la noche al Nexus y hablamos de la revisión de informes?”

Su respuesta afirmativa me hizo sonreír con anticipación. Estaba deseando volver a probarla. Conduje hasta casa, seguro de que Gina seguiría sin aparecer. Tenía que hacer algo con respecto a ella o, al final, me echarían del apartamento por incumplimiento del contrato. No tenía ni idea de a dónde se había ido, y Jared tampoco, pero sí decía que no era raro que desapareciera de vez en cuando. Yo sólo me temía que un día apareciera tirada en cualquier sitio o que le pasara algo realmente grave.

Me desnudé al llegar y me dejé caer en la cama. Las palabras de Thomas seguían retumbando en mi cabeza, por lo que saqué el iPad que usaba para diseñar los tatuajes y puse en Google el nombre completo de Paola. Rápidamente, me apareció la clínica, pero también cientos de enlaces a blogs de cotilleos, donde hablaban de diversas fiestas que había dado junto a sus socios, a los que reconocí de inmediato. En una foto, aparecían todos los miembros de la GoldGroup Society, y ahí estaba la rubia que siempre le acompañaba. En otra imagen, vi a Alf Saw, un famoso escritor que estaba despuntando también la adaptación de sus novelas al cine y televisión. Y así, encontré a todo su círculo de amigos y familia y confirmé que se movía por las altas esferas de la sociedad neoyorquina. Sus amigos iban desde estilistas de famosos a publicistas, pasando por científicos y directores de cine. Incluso era buena amiga de Drake Knox, conocido en el mundillo de la noche por tener varios locales por toda la ciudad.

El amanecer me sorprendió con la atención inmersa en una página que hablaba sobre Paola a un nivel más personal. Cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana y miré el reloj, decidí descansar, aunque fueran un par de horas. Igual fueron las horas destinadas a saber de Paola, pero en cuanto cerré los ojos, la mirada avellanada de Paola apareció en mi mente y tenía ese brillo especial que una mujer adquiría cuando estaba satisfecha.

*** **

Acompañé a Nayasha hasta el interior de la clínica y juntos fuimos hacia el despacho de Paola. Quería hablar con ella de unos asuntos, y de paso hablar de cenar todos juntos. Parecía mentira, pero rara era la vez que nos juntábamos todos para pasar un rato de calidad, fuera de las oficinas y el mundo de los negocios.

—¿Se puede? —pregunté, tocando a la puerta.

En el interior de la oficina estaban Paola y Darla, tomando algo de comer y un café, y rápidamente se levantaron a recibirnos.

—Claro que se puede —dijo Darla, dándonos un rápido abrazo—. Acabo de hacer café.

—¿Qué haces aquí?

—Aprovecho que he traído a Naya para pasar a verte, ahora que sé que no tienes muchos pacientes —expliqué—. Sé que has estado muy ocupada.

Mi madre me había comentado algo por encima, pero no había querido entrar en detalles, pues estaba tratando a Paola como una cliente y, sobre eso, reinaba el secreto profesional.

—Ya os contaré —suspiró, sentándose de nuevo.

—A eso venimos —intervino Naya—. Drake ha pensado en quedar para cenar, aprovechando que está Alf en la ciudad.

—¡Sí! —saltó Darla—. El otro día, Mael también me lo propuso.

—Pues lo organizo —anunció Paola—. ¿Para esta noche es muy precipitado?

—Por mí está bien.

Nayasha asintió a mis palabras. Yo nunca hablaba por ella, pues las cosas con su familia seguían tensas, a pesar de que empezábamos a tener más relación. Por desgracia, seguía dependiendo de sus deseos para poder estar a solas con Nayasha.

«Paciencia...» me dije, haciendo acopio de fuerzas.

—Mael confirma que viene —dijo Darla, señalando su teléfono.

Hablamos un poco sobre a dónde queríamos ir a cenar y Paola nos sorprendió pidiendo ir a un sitio nuevo a tomar unas copas. Era un local que yo conocía, puesto que estaba cerca de uno de mis clubs, pero el hecho de que fuera en Brooklyn nos dejó a todos perplejos.

—Os lo explicaré allí —zanjó.

—Pues nos vemos esta noche —intervino Darla, levantándose—. ¿Vienes, Nayasha? Necesito comentarte algunas cosas de uno de mis alumnos.

—Claro —respondió, levantándose y acercándose un poco más—. Nos

vemos luego, amor.

Se despidió de mí con un beso rápido en los labios y me quedé a solas con mi amiga. Aproveché entonces para contarle las últimas actualizaciones sobre los fondos de la GoldGroup Society destinados a la beneficencia. Estaba yendo muy bien, pues se notaba que se acercaban las elecciones y todos querían lavar su imagen.

—Pronto, tendremos que hacer otra gala —dije, haciendo cálculos mentales—. Sobre todo, si queremos cubrir más necesidades especiales de niños.

—Tengo algunas ideas, pero esta vez creo que deberíamos hacer la fiesta en otro lugar —comentó—. En Los Ángeles, por ejemplo.

—Es algo plausible. Y el verano que viene será más sencillo —sopesé—. Le diré a mi gente que se ponga en contacto con el resto de la sociedad. ¿Te encargas tú de decírselo a Darla?

—Claro —asintió.

Me levanté entonces, mirando la hora. Tenía una reunión con unos accionistas a los que pensaba comprarles la empresa y llegaba un poco justo de tiempo.

—Nos vemos esta noche.

—Por supuesto.

Nos despedimos con un suave abrazo y me encaminé hacia mi coche.

—Señor —me llamó uno de mis escoltas—, la señorita Vincent viene corriendo hacia aquí.

Me giré y vi cómo Paola se apresuraba a darme alcance, haciéndome gestos para que aguardara.

—Drake —jadeó, llegando hasta mí—, soy una amiga horrible. ¿Cómo te está yendo con Nayasha?

Dejé caer mi máscara de indiferencia durante un lapso muy corto, pero con ella no necesitaba fingir que todo en mi relación era de color de rosa.

—Ya veo... —lamentó, mirándome un poco enfadada—. Todo irá bien, Drake. Ten paciencia y recuerda que estamos aquí para ti.

—Lo sé, Pao... Pero, cada vez, cuesta más.

—Odio verte así.

—Valdrá la pena —susurré, deseando que así fuera, haciendo caso a sus palabras.

Me miró largamente y, después, volvió a abrazarme. Sentí cómo me consolaba un poco, para después irse por donde había venido. Durante ese tiempo, mis escoltas habían aprovechado para acercar su coche y el mío, por lo

que sólo tuve que montarme y encaminarme hacia el Edificio Andersen.

*** **

Me habían hecho el favor de admitir la reserva para siete a última hora en *Le Bernardin*, un restaurante francés cerca de Central Park que me encantaba. Había ido tantas veces con mi familia, que hicieron todo lo posible por admitirnos para cenar.

Mi hermana y yo, junto a Nayasha y Alf, íbamos directas desde la clínica, mientras Drake y Serena iban por su cuenta. Por eso, no me sorprendió ver a Mael ya en la mesa, con una copa de vino blanco servido y hablando por teléfono.

—Hola, chicas y Alf —saludó, levantándose para abrazarnos.

Nos sentamos todos en la mesa y, al poco rato, aparecieron los hermanos Knox.

—Disculpad el retraso, pero teníamos que coordinar una seguridad conjunta —informó Drake, acercándose a su novia para darle un beso en los labios

—¡Qué pesadilla! —se quejó Ena, sentándose a mi lado.

Nos sirvieron vino Vega Sicilia delicioso, con pescado y marisco para todos, a excepción de Naya y Serena, que se decantaron por dos *filet mignon* al auténtico estilo francés.

La conversación giró un poco en torno a las novedades de nuestras respectivas vidas, por lo que, cuando me tocó a mí, Serena me miró de forma elocuente, lo que desató la curiosidad del resto del grupo.

—Suéltalo —me animó Ena.

—¡He conocido a un chico! —medio susurré.

Todos me miraron en silencio, especialmente Drake. Conocían mi historia con Jamie y, desde el minuto uno en el que lo introduje en nuestro grupo, se habían llevado bien. Sin embargo, Serena y Alf sabían la verdadera historia detrás del espejismo. Ni él era tan bueno, ni yo tan feliz.

—Entonces... Lo tuyo con Jamie no tiene solución, ¿no? —quiso saber Mael.

—No —confirmé, confiada.

—¿Y quién es? —quiso saber Drake—. ¿Lo conocemos?

—De hecho, no... Si luego vamos a un sitio, os lo puedo presentar —ofrecí con timidez—. Pero no esperéis a un tipo trajeado con el pelo engominado.

—No, mejor que no —ratificó Serena, con el beneplácito de Alf.

—Me has dejado intrigadísima —canturreó Naya, dando un sorbo a su copa.

Vi que todos opinaban como ella y cómo se daban prisa en terminar la cena para partir hacia el bar en el que trabajaba Hunter. Esperaba que los prejuicios no alteraran la opinión que tenían de él, aunque sabía que mis amigos querían lo mejor para mí. Sin embargo, algo atenazaba mi corazón, pues Hunter estaba totalmente fuera de lo que era conocido para nosotros.

—Todo irá bien —escuché que me decía Serena, apretando mi muslo por debajo de la mesa.

Pagamos la cuenta poco después y nos encaminamos a los coches. Aprovechando que Serena y Drake habían ido con sus escoltas, iríamos todos en sus vehículos, con el fin de no tener que privarnos de consumir alcohol si lo deseábamos. Por eso, el escolta de Ena dirigió la pequeña comitiva hasta Brooklyn.

Durante el trayecto, cogí el teléfono y le envié un mensaje a Hunter, haciéndole saber que iba de camino y que iba con gran parte de los miembros de la GoldGroup Society.

Al llegar, no había mucha gente. Tan solo aquellos trabajadores que acostumbraban a desconectar de sus empleos con un par de copas. Entramos directamente y fuimos hasta la zona en la que estaban las mesas, pero yo fui interceptada. Una mano grande y cubierta de tatuajes me cogió de la muñeca y me atrajo hacia su cuerpo.

—Hola, princesa —saludó Hunter.

Su boca chocó con la mía en un beso breve, pero intenso.

—Tengo un descanso en media hora —informó, separándose de mí—. Ve hasta la barra y pregunta por mí. Lizzy te dirá dónde encontrarme.

Volvió a besarme, apretándome contra él y robándome el aliento cuando se separó de mí de forma abrupta. Encontré a mis amigos allí de pie, mirando la escena. Serena y Alf no parecían extrañados, mientras que Drake, Naya, Darla y Mael me miraban desconcertados.

No dijeron nada. No hizo falta.

—¿Chupitos? Yo invito —habló Alf, rompiendo la atmósfera enrarecida.

—Hecho —se apuntó Ena, tirando de su hermano y de su cuñada.

Nos sirvieron chupitos de tequila enseguida y, poco después, todo volvió a la

normalidad. Sólo esperaba que entendieran que era mi vida y que, si yo quería tener una aventura con ese tipo, tenía todo el derecho.

—Ahora vuelvo —dije, levantándome para ir a la barra.

Caminé hasta la zona en la que el mundo se abarrotaba para pedir su bebida. Allí, una chica preciosa, con los ojos remarcados en negro y con la ropa tan ajustada que parecía una segunda piel, se desenvolvía como pez en el agua.

—Perdona —le hablé, sonriendo con amabilidad—, ¿por dónde está Hunter?

—¿Paola? —Asentí—. Ve por esa puerta de allí.

Señaló hacía una esquina, cerca de donde estaba la entrada a la barra.

—¡Gracias!

—Pásalo bien, preciosa.

Sonreí a modo despedida y fui hasta la puerta con el cartel que prohibía el acceso al personal no autorizado. No me dio tiempo ni a entrar, porque fui arrastrada y empujada contra la misma puerta. La boca de Hunter pronto estuvo sobre mí, por todas partes, mientras mis manos exploraban por debajo de su camiseta.

—Ah —jadeé al notar un ligero mordisco en la base del cuello.

Sus manos volaron a mi trasero y lo apretaron a la vez que sus labios se unían a los míos en un beso apasionado, húmedo y sensual. No podía evitar dejar que algunos gemidos escaparan desde mi pecho, y él los recibía con gusto.

—Hola —susurré, cuando se separó un poco de mí para tomar aire.

—Lástima no tenerte en mi cama —susurró, para después morder mi labio inferior—. Tengo planes para ti.

—¿Sí?

—No te haces una idea... Empezando por estas dos. —Sus manos volvieron a apretar mis nalgas, haciéndome jadear. —Y siguiendo por esa boca.

Sus insinuaciones me hicieron enrojecer a la par que anhelar. Nunca había sentido tanto deseo en mi interior. Hunter tenía algo prohibido que me atraía sin remedio.

—Algo me dice que seremos muy buenos en la cama —remarcó, sonriendo con picardía.

Yo no las tenía todas conmigo, pero algo en su mirada me hacía querer averiguar hasta dónde podía llegar.

—Es posible.

Me miró con ferocidad y yo volví a besarle.

Nos perdimos entre besos húmedos y la excitación del momento. Las caricias volaban sobre mi piel, y sus manos ásperas provocaban en mí sensaciones que

jamás había tenido. Y sus besos... Cada lamida de su lengua era como el paraíso, lleno de pecados.

—Me vuelves loco —jadeó.

—Qué bien que yo sea psicóloga.

—Me encantará ser tu paciente.

Capítulo IX – Responsabilidades

El día de la cita para la valoración psicológica de Terry Johnson había llegado. Lo tenía todo bien estudiado, pero no había querido fijarme mucho en las entrevistas que había tenido con otros psicólogos, puesto que se sospechaba la corrupción del comité y lo poco que había visto no concordaba con los síntomas que se describían.

Todo mi personal iba a llegar más tarde, tal y como yo había ordenado días antes. No quería correr riesgos de encontronazos con pacientes con alteraciones graves de la conducta. Por eso, estaba sola en la recepción, esperando a que se dignaran a aparecer los agentes del FBI que tenían que personarse con el investigado.

Observé mi reflejo en uno de los vidrios de la puerta, asegurándome de tener un aspecto formal, pero sin tener un aspecto de mujer inaccesible.

Una furgoneta negra con los cristales tintados se detuvo justo delante de la puerta. De ella, bajaron un hombre y una mujer, vestidos de negro y con gafas de sol, y se dirigieron a mi posición.

—Doctora Vincent —saludó la mujer, estrechando mi mano con firmeza—, soy la agente especial Olive Smith y este es mi compañero.

—Agente especial Ryan Henderson —anunció, imitando el gesto de su compañera.

—Buenos días —convine, dejándoles entrar hasta el mostrador de la recepción—. El señor Gardens me puso un poco al día.

—Estamos al tanto —asintió Smith—. Dispone del tiempo que necesite con el detenido, pero debemos estar presentes durante la entrevista. ¿Dispone de algún sistema de fácil acceso a la sala? Es por su seguridad.

—Cuento con dos consultas de cristales transparentes —informé—, que se pueden opacar para que no se vea nada de fuera desde dentro.

—Esa sería perfecta.

Asentí, conforme, viendo cómo el agente Henderson iba hasta la parte trasera de la furgoneta y sacaba a un esposado Terry Johnson. Juntos caminaron hasta mí y, cuando llegaron a mi altura, me encaminé hacia una de las salas que les había descrito. Los muebles estaban dispuestos de tal forma que yo estaría sentada delante del sujeto con una mesa baja ejerciendo de barrera entre ambos.

Les indiqué a los agentes dónde podían acomodar al detenido y les pedí que le quitaran las esposas, pues necesitaba ser consciente de su lenguaje corporal y, con las manos atadas, no podía tener resultados fiables. Después, en confidencia, les indiqué en qué parte del pasillo podían ponerse para poder vernos en todo momento. Tras eso, me quedé a solas con Terry.

—Muy bien —hablé, tomando asiento en el sillón frente a él, con mi cuaderno de notas en el regazo y el mando que activaba las cámaras de seguridad—. Espero que no le importe que grabe nuestra conversación, Terry.

—Como si mi opinión le importara, doctora —se burló. Yo empecé a tomar notas.

—¿Cree que no se le tienen en cuenta?

—¿Usted qué cree?

Me miró durante mucho rato y yo me atreví a sujetarle la mirada. Era difícil que un paciente me intimidara, y a él pensaba tratarlo de igual manera. En ese momento, sólo éramos nosotros, conversando.

—¿Por qué no me cuenta el motivo por el que le condenaron? —ofrecí, dándole pie a que hablase.

—Parece ser que su Gobierno no considera lícita mi forma de ganarme la vida.

Anoté lo que él dijo y continué haciéndolo durante toda la reunión. Su forma de hablar y de referirse a sus negocios de trata de blancas y tráfico de drogas me hacían sospechar de su falta de arrepentimiento. Sus palabras denotaban una gran carencia de conciencia, aunque intentaba disimularlo. Se le daba bien fingir su inocencia, mostrando sus encantos para intentar convencerme. Incluso notaba cómo me estudiaba para encontrar mis puntos débiles y, de alguna manera, poder manipularme. Me miraba a los ojos fijamente cada vez que me mentía e intentaba controlar la conversación en todo momento, lo que no dudé en dejar plasmado en mis notas.

Me estaba empezando a crear una idea de cómo era ese sujeto y lo cierto es que no eran buenas noticias. Tendía al narcicismo y estaba casi segura de que apenas se relacionaba con sus iguales de la prisión, por lo que reconduje la conversación diestramente hasta confirmar mis sospechas. Tras casi dos horas de conversación en las que había intentado sonsacarme información personal a base de sonrisas y palabras de halago, di por concluida la visita.

—Muy bien, Terry —anuncié, poniéndome en pie—. Está bien por hoy.

Los agentes del FBI entraron en la sala rápidamente y se apresuraron a colocarle los grilletes. Pude ver en sus movimientos cuánto le afectaba ese gesto,

pero era un gran embaucador y supo disimularlo bien. Les seguí hasta la furgoneta, donde introdujeron al sujeto. Después, se volvieron hacia mí y me indicaron los siguientes pasos a seguir, recalcando siempre el carácter confidencial de todo ese asunto.

—El fiscal Gardens vendrá a última hora a por el informe —dijo la agente Smith.

—De acuerdo. —Les tendí la mano, a modo despedida, y se la estreché a los dos—. Ha sido un placer.

Una vez se fueron, me dirigí a mi despacho, dispuesta a hacer mi informe. Las conclusiones a las que había llegado eran claras e inequívocas: Terry Johnson era un sociópata, y la posibilidad de reincidir al salir de la cárcel eran muy altas. Lo dejé todo bien claro en el informe y anoté las recomendaciones pertinentes para que se le integrara en un programa de rehabilitación específica de personas con problemas sociales.

—La reunión empieza en cinco minutos —me informó la voz de mi secretaria, sobresaltándome.

Miré el reloj de mi teléfono, extrañada por lo rápido que había pasado la mañana. Antes de darme cuenta, mientras redactaba el papeleo, los miembros de la plantilla habían llegado a la clínica y los pasillos ya empezaban a mostrar signos de vida laboral.

Me levanté, cogí la carpeta y la libreta con mis notas, y lo guardé en el cajón de seguridad de mi mesa, el cual se abría con contraseña. Ahí era donde guardaba lo más confidencial de mi trabajo, como historiales de grandes personalidades o casos especiales. Una vez estuvo a buen recaudo, cogí mi agenda y fui hasta la mesa de mi asistente. Allí ya tenía preparado un montón de dossiers con la documentación que yo le había pedido que imprimiese.

—Ya aguardan todos en la sala de reuniones.

—Pues vamos.

Nos dirigimos juntas hasta el lugar, pues ella era la encargada de redactar un informe que resumiera todo lo ocurrido durante la reunión.

—Buenos días —saludé, yendo hacia la cabecera de la mesa, y dejando que mi secretaria se sentara justo detrás de mí, en una mesa auxiliar—. Ya tengo los horarios de verano.

Vi cómo Jamie se había colocado en la parte más alejada de mi lugar, algo que no me molestaba. Desde nuestra última conversación, apenas habíamos cruzado palabras. En la clínica, nadie comentaba nada, pero todos sabían que nuestra relación había terminado, así como se habían dado cuenta de la

decadencia en el trasiego de pacientes en su consulta. Tenía que irse y lo sabía.

Le hice un gesto a una de las becarias que aguardaba de pie junto a la puerta para que empezara a repartir las carpetas que había llevado. En su interior, estaban los cuadrantes de las vacaciones de verano, diseñados de forma personal para cada uno de los psicólogos titulares.

—Queda casi un mes para las vacaciones, por lo que os dará tiempo a reorganizar vuestra agenda si es necesario —comencé, abriendo mi propio dossier—. He sido bastante complaciente, como podéis ver, por lo que no deberíais tener ningún problema. Yo estaré todo el mes de agosto fuera, pero estaré de guardia y no me iré de vacaciones fuera, ni del país ni del estado, por lo que, si hay algún problema, estaré aquí en un par de horas.

—A mí no me has dado el cuadrante —habló Jamie, con esa voz tan potente que todo el mundo reconocía.

Le miré impasible, tratando de averiguar si quería crear una atmósfera tensa en la reunión. Ese comentario había estado fuera de lugar, e incluso su presencia en esa reunión era innecesaria.

—Para cuando lleguen, tu contrato será rescindido —espeté, tajante—. De hecho, has sido convocado a esta reunión por el simple hecho de que aún formas parte de la plantilla, pero tu presencia no es necesaria.

Me retó, pero no añadió nada más. No hacía falta, porque sabía que tenía las de perder. Esa guerra había terminado y no quedaban más batallas que luchar, a no ser que se pusiera altanero y tuviera que recordarle que estaba en mi clínica y bajo mis órdenes.

—Por mí, genial —comentó uno de mis colegas de más edad, rompiendo la tensión—. Ya veo a mi esposa planificando las vacaciones... Tiene ganas de ir a Virginia a ver a los niños.

Sonreí ante su ocurrencia. Yo iba a ir a mi casa de los Hamptons, con toda mi familia como cada año. Era de mis épocas favoritas y podía descansar en la playa o en la piscina en compañía de mis amigos más cercanos. Incluso durante mi relación con Jamie, era mi lugar preferido para desconectar porque él no venía conmigo más de un fin de semana. Afortunadamente.

—Nadie más se queja, así que deduzco que todos estáis conforme.

—Has cumplido, jefa —soltó una de las psicólogas que más recientemente se había incorporado a la plantilla.

Sonreí, pero le dediqué una mirada de advertencia, recordándole cuál era su lugar en esa mesa. No es que yo fuera una jefa altiva, pero sí era cierto que tendía a mantener cierta distancia. También miré al resto de colegas,

deteniéndome un poco más de tiempo en los ojos de Jamie, y di por levantada la sesión. Estaba deseando que terminara con sus pacientes. Sólo esperaba que no estuviera dilatando la terapia de algunos de ellos porque, si eso ocurría, iba a enterarme.

—Buen fin de semana —me despedí, con mi secretaria pisándome los talones.

Hice sonar mis tacones por el pasillo hasta mi oficina, aún irritada por el encontronazo con Jamie. Odiaba tener que comportarme como una perra, y más si había público. Por su bien, esperaba que no hubiera levantado los chismorreos.

Cerré la puerta de mi despacho y me dejé caer en el *chester*, agotada hasta decir basta. Estaba a punto de quedarme dormida cuando sentí que el teléfono móvil vibraba en el bolsillo de mi chaqueta americana.

“Tengo libre el sábado. ¿Hacemos algo?”

El mensaje de Hunter me hizo sonreír y olvidarme del estúpido de Jamie.

Por supuesto que quería hacer algo con él. Cada día que nos habíamos visto, había sido un encuentro ardiente con millones de besos húmedos y caricias que, cada vez, iban aumentando la intensidad. No habíamos llegado a más, pero porque Hunter iba despacio, y sospechaba que eso no era algo muy habitual en él. Sin embargo, había que tener en cuenta que nos veíamos, generalmente, en los terrenos de mi clínica, y no quería llamar la atención.

“Claro. ¿Qué se te ocurre?”

Su contestación se hizo mucho de rogar, y hablaba de unos conciertos que iban a hacer en Central Park como motivo del Cuatro de Julio. Iba a responderle que me parecía una idea estupenda cuando recibí otro mensaje suyo:

“Y luego, podemos ir a mi casa.”

Me quedé pensativa, mirando su texto. Sabía lo que quería decir eso y temía el momento de igual manera que lo deseaba. Sentía que necesitaba un poco de presión por su parte para poder abrirme de nuevo ante un hombre. Quizá por eso contesté lo que contesté.

“Mejor vamos a la mía, que está más cerca.”

Durante el resto del día me dediqué en cuerpo y alma al trabajo, intentando no pensar en mi cita con Hunter. Cuando llegó la hora del cierre, me quedé la última junto a los encargados de la seguridad, esperando al fiscal Gardens, pero no apareció. Ni siquiera me llamó.

Capítulo X – Mi cita con la realidad

La luz entró a través de la ventana y me despertó temprano, pero ya no pude volver a dormirme. Cogí el teléfono de la mesita de noche y comprobé el correo electrónico para ver si el fiscal se había puesto en contacto conmigo de algún modo, pero sólo encontré mensajes de mi hermana, de mis padres, y de un par de empleados. Nada relevante, por lo que deduje que el caso de Terry Johnson había perdido prioridad.

Me levanté una hora después y me arrastré hasta la cocina. La chica que iba a encargarse de mis tareas domésticas me había dejado café hecho, lo que agradecí enormemente. Necesitaba la cafeína para afrontar el día que me esperaba, y unos emparedados de jamón también iban a venirme bien. Estaba terminando de tomarme el segundo café cuando sonó el timbre. Tendría que ser Hunter, pero era el portero del edificio para informarme de que un hombre estaba subiendo a mi apartamento.

—Todo controlado —informé, abriendo la puerta de acceso a mi casa.

Esperé un par de minutos hasta que lo vi aparecer desde el final del pasillo. Era realmente atractivo y su forma de vestir potenciaba eso. Siempre iba con un estilo de estrella de rock que me hacía vibrar, pero le daba un toque especial con esas gafas de pasta negras y la cabeza rapada.

Lo miraba todo con curiosidad, sin duda pensando en las diferencias entre mi residencia y la suya.

—Hola, princesa —saludó, cogiéndome de la cintura para besarme.

—Llegas pronto —susurré, sin aliento por su ímpetu—. Ni siquiera me he quitado el pijama.

Me miró con una sonrisa en la cara, haciéndome consciente del doble significado de mis palabras, pero no intentó nada más allá de un par de besos y no pude evitar sentirme un poco decepcionada.

—Pasa —pedí—. No tardaré en estar lista.

Le conduje hasta la barra americana que unía la cocina con el comedor. Parecía descolocado por todo lo que tenía allí, pero no comentó nada acerca del lujo. Simplemente observaba.

—Siéntete como en casa.

Le sonreí y fui hasta mi habitación. Quería darme una ducha rápida, por lo

que me quité el pijama y lo dejé en el cesto de la ropa sucia a la vez que cogía la bata de satén y me cubría. Cogí la ropa que iba a ponerme ese día y crucé el vestidor hacia el cuarto de baño.

No tardé mucho, y pronto estuve frente a los espejos para vestirme. Cogí el conjunto de ropa interior y fue cuando vi a Hunter observándome, desde la entrada al vestidor, sin esconderse, con un brillo peligroso en los ojos.

—¿Pasa algo?

No respondió. Se acercó a mí como movido por un resorte, levantándose y haciéndome enredar las piernas en torno a su cadera. El beso fue devastador, cargado de pasión y anhelos. Sus manos estaban por todas partes, y su boca buscaba la mía sin cesar. Notaba la piel sensible, abierta a tantas sensaciones que me costaba hasta respirar.

—Ah —jadeé, apretándome contra él.

Hunter caminó conmigo en brazos hasta la cama para tumbarse y dejarme a mí ahorrajadas sobre sus caderas. La presión en sus pantalones era más que evidente, y el roce en mi piel desnuda era deliciosa, provocando descargas de placer por toda mi columna. Notaba mis pechos pesados y erizados por la excitación y, sin poder evitarlo, mis caderas empezaron a moverse a un ritmo imaginario, buscando aumentar el contacto con su cuerpo.

Sus manos buscaron el nudo del cinturón de mi bata y tiraron de los cabos para deshacer la lazada. No me quitó la prenda directamente, pero mis pechos quedaron al descubierto con facilidad. Hunter llevó una de sus manos hasta mi nuca y tiró de mí para unir su boca a la mía en un beso intenso, salvaje, mientras los dedos de la otra mano rozaban uno de mis pezones, haciéndome jadear.

—Hunter —gemí, notando cómo me pellizcaba con rudeza, haciéndome estremecer.

Rodó sobre la cama, quedando encima de mí, sin apartar sus labios de mi piel.

Estaba encajado entre mis piernas, presionando mi sexo desnudo con cada uno de sus movimientos. Yo quería sentirlo más de cerca, y casi le rompo la camiseta por la fuerza de mis tirones. Cuando se quedó sólo con los pantalones y sentí sobre mis pechos su calidez, creí que iba a perderme en el placer. Nunca había sentido esa pasión arrolladora.

—Qué cachondo me pones —susurró contra mi boca.

Volvió a besarme, mientras su mano abarcaba mi cuello y presionaba ligeramente, exigiendo. Su lengua exploraba mi boca con determinación, robándome el aliento y excitándome más. Cuando se separó de mí y nuestros

ojos se encontraron, vi algo oscuro en él que estaba deseando probar. Sin embargo, cuando sus ojos se dirigieron hacia mi cuerpo expuesto, algo en mí se rompió. Recordé todas esas veces que, estando en una situación similar con Jamie, este no había dudado en exponer todos los defectos que encontraba de mi cuerpo.

Y lloré porque alguien que debería haberme querido me había herido en lo más profundo.

*** **

Me quedé helado cuando sus lágrimas aparecieron en escena. Además, se notaba que estaba destrozada, y no sabía por qué. No creía haber hecho nada fuera de lo normal.

—¿Qué te ocurre? —quise saber, apartándome un poco de ella.

No dijo nada durante mucho rato. Solamente, lloraba cubriéndose el rostro con las manos, mientras convulsionaba. No tenía ni idea de qué hacer en esos casos, por lo que esperé a que se calmara.

—Lo siento —susurró—. No puedo...

—Pero ¿qué ha pasado? ¿He hecho algo que no te ha gustado?

—¡No! No es cosa tuya, es que... —Pareció dudar, pero al final, la determinación se adueñó de su boca—. Acabo de terminar una relación de varios años.

—Entiendo...

—No, no lo entiendes —lamentó, cubriéndose el cuerpo con la bata—. Él me decía que yo no era lo suficiente atractiva como para satisfacerle en la cama... Era como su florero.

Me quedé perplejo ante sus palabras. ¿Esa chica no tenía espejos en su casa? En ese momento, entendí muchas de sus actitudes, como la timidez que mostraba en casi todo momento. Sólo se dejaba llevar cuando la situación se calentaba, hasta que algo se rompía en ella y su cabeza empezaba a trabajar por su cuenta, pensando demasiado en lo que un capullo le dijo en su día.

—Paola, ¿tú te has visto? —quise saber, realmente alarmado por su baja autoestima—. Eres jodidamente preciosa.

—Ya...

—¡Lo digo en serio! —espeté—. Me pongo cachondo con tan solo mirarte.

No dijo nada más. Se abrochó la bata del todo y se levantó de la cama sin mirarme. Caminó hasta su vestidor y se apresuró a ponerse algo de ropa. Recuperé mi camiseta sin dejar de mirarla, y me acerqué a ella. Quería hacer que se sintiera mejor.

—¡Oye! —llamé su atención, acercándome por detrás—. Ese tío era un capullo, y tú eres preciosa, princesa.

—Ya... —repitió, yendo a por un par de zapatillas.

—Paola... Te demostraré lo hermosa que eres —prometí—. Y no tengo prisa por acostarme contigo.

—¿De verdad? Quiero trabajar en mi seguridad —titubeó, mirándome con los ojos brillantes.

—Esperaré lo que haga falta. —Sonreí para infundirle valor—. Mientras tanto, vamos a uno de esos conciertos. Hace buen día.

Me devolvió la sonrisa, agradecida, y a mí se me encogió el estómago. La veía muy frágil y me daban ganas de llevármela lejos de todo lo que pudiera hacerle más daño.

«Te sientes mal porque empiezas a considerarla una amiga y quieres tener sexo con ella», me recordé, aunque empezaba a darme cuenta de que me estaba engañando a mí mismo.

*** **

Tenía un par de casos que prepararme, por lo que llevaba todo el día metida en mi despacho; y Will se había ido de viaje a Los Ángeles para supervisar la nueva exposición que estaba teniendo lugar en una de sus galerías de arte. Pero no estaba sola en casa. Serena iba a estar allí durante el fin de semana, pues su escolta personal tenía el día libre y no quería que se quedase a solas. No mientras aún estuviera suelto el desgraciado que quería hacerle daño. Además, mi hermano y Vladimir iban a pasarse por la tarde con su bebé, por lo que no iba a estar aburrida.

Me levanté del escritorio para ir a una de las estanterías en las que guardaba mis múltiples libros de derecho y cogí la constitución para encontrar alguna

laguna fundamental que le salvara el culo a mi cliente. Odiaba esos casos imposibles que me llegaban, pero tenía la sensación de que se me estaba escapando algo y así no iba a lograr una buena defensa.

—Mamá, voy a estar por la sala de cine —anunció mi hija, asomando la cabeza por la puerta.

—Vale, cariño —convine, sin dejar de revisar cada una de las enmiendas—. Ena, ¿me enciendes la televisión? A ver si así me ilumino.

—Claro.

Se acercó a la vitrina que estaba cerca de mi zona de descanso y puso el canal de noticias 24 horas.

—Gracias.

—Nos vemos.

Salió del despacho sin hacer ruido mientras yo reposaba la cabeza en el respaldo del sillón, repasando el código civil mentalmente.

—El cuerpo ha sido hallado en su residencia con evidentes signos de violencia —oí que decía el periodista de turno—. El FBI ha tomado las riendas del caso y ha decretado el secreto de sumario.

—Gracias, Stephan —intervino el presentador—. Tenemos que hacer una pausa. Volveremos pronto con más información sobre el asesinato del fiscal de Nueva York.

Me quedé helada. ¿Cómo no me había enterado de eso antes?

Automáticamente, vino a mi mente la breve reunión que había mantenido con Paola, y supe que el asesinato del fiscal y el caso confidencial del que me habló estaban relacionados. Me precipité hacia el pasillo y fui hasta la sala de cine que teníamos en la segunda planta. Serena estaba allí, repanchingada en una de las butacas y viendo una de esas series que tanto le gustaban.

—¿Qué sucede?

—Averigua donde está Paola —pedí, buscando en la agenda el teléfono de uno de mis contactos de la Agencia Federal—. Y, cuando la encuentres, dile a Vladimir que vaya a por ella.

Mi hija no discutió. Sabía que una situación era seria cuando empezaba a ladrar órdenes a diestro y siniestro.

Tenía un mal presentimiento.

Capítulo XI – Problemas

La cita con Paola no había sido un cuento de hadas ni muchísimo menos, pero lo estábamos pasando bien en Central Park hasta que un tipo vestido de negro, tan corpulento que me recordaba a un armario, apareció. Ella le reconoció en seguida y había accedido a que la llevara a la mansión Andersen-Knox. O algo así había conseguido oír entre todo el barullo del concierto.

—Hunter, si mi abogada me ha pedido que vaya a su casa es por algo — intentó explicar—. No te puedo contar más, porque son asuntos confidenciales de mi trabajo.

—¿Seguro?

—¡Pues claro! No es que yo sea una delincuente o algo por el estilo — bromeó, rodeándome el cuello con los brazos—. Te llamo cuando me entere de algo más.

Pero no me había llamado. Su contacto conmigo se había limitado a unos pocos mensajes diciéndome que todo estaba bien, aunque tenía que resolver unos problemas antes del lunes.

Así pues, sin querer darle muchas vueltas a las intrigas de esa chica, me fui al gimnasio a quemar adrenalina hasta la hora de apertura del bar. Los domingos no solía haber mucha gente, por lo que aproveché para usar la sala de pesas y máquinas y trabajar los músculos. Después, al ver que no había mucha gente en la piscina climatizada, hice unos cuantos largos para relajarme.

—Hoy te estás machacando a base de bien, colega —dijo Tyler, el dueño del gimnasio.

—Hoy necesitaba distraerme —confesé, secándome un poco con la toalla—. ¿Cómo te va? Hacía mucho que no te veía.

—He estado ocupado, pero sí he estado observándote. —Le miré extrañado—. Sabes que formo parte del Departamento de Bomberos, ¿no? —asentí, sin saber a dónde quería ir a parar—. Pues van a abrir una convocatoria para reclutar a gente y creo que das el perfil.

—¿Yo? ¿Bombero?

—Los requisitos físicos los cumples, estoy seguro de que no tienes antecedentes y puedes prepararte las pruebas teóricas sin problemas.

Lo pensé durante unos segundos. En mis planes nunca había entrado ser bombero o algo similar. Yo siempre había querido tener mi propio estudio de tatuajes y ya está. Sin embargo, la idea de tener un trabajo respetado como ese me tentaba.

—Yo podría echarte un cable aquí para prepararte las pruebas físicas por las tardes, y por las mañanas puedes estudiar.

—¿Y el bar?

—Las noches son libres —señaló, encogiéndose de hombros—. Piénsalo, ¿vale? Ya sabes dónde encontrarme.

—Ya te diré algo —prometí, no muy convencido.

Nos despedimos con un apretón de manos desenfadado, y yo me fui a las duchas. Empecé a pensar en lo que sería para mi familia si yo me dedicara a algo más serio, como era el cuerpo de bomberos. Esos tíos estaban considerados héroes desde el atentado del 11 de septiembre, y formar parte de ese equipo era un auténtico privilegio. No sabía si estaría a la altura, pero de algún modo estaba tomando una decisión en ese momento. Me duché rápidamente y me encaminé hacia el bar en moto. Estaba a punto de entrar cuando noté que vibraba mi teléfono móvil.

“¿Comemos mañana?”

Era Paola, y el corazón se agitó en mi pecho. Le contesté afirmativamente y, después, me quité el casco, suspirando como un adolescente. ¿Qué me estaba haciendo esa chica?

*** **

Aún estaba en shock. Gardens había sido asesinado, por eso no había acudido a su cita conmigo. No se me había informado porque no encontraban relevante mi implicación con el fiscal, pero Keyla opinaba que había algo raro en todo ese asunto, por lo que me había hecho llamar. Keyla había mantenido una larga conversación con un contacto suyo del FBI y no había dejado de mirarme en todo momento. Vladimir también estaba allí, con el teléfono pegado a la oreja, hablando con contactos de baja alcurnia. En un momento dado, Drake y Serena entraron en el despacho de su madre, sin duda alertados por mi

presencia allí.

—¿Qué está ocurriendo? —quiso saber Drake—. Serena me ha dicho que Paola tiene problemas.

—Puede que esté relacionada, de algún modo, con el asesinato del fiscal de Nueva York —comenté, encogiéndome de hombros porque yo tampoco entendía nada.

Keyla colgó en ese momento y se sentó en el sillón que estaba detrás de su escritorio. Todos podíamos ver que su cabeza funcionaba a toda velocidad, intentando encajar las piezas de un puzle de miles de piezas. Y Vladimir no se quedaba lejos, pero su forma de mantener la calma era realmente asombrosa.

—Salid todos de aquí —ordenó Keyla, mirándome con elocuencia—. Tú no, Paola.

Obedecieron sin rechistar, por lo que me quedé a solas con ella. Había adoptado su pose de abogada implacable e imponía como nunca antes le había visto. Se acercó a mí, que estaba en uno de los sillones, y se sentó frente a mí, sobre la mesa del centro.

—Voy a hablarte como abogada, ¿de acuerdo? —asentí, nerviosa—. No voy a pedirte que rompas tu secreto profesional, pero necesito saber si tuviste que involucrarte con Terry Johnson.

Simplemente, asentí sin querer dar más detalles.

—¡Mierda! —gruñó, pellizcándose el puente de la nariz—. ¿Sabes por qué sigo teniendo tanta seguridad? Porque ese tipo solicitó mis servicios como letrada y yo me negué. Es más, ayudé a que fuera encarcelado con la pena máxima a la que teníamos opción.

—¿Qué? —jadeé, asustada.

—Es uno de los cabecillas de una banda muy organizada que se dedica a la trata de blancas y otras cosas aún más turbias —explicó con palabras que me dejaron estática—. Y todo aquel que se ha enfrentado a él, ha terminado bastante mal.

—Eso quiere decir que...

—Nada —cortó, levantando una mano para hacerme callar—. Esperemos que no le hayas llamado mucho la atención.

Unos golpes en la puerta nos alertaron y Vladimir entró en el despacho. No dijo nada, pero, justo detrás de él, aparecieron los agentes del FBI Smith y Henderson.

—Señora Andersen —saludó la mujer, acercándose a nosotras—. Somos los

agentes especiales Smith y Henderson del FBI.

Keyla le dirigió una mirada significativa a Vladimir, y este se fue sin mediar palabra. Después, se levantó y estrechó la mano de los agentes.

—Permítanme presentarle a la señorita Vincent —dijo, haciendo un gesto con la mano en mi dirección—. Una buena amiga de la familia.

—Nos conocemos.

—Comprendo. Paola, querida, ¿puedes esperar fuera?

—En realidad, señora Andersen, nos gustaría hablar con ella.

Me quedé helada a medio camino de levantarme. Keyla me miró con la mandíbula tensa, como si me pidiera permiso para dar la cara por mí frente a esos federales.

—Si no les importa —habló al fin, dándome tiempo a recuperarme de la impresión. Su tono de voz era sereno y firme como el que utilizaba en los juzgados—, me quedaré con ella.

—¿Por qué motivo? —exigió saber Henderson.

—Soy su abogada —espetó, haciéndoles saber que allí mandaba ella, les gustara o no.

Keyla vino junto a mí, colocándose entre ellos y yo, y me tomó por los hombros para sentarme de nuevo.

—Tranquila —susurró.

Después, se colocó detrás de mí, como dándome importancia.

—Bien, —dijo Smith, sacando una pequeña libreta de su gabardina—. Suponemos que está al tanto de lo ocurrido con el fiscal Gardens.

—Así es —asentí, intentando ver qué ponía en sus notas—. Me he enterado por las noticias.

—¿Y sabe algo de Terry Johnson?

Negué con la cabeza. No sabían a dónde querían llegar con esa pregunta, pero a juzgar por la tensión que percibía en mi abogada, estaba ocurriendo algo realmente grave.

—¿Le dijo algo durante su entrevista? —intervino Smith.

—No —volví a negar—. Tenía que darle el informe al fiscal esa tarde, como ustedes me dijeron, pero él nunca llegó. Y después de que se lo llevaran, no he vuelto a saber nada de ese hombre.

—¿Hubo algo que le llamara la atención de su análisis?

—Está todo en mi despacho —expliqué—. Iré si lo necesitan y les traeré el informe.

—Agentes —habló Keyla—, ¿hay algún motivo por el que estén hostigando

a mi clienta? Es más que evidente que ella es una buena profesional.

Ambos federales se miraron. Smith suspiró y cerró la libreta, mientras que Henderson se removió inquieto en su sitio. Me fijé un poco más en ellos y se les veía realmente tensos. Tanto, que temía que se rompieran de un momento a otro.

—Terry Johnson no llegó de nuevo a la prisión federal —anunció Smith.

El silencio se hizo en la sala. Miles de pensamientos acudieron a mi mente en tropel, colapsando mi razonamiento. Decenas de imágenes poco agradables empezaron a entrelazarse con las distintas paranoias que en mi cabeza estaban formándose. Vi la intranquilidad de mis interlocutores y supe que el asunto era muy serio. Pero lo confirmé en cuanto crucé una mirada con Keyla. Veía cómo su cerebro trabajaba, maquinando y planeando los próximos pasos a dar. Eso me tranquilizaba un poco, pero debía pensar en aquellas personas que se extendían más allá. Personas como mi familia. Como mis amigos.

—Le podemos ofrecer un programa de protección de testigos —comentó Henderson.

—No. De su seguridad me encargaré yo, junto a su familia —sentenció Keyla—. Ahora, si no les importa, vayan a hacer su trabajo y yo haré el mío.

Smith retó con la mirada a la abogada, pero el pulso de egos lo terminó ganando Keyla, por supuesto.

—Le iremos informando.

—Hablen directamente conmigo —ordenó, zanjando el tema.

Ambos agentes se levantaron y se despidieron de nosotros con sendos apretones de manos. Sin embargo, yo apenas los percibí. Estaba asustada. Yo no estaba acostumbrada a esos sucesos tan típicos de películas de acción. Mi vida giraba en torno a mi trabajo y a las personas que quería. Siempre había sido la familia Andersen-Knox los que habían sufrido percances de esa magnitud, y la mayoría de las veces, provocados por los enemigos que Keyla se había labrado a lo largo de su carrera.

Uno de los paneles de la estantería se deslizó hacia un lado, sobresaltándome, dejando una puerta al descubierto por la que salieron Serena, Drake y Vladimir.

Estaba alucinando.

—¿Lo has escuchado? —le preguntó Keyla a su escolta.

—Ya estoy moviendo filas —anunció—. Y he mandado a Lush a la casa de los Vincent.

—¿Mis padres? ¿Por qué?

—Tienen que enterarse de lo que está pasando —simplificó Keyla, mirando a

sus hijos—. Quedaos con ella.

Salió con Vladimir del estudio, haciendo resonar sus zapatos por toda la estancia. Cuando las puertas de caoba se cerraron detrás de ella, el silencio reinó entre nosotros tres. Serena tecleaba algo en su teléfono, y Drake se había sentado en la mesa de su madre y miraba algo en el ordenador.

—¿Esto es una broma? —salté, levantándome y encarando a Drake.

—Paola...

—¡No! —gruñí, acercándome a su cara desde arriba—. Esto no es una maldita película de Kay o uno de esos libros de Alf. No va a venir un delincuente a por mí.

—Mejor prevenir riesgos.

—Pero soy una simple psicóloga —bufé, alucinando por la magnitud que estaba tomando una simple entrevista con un presidiario.

—Paola —intervino Serena, colocándose al lado de su hermano—, por desgracia, tenemos experiencia en esta mierda. Si mi madre opina que hay peligro, seguramente es que lo haya. Y si no, pues mejor.

—Pero yo no puedo vivir rodeada de gorilas, como vosotros —me exasperé porque no me entendían.

—Hay distintos tipos de seguridad.

La voz vino desde la puerta. Blake estaba allí, mirándonos con vista cansada. Tenía ojeras y vestía de una forma muy informal, con unos pantalones de deporte y una camiseta suelta.

—Vladimir sabrá qué hacer —aseguró, acercándose hasta mí para darme un ligero abrazo—. Relájate. Seguramente, sea una falsa alarma.

Sus palabras aplacaron un poco mi intranquilidad, pero aún tenía dudas. Sin embargo, me acomodé en el sofá y le envié un mensaje a Hunter para comer al día siguiente con él. Nos habían arruinado la cita y quería compensarle de alguna manera.

Durante el tiempo que estuve esperando a que llegaran mis padres, el despacho de Keyla fue un ir y venir de gente, tanto personal del servicio como guardaespaldas. Ninguno hablaba conmigo, simplemente dejaban ante mí lo que creían que podía querer o necesitar. Pero no tomé nada, sino que me dediqué a esperar, leer correos electrónicos y ver el canal de noticias.

Cuando al fin llegaron mis padres, sus caras de preocupación me alertaron. Junto a ellos también iba mi hermana con ese gesto serio tan habitual en ella. Supe de inmediato que Keyla ya había hablado con ellos, pues se acercaron a mí y me abrazaron preocupados. Empezaron a hablar sobre qué hacer y cómo

proceder con respecto a mi seguridad personal. Unos decían que me pusieran escoltas; otros, que mejor ponerme un rastreador. Pero Vladimir fue el que tomó la palabra tras escuchar todas las propuestas. Él era el jefe de seguridad de la familia Andersen-Knox y se encargaba de vigilar de cerca a la mismísima Keyla. Se decía que había sido un ex miembro de las fuerzas especiales del gobierno ruso o algo similar, y se notaba en su actitud estratega.

—Yo considero que lo mejor es aplicar la misma seguridad secundaria que tiene Serena —comentó, mirando a mi amiga, que rodaba los ojos en ese momento—. Si le ponemos seguridad de acompañamiento se darán cuenta de que estamos en sobre aviso. Pero, si los ponemos a distancia, le daremos confianza y podremos cogerlo cuando ataque.

—¡Yo no quiero que ataquen a mi hija! —intervino mi madre.

—Helen, es una forma de hablar —la tranquilizó Keyla—. Se refiere a que podemos pillarlo cuando quiera acercarse a Paola. No permitiríamos que le hicieran daño.

—Yo me fío de Vladimir —convino mi padre, utilizando ese tono tan peculiar en él—. Confío en su experiencia.

—Y yo, aunque os hiciera creer que no, he notado al mini ejército que me habéis endosado —espetó Serena, aunque no dio pie a una discusión—, pero Paola nunca ha vivido con eso, por lo que se olvidará de ellos al instante.

—Opino igual —asintió Drake.

Parecía que estaba observando un partido de tenis. Mi atención iba de un lado a otro, escuchando todo lo que tenían que decir, y alucinando porque no se me tenía en cuenta para nada. Quería decirles que no era necesario que nadie velara por mi seguridad, que el fugitivo ese no iba a venir a por mí. Sólo había estado con él un par de horas. Pero la situación se torció cuando el teléfono de Vladimir empezó a sonar, sobresaltándonos a todos. Empezó a hablar en lo que parecía ruso con un acento muy brusco. Keyla se levantó de inmediato y se acercó a él, como si entendiese lo que decía. Susurró algo en el mismo idioma, pero nadie se atrevió a intervenir.

—Procederemos a desplegar tu seguridad, Paola —informó Keyla—. Vladimir ya está reorganizando a algunos de sus hombres.

—¿Qué? Pero yo no quiero tener sombras como Serena —me quejé, ya nerviosa.

—Ni siquiera intentes convencerles de lo contrario —dijo Serena, encogiéndose de hombros.

Vladimir se unió a la conversación tras colgar la llamada, y dijo las palabras

justas para dejarme fuera de combate:

—Han entrado en tu despacho, Paola —informó—. Las cámaras de seguridad tuvieron un fallo esta tarde, casualmente, y no han registrado nada.

—¿Qué? —jadeé.

—No sé si se han llevado algo —continuó el ruso—. Me gustaría que vinieras conmigo y revisaras las cosas.

—¿Han destrozado la clínica? —se interesó mi padre, alarmado.

—Sólo han desvalijado el despacho de su hija, señor Vincent.

Palidecí. Ahí había decenas de informes e información confidencial de muchos de mis pacientes. Tenía muchas medidas de seguridad, especialmente en el ordenador, pero algo me decía que la gente que había entrado tenía formación suficiente como para saltarse mis cortafuegos.

—¡El informe de Johnson! —recordé, poniéndome en pie—. Tengo que ir a mi despacho.

—Yo te llevo —se ofreció Vladimir.

—Te acompaño —se apresuró a decir mi padre, uniéndose a la comitiva.

Recordaba haber dejado el informe en el cajón de seguridad de mi mesa y esperaba que hubiera cumplido su maldita función. Sin embargo, algo en mi cabeza decía que, si se lo había llevado, el problema habría terminado.

Vladimir nos llevó en una de esas furgonetas negras con cristales tintados que tan familiares me resultaban gracias a mis amigos. Iba conduciendo a toda velocidad con mi padre al lado. Detrás de nosotros, venía otro coche, y el ruso se comunicaba con ellos a través de un micrófono que tenía camuflado en algún lado. ¿En qué momento mi vida se había convertido en una película de *Fast and Furious*?

Llegamos a la clínica en poco tiempo. Lo primero que me llamó la atención, y me sorprendió, era la calma del lugar. Si no hubiese sido por las palabras de Vladimir, habría pensado que no ocurría nada.

—Vamos.

Vladimir nos guio por los pasillos que tan familiares me resultaban. Mi padre iba a mi lado, observándolo todo. El ambiente estaba tranquilo hasta que llegamos a mi despacho. Allí, dos hombres estaban apostados en la puerta mientras otros revisaban el interior sin tocar nada. Incluso parecía que estaban cogiendo huellas. En cuanto entré, me dirigí a mi mesa. Estaba toda llena de papeles y mi ordenador estaba encendido, aunque sin daños. El cajón de seguridad permanecía cerrado, pero puse la clave para abrirlo. Un suave pitido indicó que la contraseña era correcta y se abrió.

—Menos mal —susurré, cogiendo la carpeta de Terry y ojeando que todo estuviese ahí dentro.

—Han intentado forzar la cerradura —informó Vladimir, tocando el borde abollado del cajón.

—Sí hay una cosa que se han llevado.

La voz de mi padre llegó desde la zona en la que estaba el sofá. Allí había una gran estantería con diversos manuales, así como archivadores con los artículos sobre psicología que habíamos publicado en los últimos tiempos. Mi padre había tenido allí algunas de las fotos de la familia, y yo no había tenido a mal dejarlas cuando heredé su despacho.

—¿Qué falta? —quiso saber Vladimir.

No hizo falta que mi padre dijera nada. Estaban las fotografías individuales, pero no había ni rastro de la foto en la que aparecíamos toda la familia.

—Se han llevado una de nuestras fotografías —susurré.

—*Govno*¹—blasfemó en su idioma Vladimir.

Llamó por teléfono a alguien, pero no presté atención. Estaba empezando a darme cuenta del riesgo que estábamos corriendo. No solo yo estaba en el punto de mira, sino que mi familia también. Me hervía la sangre de pensar que algo malo podía ocurrirles, especialmente a mi hermana pequeña.

—Contrataremos seguridad para todos —prometió mi padre, abrazándome.

—Todo irá bien —susurré, intentando convencerme a mí misma.

Por mi mente pasó Hunter, aunque suponía que a él no podía pasarle nada porque nuestra relación, o lo que fuera, no era pública. Sólo mis amigos más cercanos sabían de su presencia en mi vida, lo que realmente me tranquilizaba.

—Volvemos a la mansión —anunció Vladimir—. Tenemos que perfilar el plan.

*** **

Realmente era preciosa. Su pelo rubio y liso, con esos ojos color caramelo, y su cuerpo esbelto y torneado, iban a darme mucha pasta en cuanto la pillara. No había podido evitar fijarme en ella, e incluso le estaba agradecido a ese fiscal de mierda por haberla puesto en mi camino, y por eso había tenido piedad con él y

lo había matado de un golpe seco.

No había sido difícil escapar de esa furgoneta. El agente que me custodiaba desde la parte de atrás estaba conmigo a muerte, por lo que me había abierto las esposas y los grilletos en cuanto paramos para que abrieran la verja de acceso a la prisión. En cuanto me bajé del furgón, corrí hasta la arboleda, evitando como buenamente había podido los disparos de los maderos. Al llegar a las vías del tren, un coche me esperaba allí. Mis hombres habían orquestado un buen golpe a la Agencia Federal, y todo porque no se fiaban del comité que debía evaluar mi caso para asignarme un nuevo grado penitenciario. En cuanto mis fuentes se habían enterado, uno de los guardias de la prisión me había pasado instrucciones, y todo había ido como la seda después. Estaba casi seguro de que no sabían dónde buscarme.

Una vez estuve seguro, me había acercado a la casa del fiscal y, tras sonsacarle información sobre la psicóloga que me había evaluado, lo había matado. Después, había ido a la clínica en busca de información que me valiera para conseguirla. Mis hombres habían hecho un buen trabajo para fingir que mi intención al entrar ahí era recuperar su informe sobre mí, pero nada más lejos de la realidad. La fotografía que había cogido mostraba una familia feliz, lo que me sería útil en algún momento, pero lo importante era esa chica.

—Te voy a conseguir, zorra —susurré, pasando un dedo por el arco de su rostro.

Iba a hacerme rico con esa puta, pero antes tenía que preparar mi lugar de destino, y para eso necesitaba un barco, una nave grande y discreta, y algunos detalles más que iban a conseguirme mis esbirros.

Capítulo XII – Calor y más calor

Los días siguientes al asalto de mi oficina fueron un auténtico caos encubierto. Vivía en alerta permanente, con un ojo puesto en cada uno de los movimientos que hacían las personas de mi alrededor. Los agentes de seguridad que habíamos contratado eran imperceptibles para mí, tal y como había augurado Serena, pero podía sentir la seguridad que irradiaban hacia mí. Intentaba atender a mis pacientes con normalidad, a la vez que me ocupaba de la gerencia de la clínica. Además, estaba Hunter. Se había convertido en un habitual en mi vida y todos los días sacábamos un poco de tiempo para estar juntos. Normalmente, solíamos comer juntos y terminábamos compartiendo ardientes momentos en la parte trasera de mi coche, pues él solía ir a por mí a la clínica en moto. No íbamos a más, pero tampoco me presionaba. Íbamos a mi ritmo, lo que agradecía enormemente. Por eso, gracias a él, cuando llegó el fin de semana, apenas me acordaba de lo sucedido. Me tenía como en una nube constante.

El sábado por la noche había quedado con Hunter para cenar cerca de mi casa y, después, ir a alguno de los locales de Drake. Había cogido la noche libre y quería aprovecharla conmigo. Esa noche iba a arreglarme de verdad. Siempre que había quedado con él iba de forma casual, lista para trabajar durante horas; y cuando nos habíamos visto en alguna ocasión en el Nexus, yo apenas iba con algún toque diferente a los habituales. Así que había decidido dedicar un par de horas a peinarme y maquillarme, y a elegir un buen atuendo.

Me miré al espejo de cuerpo entero de mi vestidor. El vestido azul que había elegido abrazaba mi cuerpo con delicadeza, resaltando la suavidad de mis curvas. Llevaba medias, aunque el calor empezaba a ser protagonista en la gran ciudad, y había optado por usar unos zapatos de *Jimmy Choo* con un tacón razonable. Me había planchado el pelo a conciencia y, con el maquillaje, había conseguido resaltarme los ojos y los labios. Al fin me gustaba lo que veía.

—Ten cuidado —me dijo Darla desde el salón.

Había ido a mi casa a pasar la tarde, alegando que estaban haciendo una mini reforma en uno de los baños de su casa y no quería molestar. Yo no terminaba de creérmelo, pero tampoco quería avasallarla a preguntas.

—¿Viene Lewis a recogerte? —quise saber mientras guardaba en un pequeño bolso algunas cosas.

—No —respondió, sin dar más explicaciones—. Ahora, pediré un taxi.

La miré de soslayo, percatándome de la tristeza de su mirada. Algo raro estaba pasando, lo que empezaba a copar mi tolerancia hacia su novio. No me había terminado de caer bien y procuraba coincidir con él lo menos posible, pero las veces que habíamos estado juntos en alguna comida, su comportamiento era extraño. No había terminado de congeniar conmigo. Pronto, me había dado cuenta de que tenía un lado controlador poco sano y, cuando lo comenté, me habían tachado de obsesionada. Por eso, nunca había vuelto a hablar del tema con mi familia, pues opinaban que era un asunto de Darla. ¡Pero odiaba ver a mi hermana abatida!

—¿Va todo bien?

—Genial. —Sonrió, aunque no llegó el gesto a sus ojos.

—Pues me voy... Llama si necesitas algo, ¿vale?

—Pásalo bien —deseó, soplándome un beso.

Le guiñé un ojo y salí de mi apartamento. Hunter, por la hora que era, debía de estar esperándome ya en la calle.

—Buenas noches, señorita Vincent —saludó el conserje—. Que tenga una buena noche.

—Igualmente —coincidí.

Efectivamente, cuando pisé la acera, Hunter me esperaba apoyado en el capó de su coche. Iba con unos vaqueros negros y una camisa del mismo color, con la barba arreglada y la cabeza recién rapada. Lo miré de arriba abajo, mordiéndome el labio, recordando cómo me hacía sentir su cuerpo contra el mío.

—Hola, princesa —saludó, posando sus labios sobre los míos.

—Hmmm.

—Anda, vamos —se carcajeó.

*** **

Conduje hasta un restaurante cerca de casa de Paola. No era uno de esos exclusivos, pero sí estaba de moda y hasta algunos famosos se dejaban caer por allí. No tardamos mucho en llegar, apenas cinco minutos, en los que el silencio había reinado en el coche. Sin embargo, la mano de Paola reposaba sobre la que

yo tenía en la palanca de cambios.

—¡Conozco este sitio! —exclamó cuando llegamos al restaurante—, pero hay una lista de espera interminable.

—Lo sé.

—¿Y cómo has conseguido mesa? —quiso saber, haciéndome sonreír de medio lado.

—Es uno de los restaurantes del dueño del Nexus —expliqué—. Suele pasar aquí casi todo el tiempo, por eso llevo yo el bar.

—Entiendo —asintió, mirándome con intensidad—. Y te ha hecho un hueco.

—Sus empleados solemos tener bastante manga ancha en estas cosas.

En la puerta del restaurante había una chica morena, alta y elegante, con un recogido de pelo que parecía estirarle la piel de la cara. Le había visto en otras ocasiones y era un poco estirada, pero era buena compañera.

—Krystal —saludé, acercándome al atril en el que estaba el libro de reservas—, ¿cómo va la noche?

—Hola, Bunch —correspondió con gesto serio—. Tu mesa está lista y en un lugar discreto, tal y como pediste.

—Gracias. Te debo una.

—No hay de qué. El jefe sabe que vienes y quiere conocer a tu cita.

Ambos miramos a Paola, que se mantenía un poco apartada para dejarme intimidad con mi compañera. Sonrió con amabilidad y se acercó a nosotros con esa sensualidad tan adorable.

—Krystal, esta es Paola —informé, presentando a mi chica—. Paola, esta es Krystal: la recepcionista del Sax. Sin ella, este lugar no funcionaría.

—Estoy segura de ello. —Paola le estrechó la mano, sonriendo con dulzura—. Es un placer.

La miró de arriba abajo con gesto serio. Después, sus ojos pasaron a mí y me dedicó un guiño fugaz. Tanto, que creía que me lo había imaginado.

—Nos vemos —me despedí, guiando a Paola hasta el interior del restaurante.

Esa noche, estaban todas las mesas ocupadas como venía ocurriendo desde que se había inaugurado. Nadie imaginaba que la cocina de autor iba a tener tanto éxito, pero lo cierto era que la crítica había alabado los nuevos sabores que se ofrecían allí. Por eso, no era raro encontrar a algún personaje público o grandes empresarios celebrando cenas informales. No era un sitio elegante y tenía un ambiente distendido que animaba a relajarse.

Fuimos hasta una de las mesas reservadas en la parte más alejada de la puerta del local. Quería tener un poco de intimidad con ella, y esa noche iba realmente

preciosa. Necesitaba tener la libertad de emborracharme de ella y provocarla sin tener que preocuparme de oídos curiosos y miradas indiscretas.

—Estás preciosa —le dije, mirándole con intensidad.

Paola me miró con timidez, mordiénose el labio de manera inocente, gesto que me encendió. Tenía un rostro perfecto, salpicado con algunas pecas en la zona de la nariz y unos labios en forma de corazón de un color rojo muy tentador. Me fijé en otros detalles, como en las perforaciones que llevaba en una de las orejas, decoradas con delicados pendientes de oro; o en esos ojos marrones, salpicados de verde. Llevaba el pelo suelto, mostrando su rubio veteado en castaño, lo que les daba más delicadeza a sus facciones, algo que contrastaba con la sensualidad que le otorgaba el vestido elegido para la cena.

—Me pone nerviosa que me mires así —susurró, bajando la mirada a su copa.

—No puedo evitarlo —reí, cogiendo su mano a través de la mesa.

Nuestras miradas conectaron, creando una atmósfera íntima en ese abarrotado lugar. Le noté excitada, con las pupilas dilatadas y la respiración agitada.

«Joder... Está muy buena», dijo algo en mi mente, verbalizando mis pensamientos.

—¡Eh! No sabía que ya habías llegado.

—Jared —saludé, agradeciendo la interrupción, antes de que la tumbara sobre la mesa y me la follara allí mismo.

—Así que esta es Paola —dijo, mirándola—. Soy Jared, un amigo de Hunter.

—¡Oh! Encantada.

Jared tomó la mano que le ofrecía y le beso el dorso con delicadeza. Odié ese gesto.

—Jared trabaja aquí de vez en cuando —expliqué—. Aunque suele alternar entre los diferentes garitos del jefe.

—Sí... No todos tenemos la suerte de ser el ojito derecho del jefe —bromeó, refiriéndose a mi estabilidad como encargado del Nexus.

—Bueno, ninguno hacéis las horas que hago yo —repliqué, medio en broma, medio en serio.

—Eso es cierto. —Se acercó un poco a mí, preocupado de repente, y susurró—: ¿Sabes algo de Gina? No me coge el teléfono desde hace días.

—Tampoco aparece por casa —informé—. Pero no me molesta. Bastantes problemas me ha causado ya.

—Estoy preocupado...

—Sabes que ella desaparece de vez en cuando. Seguramente, esté colocándose por algún club o tirándose al camello de turno para conseguir su dosis diaria.

Ambos nos quedamos en silencio al recordar que Paola estaba delante. Apenas le había contado algo relevante sobre Gina, tan solo sabía que tenía problemas con mi compañera de piso, pero no le había contado nada relacionado con sus problemas con las drogas.

—Ya hablaremos —se despidió mi amigo—. Disfrutad de la cena.

—¡Hasta luego! —se apresuró a decir Paola, agitando la mano en el aire.

El primer plato llegó en ese momento. Paola parecía un poco absorta en su comida y, tras lo que nos había escuchado hablar a Jared y a mí, no sabía cómo romper el hielo.

—Oye Hunter, si tienes problemas puedo...

—Los únicos problemas que tengo están relacionados con un contrato de alquiler y una drogadicta que tiene tendencias escapistas —repliqué con un tono más brusco del que pretendía—. Tengo que ir al centro de ayuda jurídica de Brooklyn, pero no he tenido tiempo.

—¿Jurídico? Si necesitas un abogado, puedo ayudarte en eso —ofreció.

—Dudo que yo pueda pagar a uno de tus abogados.

—Déjame ayudarte...

No dije nada más. El tema de Gina me ponía de mal humor y no tenía intención de arruinar la cita. Por eso, decidí cambiar de tema y hablar de algo más trivial como su trabajo. Realmente, me parecía interesante su profesión, y complicada a más no poder. Conociendo a Paola, aún no me explicaba cómo era capaz de ayudar a la gente con sus problemas sin involucrarse con ellos.

—Es complicado, pero aprendes a ponerte una coraza —me dijo, apurando su copa de vino—. ¿A ti no te cuentan sus problemas los clientes? Siempre pensé que los camareros eran como psicólogos.

—Ni punto de comparación, princesa —me carcajeé—. ¿Te gusta la cena?

Había dado buena cuenta de los distintos platos y me encantaba verle comer. Era raro que una mujer, indiferentemente de cómo tuviese su autoestima, comiera sin cortarse.

—Desde luego —asintió, limpiándose con la servilleta la comisura de los labios—. Cuando estaba en el instituto, hice unos trabajos de modelaje. Nada grande, apenas fui la imagen de unos centros comerciales y de una marca de zapatos, pero sí sufrí el veneno de ese mundo. Y es raro, porque contaba con la ventaja de conocer a Mía Blackwell, la hermana de una muy buena amiga de mi

familia, que había sido una modelo muy famosa, llegando a desfilarse para Victoria's Secret o grandes marcas de lujo.

—Tienes pinta de modelo —comenté, mirándole de arriba abajo—. Eres preciosa —repetí, por enésima vez.

—Eso opinaba —reconoció—, pero ese mundo no era para mí.

—Habría dado todo mi dinero para verte desfilarse en ropa interior —susurré, intentando seducirla.

—Quizá tengas suerte en algún momento. —Me siguió el juego y me encantó—. ¿Te doy una pista?

—¿Qué pista?

Por toda respuesta, Paola se hizo a un lado el pelo, dejando al descubierto uno de sus hombros, y deslizó hacia abajo el borde del escote del vestido. Uno de sus pechos apareció cubierto de encaje negro y rojo.

—Joder...

—Y...

Se acarició desde los pechos hasta el borde de la falda, pasando por su cintura y las caderas. Después, para mi asombro, se subió un poco el vestido, mostrando la tira del liguetto que sujetaba esas medias. Dios, quería quitarle ese vestido y dejarle solo con la lencería y los zapatos de tacón, para poder meterme en ella después. Tenía muchas ganas de llegar hasta ese punto y hacerle ver lo perfecta que era para acoger el cuerpo de un hombre entre las piernas.

—Qué cachondo me pones —gruñí, relamiéndome—. No tienes idea de lo que te haría, princesa.

—¿Qué harías?

—Ahora mismo, te pondría sobre esta mesa y te follaría hasta que gritaras mi nombre y se enterara toda la ciudad.

Noté cómo cerraba las piernas, buscando un poco de alivio para su sexo excitado. Realmente, estaba a punto de mandarlo todo a la mierda y arrastrarla al cuarto de baño.

—Será mejor que nos vayamos —indiqué, levantándome—, o terminarás conmigo dentro.

—Está bien.

Le hice un gesto a Jared, que estaba en la barra ocupándose de las copas, para que supiera que me iba y me apuntara el costo de la cena en la cuenta. Seguramente, me cobrarían mucho menos de lo que valía el servicio, pero eran las ventajas de ser un empleado del dueño.

—El Gold Club está cerca —recordó ella.

—Sí, vamos.

Fuimos caminando sin apenas tocarnos, hasta que coloqué uno de mis brazos sobre sus hombros. No hacía frío, pero la noche había traído un viento fresco que podía incomodarle. El local, siendo sábado, estaba abarrotado. Decenas de pijos de Manhattan se amontonaban en la cola, por detrás de los cordones rojos de terciopelo. Algunos bromeaban mirando sus teléfonos, mientras otros se dedicaban a apurar sus cigarrillos. Uno de los miembros de seguridad recorría la fila, fijándose en si había movimientos de sustancias prohibidas, algo frecuente en los distintos clubs de esa cadena. De hecho, algunos decían que Drake Knox perdía clientes por no dejar trapichear en sus garitos, pero era algo que le honraba.

Paola se dirigió directamente al tipo grande de la entrada, que la reconoció al instante.

—Señorita Vincent —saludó, abriendo el gancho del cordón de terciopelo—. Su reservado está preparado, como siempre.

—Gracias —sonrió, guiñándole un ojo.

Entramos sin esperar, sorteando al resto de clientes como buenamente pudimos. La pista de baile estaba llena de gente vestida con mucha clase. En el club de Brooklyn, el atuendo se solía llevar más informal e incluso iba gente con simples tejanos y unas zapatillas deportivas.

—Desde luego, se nota que estamos en el distrito pijo de Nueva York —apunté, sentándome en el sillón del reservado.

—Y me encanta —suspiró, sentándose sobre mí con descaro.

Una camarera decidió aparecer en ese momento con una sonrisa demasiado arrogante en su cara.

—¿Qué os pongo? —quiso saber.

—Ponme un botellín de cerveza Bud Ice —pedí.

—Yo quiero una copa de vino blanco.

Ni siquiera especificó marca, como si diera por sentado que le pondrían el mejor que tuvieran. Era fascinante verla en su ambiente.

Sus brazos volaron hasta mi cuello y rápidamente su boca estuvo sobre la mía. Que Paola estuviera llevando la iniciativa me desconcertaba, a la par que me excitaba. No había nada más sexy que una mujer con ganas de sexo. Notaba su cuerpo receptivo y sus labios estaban ligeramente inflamados, sin duda a causa de los apasionados besos, lo que los hacía aún más apetecibles.

—Hmmm —gimió, dejando que explorara entre sus piernas con la mano.

Su piel ardía, deseosa de más caricias. La sensación de acariciarla por

encima de las medias con blonda era algo indescriptible, aunque sin duda nada era mejor que tocarle directamente. Descubrí que llevaba tanga cuando llegué a su sexo y deslicé un dedo por él. El jadeo que escapó de sus labios fue más que suficiente para mí, y la tumbé sobre el sofá del reservado, ansioso.

—Eres deliciosa —susurré en su oído, dándole un leve mordisco—. No hay parte de ti que no lamería hasta hacerte gritar.

Paola no dijo nada, pero se dejó hacer. Su cuerpo respondía a cada uno de mis toques, sin miedos. Tan solo existíamos ella y yo en ese lugar y, por primera vez, tuve la seguridad de que conseguiría terminar la noche con ella.

—Vamos a mi casa —jadeó cuando le aparté la ropa interior y recorrí su hendidura con delicadeza.

Tenía miedo de que el súbito cambio de escenario enfriara lo que habíamos empezado, pero necesitaba que Paola estuviera cómoda y un reservado de una discoteca atestada de gente no era el mejor lugar.

—¡Vamos!

Ni siquiera pagamos esas copas que no nos dio tiempo a disfrutar, lo que supuse que daría igual, puesto que ella tenía algún tipo de participación en esos clubs nocturnos.

El camino hasta el coche fue eterno. En cada una de las esquinas nos parábamos. Paola se lanzaba a mis brazos a cada oportunidad, haciéndome realmente difícil resistir mi voluntad de subirle la falda y hacer que alcanzara el clímax allí mismo, en mitad de la calle.

—Joder —jadeé, dejando que ella jugara con mi miembro mientras conducía—. Para, o no llegaremos a tu casa.

*** **

De alguna manera, conseguimos llegar a mi apartamento, pero en cuanto estuvimos en el rellano, su boca estuvo por todo mi cuerpo. Iba agarrada a su cadera, rodeándola con las piernas. En algún punto de la noche, mis bragas habían desaparecido y podía notar la aspereza de sus pantalones en mí.

—Ah —me quejé, justo cuando la pared hizo contacto con mi espalda.

Hunter lamía mi cuello con fervor mientras sus manos me sujetaban por el

trasero, abarcando mis nalgas con las manos. Llevaba el vestido subido hasta la cintura, por lo que estaba totalmente expuesta a él.

—Eres perfecta —susurró, apretando con suavidad su cuerpo contra el mío.

Iba caminando por el piso hasta llegar a mi habitación. Me dejó sobre la cama, sin dejar de mirarme, y se quitó la camisa por encima de la cabeza sin desabotonarla. Su torso también estaba decorado con tatuajes, y las mangas de tinta quedaron a la vista al instante. Destilaba masculinidad por cada poro de su piel, provocándome con gestos como el de desabrocharse los pantalones. Quería corresponder a su efusividad, por lo que me quité el vestido, quedándome con el sujetador de encaje, el ligero y las medias con blonda. En mi mente, agradecía esa visita rápida a la tienda de *La Perla* con Alf, pues había conseguido unos conjuntos realmente sensuales.

—Te quiero solo con las medias y el ligero —ordenó, deshaciéndose de los pantalones. No me dio tiempo a quitarme el sostén, pues se encargó de hacerlo él —. Me encantan —dijo, besando mis pechos.

Sus besos me encendieron, entre una vorágine de caricias y gemidos, y sentí que podía tener un orgasmo con solo posar su boca sobre mi cuerpo. Sus manos se deslizaron hasta mi cuello, presionando ligeramente, y sus dientes tiraban de mis pechos enhiestos, haciéndome perder el control. Por primera vez, me sentía segura. Hunter llevaba toda la noche haciéndome sentir cómoda, siempre con un halago en los labios. Realmente, parecía que le gustaba y no dudaba en demostrármelo con cada beso y caricia.

—Más —pedí.

Había llegado a la cara interna de mis muslos con sus besos y lamidas, y la sensible piel de la zona estaba erizada. Hacía rato que era incapaz de resistir cada una de sus caricias, y ya apenas me era posible reprimir los gemidos que escapaban desde los más hondo de mi pecho. La garganta me ardía a causa de todos los sonidos que escapaban por ella, pero ya nada importaba. Al fin empezaba a sentirme viva entre los brazos de un hombre.

—¡Hunter!

Su lengua había alcanzado esa parte de mí que contenía todos mis puntos sensibles. Apenas podía respirar por el placer que me estaba dando, pero mis manos sí se habían instalado en la parte de su cabeza, instándole a continuar.

El orgasmo me sorprendió, arrasando con todo lo que conocía hasta la fecha con relación al sexo. Jamás había sentido algo tan intenso, y estaba empezando a sentirme abrumada. Sin embargo, Hunter no me dio tiempo a retroceder, pues volvió a mis labios y giró sobre la cama para colocarme encima de él. Aún

estaba inmersa en las últimas oleadas del clímax, con la mirada nublada por el placer, pero cuando se enfundó un condón y entró en mí, no quedó nada más que él y yo. Sus acometidas eran implacables, tan profundas que podía sentirlo al final de mi canal. Apenas podía moverme; tan solo podía intentar respirar. Hunter me sujetaba por las caderas mientras se impulsaba desde abajo para clavarse en mi interior.

—Joder —gruñía, sin dejar de embestirme—. Qué estrecha estás.

Giró de nuevo y se salió de mí, haciéndome protestar. Sin embargo, me giró sobre la cama, colocándome de cara al colchón, acomodándose para quedar con el trasero alzado hacia él. Y así, volvió a penetrarme, llegando aún más hondo. Notaba cómo una de sus manos me sujetaba por las caderas, manteniendo esa posición, mientras con la otra agarraba mi pelo desde la nuca y estiraba, por lo que mi cuello adoptó una curvatura sensual a la vez que mi boca entreabierta dejaba escapar suaves suspiros de placer.

Otro orgasmo empezó a entretejerse en mi bajo vientre. Sentía cómo mi cuerpo ardía y estallaba cuando los dedos de Hunter me pellizcaron la zona más sensible de mi sexo, dejándome desmadejada sobre la cama. Él me siguió entre gruñidos y penetraciones tan profundas que estaba segura de que iban a dejarme huella.

Quedó sobre mí durante unos segundos. Luego, me abrazó y rodó por la cama para volver a tenerme sobre él. Me enredé entre sus brazos, descansando la cabeza sobre su pecho, disfrutando de los últimos rastros del orgasmo que me había regalado. No tardé mucho en entrar en un estado semiconsciente con una ligera sonrisa en los labios, y totalmente relajada gracias al mejor sexo que había tenido en muchos años.

*** **

Eran casi las cinco de la mañana cuando entré en mi ático de Lenox Hill, un barrio venido a más. Vivía allí desde hacía un par de años y me encantaba el vecindario. Por desgracia, esa casa, que había sido mi refugio, se había convertido en uno de los sitios a los que odiaba ir. Maldecía el día en el que le había dado las llaves a Lewis, mi novio de la universidad.

—Darla.

Su voz me hizo estremecer. Tenía ese tono que implicaba una amenaza latente.

—¿Dónde coño estabas? —gruñó, acercándose a mí.

Hope, una de mis amigas más cercana, me había invitado a tomar unas copas esa noche, justo cuando salía del apartamento de mi hermana. No había sido algo planeado, y a Lewis le gustaba que le informara de cada uno de mis pasos.

—Llevo toda la noche llamándote y tu puto contestador no dejaba de saltar —espetó, agarrándome por el brazo—. ¿Has vuelto a salir con la zorra de Hope? ¿O has salido con la loca de tu hermana?

—No hables así de ellas —susurré, notando el pánico ascender por mi garganta.

No fui capaz de decirle que había apagado el teléfono porque no quería que me encontrara. Ni que odiaba que fuera por mi casa como si creyese que era suya. Ni que quería que desapareciera de mi vida para siempre.

—Sabes que no me gusta que salgas sin mí —continuó, llevándome hasta el dormitorio—. Eso es de zorras.

Me lanzó a la cama y tardó poco tiempo en cernirse sobre mí y follarme como hacía siempre que quería dejar claro que yo era suya. Era su forma de marcarme. Yo no se lo impedí. Simplemente, me quedé allí tumbada, dejándole entrar y salir de mí hasta que terminó.

—Así es como tienes que estar —escupió, cogiéndome por la cara de forma brusca—. Debajo de mí y con las piernas abiertas.

Después, se giró y se durmió casi en el acto.

Yo me encogí sobre mí misma y derramé unas lágrimas cobardes. Sabía que todo lo que él me hacía no era algo bueno, pero no tenía el valor para frenarle. Mis arrestos habían muerto el primer día que apagué el teléfono para que Lewis no me molestara.

Ese había sido el principio del fin, pero tenía que empezar a buscar el valor necesario para dejarle. Mi familia tenía recursos para protegerme de él si fuese necesario. Lo que estaba claro era que debía hacer algo o terminaría muerta como todas esas mujeres que aparecían con frecuencia en la televisión. Sabía que mi hermana sospechaba algo, ya que desde siempre le había caído mal Lewis. Sin embargo, a mis padres les caía bien y, en cuanto Paola había mostrado sus pensamientos, ellos la habían atajado. Desde entonces, había un ambiente enrarecido durante las comidas familiares, y todo porque mi novio había resultado ser un psicótico.

Suspiré, dolida con la vida que me había tocado sufrir.

«Saldremos de esta», susurró mi conciencia, dándome fuerzas para seguir adelante.

Tenía que salvarme a mí misma de ese infierno. No me quedaba otra opción.

Capítulo XIII – Ojos en la oscuridad

El día se había levantado nublado en Nueva York. Parecía mentira que el verano estuviera a la vuelta de la esquina, pero así era y yo debía empezar a prepararme para ir a Los Hamptons con mi familia. Estaba deseando pasar todo el día sufriendo en la piscina y tostándome al sol. Por eso, Serena, Darla y yo habíamos ido a *Macy's* con la intención de aprovisionarnos de bañadores y ropa de verano cómoda y fresca.

—Necesitamos algo más formal —mencionó Ena, entrando en la tienda de *Valentino*.

—¿Por qué?

—Este año se celebrarán buenas fiestas en la playa y vamos a ir —expuso, mirando un vestido largo y vaporoso.

—¿Tenemos invitaciones?

—Por supuesto —afirmó, distraídamente.

Mi hermana y yo nos pusimos a ver otras prendas, y luego fuimos a los probadores para ver si algo nos quedaba bien. Lo bueno o no de esas tiendas de lujo, era el trato del personal. Desde que habíamos entrado en la tienda, las consultoras de moda nos rondaban y, al final, habíamos tenido que despacharles de forma cortante.

—No me gusta —dije en voz alta, mirándome desde la tarima principal del probador.

Me había puesto un vestido corto y rojo, pero su corte no favorecía mi figura.

—Ponte el de seda —pidió Ena, uniéndose a mí en la tarima.

Ese vestido sí me quedaba bien, y tenía un aire veraniego que bien valía los más de dos mil dólares que costaba el diseño. Lo metí en el montón de cosas que llevarme y procedí a inspeccionar la sección de zapatos, aunque me temía que Serena ya había arrasado con todos.

De repente, un alboroto llamó nuestra atención. En el mostrador estaba el escolta personal de Serena y pude ver cómo le lanzaba un fajo de billetes a la trabajadora que se encargaba de las ventas. Serena supo enseguida que ocurría algo y se apresuró a sacarnos de allí, sin importar si dejábamos algo atrás.

—¿Qué ocurre?

—Rápido.

Unos brazos musculosos me rodearon y me sacaron, casi en volandas, del centro comercial. La gente me miraba, como si creyeran que yo había robado algo, pero nada detuvo al tipo que me evacuaba para lanzarme al interior de un coche negro enorme. El hombre saltó al puesto del copiloto y, derrapando, se alejó del centro comercial.

—¿Qué está pasando? —exigí saber.

—Hay una amenaza, señorita —respondió el conductor—. Hemos tenido que evacuarlas.

—Pero todas mis cosas estaban en el probador —informé—. Necesito el teléfono y...

—Todo será recuperado por el equipo de rescate.

Pero ¿de qué diablos estaban hablando? ¿Acaso se pensaban que estábamos en una de esas películas tipo *Transporter*? Tenían que ser muy paranoicos para pensar que alguien podría interesarse por alguna de nosotras hasta el punto de tener que sacarnos a rastras de uno de los centros comerciales más conocidos del país. A esas alturas, nada debía sorprenderme si estaba viviendo una continua película de ciencia ficción.

—¿Y mi hermana? ¿Y Serena?

—Su hermana y la señorita Knox serán llevadas a sus respectivas casas —informó, mirando su teléfono móvil con ansiedad.

Después, dijo algo más en un idioma que no entendí. ¿Acaso era necesario saber ruso para trabajar para Vladimir?

—¿Qué ha dicho? —demandé, asomándome entre los dos asientos de delante—. No sé ruso.

—Nada que tenga que ver con usted, señorita —respondió, aunque algo en mi mirada debió advertirle de que necesitaba saber más—. La amenaza iba dirigida contra la señorita Knox.

No era la primera vez que a Serena le pasaba algo similar, y era un asunto grave, pero yo no quería pasar por lo mismo.

—Pues déjenme aquí —pedí, casi ordenando.

—Las órdenes son que las llevemos a su casa.

—Y yo le digo que me deje aquí, en Brooklyn. Tengo a alguien con quien quedarme.

Se hizo el silencio en el coche, interrumpido de vez en cuando por la interferencia de la radio que coronaba el salpicadero. El copiloto mandaba un mensaje por teléfono mientras el conductor mantenía la mirada fija en la carretera. Finalmente, el primero hizo un gesto con la cabeza y se produjo un

giro brusco que me llevó de un lado a otro de la parte trasera. Reconocí el camino en cuanto llegamos a una zona de locales nocturnos. Me estaban llevando a la casa de Hunter, sin siquiera tener que decirles la dirección.

—Gracias —susurré.

El escolta que me había sacado de la tienda se giró sobre su asiento, sacó un teléfono móvil de su bolsillo interior y me lo entregó con decisión.

—Coja este teléfono —ordenó—. No puede ir sin algo que le permita comunicarse con la gente.

—Entiendo.

—El teléfono tiene una tarjeta clonada de su propio móvil, por lo que hay un registro de sus contactos y conversaciones más recientes —explicó—. Cuando llegue a su casa, podrá recuperar el suyo propio.

Asentí rápidamente, guardándome el dispositivo en el bolsillo trasero del pantalón y conteniéndome para no pedir explicaciones por esas medidas tomadas sin mi consentimiento. Después, cuando se detuvo el coche en la acera cercana al edificio de Hunter, me apeé y cerré la puerta.

—Si necesita que la recojan —dijo el chófer, bajando la ventanilla del coche—, llame al número que está en el número uno de la marcación rápida.

Observé cómo el enorme coche desaparecía calle abajo. Seguía alucinando, para qué engañarme. Tras unos segundos parada en mitad de la calle como un pasmarote, reaccioné y me apresuré a ponerme en contacto con mi hermana y Serena. Darla respondió enseguida, asegurando que estaba en su casa, aunque tenía intención de ir a la clínica para adelantar trabajo. Serena, por el contrario, no respondió. Me preocupaba qué le hubiera pasado, pero confiaba en que su escolta hubiera podido sacarla sin riesgos. Ella vivía blindada, seguro que estaba bien, recluida en alguna de sus propiedades.

—¿Paola?

Me sobresalté al escuchar la voz de Hunter. Iba sudado, con una camiseta de tirantes que se ajustaba a su torneado torso y dejaba ver los tatuajes que cubrían sus brazos. Parecía que venía de hacer deporte o, más bien, de correr.

—¿Qué haces aquí? ¿Habíamos quedado?

—No, pero estaba por la zona haciendo unas compras para el verano y he pensado en venir a verte —improvisé, acercándome a él.

—¿Y las bolsas? —se interesó al ver que no cargaba nada.

—He pedido a un trabajador de mi padre que me las lleve a casa —mentí, aunque era algo que solía hacer durante mi época de estudiante.

—Como no... —susurró, cogiéndome de la cintura para acercarme a él—.

Me alegro de que hayas venido.

Su boca aterrizó sobre la mía. Sus labios presionaron los míos con suavidad, en un beso delicado que me hizo sentir mariposas en el estómago. Parecía mentira que, con lo apasionado y ardiente que era, pudiese besar así.

—Hola —saludé, sonriendo cuando se separó de mí.

—Hola, princesa.

En esa ocasión, fue más allá. Su brazo me apretó contra su pecho y yo crucé las manos por detrás de su cuello. Nos besamos con pasión, saboreándonos, tentándonos. Su lengua jugaba con la mía, despertando en mí esa sensación que sólo él había conseguido. Me tenía completamente encandilada, y me temía que eso podía volverse en mi contra de algún modo. Se separó de mí entre rápidos besos que me erizaron el vello de la nuca, haciéndome suspirar con satisfacción.

—¿Comes en casa? —preguntó, tirando de mí hacia su edificio.

—Tengo el día libre... Relativamente —respondí.

—Lo tomaré como un sí.

Era la segunda vez que iba a subir a su apartamento, pues la primera vez había sido con motivo de hacerme un tatuaje. De eso hacía algunas semanas y, desde entonces, siempre nos veíamos en el bar, en mi casa o en la clínica. Iba a ser un acontecimiento, sobre todo porque sería la primera vez que iba a su casa desde que nos habíamos acostado.

—¿No le molestará a tu compañera de piso?

—Sigue sin aparecer, y ojalá siga así.

El desprecio de Hunter hacia Gina, su compañera, era más que evidente, y se negaba a decirme los verdaderos motivos. Siempre decía que tenía problemas con las drogas y que no colaboraba con el alquiler, pero algo me decía que había algo más.

«Tengo que acordarme de hablar con Keyla», anoté en mi mente, convencida de que mi abogada podría ayudarle de alguna manera, aunque Hunter era reacio a aceptar los servicios de alguien como Keyla. No es que ella fuera a pedirle una minuta, pues lo haría como favor personal.

—Vamos.

Abrió la puerta del apartamento, dejándome entrar a mí primero. Ese día, me fijé mejor en los detalles opacados por los nervios el primer día. Era acogedor y luminoso. Tenía una amplia televisión con una consola conectada, y múltiples estanterías con vasos y botellas de alcohol de marcas que ni me sonaban. Sin embargo, lo que más llamó mi atención fue un terrario cerca de la ventana. En su interior, había una serpiente pequeña, enrollada sobre sí misma, que parecía

dormitar.

—No sabía que tenías una serpiente —susurré, acercándome para verla de más de cerca.

—Es de los mejores animales del mundo —explicó, cogiendo una botella de agua de la cocina—. Apenas requiere cuidados, por lo que me va bien por todas las horas que le dedico al bar.

—Me da un poco de repelús.

—No hace nada...

Se acercó a donde yo estaba y corrió la puerta que encerraba al animal para meter la mano y acariciar su frío cuerpo.

—Desde luego, eres una caja de sorpresas —puntalicé, rodeándole la cintura con los brazos.

—Te encantaría que te enseñara mis sorpresas, princesa —dijo con la voz ronca—, pero tengo que ducharme.

Me dio un beso fugaz y se encaminó hacia el cuarto de baño, dejándome a solas con la serpiente. Ni siquiera lo dudé un segundo y fui tras él. Al entrar en el baño, vi toda su ropa desperdigada por el suelo y una nube espesa de vapor empezaba a formarse por toda la estancia. Rápidamente, me deshice de la ropa y me metí con Hunter en la ducha. Deslicé los brazos por su cintura, pegando mi cuerpo desnudo al suyo. Mis manos viajaron hasta sus pectorales, donde las suyas me esperaban. Besé la parte de atrás de sus hombros, trazando un camino a través de su nuca.

—Hmmm —susurró, girándose para quedar frente a mí.

Sonreí cuando sus labios tocaron los míos en un beso lento y húmedo. Hunter posó sus manos en mi trasero, apretándome contra él. Estaba excitado y su erección chocaba con mi vientre, lo que provocaba mi propia excitación. Yo era capaz de hacer ese cambio en él, algo impensable hasta hacía unas semanas.

—Te quiero de rodillas —pidió, con la voz ronca y esa mirada penetrante que me hacía humedecer.

Le miré, algo desconcertada al principio, hasta que entendí qué es lo que demandaba. No tenía mucha experiencia en esas prácticas, pero quería hacer que disfrutara. Encontraba algo realmente erótico en lograr que un hombre perdiera la cabeza por el placer que yo le proporcionaba. Me arrodillé, mirándole sin parpadear, dejando que el agua de la ducha me mojara el pelo hasta calarlo. Usé las manos para sujetarme a sus caderas hasta que tuve frente a mi boca su sexo. Sus ojos estaban fijos en mí y en mis movimientos, y tenían un brillo malicioso que me incitaba a abrir la boca.

—Joder —jadeó cuando le lamí la aterciopelada longitud.

No me perdía de vista en ningún momento. Su cuerpo, mojado e hinchado por el deporte, con toda esa tinta impregnando su piel, era una auténtica tentación. Abrí la boca y dejé que se introdujera en ella, adquiriendo un ritmo embriagador que me derritió. No sé cuánto tiempo estuve en esa posición, pero vi en sus ojos el momento exacto en el que iba a derramarse y cómo se reprimía para aguantar más.

—¡Ven!

No me dio tiempo a levantarme por mi cuenta. Me cogió por la cintura y me acorraló contra la pared de la ducha, haciéndome maldecir porque estaba fría.

—Agárrate a mí.

Crucé los tobillos por detrás de su espalda y, antes de darme cuenta, estaba dentro de mí, duro como el acero y caliente como el fuego. Se movía de forma ruda, clavándose muy hondo, con los dientes apretados y sin dejar de mirarme. Yo tampoco podía apartar los ojos de él y era algo que parecía gustarle. Le atraje hacia mi boca y me mordió los labios de forma sensual, haciéndome gemir de placer.

—Vamos, Paola —ordenó—, ¡dámelo!

El orgasmo me golpeó de lleno y el grito se escuchó por todo el apartamento. La ducha daba vueltas mientras el clímax se expandía por todo mi cuerpo, y yo solo podía cogerme a él para no caer.

—¡Ah! —gruñó, dándome una última estocada antes de apoyarse sobre mí—. Joder...

Nuestras respiraciones estaban agitadas, y el ritmo de su corazón retumbaba contra el del mío. Acaricié sus hombros a la vez que apoyé la frente sobre su hombro y dejé que me metiera debajo del chorro de agua. Nos quedamos allí unos segundos hasta que fui capaz de mantenerme en pie para poder ducharme.

—Eres preciosa —susurró, besándome bajo el agua.

Sonreí por toda respuesta.

*** **

Lush me había sacado del centro comercial a rastras y no había tardado ni

diez minutos en recorrer la mitad de la ciudad para alejarme del peligro. Me había dicho que habían notado movimientos sospechosos en torno a mí y a las hermanas Vincent, pero estaba seguro de que la amenaza iba dirigida a mí y no a ellas. Yo, por el contrario, disentía.

—A mí me atacan directamente, Lush —espeté, cansada de su cabezonería—. Que me observen no es el estilo de esos que quieren matarme.

—No podía correr riesgos.

—No, pero has puesto en peligro a mis amigas al decirle a sus escoltas que la amenaza era para mí —señalé.

El silencio se sobrevino en mi ático. Ni siquiera se escuchaba el ruido del tráfico, lo que se me hizo muy raro. Lush me miraba sin verme, con la mandíbula tensa y los puños apretados. Tenía el cejo fruncido y las aletas de la nariz dilatadas por la respiración alterada. Estaba asustado y eso no era normal en él.

—¿Qué ocurre? —quise saber, con la intuición de que me estaba ocultando algo.

—He hecho mi trabajo, Serena —gruñó, acercándose a mí más de lo estrictamente necesario—. Tus amigas tienen sus propios equipos de seguridad, y la tuya depende mí. Lo demás no me importa.

—Pero a mí sí.

—Y por eso, están blindadas —aseguró—. Ninguna de ellas sufrirá daño alguno mientras estén bajo nuestra protección.

Le miré de soslayo y le di la espalda para ir al enorme ventanal. Estaba intranquila, con un nudo en la boca del estómago que me impedía respirar con tranquilidad. Me notaba cerca del límite de estrés, pero debía mantener la calma. Toda la situación empezaba a sobrepasarme. ¿Quién quería mi cabeza clavada en una estaca?

—Tu cabeza tiene precio, Serena —susurró, muy cerca de mí otra vez—. Y no sabemos la razón.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si Paola está en peligro, es un factor más a tener en cuenta en tu protección y, por lo tanto, te sacaré de cualquier situación que suponga un riesgo para ti —explicó—. Eres mi prioridad, Ena.

Suspiré, intentando calmar el desasosiego que sentí. Las amenazas que había recibido desde que tomé las riendas de los laboratorios eran cuantiosas, pero no habíamos descubierto el origen de ellas. Después, llegaron las filtraciones a empresas de la competencia, con sus correspondientes pérdidas millonarias, por

lo que algo nos decía que ambas cosas debían estar relacionadas. Sin embargo, esas sospechas empezaban a cambiar en mi cabeza.

—Voy a llegar al fondo de esto —prometió, rozando mi cuerpo con el suyo.

—Lush... —advertí.

Me ponía nerviosa esa actitud que tenía conmigo, y a la vez me gustaba provocarle para que la tuviera. Era extraño y a la vez natural.

—*Ya budu zashchishchat' tebya* ².

¡Ese maldito idioma! Qué costumbre tenían todos los escoltas de Vladimir y de mi madre de hablar en ruso. Era un idioma tremendamente complicado de aprender, por no de decir de entender. Aún no me explicaba cómo mi madre era capaz de hablar esa lengua sin problemas hasta casi parecer nativa.

—Si me hablas en ruso, no entiendo nada, Lush —espeté.

—No puedo decírtelo de otro modo.

Hubo otro momento de silencio, algo más tenso de lo que estaba acostumbrada, pero estaba claro que John Lush no iba a ceder a mis deseos de comunicarse conmigo en un idioma que entendiera. Por eso, cuando terminé de perder la paciencia, me aparté del ventanal y me encaminé a mi habitación.

—Si me necesita, estaré fuera, señorita Knox.

Las formalidades habían vuelto, afortunadamente.

—Por supuesto.

*** **

Hunter había insistido en llevarme a casa, pero yo quería pasar antes por la clínica, por lo que pedí un coche con chófer. Podía haberle pedido a uno de esos gorilas que me había sacado del centro comercial que me acercara a casa, pero no quería empezar a depender de ellos y, puesto que había sido Serena la que había pasado a por mi hermana y a por mí para ir de compras, mi coche seguía en su plaza en el garaje de mi edificio.

No iba a llevarme mucho tiempo hacer lo que tenía que hacer en la clínica, pues tan solo era comprobar los horarios de los próximos días, pero debía ir hasta mi despacho. Ya no quedaba nadie por los pasillos, algo normal siendo la hora que era, por lo que se respiraba una quietud espeluznante. Nunca había

imaginado que entrar sola allí me pondría los pelos de punta, pero desde el asesinato del fiscal, no podía evitarlo. ¡Un asesino había estado allí!

Me senté en mi mesa, encendiendo el ordenador, y eché un vistazo a la correspondencia que mi secretaria había dejado en la bandeja plateada sobre ella. Había un poco de todo, incluyendo invitaciones a fiestas a las que no pensaba ir. Comprobé que todo estaba en orden con los psicólogos de mi plantilla e hice un archivo que envié a mi secretaria para que lo imprimiese y repartiera a todos los empleados. Pronto, iban a ser las vacaciones de verano y quería que recordaran cuáles iban a ser sus días libres.

—Listo —dije en voz alta, apagando el ordenador y recogiendo mis trastos.

El conductor que había pedido debía esperarme fuera junto a la puerta, así que fui por el pasillo principal hasta la salida. Un suave ruido me detuvo en seco frente a los mostradores de recepción. Parecía provenir de una de las salas de espera, por lo que me acerqué para ver si aún quedaba algún colega por allí. Encendí la luz y no encontré a nadie, pero sí había un montoncito de revistas que se había caído al suelo. Me acerqué, haciendo resonar mis zapatos de tacón, y las recogí. Después, volví a apagar la luz y fui hasta la entrada.

—Lamento la tardanza —le dije al chófer, sentándome en la parte trasera del coche—. Ya puede llevarme a casa.

—Sí, señora. —Arrancó el coche y se incorporó a la calzada—. Lamento la intromisión, pero debo admitir que estaba a punto de entrar a buscarla.

—¿Disculpe?

—Tengo hermanas pequeñas y no me gusta que estén solas en sitios oscuros y desiertos —explicó—. Es como un impulso, pero afortunadamente he visto a un compañero suyo salir por una puerta trasera.

Me quedé paralizada por varios motivos. El primero, que no debía haber nadie dentro de la clínica. El segundo, que no había puertas traseras, sino puertas de emergencia que hacían saltar una alarma si se abrían. Y tercero y más importante, que alguien había huido al ver que yo me dirigía al sitio del que provenía un ruido descuidado.

«Quizá era un compañero y todo es una tremenda casualidad», intenté convencerme, pero en el fondo sabía que no era así. Lo que más me escamaba era que la alarma no había sonado, por lo que habían sido desactivadas.

—Cambio de planes —dije al fin, recuperándome del shock.

—¿Dónde quiere ir?

—Yo le indico.

El ático en el que vivía Serena no estaba muy lejos de mi casa, pero sentía

que allí estaría más segura. No quería dormir sola, pero tampoco quería ser una alarmista, y sabía que Serena me entendería mejor que nadie.

O eso esperaba.

Capítulo XIV – Un infierno de hielo

El calor que empezaba a hacer en Nueva York era casi sofocante, anunciando que el verano estaba a la vuelta de la esquina. Ese año tenía planeado ir una semana a casa para ver a mi familia y a mis colegas, aunque no es que tuviera muchas ganas. Echaba de menos a mis padres y a mis abuelos, pero nada que no pudiera solucionar con una larga llamada. Por desgracia, mi madre había insistido en que fuera y al final había sido incapaz de negarme.

—¡Hola! —saludó Lizzy al entrar en el bar.

Iba cargada con varias bolsas de comida, por lo que me apresuré a echarle un cable.

—Tenemos una reserva para una despedida de soltero —informé—, así que vamos a tener mucho trabajo.

—Hoy tendremos babosos... ¡Genial! —se quejó.

—Quédate en la barra, ¿de acuerdo? Yo estaré ahí contigo.

Lizzy era una chica preciosa que despertaba el interés de demasiados hombres. Por eso, prefería estar mano a mano con ella cuando teníamos un enjambre de tipos borrachos. Nos apresuramos a preparar las mesas, los aperitivos y las bebidas. Mientras tanto, los camareros empezaron a llegar, ya vestidos con la camiseta del bar.

—A la menor muestra irrespetuosa, decídmelo —ordené—. ¡Vamos a por la noche!

Minutos después, un grupo de hombres llegó. Todos eran corpulentos en un rango de edades bastante diverso. Les hice señas para que se acercaran a la barra y empezaran a pedir sus bebidas, a la vez que le indicaba al encargado de seguridad que controlara el aforo.

—¡Hunter! —gritó alguien de entre la multitud.

—Tyler —saludé, chocando la mano por encima de la barra.

—¿Me pones una birra?

—Claro.

Saqué un botellín de la nevera y lo abrí delante de él. Cuando lo cogió, le dio un gran trago y volvió a dirigirse a mí:

—¿Has pensado en lo que te dije? —asentí, sacando más cervezas de debajo del mostrador—. ¿Y?

—No termino de verlo claro —confesé.

—Mira, hagamos una cosa —propuso—. ¿Qué te parece si durante este verano te vienes algún día al parque de bomberos? Así, ves cómo es un día de servicio.

Me lo pensé durante unos segundos. Le había estado dando vueltas a su propuesta y había visto en internet que su vida solía ser bastante tranquila, pero dura cuando algún incendio o emergencia se presentaba. También había estado informándome sobre las pruebas que se hacían para entrar al cuerpo y sabía que podría pasarlas con un poco de entrenamiento extra. Además, no quería pasarme toda la vida sirviendo copas. No debería ser difícil compaginar el ser bombero con el ser tatuador, ¿no?

—Está bien —cedí—. Veamos de qué sois capaces.

—¡Ese es el espíritu!

Volvió a chocar la mano conmigo y se unió a la fiesta. Fue entonces cuando supe que tenía ante mí al cuerpo de bomberos y que las distintas edades se debían a los distintos rangos. Se les veía unidos, bromeando todos con todos y, para mi sorpresa, ninguno intentaba sobrepasarse más de la cuenta con alguna de las empleadas. Eran hombres de honor.

—¿Nos tomamos un descanso? —quiso saber Lizzy, aprovechando que el grueso del trabajo estaba en la pista de baile.

—Hecho.

Nos escabullimos hacia la puerta trasera del bar. Hacía mucho calor, y el golpe de aire fresco que nos recibió fue más que bienvenido. Nos colocamos apoyados en la pared, uno al lado del otro, y ella se sacó el paquete de tabaco del bolsillo trasero de los tejanos.

—¿Qué vas a hacer este verano? —preguntó, encendiendo el cigarro.

—Nada interesante.

—He oído lo que te decía ese bombero —comentó, soltando el humo por la boca—. Es una buena oportunidad, Hunt.

—¿Me ves de bombero?

—Estarías aún más sexy —se carcajeó—. Y debe tener su morbo tirarse a un bombero.

Me reí con ella, algo incómodo por lo que implicaban sus palabras. Desde que había empezado a salir con Paola, ella ni siquiera había hecho intentos por tener sexo, algo que había agradecido. Sin embargo, esa noche le notaba receptiva.

—Lizzy...

Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con la punta del zapato. Después, se acercó a mí con intenciones claras dibujadas en sus ojos. Apretó su cuerpo contra el mío, agarrándome por el cuello.

—Lizz...

No me dejó terminar. Su boca chocó con la mía en un beso rudo y sin sabor. De pronto, esa boca que tanto placer me había dado se había tornado dura y fría, sin el ritmo que me gustaba.

—Para. Para —pedí.

—¿En serio? —dijo, con el enfado tiñendo su voz—. ¿Ahora eres monógamo? ¿Tienes suficiente con esa pija del Uper East Side? Tú no eres así.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Simplemente, no tengo ganas.

—Ya... Claro.

Se marchó enfadada, pisando fuerte y cerrando la puerta del vestuario de un portazo. Sabía que se le pasaría, pues Lizzy tenía un carácter tranquilo, aunque era un poco caprichosa y yo le había quitado su dulce favorito. No es que quisiera mantener una relación típica con Paola, pero algo me había impedido coger a mi compañera y acostarme con ella. No había sentido con ella eso que me incitaba a tomar a Paola en todas las posiciones y lugares que conocía. Era extraño porque, para mí, no era habitual engancharme de alguna tía. Hacía mucho que no ocurría y no iba a cambiar eso ahora.

*** **

Habíamos convocado una reunión en el Edificio Andersen, en la oficinas de Drake, para hablar de los movimientos de la GoldGroup Society. O eso creía yo hasta que llegué a la sala de juntas.

—¿Qué es esto?

Drake y Serena estaban de pie junto a la máquina de café de la sala, mientras Keyla Andersen y Vladimir charlaban ya sentados en la mesa de caoba.

—Ven aquí, cariño —habló la abogada—. Tenemos que hablar.

—¡Perdón por el retraso!

Alf y Darla acababan de llegar, dejándome aún más extrañada.

—¿De qué va todo esto?

Keyla me hizo un gesto para que me sentara junto a ella y Vladimir, mientras el resto empezó a tomar posiciones en torno a la mesa.

—Queremos hablar contigo de lo que ocurrió la otra noche —informó el ruso con un marcado acento—. Serena nos ha contado que has estado en su casa, y mis hombres hablan de una actitud asustadiza y esquiva.

—La confirmo —intervino mi hermana, a lo que Alf asintió.

—Entiendo por lo que estás pasando, Paola —continuó Keyla, tomando la palabra—, pero si no mantienes una actitud normal, ese hijo de perra no volverá a dar señales de vida.

—Y, si no lo hace, no lo podréis pillar —terminé por ella.

—¡Exacto! —exclamó Vladimir—. Sé que es complicado fingir que no ha pasado nada, pero quiero que sepas que estás segura, Paola. He aumentado la seguridad en torno a ti, pero que estés cerca de Serena me facilita las cosas. Con su seguridad privada y la tuya sois casi intocables, pero se nota que sabes que están con los ojos puestos en ti. Lo que te estoy pidiendo es que continúes con tu vida, pero con Serena. He lanzado un falso rumor de que en tu piso se van a hacer obras, por lo que no sería raro que te quedaras con una amiga tuya de toda la vida. En cuanto al resto, tenéis que mantener la normalidad. Vamos, que sigáis saliendo de noche y haciendo una vida típica para vosotros.

—Lo que Vladimir quiere decir —interrumpió Keyla— es que salgáis por las noches sin miedo o que retoméis las compras que os interrumpieron el otro día.

—Cuando nos reunamos en Los Hamptons, si no lo hemos pillado aún, lo tendremos contra las cuerdas.

De nuevo, a mi cabeza acudieron esas imágenes de las películas de acción que ponían en la televisión los fines de semana. Serena y Drake parecían cómodos con la situación, Darla no parecía muy alterada, y Alf parecía hasta emocionado por toda la acción que se estaba encontrando sin comerlo ni beberlo. Sin embargo, yo no sabía dónde meterme. Sólo quería que esa pesadilla terminara.

—Una cosa más —volvió a hablar Keyla—. Alf, querido, ¿te han dicho quién es el tipo que persigue a Paola?

—¿Qué? ¿A qué viene eso? —quise saber, temerosa a que se rompiera la confidencialidad que otorgaba mi profesión—. No se lo he dicho a nadie. Sabes que no puedo hablar de este asunto. Bastante es que lo sepáis la mayoría de los que estáis aquí.

—Tranquila, Paola. Si alguien te recrimina algo, me lo mandas al bufete —apuntó, prestando más atención a mi amigo que a mí—. ¿Y bien?

—Lo cierto es que no sé a qué se refiere, señora Anderson.

—Verás —habló en su lugar Vladimir, sacando una carpeta de color crema del maletín de Keyla—, he estado investigando por mi cuenta y resulta que Terry Johnson es hijo de Rose Wolf.

Conforme Vladimir iba hablando, el rostro de mi amigo se fue tornando ceniciento. El color de sus mejillas había desaparecido y sus ojos se habían abierto tanto, que parecía que se iban a salir de sus órbitas.

—No puede ser...

—Esa Rose Wolf se casó con Samuel Clark y tuvieron tres hijos —continuó el ruso, enseñándonos varias fotos a todos, pero centrándose en Alf—. ¿Me seguís?

—No —dijimos todos al unísono, a excepción de la abogada y mi mejor amigo.

—Sí —susurró Alf.

—Explícate —pedí, notando cómo el dolor de cabeza empezaba a aparecer.

—Samuel Clark es un primo segundo de mi madre —informó, revisando las fotografías que Vladimir había llevado y cogiendo la de una mujer que yo conocía bien.

—No jodas... —saltó Serena, cogiendo la información y leyéndola por encima.

—Todo esto nos ha llevado a pensar que, quizá, Johnson se acerque a ti en busca de información sobre Paola, apelando a la consanguinidad que compartes con él.

Serena continuaba mirando los papeles con Drake imitándola por encima del hombro. Darla estaba estática y Alf no sabía dónde meterse. Parecía ido, con la mirada trabada en la del guardaespaldas ruso, y casi podía ver su cabeza en funcionamiento.

—Desde luego, el mundo es un puto pañuelo —dijo al fin, mirándome con una sonrisa—. No deben preocuparse, jamás pondría en peligro a Paola.

—¿Ni siquiera por un familiar lejano?

—Paola es como una hermana y a ese tipo ni lo conozco —puntualizó—. La respuesta es bastante obvia.

—No te ofendas —replicó Keyla, sonriendo con amabilidad—. Sabíamos que esa sería tu respuesta y por eso queremos ponerte seguridad. Al ser un personaje público, no levantará sospechas en la prensa si, de repente, apareces

acompañado de un par de escoltas.

—No, claro, pero no sé hasta qué punto me gusta esa propuesta.

De repente, Vladimir y Keyla se pusieron a hablar en ruso para la exasperación de Serena, que se levantó y salió de forma precipitada de la sala. Drake la imitó, despidiéndose del resto con un leve gesto con la mano, y Darla y Alf se mantuvieron en su sitio.

Yo seguía en estado de shock. Tenía la sensación de estar viviendo una vida que no era la mía, como si fuera un personaje de una de esas películas de Paul Verhoeven o Guillermo del Toro. En cualquier momento, todo explotaría y me temía que yo estaría en mitad de la trayectoria de la metralla.

—¡De acuerdo! —espetó Alf—. Hagan lo que quieran. Lo que sea para que los Vincent estén a salvo.

—Perfecto.

Con movimientos coordinados, Vladimir y Keyla se levantaron y abandonaron la sala de juntas.

—Me largo —gruñí, ajustándome el bolso al hombro—. Nos vemos, chicos.

No quería permanecer más tiempo allí. Sentía que me estaba ahogando, que el aire se volvía denso a mi alrededor y me impedía respirar. ¿En qué momento me había metido en ese embrollo? Maldecía el momento en el que no me había plantado frente al fiscal, rechazando la tarea de evaluar a ese delincuente. Si me hubiera mantenido firme, mi única preocupación sería Hunter y eso que estaba naciendo entre nosotros. Pero no, mi sentido de la profesionalidad tenía que salirse siempre con la suya.

«¡Joder!», bramé en mi fuero interno.

Llegué al aparcamiento con los nervios a flor de piel. Me temblaban las manos y era incapaz de recuperar las llaves del coche del fondo del bolso. Al final, terminó cayendo al suelo, desparramándose todo por el pavimento.

«Por todos los santos de este universo y el de al lado... ¡Cálmate, Paola!», me amonesté, respirando hondo antes de agacharme a recoger las cosas. Una mano salió de la nada, devolviéndome esas llaves que tanto había estado buscando.

—Gracias —dije, tomando las llaves de la mano del desconocido.

—No hay de qué, señorita.

La mandíbula se me quedó colgando. El tipo que me había ayudado era guapísimo, vestido con un traje que parecía hecho a medida. Tenía el pelo largo, recogido pulcramente en lo alto de la cabeza con un pequeño moño, y sus ojos eran tan marrones que parecían negros.

—No te había visto por aquí nunca —comentó, mirándome de arriba abajo—. Trabajo en *Andersen & Co*, el bufete de abogados del edificio.

—Vaya, qué interesante —me carcajeé, pues era evidente que no sabía quién era yo—. Yo estoy de visita.

—¿Eso quiere decir que no voy a volver a verte?

Imité su gesto y le miré de arriba abajo a la vez que me acercaba al coche y lo abría con el mando de las llaves. Después, sonreí de la forma más seductora de la que fui capaz.

—Exacto —respondí, guiñándole un ojo.

Vi cómo se reía y negaba con la cabeza. No tenía tiempo para esas tonterías, pero el pobre había conseguido centrarme para poder conducir. Me abrí paso entre el tráfico hasta llegar a la clínica. Ese día tenía varias citas programadas, incluidas un par que debía atender a través del ordenador. No quedaba mucho para las vacaciones y se notaba, pues muchos de mis pacientes querían empezar a aplazar citas hasta septiembre. Afortunadamente, no tenía ningún caso grave, pero siempre me mantenía en contacto con ellos por vía telefónica, por lo que, si surgía alguna emergencia, estaría localizable.

—Doctora Vincent —saludó una de las recepcionistas al verme pasar.

—Buenos días.

Entré en mi despacho con actitud taciturna, con la cabeza a millones de kilómetros de allí. Esperaba que el trabajo me distrajera de toda esa mierda que se cernía sobre mí. Realmente, lo esperaba.

—Doctora Vincent —llamó mi secretaria, abriendo la puerta—, su cita ya está aquí.

—Hazle pasar en cinco minutos —ordené.

Dejé el bolso en el armario que tenía en el cuarto de baño y saqué el teléfono para mandarle un mensaje rápido a Hunter.

“Voy a estar un poco liada hasta la tarde, pero podemos quedar para cenar.”

No respondió enseguida, por lo que supuse que estaría ocupado, así que dejé el teléfono en silencio sobre mi mesa, cogí el cuaderno de notas que usaba con mi próximo paciente y me senté en el sillón frente al diván.

—Doctora Vincent —saludó la joven que entraba en mi consulta—, no sabe cómo me ha costado esta semana no llorar.

—¿Quieres contarme por qué? —propuse, animándole a sentarse frente a mí y hablar.

—Por favor.

—Adelante.

*** **

El teléfono me quemaba en el bolsillo. Había visto el mensaje que Paola me había mandado, pero no quería responder. Aún resonaban en mi cabeza las palabras de Lizzy de la noche anterior y mucho me temía que tenía razón. Me estaba atontando con todas esas salidas con Paola, como si tuviésemos una relación idílica, pero todos sabíamos que esas cosas nunca pasan. Me había limitado a guardar el dispositivo en la bolsa de deporte e irme al gimnasio, a ver si las endorfinas me ayudaban a dejar de pensar en Paola. Por supuesto, había estado más que equivocado.

Estaba machacándome en la sala de pesas, haciendo ejercicios de peso muerto y pierna. Iba a tal ritmo, que me ardían los músculos e iba a tener unas agujetas considerables, pero no me importaba si conseguía despejarme la cabeza.

—Relájate —escuché que decía alguien.

—Jared, no me jodas —gruñí, haciendo un esfuerzo titánico para levantar la mancuerna.

—Deberías hacerle caso a tu amigo —dijo otra persona—. Si te lesionas, no me vales para el cuerpo de bomberos.

Me giré y vi a Tyler con varios tomos enormes debajo del brazo. Iba vestido de deporte, aunque las horas de juerga de la noche anterior pesaban en las ojeras bajo sus ojos.

—Pensaba que estarías descansando —comenté, secándome el sudor con una toalla.

—Tengo guardia y necesito un poco de ejercicio para despejarme —comentó, acercándose a mí para que le estrechara la mano—. Y, de paso, vengo a traerte esto.

—¿Qué son esos libros?

—La parte teórica y tediosa de ser un bombero —informó, sonriendo de oreja a oreja.

—No he dicho que sí.

—Pero lo harás —concluyó. Después, se giró hacia Jared y lo miró de arriba

abajo—. ¿Qué pasa, tío? Soy Tyler.

—Jared —se presentó mi amigo—. ¿Eres bombero?

—Sí, está en el Departamento de Bomberos de Nueva York —expliqué—, y quiere que me una al cuerpo.

—Y lo harás —repitió—. ¿Te interesa unirse a tu amigo?

—Lo cierto es que no... —replicó—. Hunter pega más en el puesto que yo.

—Tú verás —dijo, encogiéndose de hombros—. Estudia un poco cada vez que puedas. Yo voy a ver si me espabilo.

Se fue hacia las máquinas de correr, dejándonos a Jared y a mí a solas. Mi amigo estaba ojeando uno de los libros, con las cejas enarcadas.

—En cierto modo, te pega todo esto —comentó, tendiéndome el libro.

—Ya veremos... ¿Hacemos unos largos?

—Vamos, colega.

Los largos se convirtieron en una competición de ver quién hacía más largos en menos tiempo. Tenía un fuerte sentimiento de competitividad, pero ni eso me había ayudado a sacarme de la cabeza a cierta rubia de piernas interminables.

Capítulo XV – Si te he visto, no me acuerdo

Volvía a estar triste. Algo estaba ocurriendo con Hunter, como si hubiera perdido el interés en mí tras unos cuantos polvos. Apenas me respondía a los mensajes y, cuando nos veíamos, no hacíamos nada más que tener sexo. Duro y apasionado, sí, pero nada más que sexo. Apenas me miraba cuando se despedía de mí y, lo que antes eran encuentros largos con cenas y preliminares previos al sexo, habían quedado relegados a meros encuentros en su casa. Ni siquiera me buscaba o intentaba venir a comer conmigo a la clínica. Simplemente, todo eso que habíamos sido, había desaparecido.

—Paola, no puedes seguir así —dijo Darla, desde la barra de la cocina.

Mi hermana había ido a casa de Serena para consolarme, o eso había dicho cuando la había visto bajo el umbral de la puerta. Con ella iba Alf, con sus respectivos guardaespaldas, y juntos se habían adueñado de la casa.

—Toma. —Alf colocó una taza de café entre mis manos.

—Gracias —susurré, mirando la televisión apagada.

Llevaba toda la mañana vegetando en el sofá, vestida con un pijama de franela y el pelo recogido en lo alta de la cabeza de forma desordenada. Ni siquiera me había molestado en ir a trabajar, alegando que todos mis pacientes ya tenían sus citas tomadas para después de las vacaciones de verano y que el trabajo que me quedaba podía hacerlo desde mi ordenador. Sin embargo, no había sido capaz de concentrarme y, tras responder unos cuantos correos electrónicos importantes, había abandonado toda intención de escribir informes.

—¿Y Serena? —quiso saber Darla, intentando traerme de vuelta al mundo.

—Creo que tenía una reunión o algo así —respondí de forma automática.

Sentí el pesado silencio sobre nosotros, pero ni siquiera me molesté en romperlo. Ya lo harían ellos si querían. Algo se puso delante de mí y, entre la niebla de mis pensamientos atormentados, distinguí a Alf. Se había sentado sobre la mesa del centro, muy cerca de mí, con otra bebida entre las manos.

—Bebe —ordenó.

Parpadeé, confundida y sin terminar de verle, pero obedecí. Automáticamente, devolví el líquido a la taza, sintiendo un sabor extraño en la lengua.

—Pero ¿qué es esto? —escupí, tosiendo para intentar tirar lo poco que había

tragado.

—Una cosa que los españoles llaman carajillo —explicó, sonriendo de medio lado—. Es café tocado con algo de alcohol.

—¿Y qué le has puesto? —se carcajeó mi hermana, dándole un sorbo a su propia bebida.

—Ron.

Miré ceñuda a mi amigo, que continuaba escrutando mi rostro. Él bebía con tranquilidad ese brebaje que, pensándolo mejor, no estaba tan mal. Así que volví a beber, tragando esta vez.

—Así me gusta —dijo, sonriendo un poco—. No es que quiera emborracharte, pero necesitas un lingotazo.

Me terminé la bebida con un último trago y dejé la taza a un lado, sin importar si manchaba algo. Miré a mi amigo y a Darla, con la vista nublada por las lágrimas que estaban empezando a acudir a mis ojos.

—Chicos... ¿Vosotros me veis atractiva? —susurré, con el corazón en un puño.

—Oh, Paola... —Lamentó mi hermana.

—Pero ¿tú eres tonta? —espetó Alf con la sorpresa reflejada en sus facciones—. ¿Todo esto es por el idiota de Jamie? Porque te juro que soy capaz de decirle a uno de mis escoltas que le pegue una patada en el culo.

—Es que no dejo de pensar en que, quizá, por eso Hunter ha decidido pasar de mí —intenté explicar, contenida—. Nos hemos acostado un par de veces y, de repente, ya no se acuerda de mí.

Alf miró a mi hermana. Tenían la mandíbula apretada y se les notaba tensos. Sabía que odiaban verme así, pero no llegaba a entender lo que estaba sucediendo. Darla había tratado de levantarme el ánimo y Serena igual, pero ninguna conseguía que volviera a sentirme viva otra vez.

—Paola, cariño, si ese tío no sabe verte, es que está ciego —prosiguió Alf, tendiéndome su café—. No dejes que un tío te eche por tierra.

—Pao, si no ha salido bien, mejor ahora que dentro de cinco años —intervino Darla, sentándose a mi lado—. Sal y diviértete. Ya verás que, cuando menos lo esperes, aparecerá tu hombre ideal.

Era extraño, pues me sentía más rota por dentro por Hunter que por Jamie. La historia con mi exnovio era la historia de una muerte anunciada, pero lo de Hunter no lo había visto venir. No estaba preparada para dejarle ir.

Los tres nos giramos cuando la puerta del ático se abrió y Serena entró. Iba con el pelo recogido y cargada con lo que parecían revistas científicas. Detrás de

ella estaba Lush, por supuesto, revisando el perímetro como si fuera a encontrar a alguien con una pistola a punto de disparar.

—¿Aún estás así? Ve a vestirte —ordenó, usando un tono más propio de su madre.

—¿Para qué? —quise saber.

—Nos vamos a comer al Sax —anunció, dejando sobre la mesa del salón todo lo que llevaba—. Mi tía ha movido unos hilos y nos ha conseguido mesa.

—¿El Sax? Pero si ni a mí me han hecho hueco.

—Tú no eres la futura senadora de Nueva York —se carcajeó Darla.

—Exacto —asintió Serena, guiñándole un ojo.

Alf tiró de mí y me arrastró a la habitación de invitados sin hacer caso a mis quejas. Mi hermana se había metido con Serena en su vestidor, donde Alf se les unió cuando me dejó sobre mi cama. Volvió a los pocos segundos con un vestido corto y, sin miramientos, empezó a quitarme la ropa.

—¡Estate quieto! —bramé, apartando sus manos de mí—. ¡Puedo hacerlo yo sola!

—Pues muévete.

Me apresuré a cambiarme de ropa y a ponerme las sandalias *Jimmy Choo* con pedrería que Alf me había puesto cerca de los pies.

—¿No es muy exagerado para ir a comer?

—Estás perfecta, Paola... Deja de quejarte.

Le asesiné con la mirada, cansada del tono condescendiente que estaba empeñado en usar conmigo, y me encaminé hacia el cuarto de baño privado. Tenía que arreglarme el pelo un poco y taparme la tristeza de la cara con algo de maquillaje. Tras unos minutos esmerándome, salí con el pelo suelto y liso, y un maquillaje natural que disimulaba mis ojeras. Empezaba a hacer calor en la ciudad, pero aun así cogí una ligera chaqueta por si acaso.

—Y luego tienes el valor de dudar de tu atractivo —espetó Alf desde el salón.

Junto a él estaba Serena, vestida con unos tejanos oscuros y una blusa suelta de color rojo a juego con sus *Louboutin* de tacón. Estaba leyendo una de esas revistas que había traído, sentada en el sofá con las piernas cruzadas e ignorando deliberadamente a su escolta, que estaba situado junto al ventanal.

—¿Y Darla?

—Tu hermana ha salido un momento, pero se reúne con nosotros en el restaurante —informó Serena, distraída.

—Pues vamos —saltó Alf, ajustándose la chaqueta americana—. Tengo

hambre y, si no como algo, terminaré comiéndome a alguno de mis guardaespaldas.

Recogimos nuestras cosas y nos fuimos, a pesar de que mis ganas de salir seguían estando por los suelos. En la entrada del edificio nos esperaba el séquito de Alf, aunque por el rabillo del ojo vi cómo Lush se comunicaba, discretamente, con alguien. En ningún momento nos hicieron esperar, a pesar de que íbamos rodeados.

—Hay algo de prensa en el restaurante —informó Lush, en voz alta para que lo escucháramos todos.

Serena se puso unas gafas de sol enormes, al igual que Alf, por lo que yo me apresuré a imitarles. Nos subimos al coche rápidamente, a pesar de que el restaurante no estaba lejos, y pronto el conductor se mezcló con el tráfico.

—Dos minutos —informó el chófer.

A lo lejos, pude ver a Darla gesticulando mucho con la mano que tenía libre mientras hablaba por teléfono. Cerca de ella había un par de personas con cámaras, que se alborotaron al vernos llegar. Bueno, más bien se atolondraron al ver bajar del coche a Serena acompañada por uno de los escritores del momento.

Darla y yo no estábamos acostumbradas a todos los flashes, y Alf no tenía una vida tan interesante como para verse rodeado todos los días por lagartijas con cámara y micrófono. Sin embargo, Serena había nacido bajo los focos, gracias a toda su ascendencia, por no hablar de la polémica que le rodeó el día de su nacimiento. Por eso, no le costó apartar a los fotógrafos y hacernos hueco mientras éramos precedidos por los guardaespaldas de Alf, y con Lush cubriéndonos la retaguardia.

—Vamos —le dije a mi hermana, cogiéndola del brazo.

Entramos al restaurante y nos quedamos esperando a la recepcionista. A Krystal.

—Doctora Knox —saludó la mujer, estrechando la mano de mi amiga—, va a ser un honor atenderle esta noche.

—Gracias —convino, haciendo un gesto hacia nosotros—. Tenemos una reserva para cuatro, a mi nombre.

—Sí, ya está todo listo.

Fue entonces cuando me vio, a pesar de mis vanos intentos de esconderme detrás de mi hermana.

—¡Oh! ¿Paola? ¿Eres tú?

—Hola —saludé, intentando ser simpática.

—Me alegra volver a verte.

La recepcionista debió notar la mirada que le lanzaba Serena, pues bajó la cabeza como si revisara algo en su libro de reservas y después nos acompañó hasta nuestra mesa. Me extrañaba verle tan sumisa, pues el día que le había visto por primera vez, se había mostrado seria con algunos momentos más distendidos.

—Que disfruten la comida.

Le sonreí a modo de despedida y me senté de espaldas al resto de comensales de la sala, con Serena y Darla flanqueándome y Alf en frente de mí. Cogí la carta, sin mucha hambre, con el único deseo de irme de allí.

—Voy a pedir una botella de vino porque parece que Paola vaya a echar a correr en cualquier momento —comentó Alf, como si tal cosa.

Hizo una señal al aire y un hombre, ataviado con un elegante traje negro y un extraño medallón colgando del cuello, apareció. Alf le pidió un vino blanco, afrutado y fresco. No tardó mucho en servirlo en nuestras copas, y tampoco me costó mucho a mí bebérmelo de un solo trago.

—¿Mejor? —quiso saber Serena.

—Es un comienzo.

—Así me gusta —intervino Alf—. Estás espectacular y estás con nosotros, así que deja de parecer un alma en pena, que lo único que me inspiras es a escribir sobre La Llorona de las canciones mexicanas.

—Alf...

—No puede ser... —susurró mi hermana, mirando por encima de la cabeza de Serena.

—Tiene que ser una maldita broma —se quejó Alf, sin disimular el disgusto.

Me atreví a mirar por encima del hombro y, al instante, supe que mi idea había sido pésima. Hunter estaba allí, ejerciendo de camarero en la barra.

—Me largo de aquí —anuncié, haciendo además de levantarme.

—De eso nada —cortó Serena—. Ahora vas a hacer lo que te digamos, ¿de acuerdo?

*** **

Ese día, me había tocado ir a trabajar al restaurante Sax, pues el responsable

de la barra se había puesto enfermo a última hora. La vida en el restaurante era totalmente distinta a la del Nexus, donde abundaban los tipos desenfadados y las mujeres desinhibidas. Sin embargo, allí primaba la corrección, aunque sí había otras personas vestidas de un modo más informal.

—Eh, Bunch —dijo Krystal, acercándose a la barra—, ¿has visto quién ha venido a comer?

—No, ¿quién?

Señaló hacia una mesa apartada. Tres chicas un poco más jóvenes que yo, acompañadas por un hombre, cuchicheaban airadamente en la mesa. Los reconocí a todos al instante, especialmente a la rubia alta y esbelta que no hacía otra cosa que negar con la cabeza.

—Ha venido con Serena Knox —informó—. ¿Sabías que tu novia se codea con lo mejorcito de Nueva York?

Por supuesto que lo sabía, pero no quería responderle. Había iniciado una estrategia de alejamiento con el fin de ir dejando de ver poco a poco a Paola. Por el momento, estaba funcionando, aunque me hervía la sangre al ver cómo otro empleado les atendía.

—No es mi novia —apunté—. Sólo nos acostamos.

—Ya... Lo que tú digas. Está en la sección de Jared —informó, picándome.

Vi cómo hacía un gesto para que mi amigo se acercara a la mesa a tomar la comanda y, antes de darme cuenta, ya me había salido de detrás de la barra y me encaminaba hacia su mesa.

—Dile a Jared que me cambie el sitio —ordené como si fuera el encargado—. Por favor.

Caminé bajo la atenta mirada de una sonriente Krystal. No le presté atención, porque si lo hacía me daría cuenta del comportamiento de mierda que estaba teniendo. Saqué la libreta de comandas del bolsillo frontal del pequeño delantal junto a un boli, y me paré justo detrás de Paola cuando estaba quitándose el cárdigan.

—¡Qué casualidad! —exclamó Alf, el mejor amigo de Paola—. ¿Qué haces aquí?

—Hoy me ha tocado cubrir una baja —expliqué, intentando no mirar a Paola—. ¿Os tomo nota?

Serena y Darla se encargaron de pedir por todos, y Paola me miraba de reojo. Me sentía mal porque era mi culpa, pero no quería meterme en una relación. Al menos, no con todo lo que implicaba salir con alguien como Paola. No hacía falta nada más que mirarla para ver lo diferente que éramos. Sus amigos más

cercanos eran atosigados por la prensa, estaba relacionada con gente famosa e importante a nivel mundial, y su propia familia era influyente en la ciudad. Yo venía de un pueblo perdido en mitad de la nada y tenía una familia más bien modesta. Era imposible que, de algún modo, encajáramos.

—Enseguida os lo traigo.

Me alejé de allí, pasando por la ventanilla de la cocina y cantando la comanda. Me dediqué a atender otras mesas mientras preparaban la comida de Paola y sus amigos, pero era incapaz de apartar la mirada de ellos. Se les veía relajados, bebiendo un vino que valía más de un sueldo mío y charlando mientras reían. Descubrí que Paola no estaba en su sitio cuando me llamaron de la cocina para recoger sus platos. Eché un rápido vistazo a la mesa, viendo que su bolso no estaba, pero sí su chaqueta; y con otra mirada a través de la cristalera, vi que no estaba fuera. Resultó casi evidente que estaba en el cuarto de baño y, como si se tratara de un imán, me vi arrastrado a hasta la puerta del servicio de damas. Puse la oreja, disimuladamente, contra la puerta para escuchar algo. Al no oír nada, giré el picaporte y entré.

Paola estaba parada frente al lavamanos, atusándose el pelo, cuando me vio detrás de ella. Su rostro fue un claro reflejo de la sorpresa, con esos labios suyos en forma de “o”, y los ojos abiertos y expresivos. Me abalancé sobre ella antes de darme cuenta, arrastrándola hacia uno de los cubículos del cuarto de baño. Paola era alta, pero con los tacones tan altos que llevaba, ni siquiera tenía que levantar la cabeza para mirarme directamente, por lo que, cuando busqué su boca, esta me recibió directamente ávida de contacto. El beso fue feroz, abrasador.

—Date la vuelta —ordené.

La giré para que quedara con la cara pegada a la puerta y después subí su falda hasta la cintura. Llevaba uno de esos conjuntos de lencería que tanto me gustaban, pero no tenía tiempo para admirarlo, por lo que le arranqué la parte de abajo. Había estado todo el rato en tensión, con ganas de su cuerpo, pero el lado racional de mi cabeza quería cortar con ella. Era una lucha continua que no quería librar. Con Paola siempre se tenían las de perder, y yo necesitaba sentirla una vez más. Deslicé la mano por su pierna, dirigiéndome hacia su sexo, ya ansioso de contacto.

—Ah... —jadeó, ofreciéndome sus labios.

Volví a besarle mientras hundía un par de dedos en ella y los movía hasta hacerle gemir en mi boca. Me tragué todos los ruidos que escaparon de entre sus

labios y me sumé a ellos cuando alcanzó mi miembro. Su mano me acariciaba con delicadeza, y yo necesitaba algo más fuerte. Salí de ella, provocando un gruñido disconforme, y la puse cara a mí. Volvimos a encontrarnos en un beso apasionado, donde nuestras lenguas se enzarzaron en una guerra igual de mortífera como la que estaba teniendo lugar en mi interior. En un momento dado, antes de empezar a arrepentirme, tomé a Paola por la cintura y la incité a que saltara sobre mis caderas. Sus cálidas piernas me envolvieron, haciéndome arder. Su boca me besaba sin cesar, dejándome apenas respirar, y sus manos se afanaban por acariciar cada centímetro de piel que había debajo de mi camiseta. Me aparté un poco, lo suficiente como para desabrocharme los pantalones y, de un empellón, me colé en su cuerpo. Sus gritos de placer tenían que ser audibles por todo el cuarto de baño, a pesar de que trataba de retenerlos con la boca. Estaba tan caliente y apretada que sentía que no iba a aguantar mucho. Quería que ella se corriera conmigo, que gritara mi nombre con cada una de mis acometidas, que se derritiera en torno a mí.

—Más fuerte —suplicó.

Sus palabras me embravecieron y, antes de darme cuenta, la tenía apretada contra la puerta, acariciándole a la vez que le mordía el cuello. Quería marcarle de algún modo.

Noté el preciso instante en el que se apretó a mi alrededor, jadeando con los ojos clavados en los míos antes de alcanzar el clímax. Su mirada en la mía fue suficiente para unirme a ella en el orgasmo, sintiendo un placer intenso que hizo que a Paola se le nublara la vista y quedara desmadejada entre mis brazos.

Estuvimos así unos segundos hasta que mi razón se volvió contra mí. Dejé a Paola en el suelo y le ayudé a vestirse, sin prestarle mucha atención.

—Tengo que irme —anuncié, recomponiendo mi uniforme.

—Pero... ¿Qué diablos ha pasado?

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero a que estábamos bien y ahora ni me miras —espetó, con el dolor reflejado en su mirada—. ¿Es por mí? ¿He hecho algo mal?

—Yo nunca te dije que quisiera una relación, Paola —gruñí, mirándole con dureza—. Nos divertíamos, pero no puedo asegurarte fidelidad y cuentos de hadas.

—Tampoco te lo he pedido —susurró.

—No, pero lo parecía. —Le miré largamente y añadí—: Tienes que salir con otros.

—Pero...

No la quise escuchar. Me fui agradeciendo que en el cuarto de baño no hubiera nadie. La sala estaba tranquila, por lo que di por sentado que nadie había sido testigo del encuentro entre Paola y yo.

«Soy gilipollas», me recriminé.

Y era cierto, era un auténtico gilipollas, pero no quería tener nada más que sexo con Paola. Si eso entre nosotros estaba bien, el resto podía esperar.

Capítulo XVI – Los Hamptons

Al fin, habían llegados las vacaciones. La clínica se quedaba a cargo de los responsables de las distintas áreas, por lo que iba a tener un mes libre, a no ser que ocurriera algo grave. Tenía las maletas listas, metidas en el maletero del coche, y estaba más que dispuesta a dejar atrás la ciudad. Mis padres ya estaban en la casa familiar de East Hampton y mi hermana había partido hacia allí a primera hora de la mañana, por lo que solo quedaba que yo me reuniera con ellos. Sin embargo, antes de todo eso, tenía algo importante que hacer.

Tras la comida en el Sax y mi encontronazo sexual con Hunter en el servicio, no había vuelto a tener noticias suyas. La conversación que habíamos tenido después del sexo me había dejado tocada, pero Serena, Alf y Darla se habían apresurado en reunir los pedazos rotos de mi corazón y volver a unirlos.

—Si él se tira a otras, tú no te vas a quedar atrás —había dicho Alf, intentando infundirme coraje.

—Este verano, en Los Hamptons, vamos a cansarnos de salir de fiesta y tomar el sol —prometió Ena, abrazándome por los hombros—. Y que le den a Hunter. Ya verás cómo se arrepiente más pronto que tarde.

—¡Estoy con Serena! —exclamó mi hermana.

Alf no iba a venir con nosotros a veranear, pues su tradición marcaba que tenía que ir a Miami, donde estaban parte de su familia y amigos. Al igual que nosotros con Los Hamptons, él no se perdía su cita con el clima tropical de Miami.

Antes de empezar mis vacaciones, tenía que quitarme la espina del corazón o no iba a poder disfrutar de la nueva etapa que se me presentaba, por lo que había inventado un problema de última hora para no tener que salir con Serena o con mi hermana hacia la casa de la playa. Por eso, había conducido hasta el apartamento de Hunter tras asegurarme, gracias a mis maravillosos escoltas, de que se encontraba allí. Quería tener unas últimas palabras con él, especialmente después de que ni siquiera me cogiera el teléfono durante los últimos días. Me dolía todo ese vacío que me estaba haciendo, e intentaba reponerme y no volver a caer en la autocompasión. Suficiente había tenido con Jamie y todo el drama que había causado.

Miré el reloj del salpicadero de mi coche, sabiendo que estaba a punto de

salir a correr. Quería pillarle en la calle, pues me temía que, si hablábamos encerrados entre cuatro paredes, terminaríamos acostándonos en cualquier superficie. Efectivamente, no tardó mucho en salir, ajustándose los auriculares en las orejas. Iba realmente atractivo con la ropa de deporte, lo que me irritó a la par que disminuyó el coraje que había reunido.

—¡Hunter! —le llamé, apeándome del coche y sin apagarlo.

—Paola, ¿qué haces aquí?

—Vengo a despedirme —espeté, colocándome frente a él—. Me voy de vacaciones.

—Pues pásalo bien, princesa —sonrió.

Le miré durante unos segundos, evaluando sus facciones en busca de algo que me indicara que realmente le importaba, que lo que habíamos tenido no era un espejismo de solo sexo. Pero no encontré nada más que pura indiferencia.

—Estaré en Los Hamptons todo agosto —informé, dejando ver que sería bienvenido allí.

—Pásalo bien —repitió—. Cuando vuelvas, podemos vernos. Ya sabes...

Su insinuación me encendió, pero no en un buen sentido. Daba la sensación de que me hacía un favor si me dejaba meterme en su cama. Él, que tanto me había intentado inflar la autoestima, hacía ver que suplicaba para tener relaciones con él. Mi orgullo estaba herido, sí, pero yo nunca me había arrastrado por nadie y no iba a empezar a hacerlo por él. Si Hunter quería que nuestra relación se basara en encuentros fugaces, así sería, pero mientras tanto iba a explotar esa faceta de mí que nunca había visto la luz debido a mis largas relaciones sentimentales.

Le miré de arriba abajo, frunciendo tanto el ceño, que mis cejas casi lograban tocarse.

—Hunter, puedes creerte lo que quieras y usar el tono que te dé la gana conmigo —manifesté, enfadada—, pero que sepas que yo no tengo que suplicar a nadie por un polvo.

No le dejé replicar. Me giré y volví a meterme en el coche sin mirar atrás y con la cabeza bien alta. Se había terminado eso de sufrir por él.

Conduje hacia la ruta 27, que me llevaría directamente a East Hampton, donde mi familia tenía una amplia casa en la orilla de la playa. Serena y su familia eran nuestros vecinos, al igual que Eve y Kay. Sin duda, esa misma noche nos reuniríamos todos en el Grimm, un local de copas y música ambiente que solíamos frecuentar en las noches tranquilas. Pero para eso me quedaban más de tres horas de carretera, y con suerte llegaría a primera hora de la tarde.

Desafortunadamente, el acceso por las carreteras de Long Island estaba lleno de tráfico, pues muchos daban por iniciada sus vacaciones de verano y se dirigían a sus respectivos destinos vacacionales. Drake siempre insistía en que la mejor opción para ir a Los Hamptons era en avión, y él usaba el jet privado de su familia, pero a mí me gustaba conducir y no me molestaba echar horas al volante. Era algo que me ayudaba a pensar. Ese verano quería desconectar lo máximo posible a base de horas de sol, piscina y playa. Quería salir con mis amigos a cenar y a bailar. Quería pasar horas hablando con las chicas sobre todo y nada. Quería sacar el valor suficiente para acercarme a los hombres que me gustaban, a tener más que palabras. En definitiva, quería vivir tranquila.

La canción *Dynasty* de MIIA sonaba en la radio a todo volumen, entremezclándose con mis pensamientos y calándome muy hondo. La voz de la cantante contando como había encontrado a alguien especial y, en realidad, no había dejado de ser un auténtico fraude, me hizo ver que lo que me había ocurrido no era más que un típico tema cliché de canciones de desamor.

A la postre, todas las ilusiones caían como un castillo de naipes en mitad de una corriente de aire.

—Paola, empieza a vivir —me había dicho Alf en confidencia, siempre que nos veíamos.

Empezaba a darme cuenta de la razón que tenía.

Las espesas arboledas de la zona adinerada de mi poblado me dieron la bienvenida. La mayoría de los que estábamos allí nos conocíamos de toda la vida, por lo que éramos como una gran familia con sus más y sus menos. Enfilé la calle que llegaba hasta mi casa con una sonrisa. Era imposible para mí no sentirme feliz en cuanto entraba en ese entorno. Nada importaba el loco que me perseguía ni mis problemas del corazón en la privacidad de la espesura del jardín de la casa familiar.

Paré frente a las verjas que daban acceso a la residencia y apreté el botón del mando que las abría. Un crujido me dio la bienvenida a un corto camino que terminaba frente a una puerta de madera blanca, flanqueada por unas columnas jónicas del mismo color. Mi abuelo había comprado varias casas de la villa y, tras su muerte, las propiedades se habían repartido entre sus hijas, siendo mi madre una beneficiara.

Aparqué el coche en el camino del garaje, ocupado en ese momento por los vehículos de mis padres y mi hermana, y me apeé.

La casa era grande, de varios pisos, con tonos azules y blancos, y un jardín lleno de naturaleza con vistas a la playa y una piscina con solárium, desde donde

se podía ver la casa de Kay y Serena. Eve vivía en la parte de atrás, más cerca del faro de la playa.

—¡Al fin! Cómo te ha costado llegar, ¿no?

Mi madre se acercó a mí por el camino con los brazos extendidos para darme un abrazo. Iba vestida de forma cómoda, con un caftán blanco que dejaba entrever el bikini que llevaba debajo, un sombrero de paja y unas chanclas coloridas.

—Había atasco —lamenté, sacando las maletas del maletero.

—Tu hermana está en la piscina.

—Me cambio, cojo algo de comer y voy —contesté, ansiosa por darme un chapuzón.

Cogimos las maletas y las subimos hacia mi habitación. Mis padres ya llevaban allí un par de días, y mi madre me estaba poniendo al día de las últimas novedades de la villa mientras recorríamos el pasillo de la primera planta.

—Voy a pedir que te preparen algo de comer mientras te cambias —anunció mi madre cuando dejó las maletas junto a la cama.

Respiré con normalidad en cuanto salió por la puerta. No me había dado cuenta de que estaba reteniendo el aliento ni de lo tensa que estaba, como si temiese que me saliese con algún argumento en favor de Jamie. No tenía ánimos para soportar la diatriba de mis padres sobre mi relación pasada, aunque llevaban un par de semanas sin mencionar el tema. Desde que la amenaza se había cernido sobre mí, la prioridad había pasado a ser esa, y mi relación sentimental había pasado a mejor vida.

Dejé las maletas sobre la cama y me apresuré a sacar el bañador. Las asistentes se encargarían de guardar mi ropa más tarde, por lo que me encaminé al cuarto de baño y me cambié. Sobre el bañador, me puse un ligero vestido veraniego y me recogí el pelo en un moño desordenado en lo alto de la cabeza. Ni siquiera me molesté en ponerme chanclas, pues no iba a salir del recinto. Caminé hasta el salón, donde unos grandes ventanales daban acceso a la zona del jardín trasero de la casa. Había una zona de barbacoa con un cenador de madera maciza, columpios acolchados y varias sillas. Al otro lado, estaba la piscina y su solárium, con hamacas y flotadores.

Desde el jardín, pude ver a Darla en una de las hamacas, charlando con una Serena que estaba desmadejada sobre otra tumbona. Cerca de ellos estaba Kay, leyendo lo que parecía un guion, e Eve estaba tomando el sol en el bordillo de la piscina, balanceando una pierna dentro y fuera del agua. Faltaba Drake, aunque no me sorprendió su ausencia, puesto que tenía asuntos pendientes en

Manhattan.

—¡Al fin! —saltó Eve, levantándose para abrazarme.

Sonreí de inmediato. No había nada mejor que estar en familia.

—Lamento el retraso —dije, estrechándola contra mí.

—Ya nos había dicho Darla que llegarías tarde —explicó, dejando entrever que tenía cosas que contarles.

Los saludé a todos, entre besos y abrazos. Hacía mucho que no veía a esos dos y quería que me contaran las novedades de su vida, pero ellos parecían decididos a que fuera yo la que empezara a hablar. Miré a Serena, en busca de explicaciones, y asintió, entendiéndome.

—¿Cómo estás? —preguntó mi amiga.

—Ahora os cuento.

Nos reunimos en torno a las tumbonas, siendo yo el centro del círculo. Eve y Kay se mostraban expectantes, pero Serena mostraba esa preocupación que me dejaba sin respiración. Les expliqué todo lo que había sucedido con Jamie y cómo había caído en una espiral de autocompasión de la que me habían sacado Serena y Alf junto con mi hermana. Después, les conté como había conocido a Hunter, y hasta donde habíamos llegado y cómo habíamos terminado, incluyendo la conversación que esa misma mañana habíamos tenido.

—Qué gilipollas —dijo Kay, a lo que Eve asintió.

—Pero a ella le gusta —adujo Serena, mirándome con pesar.

—Sí, pero no voy a ir detrás de nadie, Ena —sentenció, cansada de ser siempre la que suplicaba—. Quiero dejar de pensar en él y enterrar en mi pasado a Jamie para siempre. Necesito salir y que les den a los tíos hasta nuevo aviso.

Mis amigos se miraron entre sí. Sabía lo que pensaban, pues no era raro que yo quisiera salir de fiesta, pero sí lo era la mentalidad con la que quería hacerlo.

—De acuerdo —dijo Darla, cogiendo su teléfono móvil—. Esta noche salimos.

—Hay fiesta en la playa —informó Kay—. Lo he visto anunciado en las redes sociales del club de la playa.

—Pues cenamos y vamos, ¿os parece? —propuse.

—Voy a reservar en Salty —anunció mi hermana, levantándose para hablar por teléfono.

Eve se levantó, algo acalorada, y se metió en la piscina lanzándose de cabeza. Kay, justo en ese momento, recibió una llamada que no pudo rechazar.

—Disculpad, es la productora y tengo que cogerlo —dijo, descolgando.

Eso nos dejó a Serena y a mí a solas en las hamacas. Mi amiga me miraba

impasible, descubriendo cada uno de mis sentimientos. Odiaba ser tan transparente para ella, pero amaba su forma de no presionarme. Simplemente, esperaba a que yo estuviera lista para dar el paso a abrirme. Serena era de las personas que más me conocía, hasta el punto de poder entenderme con una sola mirada, y era de las amigas más cómplices que tenía. Sabía que, de algún modo, podía contar con ella sin importar la distancia física que hubiese entre nosotras.

La asistenta me trajo en ese momento un emparedado de jamón y queso, lo que me proporcionó una salida a la intensa mirada de Serena. El resto de la tarde transcurrió bajo los rayos del sol, jugando en el agua de vez en cuando y al póker en los momentos en los que nos juntábamos en las toallas y tumbonas. Se nos veía relajados, disfrutando el inicio de las vacaciones. Esa era la mejor terapia de la que disponíamos, y notaba la calidez de su presencia en mi pecho. Si cerraba los ojos, podía sentir la brisa proveniente del océano y el sonido de las olas al romper en la playa. Notaba el olor a sal en el ambiente, mezclado con el de la crema solar y el cloro de la piscina. Olía a verano.

Cuando el sol empezó a esconderse, todos se fueron a sus respectivas casas, dejándonos a Darla y a mí a solas en la piscina. Teníamos el tiempo justo para ducharnos y arreglarnos, pues teníamos la cena en Salty, uno de los restaurantes más conocidos de la zona.

—¿Cenáis en casa? —preguntó mi madre sin apartar la vista del libro que leía—. Vuestro padre y yo nos vamos Southhampton a cenar —informó.

—Cenamos fuera también —contesté, sentándome a su lado—. Dile a los del servicio que se tomen la noche libre.

Mi madre dejó el libro a un lado, sobre el brazo del sofá, y me miró. Sabía que buscaba algún indicio por el que preocuparse, pero me encontraba bien allí. Sentía que estaba más protegida que nunca, y la presencia de las personas a las que más quería me reconfortaba.

—Estoy bien —dije al fin, rompiendo el contacto visual—. Necesitaba desconectar, ya sabes que me encanta estar aquí.

—Tened cuidado, ¿vale? —pidió, realmente preocupada—. Todo esto que está pasando no es algo a lo que estemos acostumbrados y me asusta. No hagáis tonterías y, si notáis algo raro, sabéis que hacer.

—Tranquila, mamá... Además, ahora tenemos que estar blindados estando tan cerca de los Andersen —intenté bromear, hablando de Serena, Drake y su familia.

—Sí, menos mal —asintió, retomando su lectura—. La confianza que me da Vladimir es innegable.

—Impone, pero luego parece un gatito —reí, recordando algunos de los comentarios que Serena solía hacer.

Vi cómo amagaba una carcajada y me levanté para ir al cuarto de baño de mi habitación. La maleta ya había sido deshecha y toda la ropa estaba colocada en el pequeño vestidor. Fui al baño, encendí el agua tibia y me metí debajo del chorro de agua de la ducha. Cinco minutos después, salía con una toalla enroscada en torno a los pechos y el pelo chorreando por la espalda. Me coloqué frente al espejo y empecé a arreglarme, poniéndome cremas y algo de maquillaje. Después, me cepillé el pelo y lo sequé con el secador, dejándolo lacio y brillante. Finalmente, fui al vestidor y elegí un vestido blanco y vaporoso con una falda algo más corta por delante que por detrás. Una vez estuve lista, recogí unas pocas cosas, las metí en el bolso más pequeño que tenía y fui hacia la salida. Mi hermana ya estaba allí, escribiendo de forma frenética en su teléfono, y me imaginé a quién iban dirigidos los mensajes.

—¿Lewis? —pregunté, uniéndome a ella.

—No es nadie.

—¿Va todo bien?

—No quiere que salga esta noche.

—¿No le has dicho que aquí solemos salir todos los días?

—Sí... Y no le ha gustado la idea —susurró, frotándose un poco la barbilla.

—Darla, no sé cómo...

—Lo tengo controlado —me cortó, con firmeza—. No te preocupes.

No quise decir nada más, pero algo me escamaba en sus actos y sus palabras. Me daba rabia que no confiase en mí lo suficiente, y la experiencia me decía que el tiempo le haría abrirse conmigo, aunque hasta entonces sólo podía pensar en las ganas que tenía de arrancarle la cabeza a ese hijo de puta.

—Vamos —dijo mi hermana—, que Serena está esperándonos.

Su casa estaba justo al lado de la nuestra, y siempre custodiada por hombres vestidos de negro. La mansión era algo más grande que la nuestra, sobre todo el jardín, lo que les ayudaba cuando tenían invitados. En agosto, siempre estaba atestada la casa de gente, pues iban los primos de mis amigos, sus tíos y sus abuelos, por no hablar de las reuniones que solían celebrar.

Al llegar a la entrada, vimos varios coches negros y la seguridad era aún más imponente que de costumbre. Hasta llegué a plantearme que no nos dejarían entrar sin invitación o algo. Sin embargo, en cuanto nos vieron aproximarnos, las verjas se abrieron y todos nos saludaron con leves gestos. Nadie nos detuvo hasta llegar a la puerta principal, donde el escolta personal de Serena nos

esperaba.

—Señoritas —saludó—, adelante.

—Gracias, Lush.

Entramos directamente al salón, donde varias personas departían, incluyendo a las gemelas Anderson y a sus respectivos hijos. También había un par de jóvenes, pulcramente vestidos con trajes hechos a medida.

—¡Hola, chicas! —saludó Keyla, anunciando nuestra presencia.

Todos los allí presentes se levantaron, invitándonos a acercarnos a saludar. Los ligeros abrazos y los besos se sucedieron hasta que llegué a uno de los tipos trajeados.

—Pues sí que nos hemos vuelto a ver. —Sonrió de una manera tan encantadora que no pude más que corresponderle—. Soy Iwan Murray.

Reconocí el tono juguetón en la voz de ese hombre, aunque me costó un poco más discernir el lugar en donde lo había escuchado antes. Sus ojos me miraban con la intención de un cazador mientras su mano quedaba suspendida en el aire esperando a que la tomara.

—Paola Vincent —dije, estrechándole la mano con firmeza. Ese contacto de piel con piel me hizo recordar el momento y el lugar en el que nos habíamos visto por primera vez.

—Un placer —ronroneó.

—Es agradable volver a verte, sobre todo si mis cosas no están desperdigadas por el pavimento del aparcamiento. —Una carcajada escapó de su garganta, provocando que me uniera a él en la diversión.

Era guapo y destilaba una esencia poderosa que atraía. Tendría más o menos mi edad, y era más que obvio que estaba escalando posiciones dentro del bufete de Keyla, pues no estaría allí de lo contrario. Iba a decirle algo más cuando Serena llamó mi atención.

—Estoy lista. ¡Sacadme de aquí!

—¿Tanto le aburrimos? —se carcajeó el letrado.

—Lo cierto es que sí —espetó mi amiga, haciéndole señas a su prima Pauline—, y tenemos reserva en el Salty.

—Entonces, no les entretengo más. —Sus ojos se dirigieron a mí una vez más, desatando mi timidez—. Nos vemos pronto.

—Lo dudo —me burlé, sonriendo con amabilidad, pero guiñándole un ojo con picardía.

Nos despedimos de todos los allí presentes, a los que ya empezaban a servirles la cena en el comedor.

El exterior seguía lleno de hombres trajeados y armados, pero en ese momento entendí que el aumento de la seguridad se debía a la presencia de Alexa Andersen, puesto que era candidata al Senado de los Estados Unidos.

El club no estaba muy lejos de la zona residencial, pero cogimos el coche de todas formas. Pauline, la prima de Serena, se había apuntado al plan, por lo que nos dividimos en varios coches. El ejército que vigilaba nuestras espaldas iba en sus propios vehículos, a excepción de Lush, que vivía pegado a Ena y de una mujer rubia que identifiqué como la guardaespaldas de Pauline.

Era caótico, pero me repetí a mí misma que todo estaba bien y que sólo íbamos a disfrutar de una cena rica y unas copas con algo de música y bailes. No quería nada más que eso. Después de todo, Kay, Eve y Darla se fueron en el *Jeep Wrangler* del primero; mientras Serena, Pauline y yo tomábamos el *Evoque* que condujo Lush.

Apenas pudimos charlar, pues minutos después nos reuníamos todos en el aparcamiento del club. Fue entonces el momento de ponernos al día. Yo me dediqué a interrogar a Kay sobre su vida durante el invierno. Me resultaba fascinante escuchar sus andaduras por Hollywood y esos proyectos que lideraba o en los que participaba. Pero la parte favorita de mis conversaciones con él era cuando, finalmente, me hablaba de esas actrices a las que yo admiraba y veía en los cines. Kay conocía a mucha gente y se movía en un ambiente algo viciado, pero su vida daba para escribir más de un libro.

—Eres bienvenida a venir a un día de rodaje —dijo al ver mi entusiasmo—, ya lo sabes.

—Dudo que pueda escaparme —reí, cogiéndole del brazo mientras entrábamos en el restaurante—. ¡Vente a rodar a Nueva York!

—Lo tengo pendiente —anunció—. Tengo un proyecto entre manos que te va a encantar.

—¡Cuéntame!

Me habló de un argumento basado en la ciencia ficción y el romance que me fascinó. Estaba deseando ver los primeros esbozos de lo que sería un éxito más en su carrera. Lo bueno de ser una de sus amigas era que teníamos acceso a ese material confidencial del que luego salían grandes obras. Eran muchas las horas que habíamos estado juntos con el resto del grupo, viendo cortos y castings de Kay. Eran momentos muy interesantes y solíamos terminar viendo alguna película de culto con las palomitas rebosando de los cuencos.

Cenamos entre charlas cruzadas, burlas amistosas y carcajadas que me llenaban el alma. Pauline era un golpe de aire fresco, y los años que la separaban

del resto del grupo eran más que evidentes, pero entendía que su prima hubiese querido sacarla de esa casa en la que sólo iba a hablarse de negocios. Suspiré, dejándome envolver por el olor a océano y arena. El Salty estaba justo en el inicio de la playa privada del club, por lo que el arrullo de las olas era patente desde donde estábamos e invitaba a ir hasta él y tocarlo.

—Mañana playa —dije, espoleada por los susurros marinos.

—Pero muy pronto, no —casi suplicó Serena.

—Bueno, yo te esperaré allí.

Serena no era muy fan de la playa, pues prefería la piscina, y se encargaba de recordárnoslo cada día durante el verano. Afortunadamente, se dejaba convencer para acompañarnos.

La música empezó a sonar a mitad de nuestra cena y rápidamente la arena cercana a la gran hoguera se llenó de gente. El fuego me hipnotizaba, y la gente que danzaba a su alrededor daba la impresión de que realizaban un ritual como los de los nativos americanos. Quise unirme a ellos casi de inmediato, por lo que terminamos de cenar, saltándonos el postre, y pedimos la primera de las copas.

—Un *Gin-tonic* —pidió Kay, sonriendo a la camarera con picardía.

—Yo quiero otro —apuntó Ena—. Y a ella le pones un *Blue Lagoon* corto de vodka.

—A mí me pones un cuba libre —añadió Eve.

—A nosotras, dos mojitos —pedí, añadiendo a mi hermana a mi comanda.

Las bebidas no tardaron en llegar y cogiéndolas nos dirigimos hacia la playa. Todos dejamos el calzado en un guardarropa acondicionado para la ocasión, por lo que cuando noté la arena entre mis pies entré en trance. No había sido consciente de lo que realmente necesitaba esas vacaciones. Conforme nos acercábamos a la hoguera, la música era más alta. Notaba los bajos de las canciones en el pecho y el ambiente festivo se pegaba a mi piel sin remedio. En cuanto estuvimos cerca del fuego, nos pusimos a bailar entre nosotras mientras Kay se acercaba a la barra instalada en la arena, encendía un cigarrillo y coqueteaba con la camarera. Con la segunda copa en la mano, el vodka empezó a hacer efectos sobre mí. Sentía que flotaba sobre la arena, bailando alrededor del fuego como una bruja. El sudor se mezclaba con la salitre del ambiente y se me pegaba en la piel. Giraba y giraba, sintiéndome volar al compás de la música. Nada importaba en ese momento. No existía nada más allá de esa playa. No había Hunter que copara mis pensamientos, ni pacientes, ni trabajo, ni un asesino que me asediara.

Era libre.

En uno de los cambios de canción, justo cuando los ritmos latinos inundaban la playa, unas manos me rodearon con sensualidad. Me giré para decirle al desconocido que me dejara, hasta que vi de quién se trataba.

—Iwan —susurré.

Una sonrisa iluminó su cara cuando le reconocí. Dejé que guiara nuestros movimientos, tan pegados que no distinguía dónde terminaba mi cuerpo y empezaba el suyo. Noté que se había quitado la chaqueta del traje y la corbata, y se había dejado la camisa suelta por fuera de los pantalones, lo que le daba un aspecto menos regio. Sus manos eran grandes y abarcaban ampliamente mi espalda, apretándome contra él. Nuestros rostros estaban casi a la misma altura gracias a mi talla, pero él se inclinaba un poco sobre mí, haciendo que su nariz rozara la mía.

—Siempre vuelvo a verte —dijo, alto para hacerse oír sobre la música.

Dicho eso, se inclinó sobre mí y me besó en los labios. No sé si fue el alcohol, la música o la sensación de libertad, pero le dejé hacer. Besaba muy bien, tentando con la lengua en cada beso hasta hacerme suspirar. No dejaba de bailar al compás mientras me comía la boca, encendiéndome. Enredé los dedos en su pelo largo, que se había soltado y le enmarcaba la cara, haciéndome ligeras cosquillas en las mejillas. Sabía a vino del bueno con algo más que sólo le pertenecía a él. Era embriagador.

—¿Vamos a un sitio más tranquilo?

Asentí, mirando a mi alrededor para hacerle una seña a mis amigas. Eve y Darla bailaban juntas sin prestarme mucha atención, pero Ena tenía un ojo puesto en mí a la vez que charlaba con su prima. De Kay no había rastro.

—Todo bien —susurré en dirección a Serena para que comprendiera que quería irme con Iwan. Cuando movió la cabeza en señal de entendimiento, añadí —: Vamos.

Me arrastró hacia las dunas de la playa, hasta un grupo de palmeras que nos engulló en la oscuridad. Rápidamente, mi espalda chocó con una superficie dura, y su boca chocó con la mía. Los besos se volvieron más atrevidos y sus manos empezaron a explorar por debajo de mi falda, acariciándome las piernas con libertad. Parecía esperar permiso para llegar más allá, pero no se lo di. No podía. Algo en mí había hecho clic en el momento en el que sus dedos habían alcanzado la cara interna de mis muslos. No me veía capaz, como si las antiguas heridas de mi autoestima volviesen a abrirse. Sin embargo, sabía que la causa de esa retracción tenía nombre y apellidos y, seguramente, en ese momento estaría tirándose a cualquiera.

—¿Qué te pasa? —jadeó en mi oído, excitado.

Mi cabeza empezó a trabajar en una excusa creíble para no ofenderle.

—Me está vibrando el teléfono —mentí, rebuscando en el bolsito que llevaba colgando de la muñeca.

—No he notado nada —prosiguió, regando mi cuello de besos.

Fingí leer un mensaje de mi hermana en el que pedía irse a casa porque a Eve le había sentado mal el alcohol. Algo plausible cuando salíamos de fiesta.

—Tengo que irme —dije, disimulando—. Mi hermana tiene problemas y quiere irse a casa.

—¿No puede irse sola?

—No —zanjé, aunque podría haberle dado más largas—. Si venimos juntas, nos vamos juntas.

Al final, se terminó apartando de mí. Su mirada era molesta mientras se arreglaba la ropa, pero habló suavemente cuando se dirigió a mí.

—¿Nos volveremos a ver? Quizá pueda venir algún día de visita —propuso, echando a andar hacia la fiesta.

—Podemos hablarlo —ofrecí, tendiéndole la mano para que me dejara su teléfono—. Te apuntaré mi número personal.

—Espera noticias mías.

Habíamos llegado a la hoguera y se despidió de mí con un profundo beso que me dejó sin respiración, pero no provocó ese cosquilleo que lograba Hunter con cada caricia. Me dejó a solas, viendo cómo se dirigía hacia el aparcamiento.

—¿Paola?

Serena se acercó a mí con ciento de preguntas reflejadas en los ojos que respondí con dos simples y duras palabras:

—Estoy jodida.

Capítulo XVII – A kilómetros de distancia

La vuelta al pueblo había sido tal y como esperaba. Mi familia estaba encantada y no dejaban de recordarme lo lejos que me había ido y lo mucho que me extrañaban; los pocos amigos que quedaban allí me suplicaban para que sacara la pistola de tatuar y les hiciera algún diseño en la piel; y el resto de los habitantes cuchicheaban a mi paso, como si nunca hubieran visto a un recién llegado.

Los días se habían vuelto monótonos. Me pasaba las mañanas leyendo los manuales que Tyler me había dejado, y me empezaba a ver como bombero, algo que a mi familia le entusiasmaba a la par que aterraba. Por las tardes, iba a casa de familiares y de colegas a pasar el rato. No había mucho que hacer allí, pues apenas había unas cuantas tiendas y la ciudad más cercana estaba a una hora en coche. Empezaba a ahogarme, recordando el motivo por el que me había sentido incomprendido allí. Yo era un tipo de ciudad nacido en un pueblo perdido en mitad de la nada, y esa especie de encierro me consumía.

Para colmo de males, no me sacaba de la cabeza a Paola. Miraba sus redes sociales en busca de fotos suyas e incluso miraba las revistas de cotilleo por si aparecía, aunque fuera de refilón. En esas fechas, los portales de internet no hablaban de otra cosa que no fuera la afluencia de famosos en Los Hamptons. Pero no había rastro de Paola, ni de sus amigos. O así había sido hasta que mi padre había llegado a la casa con MagazineYOU, una revista que también tenía un apartado reservado para eventos sociales. Fue allí, mientras mi padre leía la entrevista de Alexa Andersen, cuando la vi. Estaba sentada en una mesa redonda, cenando con algunos de los amigos que ya conocía.

—¿Me la dejas? —Mi padre asintió y me la tendió, a la vez que se levantaba y encendía la televisión.

Me concentré en leer la noticia. En esa revista se trataban, generalmente, los temas de la familia Andersen, puesto que había sido fundada hacía décadas por la madre de Summer Andersen, una de las actuales directoras de la revista. Por eso, no era de extrañar que Paola saliese en ella. Porque Paola formaba parte de su mundo.

“Un año más, la alta sociedad neoyorquina se reúne en Los Hamptons, donde las fiestas en la playa y las galas en las casas más lujosas del país han

comenzado. Nadie que se precie de la ciudad se quiere perder estas fiestas.

Entre las personas que se han dejado ver en la fiesta de la playa del Club de East Hampton, estaban el reconocido director de cine Kay Mclane, la publicista Eve Tower y las hermanas Vincent, que ya han dado por comenzadas sus vacaciones estivales. Junto a ellos, más rostros conocidos se concentraron en torno a una gran hoguera en la playa, y la música no dejó de sonar hasta altas horas de la madrugada.

Estas fiestas son escenarios perfectos para ver a las parejas más perseguidas por la prensa, y muchas de ellas aprovechan la ocasión para confirmar o desmentir relaciones atribuidas.

Nosotros estaremos muy pendientes y seguiremos informando”

El texto iba acompañado por otras fotos de personas que no me sonaban de nada, y otras que bailaban de forma desinhibida en torno a una hoguera muy alta. En esas últimas imágenes, se podía distinguir a Paola. Estaba preciosa, vestida de blanco y bailando con una sonrisa en los labios. Se notaba que estaba feliz y tranquila, pasándolo bien con sus amigos.

Cuando veía esas cosas, era cuando me daba cuenta de lo diferente que éramos realmente. Con sólo imaginarme en esa fiesta, la pereza me invadía. Ella disfrutaba de esos actos sociales mientras yo prefería un buen garito con música decente a todo volumen llenando el silencio.

Seguí mirando el artículo, deteniéndome más de lo necesario en las fotos para ver si localizaba a Paola e intentando convencerme de que alejarme de ella había sido lo más acertado. Pertenecíamos a mundos distintos y opuestos. Jamás habría funcionado lo nuestro.

Una nueva imagen me llamó la atención. Era una panorámica donde destacaba la presencia de unas chicas divirtiéndose con copas en la mano y vestidas de una forma que a mí ni se me ocurriría para ir a la playa. Sin embargo, al fondo se distinguía la figura de Paola bailando con un tipo. Me irritó. Tenía todo el derecho de verse con otros tíos, pero me jodió que lo hiciera tan temprano, aunque yo le hubiese dejado caer mi intención de verme con otras. Estaba claro que me estaba dando de mi propia medicina y no era capaz de arreglarlo a tantos kilómetros. Y luego, estaba el hecho de todo el universo que ella llevaba a cuestas. En su vida había desde exnovios pirados a personas que acostumbraban a ser perseguidas por paparazzi. ¡Si hasta tenía una abogada en nómina!

—Hunter, cariño, ¿a qué viene esa cara? Parece que has visto al mismísimo Lucifer.

—Algo parecido, abuela —repliqué, lanzando la revista sobre la mesa del centro.

Se sentó junto a mí en el sofá, colocando una de sus manos en mi rodilla. Ella siempre se mostraba afable y tenía un poder que le permitía adivinar los pensamientos de las personas más cercanas a ella. Desde que había llegado al pueblo, sus ojos no se habían apartado de mí, y esperaba que tomara la iniciativa y me preguntara lo que fuese que se le estaba pasando por la cabeza.

—Cuéntamelo —ordenó más que pidió.

No quería empezar a contarle mi vida privada a ella, y menos con mi padre sentado en el sofá de al lado. Mi abuela pareció darse cuenta del motivo de mis reticencias, pues se levantó y, tirando de mi mano, me condujo hacia la cocina. Allí, me sirvió un vaso de limonada con mucho hielo y un trozo de bizcocho. Sonreí sin poder evitarlo, pues eso era lo que hacía cuando algo me disgustaba de pequeño.

—Es una chica —confesé.

—Eso ya me lo imaginaba... Continúa.

Le conté lo que había vivido con Paola sin entrar en detalles morbosos. Le hablé de mis miedos y nuestras diferencias, haciendo hincapié en todo aquello que podría separarnos en un futuro. Confesé las nuevas inquietudes que me asaltaban, como la oferta de ser bombero o el miedo a no ser aceptado por el grupo de Paola. Mi abuela no me interrumpió en ningún momento, pero sí negaba o afirmaba con la cabeza, según de lo que hablase. Su mirada me escrutaba y su ceño estaba fruncido, marcándole las arrugas de la frente. Cuando terminé, no hablé hasta que dejé de comer y beber.

—Parece que te gusta mucho esa chica —comentó, haciendo evidente lo obvio—. ¿Qué es exactamente lo que te molesta de ella?

—¡Nada! Es una chica maravillosa, de verdad —expliqué, sintiéndome ridículo—, pero son más las diferencias que nos separan, que las coincidencias que nos unen.

—Eso es porque tú quieres, cariño. Se puede hacer que funcione si hay voluntad y sentimiento y, por lo que me cuentas, te falta de lo primero y te sobra de lo segundo.

—Abuela...

—No pensaba que fueses un gallina, honestamente —lamentó.

—No lo entiendes.

—Lo que entiendo es que has dejado escapar a una chica que te hacía sentir bien porque tienes miedo de vivir algo con ella —espetó, yendo al salón y

volviendo con la revista que antes leía para lanzarla delante de mí—. Si no haces algo, para cuando termine el verano, ella habrá encontrado a alguien que la quiera sin restricciones.

Dicho eso, se levantó, dejándome sentado en el taburete de la barra de desayuno. Sus palabras revoloteaban por mi mente, haciéndome sentir como un auténtico imbécil. Ella tenía razón, pero algo me frenaba a hacer lo que realmente quería. Me moría por ir con ella a la playa, por pasar tiempo de calidad juntos. Sin embargo, estaba a kilómetros de distancia y había un largo mes por delante.

«Es demasiado perfecta como para que otro la deje escapar», gruñó una voz en mi fuero interno.

Contemplé otra vez las fotografías de la fiesta. Su sonrisa era genuina, sus amigos la miraban con un infinito cariño en los ojos y se notaba que se encontraba cómoda en medio de toda la atención mediática.

—Hunter... ¿Qué has hecho? —preguntó mi abuelo, mirando por donde su mujer había desaparecido instantes antes.

—Joderlo todo —repliqué, encerrando la cabeza entre los brazos.

—No exageres... No hay nada que no se pueda arreglar —consoló, palmeándome la espalda.

Me aferré a sus palabras el resto del día, obsesionado con las páginas de sociedad de internet. Descubrí que muchas personas se dedicaban a hacer un seguimiento de la gente importante que veraneaba en Los Hamptons, pero no había rastro de Paola o de sus amigos. Ni siquiera en sus redes sociales había fotos.

Estaba empezando a desesperarme cuando saltó la alarma que le había puesto a Paola en internet. Al coger el teléfono, lo primero que vi fue que había subido una fotografía a una red social. Estaba en una piscina, sentada en el bordillo y de espaldas a la cámara. Junto a ella había dos chicas más a las que reconocí al instante, como Serena y Darla. Las tres iban en bañador y eran testigos de los colores típicos de una puesta de sol mientras sus manos se entrelazaban sobre el regazo de Paola.

“ Terapia ”

Rezaba el pie de foto, desconcertándome. Parecía que dijera que estar allí le estaba ayudando a pasar página, tal y como había advertido mi abuela. No tenía que extrañarme eso, pero me había confiado en exceso. En el fondo, había creído que tenía atada a Paola, que no podría estar con otro que no fuera yo. Y todo por pecar de soberbia.

—¡Joder!

Sin pensarlo mucho, abrí la aplicación de mensajes y tecleé lo primero que se me pasó por la mente.

Y lo borré.

Y escribí otra cosa.

Y volví a borrar.

No encontraba las palabras. Me habría encantado ser sincero y decirle que quería estar con ella. Pero no podía. No quería arrastrarme. Dejé el teléfono sobre la mesilla de noche y salí de la casa sin despedirme. Era tarde y empezaba a oscurecer, por lo que me acerqué al único *pub* del pueblo donde sabía que estarían mis amigos. Al entrar, lo primero que vi fue que mis colegas estaban jugando al billar y, lo segundo, que el garito estaba extrañamente lleno.

—¡Una cerveza! —le grité al camarero.

Me acerqué hasta la mesa de billar y cogí uno de los tacos, dispuesto a unirme a la partida.

—¿Qué tal, colega? —saludó uno de mis amigos de toda la vida—. Parece que te espera una larga noche.

—No te haces una idea.

Cogí la cerveza que me tendía la camarera y me la bebí casi de una sentada. Antes de terminármela, ya había hecho un gesto para pedir otra. Y luego otra, hasta que perdí la cuenta. No quería pensar en lo estúpido que había sido.

—Baja el ritmo, tío —dijo otro amigo.

No hice mucho caso. Cogí la tiza y la pase por la punta del taco antes de inclinarme sobre la mesa y golpear la bola blanca contra una lisa. Cuando se coló por el agujeró, repetí el proceso, intentando concentrarme en el juego lo más posible.

Al final de la noche, en mi mente predominaba una neblina causada por el alcohol. No era aficionado a beber, pero esa noche necesitaba no pensar. Por eso, cuando llegué a la casa, me dejé caer sobre la cama pesadamente con los ojos como platos. No tenía sueño, pero me notaba ligeramente aturdido. Tenía el teléfono en la mano y ni siquiera me atrevía a mirarlo por miedo a cometer una locura.

Para cuando quise darme cuenta, la somnolencia provocada por la bebida empezó a hacer acto de presencia y me quedé dormido sin soltar el móvil ni desvestirme.

Supe que había bebido mucho cuando, por la mañana, los rayos del sol me despertaron, taladrándome la cabeza. Apenas podía abrir los ojos sin que la resaca me matara, pero el ruido de la planta de abajo me avisaba de que el desayuno estaba más que preparado.

Al levantarme, un sonido sordo me sobresaltó. El teléfono había caído hasta el suelo, haciéndome recordar que la noche anterior me había dormido con él encima. Lo cogí y miré todas las notificaciones que aparecían en la pantalla. Una de ellas era sobre una nueva publicación de Paola. Inmediatamente, sin pensar, pulsé en la pantalla para abrir la aplicación y ver la nueva fotografía. En esa ocasión, la fiesta a la que habían asistido ella y sus amigos era más elegante, y ella posaba sonriente en uno de esos paneles con un vestido corto que marcaba esas curvas que yo conocía tan bien. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, lo que dejaba al descubierto ese cuello que tantas veces había besado y lamido. Sus ojos brillaban, enmarcados en un maquillaje ahumado que resaltaban su belleza. Estaba preciosa, como nunca la había visto.

Sabía que tenía que hacer algo. No podía permitirme que Paola me olvidara por mi estupidez. Paola era demasiado buena como para dejarla escapar.

Capítulo XVIII – Mensajes y promesas

El sol estaba brillando con fuerza sobre el océano, proporcionándole un brillo deslumbrante que invitaba a sumergirse en él. Estaba en la playa privada de mi casa junto a mi hermana, tumbada en la suave arena absorbiendo toda la vitamina D que podía. Notaba la piel caliente, refrescada por la ligera brisa que soplaba desde el océano.

Darla y yo nos habíamos levantado temprano esa mañana, queriendo aprovechar al máximo el día soleado. Eve y Serena se unirían a nosotras a lo largo de la mañana, y a Kay lo veríamos directamente por la noche. Drake también iba a venir a Los Hamptons esa tarde junto a Nayasha para pasar el fin de semana. Íbamos a aprovechar para asistir a una fiesta que ofrecía un reconocido productor musical en su mansión y a la que habíamos sido invitados gracias a Kay.

—Voy a darme un baño —anunció mi hermana, levantándose.

Hice un gesto con la mano, dándole a entender que le había escuchado, y continué desparramada en mi toalla. El poder del astro rey sobre mí era innegable, y con el arrullo de las olas, mi cerebro se derretía por completo. Sentía la paz del ambiente, la relajación que primaba sobre el resto de las cosas importantes típicas de la ciudad. Las mañanas eran destinadas a broncearse y a disfrutar de largos baños mientras que por las noches lo pasábamos bien al ritmo de la música.

—¡Buenos días! —saludó Serena, extendiendo su toalla a mi lado, para luego clavar una sombrilla en la arena.

—Hola, Ena —correspondí, perezosamente.

—Te está sonando el teléfono —indicó mi amiga, sacándolo del bolso para dármelo.

Me giré sobre la toalla para poder hacerme sombra y ver la pantalla del móvil. Se trataba del teléfono personal y tenía varias notificaciones de la aplicación de mensajería. Algunos de ellos eran de amigos de Nueva York que comentaban sus vacaciones, pero el que realmente llamó mi atención fue el más reciente que me había entrado.

—Me ha escrito Hunter —susurré, mirando a Ena, aterrada—. ¿Qué hago?

—No sé... Podrías empezar por leer el mensaje —ironizó.

Le miré con los ojos entrecerrados, pero le hice caso. Pulsé sobre el nombre de Hunter y apareció el texto directamente:

“Buenos días, princesa ”

Me quedé con la boca abierta. No entendía nada. Y tampoco sabía qué responder a esas palabras tan simples.

—¿Y bien? —insistió mi amiga.

—Me da los buenos días —respondí, anonadada.

Serena me miró con una ceja enarcada hasta que le enseñé el teléfono para que viera lo que quería decir.

—Ay... Si yo fuera tú, le devolvería el buenos días y me haría la difícil —comentó, acomodándose en la arena con un libro.

—¿Qué le respondo?

—Lo que quieras, pero no te arrastres.

Estuve en silencio durante varios minutos, mirando la pantalla que contenía el mensaje. Serena tenía razón, y lo mejor sería darle una de cal y otra de arena, pero tenía curiosidad por saber a qué venía ese interés de repente. Algo me decía que se debía a mi reciente actividad en las redes sociales y a mis apariciones en las revistas de cotilleos, por recomendación de Eve y Serena. Ambas pensaban que mostrar una vida feliz y llena de actividad sería beneficioso para seguir adelante o llamar la atención de cierto hombre. Sonreí al darme cuenta de que no le era indiferente, tal y como había dejado entrever durante nuestra última conversación.

“Buenos días. ¿Todo bien? Me voy a la playa y no llevo el teléfono. Hablamos luego ”

Le dije a Serena lo que le había respondido y me sorprendió cuando aplaudió mis palabras. También le comenté mis sospechas y coincidió, al igual que hizo Eve al unirse a nosotras.

—¿Nos bañamos? —propuse.

Tanto mis amigas como Darla estuvieron de acuerdo. Serena había traído uno de esos flotadores gigantes en los que cabían varias personas, por lo que quisimos aprovechar el oleaje de ese día. Sin embargo, en el momento en el que nos levantábamos, mi teléfono empezó a sonar de nuevo. Sonreí como una tonta, esperando encontrar nuevas palabras de Hunter, pero el gesto quedó congelado en mi rostro.

El mensaje no pertenecía a Hunter, sino a Iwan, el abogado con el que casi había tenido más que buenos besos entre palmeras.

—No jodas... —susurró Serena por encima de mi hombro, viendo lo que yo

veía.

El mensaje también me daba los buenos días y añadía lo mucho que le gustaría repetir lo de la noche pasada, pero tras una buena cena en la playa.

—¿Y a este qué le digo? —lamenté, gimiendo hacia el cielo.

—¿Tú no querías vivir un poco la vida? Pues síguele el rollo —aconsejó—. A una malas, siempre estás a tiempo de elegir.

Serena tenía razón. ¿Por qué no disfrutar un poco? Hunter había dejado clara su posición e Iwan parecía un buen tipo. Siempre había pensado que las cosas sucedían por algo, y quizá mi desencuentro con Hunter me venía bien para encontrar el amor definitivo.

Tecleé un rápido mensaje, adulándole un poco, y con cientos de emoticonos avergonzados. No tardó en responderme y, para cuando quise darme cuenta, estaba tirada en la arena con una sonrisa ridícula dibujada en los labios y una curiosa Serena mirándome de soslayo de vez en cuando.

Cuando el sol se posó en lo alto, nos fuimos a casa. Antes de comer, Darla y yo nos dimos un baño rápido en la piscina, como era de costumbre, y después nos cambiamos la ropa mojada. Ese día, mi padre estaba preparando una barbacoa en el jardín y el olor a carne a la parrilla inundaba toda la casa, haciéndome la boca agua. Mientras contemplaba cómo mi padre terminaba de hacer un costillar, revisé si había algún mensaje en el teléfono de la clínica. Afortunadamente, las noticias que me llegaban eran buenas y todo parecía bajo control. También continué mi conversación con Hunter, que me preguntaba cómo me estaba yendo las vacaciones, lo que me hizo reír en voz alta.

«Finge que no tiene noticias de mí», me dije, mandándole una rápida respuesta en forma de foto, donde se me veía sonriente sobre una colchoneta.

“Estoy en mi paraíso personal”

Por la respuesta que me dio, supe que había hecho efecto en él verme con un bikini que resaltaba el tono bronceado de mi piel. Tanto era así, que dio la impresión de querer algo más, pero no iba a entrar en ese juego. Al menos, no todavía.

—¿Noticias de la clínica? —preguntó mi padre.

—Todo controlado —aclaré—. Se han programado actividades de verano en el departamento de Darla.

—Cierto —confirmó mi hermana.

—Y mis psicólogos tienen una agenda bastante despejada.

—Estaría bien que a final de semana llamas para comprobar, de viva voz, que todo va como la seda —aconsejó, sirviéndose puré de patata en el plato.

—¿Podéis dejar de hablar de trabajo? —intervino mi madre—. ¡Estamos de vacaciones! Y Paola puede hacerse cargo de todo perfectamente, Leo.

—Sólo me intereso, Helen, pero tienes razón.

—Exacto.

Comimos tranquilamente, charlando sobre banalidades, hasta que mi madre le preguntó a Darla si Lewis iba a pasar un par de días en la casa.

—Lo hemos dejado —anunció, sin inmutarse.

El silencio se hizo a nuestro alrededor, solamente roto por el sonido de un cubierto al caer. Darla no nos había comentado nada sobre su relación, y mucho menos que las cosas iban mal. De pronto, todas esas conversaciones que le había visto tener por teléfono cobraron sentido y a la vez sentí tal alivio que casi me caigo de la silla.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

Las preguntas de mi madre se sucedían y Darla ya estaba empezando a perder los nervios. Ella no era de dar explicaciones y no iba a empezar en ese momento. Hasta mi padre se dio cuenta del momento en el que mi hermana se hartaba.

—¡Bueno! —intervine—. Mamá, si Darla ha decidido poner fin a su relación, por algo será. Es algo de lo que no te corresponde opinar.

Mi madre me miró, asimilando mis palabras. Darla me miró agradecida, y mi padre suspiró, aliviado. No quería presionar a mi hermana, pero ya hablaría con ella en privado, cuando nuestros padres no estuvieran con las orejas bien abiertas. No tardamos mucho más en terminar de comer. Mi hermana y yo recogimos nuestros platos y los dejamos en la cocina.

—Recoge tus cosas —ordené—. Vamos a la piscina de Serena.

Me hizo caso y recogió su bolsa de mimbre, en la que llevaba la toalla, un libro, protección solar y algo de dinero. Juntas caminamos hasta la entrada y accedimos sin problemas hasta la mansión. Ese día, la seguridad no era tan evidente, pero sí divisé a varios hombres vestidos de negro en los alrededores.

«Tienen que estar asados de calor», pensé, caminando hacia la puerta principal. Entramos en la mansión y fuimos recibidas por una de las empleadas domésticas.

—La señorita Knox está reunida con su madre —informó la sonriente mujer—, pero pueden esperarle en la piscina.

—Está bien, gracias.

—Están en su casa.

En la piscina nos encontramos con Pauline, bañándose en la parte menos

profunda.

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, chicas —sonrió, haciendo un gesto con la mano.

Nos acomodamos en las tumbonas y, casi al instante, nos entró la somnolencia típica de después de una comida copiosa. En mi mente seguían dando vueltas las palabras de Iwan y Hunter, y la sensación que me provocaba su atención, que hacía mucho que no la tenía. Pocas veces me había sentido deseada. De hecho, el único que lo había logrado en los últimos años se había alejado de mí a la mínima oportunidad. Sin embargo, que en ese momento su atención se cerniera sobre mí y que Iwan quisiera seguir explorando esa atracción que sentíamos, me provocaba cierta satisfacción personal.

Me gustaba sentirme así. Me sentía poderosa.

*** **

Mi madre había pedido mi presencia durante una reunión con las fuerzas de seguridad de la familia, incluyendo a esos agentes que se encargaban de la seguridad de la familia Vincent. Al parecer, había noticias provenientes de los contactos de Vladimir y nos quería informar de primera mano antes de hablar con los Vincent. Estábamos esperando a Drake y Naya, que ya habían anunciado su llegada en pocos minutos. Iban escoltados por los guardaespaldas de mi hermano, en un coche que le precedía, por lo que Vladimir podía controlar en vivo su posición.

—Ahí están.

En cuanto pronunció esas palabras, mi hermano y mi cuñada entraron en el despacho que mi madre tenía instalado en la mansión. Nayasha iba a pasar con nosotros unos días y, desde que mi hermano nos la había presentado, formaba parte de todos los planes familiares.

—Ya era hora —espeté, dejando que mi cuñada me abrazara con cariño—. Sois unos tardones.

—Eso díselo al tráfico —replicó, sonriendo con sorna—. No hemos podido coger el avión.

—¡Al grano! —intervino mi hermano—. ¿Qué sabes?

Las palabras iban dirigidas a Vladimir, que estaba apostado junto a la ventana de detrás de mi madre. Mi padre reposaba a mi lado en el sofá, y el resto de la guardia estaba esparcida por la estancia.

—Me ha llegado información de Terry Johnson —empezó, mirando el teléfono móvil—. Hizo varios amigos en la prisión y tiene controlada a la mitad de la administración del departamento penitenciario.

—Vamos, que está cubierto hasta los dientes —resumió mi madre.

—Exacto —afirmó el ruso—, pero he encontrado un par de cabos sueltos y, para tirar de ellos, necesito colocar un par de cebos.

—¿A qué te refieres?

—A pesar de que Paola y el resto de los Vincent se han dejado ver y han actuado con normalidad, lo cierto es que el sujeto no ha hecho acto de presencia. Sé que tiene repartido por todo el país una red grande de contactos e incluso aquí pueden estar vigilándola, pero la presencia constante de Lush cerca de Serena y ahora los escoltas de Drake, van a espantar cualquier oportunidad de que este hijo de perra cometa un error para poder cogerlo.

—¿Qué sugieres? Que mi hija se quede sin vigilancia está fuera de discusión —gruñó mamá.

—Por supuesto, Keyla. Lo que digo es que quiero que no ronde cerca de ella ninguno de mis hombres. Lush puede hacer su trabajo a distancia, al menos, mientras estén por los alrededores, y los tuyos, Drake, pueden vestir de una forma más discreta y mantener distancias también.

—¿Crees que así asomará la cabeza el ratón? —quiso saber mi padre.

—Yo diría que sí.

—Dudo que los padres de Paola quieran arriesgarse —apuntó mi hermano.

—Por eso, no les diremos nada —anunció mi madre, sorprendiéndonos a todos—. No me miréis así.

—¿Y qué esperas? Quieres usar a una amiga nuestra como cebo —espetó Drake.

—Ella no va a estar desprotegida, simplemente vamos a despejar su alrededor —explicó Vladimir—. Tendréis seguridad a distancia en todo momento y yo estaré rondando continuamente.

—No me convence.

—¿Estará segura? —dije en voz alta, mirando a Vladimir directamente—. No se le tocará ni un solo pelo, ¿verdad?

—Haremos todo lo posible, *koshechka*³.

Esas palabras fueron suficientes para mí. Vladimir siempre anteponía el bien

estar de los demás al suyo, especialmente el de su hija y mi tío Blake. Sí él decía que haría todo lo que pudiese, así sería. Nunca daba nada por seguro porque, una vez, al hacerlo, mi madre terminó secuestrada y embarazada en otro continente. Desde entonces, su precaución era extrema.

—Todo irá bien. —Eran las palabras con las que daba mi visto bueno, y mi madre lo sabía.

Noté la mirada de Drake taladrándome, pero no opuso objeción a mi opinión. De hecho, no dijo nada, lo que sirvió para que mi madre terminara de tomar la decisión.

—Ya sabéis qué hacer —zanjó Vladimir, dirigiéndose a sus hombres.

Rápidamente, los escoltas abandonaron el despacho, dejándonos a la familia allí. Mi hermano y Nayasha se comunicaban a base de miradas, al igual que mis padres.

—Nosotros nos vamos a deshacer las maletas —anunció mi hermano—. ¿Nos vemos en la piscina, Ena?

—Claro, allí os espero —intenté sonreír.

Salieron de la oficina cogidos de la mano, con un empleado del hogar detrás de ellos cargando sus maletas por las escaleras. Eso nos dejaba a mis padres, a Vladimir y a mí a solas. Le daba vueltas al plan, sabiendo que podía arrepentirme en cualquier momento o que a Paola o Darla podía pasarles cualquier cosa.

Unos golpes en la puerta nos sacaron a todos de la quietud, y una empleada se anunció para ofrecer algo fresco que beber.

—Por cierto, señorita Knox, las hermanas Vincent están en la piscina junto a su prima, la señorita Hoary.

Fue la excusa perfecta para desaparecer de allí, por lo que me levanté y me despedí de mi familia con un gesto de la mano antes de cerrar la puerta. Mientras me alejaba, pude escuchar lo que mi madre le decía a Vladimir con ese tono suyo que tanto asustaba en los tribunales a los acusados, como si lanzara cuchillos afilados.

—No quiero fallos, Vladimir —ordenó—. Ni para Paola ni para ninguno de mis hijos.

—Yo tampoco, Keyla —gruñó, antes de ponerse a decir algo en ruso.

Me reuní con mis amigas en la piscina, donde mi prima leía algo, Darla toqueteaba su teléfono móvil y Paola absorbía todo el sol que podía. Las miré y recompuse mi gesto, disimulando la inquietud que sentía tras la reunión familiar. Después, me acerqué hasta la zona de tumbonas y fingí.

—Paola, deja algo de bronceado para los demás —solté, lanzándole un bote de crema solar.

—¡Al fin! —dijo mi prima.

—¡Sí! ¡Tengo muchas cosas que contarte!

Me senté junto a ella en la hamaca y, mientras me embadurnaba el cuerpo en crema, ella me contaba todo lo acontecido con Iwan y Hunter. Algo me decía que Paola tendría que tomar una decisión pronto y, por mucho que se engañara a sí misma, su corazón hacía mucho tiempo que había elegido a quién querer. Toda esa determinación que mostraba y le impulsaba a querer ir de flor en flor estaba llegando a su fin.

Capítulo XIX – Juego de tres

Llevaba toda la semana hablando con Paola vía mensajes de texto. Mi humor había mejorado. Tanto, que hasta mi familia se había dado cuenta. Ya hacía más vida social y me divertía más con mis colegas del pueblo. Por desgracia, aún me enervaba ver a Paola lejos y divertirse sin mí. No es que me molestara que saliera y lo pasara bien, sino que no me sentía necesario en su vida. Era una sensación que me quemaba por dentro y me desasosegaba. En varias ocasiones, mi abuela me había pillado mirando fotografías de ella en diversos eventos o captada por paparazis en las inmediaciones del club privado al que asistía. Había varias imágenes de ella tomando copas en un local nocturno y estaba realmente preciosa. El bronceado le sentaba de maravilla y verla tan sonriente hacía que se me encogiera el estómago.

—¿Por qué no vuelves a Nueva York? Podrías viajar para verla —dijo un día mi abuela durante la comida.

A mis padres no les había terminado de hacer gracia el comentario, pero desde entonces a mí no dejaba de rondarme por la cabeza la idea. Y cada vez me parecía más atractiva. Si lo pensaba detenidamente, apenas me quedaba una semana de vacaciones, y allí el tiempo se pasaba entre el aburrimiento y la monotonía. No hacía nada importante durante el día, y por las noches salía a beber unas cervezas con mi grupo, pero nada que no pudiese hacer en la ciudad.

Las conversaciones por mensajes de texto, como si fuéramos adolescentes, hacía mucho tiempo que habían dejado de ser suficientes. Y menos cuando la charla subía de tono. Paola tenía ese toque sensual, dentro de toda su inocencia, que me desarmaba. Una simple fotografía suya posando frente a un espejo en bañador era suficientemente para encenderme. Y, sin embargo, esos días me había dado cuenta de que no era eso lo que realmente me atraía hacia ella. Ella era magnética, con una personalidad fuerte y a la vez frágil; o con la diversión siempre pugnando por salir de ella. Era tan sencillo estar con ella.

Supe que había tomado una decisión cuando me encontré mirando pequeños hoteles en Los Hamptons. Por esas fechas, casi todo estaba ocupado y los precios estaban por encima de las nubes, pero había encontrado una habitación libre en un hotel construido en una casa colonial americana restaurada. Era muy bonito y la gente hablaba maravillas de la mujer que lo regentaba.

«¿Por qué no?», me decía una y otra vez.

Primero, debía decírselo a Paola y ver qué opinaba al respecto. No quería meterla en un aprieto, y menos si ella ya tenía planes con sus amigos o su familia. Desde luego, Paola tenía una vida social bastante activa y era algo que me daba miedo afrontar. No sabía si sería capaz de ir junto a ella a todos esos actos a los que asistía, si es que ella me aceptaba de nuevo. Cogí el teléfono móvil de la mesa y le mandé un mensaje de texto, tanteándole con la idea de ir hasta Los Hamptons:

“Estoy viendo hoteles por allí. ¡Está todo lleno de gente!”

Era tarde, y lo más seguro es que ella estuviera arreglándose para salir a tomar unas copas, tal y como me había indicado esa mañana. Aun así, su respuesta no tardó en aparecer en la pantalla.

“Por estas fechas, Los Hamptons están desbordados. La playa es imposible por las mañanas, aunque nosotros tenemos una privada. ¿Por qué miras hotel? ¿Vas a venir? Pensé que te quedarías todas las vacaciones en Avoca.”

Sonreí ante su comentario casual de que tenían una playa para ellos. Ella no lo vería así, pero no todo el mundo podía presumir de ello. Decidí ser directo y le envié una respuesta afirmativa a su pregunta: quería ir allí a verla.

“¿En serio? Puedo ayudarte a buscar, pero dudo que encuentre algo a estas alturas.”

Esas palabras fueron más que suficientes para que cogiera mi cartera, sacase la tarjeta de crédito y reservara una noche en ese hotel. Ese mismo fin de semana iría a verla.

“¿Nos vemos este sábado?”

Era una pregunta elocuente cargada de intenciones. No esperaba que cambiara sus planes por mí, pero sí que me incluyera. Tenía ganas de conocer a sus amigos, aunque con algunos ya había cruzado alguna palabra. Los nervios atenazaban mi corazón y me moría por pasar tiempo con ella en cualquiera de las situaciones que se presentaran.

“Pensábamos ir a hacer surf por la tarde, pero eres más que bienvenido entre nosotros.”

Iba a responderle conforme a lo que me estaba diciendo, pero ella se me adelantó y añadió otro comentario a la conversación:

“Por la noche, soy tuya.”

Esas palabras me hicieron soltar una carcajada. Sin duda, ese tipo de comentarios afianzaban esa confianza que creía perdida tras nuestra última conversación frente a frente. Realmente, esperaba poder seguir con ella y

mantener una larga charla. Era hora de empezar a sincerarme y a abrirme a ella.

“Te tomo la palabra. Estoy deseando verte, princesa.”

No volvió a responder, por lo que di por sentado que ya estaría con sus amigos. Paola tenía la costumbre de desconectarse cuando estaba con más gente y, a no ser que fuera algo importante, no miraba el teléfono. Me encantaba eso de ella.

Joder, todo de ella me gustaba.

*** **

Lo que me había dicho Hunter me había pillado por sorpresa. No esperaba que fuera a viajar hasta allí para verme, y menos sabiendo que su pueblo estaba a casi un día conduciendo de Nueva York. Lo que iba a hacer era una locura, pero un cosquilleo se había instalado en mi estómago desde el momento en el que me había dejado caer sus intenciones. Mis conversaciones con Hunter se habían vuelto costumbre desde que él, de pronto, había empezado a interesarse. Había seguido el consejo de Serena, Eve y Kay, y procuraba mostrarme un poco más distante. También mostraba más mi vida en las redes sociales, algo que a mis padres les preocupaba por si me ponía en el ojo de huracán otra vez. Sin embargo, el desinterés mostrado hacia él con algunos mensajes cortantes y conversaciones dejadas a medias parecía dar resultado, pues no dejaba de hablarme.

El problema venía desde el mismísimo Nueva York, en forma de abogado atractivo, simpático y detallista. Había estado hablando con él a diario, coqueteando. En cierto modo, me sentía mal, pues en el fondo sabía que jamás podría tener algo más con él. Lo que sentía por Hunter era algo robusto que, si salía mal, me iba a doler más que la ruptura con Jamie.

—Entonces, ¿qué hago? —volví a preguntar, girando la pajita dentro de la copa.

Esa noche necesitábamos un plan tranquilo, por lo que habíamos optado por ir al Grimm a tomar algo. Ese local estaba cerca del club y era frecuentado por gente de todo East Hampton, así que siempre estaba lleno de gente. Afortunadamente, había pequeños reservados que proporcionaba cierto grado de

privacidad.

—Yo seguiría como hasta ahora —dijo Kay—. Que venga uno no quiere decir que tengas que ir en serio.

—Pero es un poco rastrero, ¿no?

—¡Yo estoy con Kay! —intervino Eve—. Todos sabemos que el que te gusta es Hunter, pero que te diviertas con Iwan también no te hará daño.

Me quedé pensativa. Serena no había dicho nada. Llevaba toda la noche mirando su teléfono móvil, algo raro en ella, y su escolta personal no estaba rondándole. Y, si lo pensaba bien, tampoco había visto durante el fin de semana a los guardaespaldas que Drake solía llevar. Era algo extraño, pero suponía que, si Keyla había relajado la vigilancia sobre sus hijos, era porque el peligro se había reducido considerablemente. Unas chicas se acercaron hasta nuestra mesa, sacándome de mi ensoñación. Venían buscando una fotografía con Kay, algo que nos perturbó un poco al resto. Por eso, mi amigo decidió salir a tomarse esas fotografías y de paso fumar. Eve y Darla también desaparecieron, alegando su necesidad de ir al cuarto de baño, por lo que me quedé a solas con Serena.

—Ena, ¿no vas a decirme nada? —casi supliqué, sabiendo que sus consejos eran los que más se acercaban a lo que quería hacer.

Cuando hablaba con ella, era una excusa para hacer lo que realmente sentía. Ena era la forma perfecta de dejarme llevar y, si me equivocaba, sabía que ella estaría ahí.

—Seamos sinceras, Paola —comenzó a hablar, metiendo el teléfono en el bolso y mirándome a los ojos directamente—. Tú quieres retomar tu relación con Hunter y a mí me parece genial, de verdad. Pero ¿realmente vas a jugar dos bandas? Tú no eres así, Paola, y lo sabes.

—Ya...

—Mira, Iwan Murray es uno de los trabajadores de mi madre —continuó, implacable— y no sería raro que apareciera por aquí. ¿De verdad quieres pasar por una situación incómoda? Porque tú y yo sabemos que no vas a acostarte con Iwan. Es más, dudo que vuelvas, siquiera, a enrollarte con él.

Me quedé con la boca abierta, parpadeando muy rápido para librarme de la bofetada verbal que me había soltado mi amiga. Serena acaba de librarme de un plumazo de todas las dudas que rondaban por mi mente. Ni siquiera se había andado con dobles raseros. Había sido directa, e implacable. Me había dejado sin palabras.

Cuando llegó el resto del grupo, yo seguía callada y Serena se puso a conversar con Darla. Kay se sentó a mi lado, hablándome de los últimos

cotilleos que llegaban desde Hollywood, pero apenas era capaz de escucharle. Mi cabeza estaba en medio de una lucha entre el orgullo, el corazón y la razón.

«¿A quién pretendes engañar? Sabes que te mueres por volver a estar con Hunter», espetó la voz de mi razón.

—Disculpadme —dije, levantándome de la mesa y saliendo del local.

Supe que Serena venía detrás de mí en cuanto bajé las escaleras del Grimm. Sus tacones resonaban en la oscura calle en la que apenas quedaba un puñado de personas que se divertían en el club.

—Paola —me llamó, agarrándome de la mano—, espera.

—¿Qué pasa?

—Creo que me he pasado un poco —explicó—. Ya sabes que todo lo que te digo va siempre con buena intención.

—Tienes razón, Ena —susurré, mirando la pantalla del teléfono que sujetaba con la mano—, pero no sé cómo zanjar el tema con Iwan.

—Explícale que no es buena idea que sigáis hablando porque no estás abierta a una relación ni nada que se le parezca.

—Dios... Qué fácil lo haces todo.

Tecleé el mensaje, haciendo uso del consejo de Serena. Tenía que ser concisa y directa para dejarle las cosas claras. No era algo a lo que estuviera acostumbrada a hacer, pero era lo mejor.

—Ya está —anuncié.

—Ahora, dale a bloquear —ordenó—. Algo me dice que no le vas a echar de menos.

—¿Tú crees?

—Estoy segura, cariño.

No pude más que sonreír ante sus palabras.

Lo bueno de todo eso, era que aún me quedaban dos semanas en Los Hamptons, por lo que tenía tiempo de sobra para superar el obstáculo que suponía Iwan. No era un mal tipo, nada de eso, pero no era para él. Era el momento de darle una oportunidad a Hunter y a los sentimientos que él parecía volver a mostrar. Estaba lista para pelear por él.

Capítulo XX – Fin de semana de oportunidades

El sábado por la mañana ya me había olvidado de Iwan y de los remordimientos que me había provocado, en un principio, rechazarlo. Serena había tenido razón y, entre los días en la playa y la piscina, las comidas en distintos restaurantes y las salidas nocturnas, apenas me había dado tiempo a pensar en todo lo sucedido. Para cuando me había querido dar cuenta, ya era sábado y Hunter tenía que llegar en cualquier momento.

Ese día, teníamos comida familiar, por lo que mi hermana, mis padres, unos tíos que habían ido a pasar el fin de semana con nosotros y yo íbamos a ir al restaurante privado del club, famoso por su comida de autor.

—¿Te queda mucho?

Mi madre había entrado en mi cuarto, ya arreglada con un pantalón de lino anudado a la cintura, una blusa blanca fresca y unas sandalias planas. No llevaba maquillaje y apenas se había arreglado el pelo más allá de peinarlo con esmero tras la ducha.

—Sólo tengo que peinarme —puntualicé, cepillándome el pelo—. Hace mucha humedad como para llevarlo suelto.

Se acercó a mí por detrás. Yo estaba sentada ante el tocador con todo lo que solía usar para arreglarme. No me gustaba ir muy exagerada en verano, especialmente por las mañanas, por lo que apenas me había dado unos toques de maquillaje y máscara de pestañas.

—¿Te hago trenzas?

—Claro.

Mi madre tenía mucha maña para trenzar el pelo y no era raro que nos hiciera a Darla o a mí algo. En esa ocasión, empezó a cruzar los cabos de mi pelo en dos trenzas, que empezaban directamente en la raíz. Era un peinado que combinaba perfectamente con el vestido de algodón que me había puesto para ese día.

—Lista.

Eché un vistazo al reflejo que me devolvía el espejo. Había elegido con mucho cuidado mi atuendo, pues, en cuanto Hunter me llamara, yo debía

reunirme con él en el Neptune, un hotel de playa cercano a una zona residencial. Todo estaba calculado y contaba con la complicidad de Serena y mi hermana para que me ayudaran a escabullirme sin dar muchas explicaciones.

Bajamos al jardín juntas, donde mi padre nos esperaba en su *Range Rober* con Darla ya aposentada en el asiento trasero. Mi madre se subió en el lugar del copiloto, mientras yo me acomodé con mi hermana. No tardamos mucho en llegar al club, pues estaba a unos minutos de la casa. Mis tíos ya estaban allí, por lo que no tuvimos que esperar para empezar a comer. En ese restaurante, la especialidad era el marisco, así que siempre teníamos unos platos fijos que solíamos elegir. A mí, personalmente, me encantaba comer arroz de marisco. Comimos con una agradable charla. Mi tía, la hermana de mi madre, solía ser un poco exagerada en algunos aspectos y permanecí un poco tensa por si se le ocurría sacar el tema de mi ruptura con Jamie o la de Darla con Lewis. Afortunadamente, nada de eso sucedió. Todo fue tranquilo y apacible hasta que nuestro plan se puso en marcha.

Cuando llegara el postre, yo debía fingir una llamada desde el centro. No tenía que ser nada grave, pero sí tenía que convencerles de que necesitaba un ordenador con una buena línea de internet. En la mansión teníamos acceso a la red, por supuesto, pero ya nos habíamos encargado de inutilizarla durante todo el día y, al ser fin de semana, el técnico no estaba de servicio. Por eso, yo debía pedirle permiso a Serena para utilizar su casa, aunque en realidad iba a reunirme con Hunter. Odiaba mentirles a mis padres como si de una adolescente me tratase, pero no estaba segura de si ellos fueran a aprobar mi relación con Hunter; y tampoco quería oficializar nada hasta hablar con él.

—Disculpad —dije, levantándome—. Me llaman de la clínica.

—¿Algún problema? —se interesó mi padre.

—Ahora te cuento.

Fingí descolgar el teléfono privado el trabajo, pero en realidad no había nadie esperando mi respuesta. Cuando estuve fuera del oído indiscreto de mi familia, llamé a Ena. Sabía que ella estaría comiendo con su familia, aunque esperaba que estuviese pendiente.

—¿Todo listo? —quise saber.

—Eres libre durante tres horas —informó.

Todo estaba calculado. Serena se había encargado de recordarme que yo tenía escolta a distancia, por lo que, si detectaban algún movimiento extraño, esa guardia iba a dar parte a su jefe, Vladimir, y él no tardaría en darle la información a Keyla, que a su vez informaría a mis progenitores. Era un gran

embrollo que Ena se había encargado de resolver, aunque no sabía que método había utilizado.

—Perfecto —suspiré, infinitamente agradecida con mi amiga—. ¿Nos vemos esta tarde en la playa?

—Ya están reservadas las tablas —anunció.

—¡Eres la mejor!

—Dime algo que no sepa, rubia —se carcajeó—. Nos vemos.

Me permití sonreír ante su ocurrencia, para luego reponerme y fabricar una expresión preocupada. Fui hasta la mesa donde estaba mi familia y empecé a recoger mis cosas mientras les explicaba lo sucedido.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó mi padre, haciendo ademán de levantarse.

—No creo que haga falta, —disimulé—, pero Darla se podría venir ya, que luego hemos quedado para hacer surf.

Mi hermana captó al vuelo mi insinuación y se apresuró a recoger su bolso.

—Buena idea —confirmó, uniéndose a mí al frente de la mesa—. Así no os desviáis para tener que llevarme a casa antes de ir a esa exposición de arte de la que hablabais ayer.

—Nos iremos en taxi —apunté, viendo cómo mi padre sacaba las llaves de su coche.

Mi madre asintió y no hizo falta más. Darla y yo salimos del restaurante sin mirar atrás. No íbamos a llevarnos el coche de nuestros padres, por lo que pedí en la recepción del club un taxi.

—Me dejas en el Neptune y, luego, sigues tú hasta casa de Serena —propuse.

—Perfecto.

Un coche negro apareció delante de nosotras a los pocos minutos. No era el típico taxi amarillo de Nueva York, sino un coche privado de cristales tintados. Montamos y le di la dirección al conductor para luego indicarle que, tras bajar yo, debía llevar a mi hermana hasta la casa de la playa.

—¿Vas a venir a hacer surf?

—Estaré allí puntual —prometí, abriendo la puerta del coche—. Coged una tabla extra para Hunter.

—Lo organizaré.

Me despedí de ella con un beso soplado. Después, enfilé la calle hasta la entrada principal del Neptune. Era una pena que no hubiese habitaciones en ese hotel, pero en esas fechas era complicado encontrar alojamientos libres.

Reconocí el coche de Hunter en cuanto entró en la calle. Resaltaba sobre el

resto, pues, a pesar de su aspecto deportivo, se le notaba algo viejo en comparación con los de los alrededores. Apenas podía distinguir su silueta, pero en cuanto se dejó ver, las piernas empezaron a temblarme. Me quedé sin respiración y recordé todas esas veces en las que había estado entre sus brazos. Caminé para ir a su encuentro, con el corazón agitado como un caballo que corre desbocado, pero intenté mostrar entereza. No quería que él notara lo mucho que me afectaba su presencia.

Me subí al coche, junto a él, y me incliné en el asiento para darle un rápido beso en la mejilla. El momento fue algo tenso, pues él quería un beso más íntimo, pero yo no estaba dispuesta a ceder hasta que él no me dijera lo que realmente significaba que hubiese ido a verme hasta la otra punta del país.

—¡Hola! —saludé—. ¿Qué tal el viaje?

—Largo —confesó—, pero ha valido la pena sólo por verte.

Sus palabras templaron mi corazón, haciéndome sentir un gran alivio. Yo no estaba imaginando nada. Él había ido hasta allí por mí.

—¿Sabes llegar al hotel? El GPS va un poco loco por aquí.

—Claro. ¿Dónde te quedas?

—En el Coral Reef —informó, algo tenso.

—Está al otro lado de la playa —expliqué—. Arranca. Yo te voy guiando.

Obedeció enseguida y puso rumbo hacia el sur. Apenas me dirigió la palabra, y el silencio lo rompía yo cuando le daba alguna indicación. Podía ver sus nervios reflejados en sus gestos, como cuando tamborileaba el volante con los dedos o en la forma en la que se frotaba la nuca mirándome de reojo.

Llegamos al hotel en pocos minutos y Hunter aparcó cerca de la puerta. La regente del alojamiento era amable y servicial, por lo que rápidamente le dio las llaves y subimos a la habitación. Por lo que decía la señora, la mayoría de las habitaciones estaban ocupadas, algo normal por las fechas que eran. Cierto era que el resto de los hoteles, o la mayor parte, de Los Hamptons estaban completos, pero el Coral Reef era un poco más viejo y pequeño, así que no tenía tanta afluencia, a pesar de su encanto de casa colonial.

—Que tengáis una feliz estancia.

Con esa palabras, la mujer nos dejó a solas en la habitación.

Hunter se dirigió a la cama cargado con una pequeña bolsa de deporte, que supuse que sería su equipaje, y comenzó a sacar algunas prendas. No abría la boca y estaba tan tenso que temía que se pudiera romper en cualquier momento. Tampoco me miraba, lo que estaba empezando a impacientarme. Terminé por cansarme de esperar y tomé la iniciativa. Esos días había descubierto en mí el

valor que creía perdido y no iba a dudar en apoyarme en él para conseguir lo que quería. Hunter se había convertido en alguien importante para mí, pero tenía claro que, si no veía posibilidades de algo serio con él, no iba a continuar con la farsa. Yo nunca había sido de relaciones esporádicas, pues eso no iba conmigo y no iba a empezar por él. Tenía que mostrarme un poco de amor propio y para ello debía imponer algunas de las cosas que me hacían feliz. Una relación no debería doler, y eso lo había aprendido de la peor de las maneras. No estaba dispuesta a ser desdichada otra vez dentro de una pareja. Así de simple.

—¿No vas a decirme nada? —pregunté, tratando de calmar mi ímpetu.

Hunter no respondió de inmediato. Sin embargo, cuando se giró, su mirada fue como un puñetazo en el estómago y me dejó desarmada.

—¿Qué quieres que te diga? He venido aquí por ti —habló con la emoción reflejada en cada uno de sus gestos—. He sido un auténtico gilipollas y he tenido que irme a la otra punta del país para darme cuenta.

No quise interrumpirle, pero en mi interior sentía cómo las mariposas empezaban a revolotear por mi estómago.

—Esas palabras que me dijiste —continuó, sentándose en la cama—. Eso de que tú no suplicas por un polvo, me hicieron darme cuenta de que igual me estaba equivocando contigo... Pero cuando llegué al pueblo, y en mi casa compraron la revista esa de tus amigos, supe que, o hacía algo o podía despedirme de ti para siempre.

—Y aquí estás —susurré.

—Y aquí estoy, princesa —ratificó—, pidiéndote otra oportunidad.

No hacía falta que dijera nada más. No era necesario.

Hunter era algo reacio a mostrar sus sentimientos de primeras, pero con todo lo que me había dicho, tenía suficiente por el momento.

Sin poder aguantarlo más, caminé hasta él y me coloqué a horcajadas sobre sus piernas, con las rodillas apoyadas en la cama. No le besé. Simplemente, lo abracé por el cuello y reposé la frente sobre la suya. Ese contacto calmó mis nervios y la angustia que había estado anidando en mi corazón, y de la que no había sido del todo consciente.

Pero Hunter tenía otros planes. Antes de darme cuenta, se había girado conmigo encima para colocarse tendido sobre mí. Sus labios se unieron a los míos sin tentaciones, presionando con fiereza. Sus manos se movieron con destreza, casi arrancándome la ropa. Antes de darme cuenta, estaba desnuda ante él. No había ido allí con la intención de tener sexo, pero, hasta que no me vi en la situación, no me había dado cuenta de lo mucho que mi piel le echaba de

menos. Sentía que con Hunter todo eso era natural, como si estuviésemos diseñados el uno para el otro. Era capaz de amoldarme a él sin pretensiones.

—Te he echado de menos —susurró, tocando en el lugar exacto para encenderme, demostrando cuánto conocía mi cuerpo.

Hunter se incorporó, momento en el que yo aproveché para arrastrarme hasta el centro de la cama sin ninguna vergüenza ante su mirada hambrienta. Vi cómo él se desvestía con sus ojos fijos en los míos, anticipándome lo que me esperaba. Su cuerpo lleno de tatuajes quedó ante mí y fue un auténtico afrodisíaco. Cuando se unió a mí en la cama, todo se volvió frenético. Nuestros labios se buscaban, ávidos de contacto, y nuestras manos buscaban la piel del otro. No había centímetro de mi cuerpo que Hunter no intentara acariciar sin dejar de besarme y con la excitación más que evidente entre ambos. Sus caricias se volvieron más atrevidas a medida que la temperatura del momento iba aumentando. Tocaba lugares prohibidos, donde nadie había intentado algo antes, lo que me asustó un poco.

—Déjame hacer —ordenó, besando mi cuello
Jadeé.

No era capaz de pensar. Sólo quería que me llevara a lo más alto. Creí que iba a enloquecer cuando regó decena de besos, desde el hueco debajo de mi oreja hasta mi ombligo. Continuó hacia abajo, separándome las piernas con destreza, y encajándose entre ellas. Su lengua empezó a lamerme sin demora. Los dedos de los pies se me encogían a su compás, y los gemidos escapaban de mi cuerpo sin remedio. En el momento en el que sus dedos entraron en el juego, ya no hubo nada que hacer. Empecé a cabalgar una ola de placer tan intenso que hasta sentí cómo todo daba vueltas.

Sin tiempo para recuperarme, Hunter me tomó por las caderas y me giró sobre la cama, quedando de espaldas a él. Yo seguía nadando entre los últimos rastros del éxtasis, pero vi cómo cogía una de las almohadas de la cama para ponerla debajo de mi pelvis.

—Hunter... —susurré, quejándome porque volvía a la carga demasiado pronto.

—No sabes cómo te he echado de menos —repitió, haciéndome sonreír.

—¿Sí? —jadeé, obnubilada.

—Sí, princesa.

Se cernió sobre mí, apartándome el pelo de la nuca para poder tener acceso a ella con los labios. La piel se me erizó ante su contacto y, de nuevo, estuve perdida.

Noté cómo quiso entrar en mí y mi cuerpo le acogió sin problemas. El ritmo era frenético. Hunter tenía en un puño mi pelo, y entraba y salía de mí entre azotes. Cuánto había echado de menos su intensidad. Jamás hubiese imaginado que necesitaba esa pasión para poder disfrutar del sexo. Aunque algo me decía que era algo que sólo podía hacer con Hunter. Nadie estaría a su altura. En un momento dado, cuando empezaba a rozar con la punta de los dedos un nuevo orgasmo, Hunter hizo algo que no esperaba. En un principio, me puse rígida ante la intrusión de algo en mi parte trasera. Sin embargo, cuando eso empezó a moverse, las sensaciones que me llegaron fueron indescriptibles.

—¿Todo bien? —asentí, incapaz de pronunciar palabras—. Pues vamos a por algo más.

Parecía que hablaba más para él que para mí, pero no me importó. Yo apenas podía hacer algo más que boquear y jadear, disfrutando de un placer oscuro que jamás había sentido. De pronto, lo que había introducido en mi interior fue sustituido por algo más grande y contundente. Intenté relajarme, dejándole penetrarme. Era ligeramente doloroso, pero nada insoportable. De hecho, no era un dolor desagradable. Al menos, no lo fue hasta que Hunter estuvo enfundado en mí por completo. Fueron apenas unos segundos de agonía, que se transformó en algo delicioso.

—Joder —jadeé, incapaz de moverme por miedo a romperme.

—Vamos —ordenó, dándome un azote en el trasero—. Despacio.

Le hice caso, inmersa en las sensaciones.

—Ah —gemí, dejando que su mano me apretara contra el colchón.

Hunter siempre había sido dominante en la cama. Le gustaba el sexo duro y apasionado, con pequeños toques románticos como cuando terminábamos de follar y él me preguntaba si todo estaba bien.

El clímax me llegó de golpe como un terremoto que me dejó desmadejada en la cama con Hunter sobre mí, sumido en su propio orgasmo y con una sensación de euforia plena.

—¿Estás bien, princesa?

—Eso ha sido... Intenso.

—Intenso bien, espero —jadeó, retirándose de encima de mí.

Me abrazó cuando se puso a mi lado. La calidez de su cuerpo me envolvió y, por primera vez en semanas, me sentí tranquila, con el corazón lleno.

Nos quedamos dormitando lo que parecieron unos minutos, hasta que la entrada de unos mensajes de texto en mi teléfono móvil nos despertó.

—Mierda —susurré, viendo que era Serena la que reclamaba mi atención—.

Tenemos que irnos.

Me miró amodorrado, sin entender muy bien a que me refería hasta que le lancé una camiseta.

—Vístete —pedí, recogiendo la ropa del suelo—. Nos están esperando en la playa

Refunfuñó un poco, pero al final cedió y se puso un bañador y una camiseta. Afortunadamente, yo había decidido ponerme un bikini debajo de la ropa de calle, por lo que no tenía que pasar por casa para cambiarme.

—¿A dónde vamos?

—A la playa privada de Serena —expliqué, caminando con él por los pasillos del hotel.

—Por supuesto —se mofó sin malicia.

Sabía que mis circunstancias eran especiales, que todo lo que venía conmigo podía llegar a ser abrumador y asustar, pero apreciaba el esfuerzo que él hacía. Llegado el momento, hablaríamos del tema, pero hasta entonces me conformaba con tenerlo a mi lado. Fuimos en su coche hasta la zona residencial en la que teníamos las casas. Desde un paseo escondido, se podía acceder a la playa sin problemas, aunque estaba vigilada por algunos hombres.

—Aparca ahí —indiqué, señalando una explanada entre unos pinos—. Podemos entrar en la playa por el sendero.

Volvió a hacerme caso. Se le notaba nervioso otra vez. Parecía ser que conocer a todos mis amigos juntos no le proporcionaba comodidad. Estaba callado y algo taciturno, pero en ningún momento se amilanó. Estuvo a mi lado en todo momento, dispuesto a entrar en mi mundo.

—Coge una tabla —le pedí, señalando el pequeño montón que estaba cerca de una caseta de los guardacostas.

Yo hice lo propio y nos metimos en el agua. Serena y el resto ya estaban allí, haciendo un círculo a la espera de la ola perfecta. No éramos expertos en ese deporte y estábamos más tiempo en el agua que sobre la tabla, pero nos divertíamos. El único que era capaz de cabalgar durante horas era Drake, pero era incapaz de enseñarnos su truco. No había manera.

—¿Sabes hacer surf? —se me ocurrió preguntar.

—Se defenderme.

*** **

De donde yo venía, el surf no era un deporte que se pudiese practicar. La primera vez que me subí a una tabla, fue en mi época de universitario, pero hacía mucho que no lo hacía.

«Espero no hacer mucho el ridículo», pensé.

Pasamos la tarde metidos en el océano, disfrutando de las olas. Paola estaba cómoda, risueña, pero yo me sentía un poco fuera de lugar. La única con la que me sentía algo mejor era con Serena, seguramente porque había interactuado más con ella que con los otros. Notaba que Eve, la publicista, me miraba con curiosidad; y el director de cine iba más a su aire, sin preocuparse por mí o Paola más de lo necesario. Me cayó bien al instante, y su profesión no hacía más que despertar mi curiosidad sobre él.

Al atardecer, nos despedimos en la costa. Paola iba a quedarse conmigo, pero su hermana y sus amigos iban a ser su coartada, a pesar de que yo prefería que le dijera la verdad a su familia. Sin embargo, entendía las reticencias de Paola, incluso con mi firme intención de permanecer con ella.

Nada iba a separarme de ella.

Nada.

Capítulo XXI – Emergencia en vacaciones

El domingo había pasado demasiado rápido. Estar con Hunter había hecho que el tiempo volara, y el lunes había llegado casi sin avisar. Estaba feliz, a pesar de que Hunter había tenido que volver a la ciudad. Sus vacaciones habían terminado, lo que implicaba que tenía que volver a hacerse cargo del bar. Al menos, su bar no estaba en una zona turística, por lo que no habría grandes aglomeraciones de gente. O eso espera.

El lunes, temprano en la mañana, mi hermana había salido con Serena para hacer algo de ejercicio. Desde hacía un par de veranos, a ambas les gustaba salir por los alrededores a andar y disfrutar de la naturaleza. Mientras tanto, yo disfrutaba de un buen desayuno junto a la piscina. Mis padres hacía rato que se habían ido a la playa, y llegarían cerca de la hora de la comida. Era una rutina que se repetía durante todas las vacaciones y yo disfrutaba de esos momentos de soledad.

Ese día, habíamos pensado en ir a un centro comercial a ver alguna película y cenar en un buen restaurante. Sin embargo, mis planes se vieron truncados cuando un empleado doméstico apareció corriendo en el jardín con el teléfono de la clínica en alto. La estridente melodía llenó todo el ambiente, lo que era un mal augurio.

—Le llaman, señorita Vincent.

—Gracias. Puedes retirarte.

Comprobé el número de teléfono que aparecía en la pantalla. Se trataba del número de una de las psicólogas que pasaba el mes en la clínica, atendiendo a algunos pacientes.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Tiene que venir —respondió. Se notaba que estaba alterada.

—¿Qué ha ocurrido? —volví a indagar, con la desazón apareciendo en mí.

—Ha ocurrido algo muy malo... Una de las pacientes se ha autolesionado en mi despacho justo al terminar la sesión —intentó explicar, con el pánico tiñendo su tono de voz.

Me quedé en silencio unos segundos, buscando en mis recuerdos el procedimiento a seguir en esos casos. No era algo tan raro, especialmente si a los pacientes se les estaba tratando una depresión o sufrían alguna crisis.

—Estaré allí lo antes posible —informé—. Tú, mientras tanto, busca en su expediente el teléfono de su familiar de contacto y avisa a los paramédicos.

—Está bien —susurró con voz temblorosa.

—Con cualquier novedad, llámame.

—Sí, señora.

Como movida por un resorte, me levanté de la silla en la que estaba desayunando y corrí al interior de la casa. Por el camino, llamé a mi padre, pero al no cogerlo me limité a dejarle un mensaje de voz.

Fui hasta mi habitación y cambié mi bañador por unos pantalones vaqueros y una blusa. Después, cogí las llaves del coche del cajón de la mesilla y me encaminé a la entrada principal, donde mi coche había permanecido aparcado desde mi llegada. Sin embargo, allí no había ningún vehículo. Agobiada, pegué un grito para que el ama de llaves acudiera a mí.

—¿Dónde diablos está mi coche? —gruñí.

—Algunos de los empleados los han cogido para rodarlos —informó con su característica calma—. No es conveniente que permanezcan un mes entero parados, señorita.

—Mierda...

La casualidad era caprichosa. Justo cuando me hacía falta el coche, tenían que llevárselo. Desde luego, no iba a ser mi día de suerte.

—Puedo decirles que vuelvan de inmediato.

—No tengo tiempo —espeté. Una idea flotó en mi mente—. Si vienen mis padres, díles que escuchen el buzón de su contestador.

No esperé su respuesta. Salí disparada hacia la casa de Drake y Serena. Por la hora que era, sabía que sólo estaría en casa Keyla, pero era suficiente para pedirle un favor. En la puerta de la mansión me recibió un grupo de escoltas, pero ni se les ocurrió negarme la entrada. Encontré a Keyla en cenador del jardín, con un café en la mano y una revista en la otra. No había nadie más por allí, a excepción de un jardinero que se afanaba por dejar los setos perfectos.

—Keyla —saludé, entrando en tropel.

—Paola, cariño. —Fue a sonreír, pero el gesto quedó congelado en sus labios—. ¿Qué ha pasado?

Le conté, a grandes rasgos, lo que me había dicho mi empleada. Keyla escuchó atentamente con esa mirada implacable que había visto en algunos momentos de su carrera.

—Entonces, ¿puedes dejarme uno de tus coches?

—Mejor le diré a uno de mis escoltas que te acerque hasta el helipuerto —

propuso—. Allí tenemos un helicóptero operativo para emergencias, y esto lo es.

—¿Sería posible? Eso me ahorraría un par de horas de viaje.

—Dalo por hecho —asintió—. Yo lo arreglo todo.

Como si hubiese sido llamado, un hombre fornido, vestido de negro y con gafas oscuras, apareció por la puerta de cristal que daba al jardín. Keyla le dio unas indicaciones y, a los pocos segundos, estaba siendo escoltada hasta uno de los SUV de la familia.

—El piloto ya ha sido avisado —informó el conductor—. Es un helicóptero pequeño, por lo que su escolta personal se desplazará en coche. En Manhattan le estarán esperando algunos de mis compañeros

—De acuerdo.

Agradecí la información, aunque en ese momento prestaba más atención al aparato que aguardaba por mí en mitad de un círculo enorme con una hache mayúscula en medio.

—Buen vuelo, señorita Vincent —deseó el conductor.

—Gracias.

Caminé hasta el helicóptero y, con ayuda del piloto, subí al asiento del copiloto y me abroché los cinturones de seguridad. El hombre me indicó que me pusiera los cascos con micrófono y pidió permiso a la torre de control para despegar. En cuanto todo estuvo en orden, las aspas del vehículo empezaron a girar, haciéndonos despegar. No tardamos más de una hora en avistar los altos edificios de Nueva York. Desde el aire, la ciudad era sobrecogedora y totalmente inconfundible. Se podían distinguir los taxis amarillos, los rascacielos, el pulmón verde que suponía Central Park, la Estatua de la Libertad en la isla al sur de Manhattan... Qué bonita era la gran ciudad.

—Nos disponemos a aterrizar —informó la voz del piloto a través de los cascos.

Le pidió permiso a la torre de control y en pocos minutos estábamos aterrizando en el edificio en el que Serena tenía su ático. No debía haberme sorprendido, pues ese inmueble había pertenecido antes a Keyla, y a ella le gustaba disponer de comodidades y facilidades, pero no pude evitar quedarme con la boca abierta al descubrir ese pequeño detalle.

Cuando el aparato tocó suelo y las asas se detuvieron, la portezuela se abrió. La amplia mano de uno de los hombres de seguridad de Vladimir se aferró a la mía, ayudándome a descender hasta el piso.

—Señorita Vincent —saludó, señalando la salida de la azotea—, tenemos un coche preparado.

—Genial.

Comprobé mis teléfonos, asegurándome de que no había noticias nuevas desde la clínica. Esperaba arreglar todo el desaguisado pronto y así poder aprovechar mi visita a la ciudad para ir a comer con Hunter. Por eso, le mande un rápido mensaje, informándole de mis intenciones.

“Estaré en el bar. Haré algo de comer, princesa”.

Su respuesta me hizo sonreír, pero no me dio tiempo a más porque el coche acababa de aparcar frente a la entrada principal de la clínica. Me fijé en que el aparcamiento estaba casi vacío, aunque no era algo anormal para las fechas que eran.

—Cuando termine, os aviso —dije en voz alta, a lo que el conductor y copiloto asintieron.

—Estamos en marcación rápida —informó el chófer—. Sólo tiene que darle al ocho.

—Estupendo.

Me apeé con el teléfono preparado por si había otra emergencia y caminé hasta el despacho de Mayra, la psicóloga que me había llamado. Estaba situado en el mismo ala que el mío, algo más alejado de la salida.

—¿Mayra? —llamé, entrando en su despacho.

Nada parecía fuera de lugar. De hecho, no parecía que hubiese pasado nada extraño. Los muebles estaban pulcramente colocados, los libros de su especialidad estaban sobre su escritorio y su ordenador tenía la pantalla apagada. Estaba a punto de abandonar el despacho, ya marcando el teléfono de la compañera, cuando me quedé petrificada con el teléfono pegado en la oreja.

—Hola, Paola.

La voz de Jamie me erizó la piel. Había un tono que destilaba odio y rencor, pero no era eso lo que me había alterado, sino el hecho de que tuviese a Mayra sujeta por el cuello, tapándole la boca con una mano mientras que, con la otra, le apuntaba directamente en la sien.

—Jamie... —susurré, bajando el teléfono, enseñándole las manos.

El corazón se me aceleró conforme iba dándome cuenta de la gravedad del asunto. Jamie estaba desquiciado y Mayra estaba al borde de sufrir un colapso por el miedo. Debía actuar con rapidez o me temía que lo peor podría suceder.

—Escucha, Jamie —hablé, intentando que mi voz sonara de la forma más sosegada posible—. ¿Por qué no bajas el arma, dejas que Mayra se vaya, y hablamos

—¡Cállate! —ladró, cambiando el objetivo del cañón de su revólver. En ese

momento, apuntaba a mi cara—. Yo te diré qué vamos a hacer —expuso, con una sonrisa socarrona que no auguraba nada bueno—. Voy a deshacerme de esta zorra, y tú y yo nos vamos a ir con unos amigos.

No me dio tiempo a reaccionar. Todo sucedió muy rápido.

—¡NO!

Jamie volvió a girar el arma y apretó el gatillo, acertando directamente en la cabeza de Mayra. La sangre bañó la puerta de cristal, el suelo, su ropa y la mía. Todo estaba cubierto por restos de Mayra. Mi respiración se cortó. No era capaz de procesar que lo que estaba viendo en el suelo, con la sangre resbalando por su cara, era el cuerpo sin vida de Mayra. Su vitalidad había desaparecido de sus ojos verdes, que me miraban sin verme.

—¿Qué has hecho? —susurré, aún mirando el cuerpo de mi compañera.

Jamie apartó el cadáver con desprecio y se acercó a mí. Aprecié que llevaba el arma apuntando hacia abajo, pero el cosquilleo que se desató en mi nuca me advirtió de que iba a ocurrir algo. Sin embargo, yo era incapaz de moverme. Estaba completamente en shock con las lágrimas picándome en los ojos.

—Esto acaba de empezar, cariño —se jactó.

Después, un dolor muy fuerte me sobrevino. Algo me había golpeado por debajo de la oreja, haciendo que todo se volviera negro y que mi cuerpo, de pronto, pesara toneladas.

*** **

Llevaba toda la tarde llamando a Paola a su teléfono móvil, pero no daba señal. Tampoco había alguien en la clínica que me atendiera y, después de que Paola no apareciera, estaba empezando a preocuparme.

Conocía a Paola y ella me habría avisado del cambio de planes. Su silencio era extraño y no sabía cómo contactar con ella. Lo único que se me ocurría era llamar a la redacción de MagazineYOU, la revista que pertenecía a la familia de Serena.

Estaba a punto de llamar a la revista, con el número ya marcado en mi teléfono, cuando la puerta del bar se abrió de par en par y un grupo de tipos entró en tropel. No les reconocí de inmediato, aunque su forma de vestir me recordó a

la del hombre que siempre acompañaba a la amiga de Paola. Ese que se había dedicado a probar las bebidas que yo les servía.

—¿Hunter Bunch? —preguntó uno de ellos, a lo que asentí, frunciendo el ceño—. Tiene que acompañarnos.

—¿Por qué? —quise saber.

—No podemos hablar de eso aquí.

Iba a replicar, pero otros dos gorilas me cogieron por los brazos y me sacaron a rastras del lugar. En la calle también había varios tipos más, pero me arrojaron directamente al interior de un SUV negro. El interior del coche estaba modificado, por lo que era muy espacioso y enfrentaba los asientos.

Allí estaba la mismísima Keyla Andersen, mirándome con unos penetrantes ojos azules. A su lado, su hijo la imitaba.

—¿Qué coño está ocurriendo? —exigí saber, entre nervioso y furioso.

Keyla hizo un gesto y empezamos a movernos. Drake se acercó un poco a mí, apoyando los codos en las rodillas para verme más de cerca.

—Tenemos que llevarte a nuestra casa —informó—. Ha pasado algo y necesitamos tenerte controlado.

—¿Qué ha pasado? No me gusta que me vigilen.

—En este caso, va a tener que ser diferente, querido —intervino la mujer, con voz serena y estudiada—. Paola ha desaparecido y tú serías un aliciente perfecto para que ella hiciera lo que sus captores le ordenaran.

Creo que tardé varios minutos en reaccionar a sus palabras, pues para cuando lo hice ya volvía a estar en la calle. De nuevo, estaba siendo escoltado a una casa enorme con los suelos de mármol y una escalera de caracol en el mismo vestíbulo. No sabía cómo había llegado allí, aunque podía ver a Keyla y a su hijo por delante de mí, tomados por la cintura, hablando con un hombre muy grande y fornido.

—¡ESPERAD! —salté, recuperando el control de mis pensamientos—. ¿Cómo que ha desaparecido? ¿Qué secuestradores?

—Te lo contaré en mi despacho —informó Keyla, impasible—. Pero antes tengo que hacer unas llamadas.

Me volvieron a dejar a medias. Drake me tomó del hombro y me condujo por la lujosa vivienda hasta un estudio moderno con estanterías repletas de libros sobre derecho y equipado con todo tipo de comodidades.

—Siéntate donde quieras —pidió, tomando lugar en un sillón de cuero.

Yo le imité y me senté en una de las sillas. Mi pierna se movía continuamente. En la sala había mucha tranquilidad, pero la atmósfera que se

respiraba era densa y se podía percibir un ligero murmullo a través de las gruesas puertas de madera. No quería hablar, en cierto modo, porque temía todo aquello que pudiesen decirme. Sin embargo, las ansias de conocer la verdad me carcomían por dentro.

Estaba a punto de encararme a Drake, cuando la puerta se abrió de par en par y Keyla ingresó en su despacho. Iba acompañada por ese tipo grande, otro con el que compartía un gran parecido y una larga comitiva de gente que me sonaba, pero no identificaba. Al final, Serena entró con paso firme, seguida por el que supe que era su escolta personal.

—¿Me va a decir alguien que le ha pasado a Paola?

—Sentaos por donde podáis —medio ordenó la anfitriona—. Va a ser una noche larga.

Dicho eso, todos se acomodaron, incluyendo los que se encargaban de la seguridad. Había personas en los sillones y sofás, en las sillas que rodeaban una pequeña mesa redonda de cristal e incluso Serena se había sentado en el suelo junto a su hermano.

Keyla empezó a hablar y todos escuchamos. Explicó cómo Paola había acudido a ella para pedirle una forma de transporte y ella había organizado un vuelo rápido en su helicóptero. Nada parecía fuera de lo normal hasta que, tras varias horas, no había habido comunicación de los escoltas encargados de la seguridad de Paola con Vladimir, el tipo grande que estaba pegado a la espalda de Keyla. Alertados por el silencio, Vladimir había mandado a más hombres a la clínica y lo que se habían encontrado era una auténtica carnicería. Sus hombres habían sido ejecutados, una de las psicólogas estaba muerta en medio de un charco de sangre y no había rastro de Paola por ningún lado. También habían revisado las cámaras de seguridad y así es como se habían percatado de todo lo que había ocurrido.

—¿Me estás diciendo que su exnovio la ha secuestrado? —estaba cabreado y con la furia pugnando por salir.

—Peor... Te estoy diciendo que su exnovio ha permitido que un asesino la secuestre —remarcó el escolta de Keyla, dejando ver su origen ruso.

—La prioridad es rescatar a Paola —intervino otra mujer, rubia y de mirada fiera. Estaba sentada sobre la mesa, cerca de Keyla, con un hombre trajeado a su lado.

—Lo sé, mamá —confirmó Keyla, pellizcándose el puente de la nariz—, pero necesito sopesar si ir por la vía legal o no.

—¿Por qué? Sabes que siempre actuamos a nuestro modo —intervino el

hombre que supuse que sería el padre de Keyla.

Noté cómo el ruso se removía incómodo en su puesto, cambiando el peso de un pie al otro. Cerca de él, otro hombre le miraba preocupado. Vladimir empezó a hablar con su jefa en un idioma que deduje que sería ruso. Muchos de los allí presentes prestaban atención a esa conversación incomprensible, sin que nadie los interrumpiera.

—¡BASTA! —grité, levantándome y acercándome a Keyla. Automáticamente, varios hombres se interpusieron en mi camino, pero no me amilané—. Me da igual qué haya que hacer, pero hay que hacerlo antes de que sea tarde y, mientras discutís, ella puede estar herida o algo mucho peor.

El silencio reinó en la sala. Nadie se atrevió a contradecirme ni a mover un solo dedo. Hasta pareció que algunos dejaban de respirar.

—¿Podéis salir y dejarme a solas con mi marido? —pidió el tipo que había estado mirando al ruso en un segundo plano tan discreto que ni me había fijado en él.

—Sí, vayamos a por algo de comer —propuso Drake.

—Vamos, Hunter —dijo Serena, tomándome del brazo.

Me condujeron hasta la cocina privada, donde los empleados no entraban. Allí, descubrí que la pareja que también había intervenido en la reunión eran Summer Blackwell y Dylan Andersen, padres de Keyla y Blake, el cual estaba casado con el gran tipo ruso. Era demasiada información para procesar y en mi mente sólo cabía la preocupación por Paola.

—¿Qué crees que decidirán?

—Mi madre se caracteriza por ser eficiente y poco ortodoxa cuando de familia se trata —explicó Serena, mirando su taza de café. Después, me miró—. Vamos a rescatarla, Hunter.

—Paola es de la familia —coincidió Drake—. Y nosotros cuidamos de la familia.

Me daba la sensación de estar en mitad de una conversación de la película *El Padrino*, pero sus palabras me hicieron confiar en que volvería a ver a Paola. No podía ser de otra forma. No podía imaginarme otra cosa.

—Volvamos al despacho —dijo Serena, antes de ordenarle a una asistenta que prepara comida para un regimiento.

En esa ocasión, en la habitación sólo estaban los miembros directos de la familia y yo. Vladimir parecía tenso, pero la mano que tenía Blake sobre su hombro parecía tranquilizarle.

—Hemos tomado una decisión —informó Keyla—. Voy a tener que pedir

varios favores y cobrarme otros tantos, pero será suficiente para entrar en la cárcel de máxima seguridad en la que estaba Terry Johnson y hablar con uno de sus hombres de confianza de allí. Vladimir se encargará de esa parte y tú, Serena, vendrás con nosotros. Necesitaremos una cara bonita que no conozcan, cariño, así que tendrás que plantarte frente a quien te digamos. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

—Drake, necesito que trabajes con los investigadores del bufete y busques cualquier indicio de Paola en las profundidades de internet.

—Me pondré en marcha enseguida y avisaré a la tía Morgan.

—Ya está al tanto... Te estará esperando en su piso—informó, a lo que su hijo se levantó y salió de la habitación.

—Mamá, papá, a vosotros os necesito con Will en Los Hamptons —continuó, mirando a sus progenitores—. Los padres de Paola están medio informados y necesito que controléis la situación junto a mi marido.

—¿Y Darla? —preguntó Serena.

—Ella está al tanto de todo, pero cree que lo mejor es mantener la discreción con sus padres —comentó Vladimir—. Teme que no puedan soportar la presión.

—Tú, Hunter —continuó la abogada—, te vas a entrenar con Vladimir y Lush. No hay tiempo para una gran formación, pero tus manos nos serán útiles.

Mientras se dirigía a mí, el escolta de Serena me entregó un sobre marrón, abultado y pesado.

—Ahí tienes un teléfono de prepago —me informaron—, la ficha de los escoltas que se te han asignado y un pasaporte.

—¿Para qué quiero un pasaporte?

—Porque tendremos que ir a por Paola —auguró sombríamente Vladimir—. Y tú estarás en el frente conmigo, si estás dispuesto.

Asentí efusivamente. Por supuesto que iba a estar en el momento en el que rescatásemos a Paola. Ella era mía.

Y nadie dejaba en la estacada a quién amaba.

Capítulo XXII – Perdida en la nada

No tenía ni idea de dónde estaba. Tan solo sentía que era mecida por algo, y había una permanente sensación de náuseas en mi estómago. Me dolía la cabeza, notaba la cara un poco hinchada y las piernas entumecidas por estar en la misma posición tanto tiempo. Tampoco veía nada más allá, pues la bombilla que colgaba del techo y que no dejaba de oscilar, emitía una luz tenue que apenas me iluminaba. Había perdido la noción del tiempo. Ni siquiera era capaz de vislumbrar los días que habían pasado desde que Jamie me había atacado. Aún, me costaba asumir que mi exnovio, con el que había compartido cinco años de mi vida, me hubiese vendido a un asesino. No había titubeado cuando me había entregado a Terry Johnson, ni siquiera cuando le había suplicado. Apenas me quedaba la esperanza de salir de allí, aunque en los momentos más duros me imaginaba que alguien me rescataba y me llevaba de vuelta a Nueva York, a casa.

—¡Levanta! —gritó alguien.

Poco después, mi captor entró al zulo en el que me mantenía. Iba vestido pulcramente, como siempre, con un traje hecho a medida y peinado y afeitado de forma impecable. Me miraba desde arriba con un brillo burlón que me enervaba. Nunca había pensado que se pudiese odiar con tanta furia hasta que había entrado en mi vida ese hombre que estaba delante de mí.

—¿Cómo estás, preciosa? —quiso saber, agachándose para ponerse a mi altura. Su mirada se desvió hacia un rincón y añadió—: ya veo que sigues empeñándote en no comer.

—Que te jodan —gruñí.

—No, preciosa... Eso no lo voy a hacer yo —se carcajeó, levantándose—. Si yo fuera tú, colaboraría... Haz las cosas fáciles.

Se dirigió de nuevo a la salida, dejándome en la oscuridad. El sitio en el que estaba apenas tenía un colchón en el suelo y una mesa pequeña en la que me dejaban la comida y el agua. Sin embargo, nunca quería comer o beber, y quizá por eso me sentía tan débil.

Me recosté en el camastro, pensando en lo que me había dicho Johnson, en cómo había insinuado que todo lo que estaba pasando era culpa mía por haberme cruzado en su camino y por haber tratado mal a Jamie. Sus palabras me

carcomían a la par que me envenenaban la sangre. Tenía que pensar con la cabeza fría e intentar salir de allí de alguna manera.

«Para eso necesitas poder moverte y, para eso, comer», apuntó una voz en mi cabeza.

Y era cierto.

Miré hacia la mesa que contenía la comida. Temía que llevara algo que me impidiera pensar con claridad, pero tenía que arriesgarme. O lo hacía, o moriría de inanición y sin la mínima oportunidad de salir de ese agujero. Me arrastré hasta la comida, ya fría, y empecé a comer sin saborear. Ni siquiera quise saber qué era lo que me estaba comiendo. Automáticamente, empecé a sentirme algo mejor, a pesar del dolor de estómago que me producía el volver a ingerir alimentos. Sin embargo, lo que mejor me sentó fue el agua. El ardor de garganta se calmó y la lengua volvía a ser funcional y no un mero trozo de carne acartonado.

Con el estómago lleno, intenté pensar en algo que me permitiera escapar de allí, pero lo único que pude sacar en claro era que, por el movimiento continuo y el suave murmullo que se percibía desde el suelo, tenía que estar en un barco. Lo que me llevó a determinar que me habían sacado del país.

Y así, sin más, las pocas esperanzas que me quedaban empezaron a esfumarse. Que me encontraran en Estados Unidos era una cosa, pero fuera de allí y con un barco de por medio, era casi imposible seguir mi rastro.

«Ten fe, Paola», volvió a hablarme esa voz.

Me dejé caer sobre el camastro, intentando controlar la desazón que luchaba por poseerme. Tenía que mantener la mente fría. Si no... Iba a perder la cabeza.

*** **

La cárcel de máxima seguridad de Nueva York era un auténtico nido de ratas. Las instalaciones eran grises, sin vida, y desde la misma entrada se podía escuchar el griterío de los presos. Afortunadamente, mi madre había hablado con la alcaide de la prisión, la cual le debía varios favores y nos había permitido hacer un vis a vis con un tipo que era el hombre de confianza de Terry Johnson ahí dentro. Les habíamos investigado a fondo e incluso habíamos sacado sus

antecedentes de la Agencia Federal de Inteligencia. Después, mi madre se había encerrado conmigo y con Vladimir en su despacho. Allí, me habían instruido a fondo, con el fin de saber por dónde llevar al sujeto, puesto que iba a ser yo la que primero se enfrentase a él. Mi padre, algo reacio, también había aportado sus propios consejos desde la distancia. Me había extrañado que accediera a ponerme al frente, pero a la vez entendía que quisiera recuperar a Paola.

—Ten cuidado, cariño —había casi suplicado—. Bastantes dianas hay sobre ti.

Esas habían sido sus palabras, y allí me encontraba poco después, caminando por un lúgubre pasillo. Me habían pedido que me vistiera de forma casual, pero que se notara mi posición económica. No entendía bien la razón, pero todo iba encaminado a levantar el interés del sujeto. Si no lo conseguía o mi madre consideraba que ya había suficiente cháchara, Vladimir intervendría. Por supuesto, Lush me había acompañado y estaba directamente bajo las órdenes del ruso.

—Enseguida lo traerán —informó la alcaide—. Adosada a la sala hay otra en la que podréis esperar.

—Gracias, alcaide —habló mi madre, activando su modo abogada implacable.

Entramos en una sala pequeña que tenía una mesa con sillas a un lado y una cama al otro. Era fría y aséptica, sin encanto.

—Colócate en la silla, de espaldas a la puerta —pidió Vladimir.

Obedecí, ajustándome el pelo para que quedara un poco alborotado. Después, descansé los brazos sobre la mesa y esperé mientras ellos se escabullían a la habitación de al lado. Vi que cerca de la cama había un espejo e instintivamente supe que era uno de esos que funcionaban en ambas direcciones. Ahí debían estar mi madre, Vladimir y Lush.

Empezaba a impacientarme, tal y como indicaba el repiqueteo de mis tacones en el suelo cementado, cuando la puerta de la habitación se abrió. Automáticamente, un hombre vestido de naranja acompañado por dos guardias entró.

—Qué agradable sorpresa —dijo con la voz ronca y profunda.

Le quitaron los grilletes, algo que me alteró un poco, aunque no dejé que se viera mi nerviosismo. No tenía miedo. No podía tenerlo con una bestia rusa a menos de un suspiro de mí.

—Hola —saludé, sonriendo falsamente.

Cuando el guardia se marchó, la habitación empezó a venírseme encima. Sin

embargo, me levanté, asegurándome de mostrar mis mejores atributos, y caminé hasta él. Su sonrisa se ensanchó cuando estuve frente a él.

—Mi primo se ha superado esta vez —susurró, mirándome de arriba abajo—. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Puedes llamarme Serena —respondí, coqueta.

—¿Qué te apetece que te haga? ¿Te gusta suave o duro?

Supe, en ese momento, que pensaba que yo era una prostituta, y eso es lo que debía usar para sonsacarle información. No me sentía bien intimando con ese ser, pero no iba a llegar lo suficientemente lejos como para tener pesadillas más tarde.

—Háblame de ti —ronroneé, rodeándole el cuello con los brazos—. Siempre me han dado morbo los chicos malos.

Tenía la esperanza de que se le soltara la lengua. Los hombres eran débiles cuando había sexo de por medio. Las endorfinas tendían a derretir sus cerebros y ese era el momento perfecto para sacarles información. Escondí la cara en su cuello, sorprendiéndome porque olía a jabón, y deposité un reguero de besos en él. Sus manos me rodearon la cintura, activando mis defensas lo suficiente como para jugar a apartarme del sujeto.

—Me gusta que me compartan —solté, sonriendo con picardía—. ¿No tienes a ningún amigo?

—Preciosa, tengo muchos, pero ahora me gustaría empotrarte en esa cama sin compañía.

—Es una lástima...

Volví a acercarme a él, dejando que sus manos rodearan mis caderas y abarcaran mi trasero. Odiaba la sensación, e intenté tragar las náuseas que sentí cuando acercó su boca a la mía. El beso que me dio me repugnó, pero le dejé hacer durante unos segundos.

—A Johnson le encantarías —jadeó, excitado.

—Le puedo pedir al guardia que lo traiga —propuse—. No hay nada que no hagan por dinero.

—Él, ahora, digamos que está de permiso —comentó, paseando sus asquerosas manos por mi cuerpo—. Y dudo que lo pillen cuando llegue al Viejo Mundo.

Iba a volver a besarme y me preparé para el contacto, pero la puerta se abrió de golpe. Antes de darme cuenta, Lush me había cogido por el codo y me había sacado de allí para meterme en la sala adjunta. Estábamos él y yo a solas, pues mi madre estaba con Vladimir en la habitación. Ni siquiera sabía que estaban

haciendo, porque Lush me había acorralado contra la puerta y respiraba de forma agitada contra mi frente. Se notaba que estaba alterado, luchando por no romper algo.

—¿Qué te pasa? —quise saber, tratando de levantar la mirada para verle los ojos.

—No eres una puta —gruñó, agarrándome por la cintura—. *Ya nenavizhu, chto eto kosnulost'ebya. Ya nenavizhu, chto tvoy rot potseloval tebya*⁴.

—No me hables en ruso...

Antes de darme cuenta, su boca estaba aplastando la mía en un beso desesperado. No era un beso apasionado, simplemente quería borrar todo rastro de ese preso de mí. Y, en cierto modo, se lo agradecí. No sabía hasta qué punto deseaba ese contacto, hasta que tuve a Lush así.

—Gracias —susurré cuando se apartó, con el corazón tibio por el contacto.

Se alejó de mí, pero antes de centrarse en su trabajo de nuevo, le cogí de las solapas de la chaqueta del traje negro y lo atraje hacia mí. Atrapé sus labios entre los míos en lo que era un beso tierno e inocente.

—Gracias —repetí.

Me miró unos segundos. Después, se giró hacia la ventana y yo le imité. Vladimir había sentado al prisionero en la silla y lo había inmovilizado con unas cuerdas. No sabía que mi tío se había llevado su, por llamarlo de alguna manera, material de trabajo. Tampoco esperaba ver a Vladimir en plena acción, demostrando las habilidades que había adquirido durante entrenamiento en las fuerzas especiales de Rusia.

—No mires —indicó Lush, tratándome con una familiaridad que no le corregí.

Pero no aparté la mirada. Vladimir había sacado unas tenazas y estaba procediendo a arrancarle las uñas de los pies. Mi madre permanecía estoica, sentada sobre la mesa con las piernas cruzadas, mientras contemplaba el espectáculo. Yo agradecí no escuchar los gritos de ese hombre. Posteriormente, Vladimir se hizo con una de esas varas eléctricas que se usan para azuzar al ganado. No tardó en usarla, siempre con la orden de mi madre. Parecía que ella preguntaba y, cuando la respuesta no le satisfacía, el ruso empleaba su poder. No

me sentía mal por lo que le estaban haciendo, simplemente no me resultaba agradable a la vista.

—¿Por qué sabes ruso? —pregunté de repente, tratando de suavizar el ambiente.

—Trabajar para Vladimir implica, de algún modo, saber ruso —explicó, mirando fijamente el hacer de su jefe—. Eso, y que mi madre es rusa.

—No tienes aspecto de ruso... Y te llamas John Lush —recalqué, sorprendida por su confesión.

—Mi padre es americano.

—Estás hecho una caja de sorpresas, John...

No añadimos nada más, pero estábamos tan cerca, que su ropa rozaba mi piel como si me infundiera valor para mantenerme firme. Nos concentramos en lo que estaba sucediendo dentro de la habitación. Era evidente que el detenido estaba gritando a todo pulmón, pero por la expresión de mi madre, también estaba dándoles información importante.

—Está a punto de terminar —anunció Lush—. Ahora, le golpeará los pies como recuerdo.

Efectivamente, mi tío se dedicó a golpear los pies y los tobillos del tipo que ya estaba desmadejado en la silla. Y terminó con sendas descargas eléctricas en el arco de los pies. El hijo de perra quedó inmóvil con la cabeza colgando hacia atrás, los pies ensangrentados, los ojos rojos e hinchados y con una levísima columna de humo saliendo de su pelo.

Mi madre le hizo un gesto a su cuñado y ambos abandonaron la habitación para reunirse con nosotros en la sala donde estábamos. Mi madre mantenía el semblante calmado y Vladimir parecía de piedra, pero les conocía lo suficiente como para saber que esos métodos, si bien eran efectivos, no era algo que disfrutaran haciendo. Especialmente, Vladimir.

—¿Lo tenemos? —pregunté a mi madre.

—Tenemos un rastro que seguir —informó—. Tenemos que hablar con tu hermano.

—¿Y qué va a pasar con el tipo ese?

—Tiene suerte de que lo dejemos vivo —habló Vladimir—. No le he cortado las manos porque tu madre no me ha dejado.

Supe que le había molestado también que me tocara. Y mi madre no se quedaba atrás. Algo me decía que, de algún modo, mi madre le haría pagar la osadía de tocar a su hija. Al ver la expresión de ambos, algo se removió en mí y me precipité a sus brazos. Nos sostuvimos los unos a los otros durante unos segundos hasta que mi madre retomó las riendas de la misión.

—Para todo hay tiempo —sentenció—. Nos vamos.

Vladimir abrió paso por el mismo camino por el que habíamos llegado. La alcaide nos esperaba al final del pasillo con la mirada inexpresiva.

—¿Todo en orden?

—Todo en orden —asintió mi madre—. Gracias.

—Cuando quieras, Keyla —asintió, dándole la mano

Mi madre me cogió del brazo y me condujo hasta el coche en el que habíamos ido a la prisión. Lush iba al volante mientras Vladimir, de copiloto, empezaba a mover filas.

—Serena —me llamó mi madre—, ¿estás bien? No sé cómo he aguantado y no lo he matado yo.

—Estoy bien, mamá —respondí, dándole un ligero apretón en la pierna.

—Tú no eres ninguna puta, cielo —juró—. Eres intocable, ¡joder!

—Estoy bien —repetí, mirando hacia adelante, cruzando la mirada con Lush en el espejo retrovisor.

No había sido nada grave lo sucedido. Y todo era por una buena causa. Lo tenía muy asumido y no me era difícil aislar lo que había pasado en el rincón más recóndito de mi mente.

Teníamos que salvar a Paola.

*** **

La llamada de mi madre nos había pillado preparados, sentados frente a los

ordenadores, con todos los detectives del bufete alertas. Nayasha se había unido a nosotros y se encargaba de que no nos faltara de nada mientras trabajábamos. Mi función era recopilar datos junto a mi tía Morgan mientras los detectives seguían el rastro por internet.

—¿Cómo vas, amor?

Esas palabras sirvieron para calmar un poco los nervios. Había estado escuchando las grabaciones que mi madre y Vladimir habían enviado. Había sido algo dantesco, aunque esperable, pero no soportaba la parte en la que intervenía Serena. Mirándolo desde fuera, que mi hermana hubiese actuado antes que el ruso ayudaba a no sentir compasión por ese cabrón.

—Espero que este rastro nos sirva de algo —suspiré, colocando una mano sobre su rodilla.

—Claro que sí. —Su mera presencia me reconfortaba, aunque sabía que tenía que irse pronto.

Nuestra relación había mejorado cuando sus padres empezaron a aceptarme, pero Naya seguía sin llevar mi anillo. Decía que quería un poco más de estabilidad antes de decirle a sus padres nuestras intenciones. Y, una vez más, sentía que nos habíamos estancado. Estaba cansado de tener que estar con ella a medias. Yo lo quería todo y por eso me repetía que valdría la pena, que pronto podría llamarle «mi mujer».

—¿Necesitas algo? —preguntó, acariciándome la nuca—. ¿Café? ¿Algo de comer?

—Necesito que todo esto pase.

—Todo irá bien, amor —prometió.

En ese momento, su teléfono empezó a sonar, por lo que se apartó para hablar con tranquilidad. Yo retomé las escuchas de la grabación, prestando la máxima atención para que no se me pasara ningún detalle.

Mi madre le había sonsacado al hombre de confianza de Johnson que su intención era ponerse en contacto con sus amigos de Europa y Asia para desaparecer una temporada. Eso nos daba un rastro, aunque no teníamos ni idea de qué medio de transporte iba a usar. Morgan había echado mano de los contactos de su marido y teníamos a un hacker trabajando a toda velocidad en la mesa del salón. Este había descartado los aviones e incluso había cotejado la cara de Johnson con la de los viajeros que habían captado las cámaras de seguridad de todos los aeropuertos del país. La teoría más fuerte estaba en que había tomado un barco, pero no teníamos claro desde qué puerto había salido. Había cientos de puertos en Estados Unidos y allí el control no era tan férreo

como en los aeropuertos. El hacker también había activado una alarma para las aduanas y las fronteras, la cual se había extendido a nivel internacional gracias a los contactos que mi madre tenía en el FBI y la Interpol.

El caos se desató cuando los que habían ido a la prisión llegaron a la casa de Morgan. Mi hermana iba hablando con mi padre por teléfono mientras Vladimir y mi madre hablaban a toda velocidad en ruso. Sabía que estaban tomando decisiones rápidas, aunque pronto se acercaron a los detectives en busca de noticias.

—Informe —exigió mi madre.

—Hemos descartado los aeropuertos —empezó a hablar el hacker—, y hemos mandado una alerta internacional.

—¿Habéis metido al FBI?

—Avisaran a la agencia de Vladimir si lo detectan —indicó.

No había muchas más novedades, pero estuvieron de acuerdo en que lo más probable era que hubieran salido del país por agua.

—Comprobar los puertos de Nueva Jersey y Delaware —ordenó mi madre.

Rápidamente, todos se pusieron a cumplir el mandato, pero a mí se me puso la mosca detrás de la oreja.

—¿Por qué?

—Terry Johnson creció en Chester ,y por lo que pude entender, le tenía apego a ese lugar —explicó—. Además, está a un par de horas de aquí, que es justo el tiempo que tardamos en reaccionar.

Era un buen punto. En la conversación que yo había escuchado, el recluso hablaba de ese lugar, pero parecía que empezaba a delirar a causa de las descargas eléctricas que estaba recibiendo. Sin embargo, era un buen lugar para empezar.

—Y traedme a Hunter —espetó a un grupo de escoltas—. Es el momento de que se ponga las pilas y empiece a recibir adiestramiento, Vladimir.

*** **

Me habían dejado en la casa de los Knox-Andersen. Estaba rodeado de guardaespaldas. Esa familia tenía un pequeño ejército a su disposición y éstos

estaban más que dispuestos a dar la vida por ellos. Me estaba empezando a impacientar. Serena se había ido hacía unas horas junto a su madre y otros tíos, y yo ya no sabía qué hacer para apaciguar la desazón. El marido del gigante ruso se había quedado conmigo, aunque parecía muy tranquilo mientras leía un libro sobre medicina.

—Relájate, Hunter —dijo, haciendo a un lado unos apuntes que había tomado—. Mi marido es muy bueno en su trabajo.

—¿Qué vas a decir tú? ¡Es tu marido!

—Sí, lo es —asintió—. Y encontró a mi hermana cuando estaba al otro lado del mundo. También encontrará a Paola.

Me dejé caer en el sofá del despacho de Keyla, impaciente, observando cómo algunos hombres empezaban a moverse, comprobando sus armas y ajustándose chalecos antibalas por debajo de la camisa.

—¿Qué hacen?

—Seguramente, hayan recibido órdenes de Vladimir —expuso el médico, centrado en su trabajo—. O de mi hermana.

Vi que dirigía la vista hacia un reloj que estaba colgado al lado de una de las estanterías. Era casi la hora de desayunar, pues habíamos estado toda la noche maquinando. No había tiempo que perder y ya íbamos con un par de horas de retraso.

—Voy a ver cómo está mi hija —anunció.

Lo dejó todo como estaba y salió del despacho. Un par de hombres fueron tras él y hasta yo quise acompañarle. Era un buen tío, con la bondad pintada en cada una de sus facciones, y contaba con el poder suficiente como para manejar a ese tal Vladimir.

—Necesito un café —solté, levantándome.

Me dispuse a ir a la cocina, pero la puerta principal se abrió de golpe y un grupo de escoltas entró y se dirigió hacia mí directamente. Blake, alertado por el estruendo de la puerta, se asomó desde lo alto de las escaleras con una pequeña entre los brazos.

—¿Qué ocurre? —quiso saber, con el ceño fruncido.

—Nos han pedido que nos llevemos a Hunter —informó uno de ellos—. Y el jefe quiere que venga, doctor Andersen.

—Bajo enseguida.

Dos de los hombres se acercaron a mí y me flanquearon hasta el coche negro que estaba aparcado en la puerta. Ni siquiera se dirigieron a mí ni me dieron opción a negarme. Poco después, Blake apareció con una silla de bebé en una

mano mientras que, con el otro brazo, cargaba a una niña preciosa con cara de sueño.

—¿Puedes sujetarla un momento? No tardo.

Me tendió a su bebé y, en pocos segundos, colocó el aparato en el asiento del medio. Después, sentó a la pequeña y se subió al coche.

—No voy a dejar a la niña aquí —comentó, haciendo una señal para que el coche arrancara.

—¿No trabajas?

—He pedido unos días a la dirección y, como soy el jefe de mi departamento, no he tenido que dar muchos motivos —explicó, comprobando el estado de la niña—. ¿Y tú? Mi sobrina me comentó que eras camarero.

—He llamado esta mañana y he pedido todos los días libres que me deben... No les ha hecho mucha gracia, pero por ley no les queda otra.

—Si tienes problemas para volver, nos encargaremos de todo —ofreció.

—No es necesario. —Tenían la costumbre de meterse en todo.

—Como quieras. —Se encogió de hombros y miró por la ventana con una mano situada sobre el regazo de su pequeña—. La casa de Morgan está a unos minutos, así que no te acomodes mucho.

Tenía razón. El coche se detuvo en el portal de un edificio muy alto y elegante, de esos que tenían portero y todo. Junto a la puerta estaba el ruso que parecía manejar los hilos del pequeño ejército de los Andersen y, al vernos, se precipitó hacia el coche y abrió la puerta trasera. Lo primero que hizo fue darle un profundo beso en los labios a su marido y después se apresuró a sacar a la pequeña de su asiento.

—Te espero dentro —me espetó, antes de desaparecer en el interior del edificio, arrastrando a su esposo con la mano libre.

Me sentía un poco descolocado. Sabía que ellos me iban a hacer partícipes, pero me daba la sensación de que no terminaba de encajar en ese pequeño mundo en el que reinaba Keyla Andersen. Paola tenía a mucha gente dispuesta a dar la vida por ella y eso era algo digno de agradecer, pero me abrumaba.

«Todo por Paola», me recordó una voz en mi cabeza.

Salí del vehículo y me interné en el lujoso edificio. Los escoltas me guiaron hasta la planta veinticuatro, donde había un tríplice ocupado por una socia de Keyla y un importante empresario. Al entrar, me quedé petrificado en el umbral de la puerta. Allí se había montado un auténtico dispositivo, como esos que se veían en las series de acción. Había varias mesas con ordenadores y gente trabajando en ellos, casi sin parpadear. En el otro extremo estaban los hombres

de negro, cuadrados en firme como si de soldados se tratasen.

—Tú te vienes conmigo.

La voz de Vladimir me sobresaltó. Llevaba entre las manos un chaleco antibalas, un arma de fuego corta y lo que parecía un dispositivo de manos libres.

—Vamos.

No tuve más elección que seguirle hasta lo que parecía ser el gimnasio de la casa. Estaba equipado con distinta maquinaria, la cual estaba siendo utilizada por algunos de sus hombres, y había una zona amplia despejada donde se podían practicar ejercicios de contacto.

Vladimir me encaró y me estudió con ojo crítico. Estuvo tanto tiempo mirándome, que empecé a sentirme incómodo.

—Por tu físico, está claro que te ejercitas regularmente —dijo al fin—. Eso nos ayudará a la hora de enseñarte algo de lucha cuerpo a cuerpo.

—He hecho algo de boxeo —apunté.

—También voy a enseñarte a disparar con arma corta —continuó, girando a mi alrededor—. No es algo difícil, siempre y cuando tengas puntería.

—¿Eso quiere decir que estaré en el asalto o algo así? Para rescatar a Paola, quiero decir.

—Exacto —ratificó—. Voy a convertirte en uno de mis hombres. ¿Estas listo?

—Vamos a ello.

Capítulo XXIII – Puesta a punto

El sudor me resbalaba por la frente y el cuello, empapando la camiseta de tirantes que me había puesto para entrenar. Me pasaba las mañanas encerrado en el gimnasio, practicando con Vladimir o Lush distintas técnicas de defensa. No había tiempo para enseñarme buena técnica, por lo que nos limitábamos a cosas básicas, pero efectivas. Todo ese entrenamiento me servía para evadirme de todo lo que implicaba que Paola siguiese desaparecida. Todo el equipo de Keyla seguía rastreando los puertos de todo el país, aunque estaban centrados en los de Delaware y Nueva Jersey. Habían conseguido descartar varios puertos, y las alertas internacionales no habían saltado, pero el tiempo corría en nuestra contra.

—Toma.

Vladimir se sentó junto a mí en el banco y me tendió una botella de agua fría. Había estado dándome caña durante toda la mañana y notaba la zona de las costillas un poco magullada, pero nada que no fuera soportable. Por las tardes, me llevaban al edificio en el que vivía Serena, donde tenían algunos pisos destinados a alojar a los trabajadores de la agencia de seguridad, que contaban con una habitación destinada a practicar el tiro al blanco.

—Y yo que quería ser bombero —me reí, siendo consciente de lo surrealista de la situación.

—Bueno, cuando todo esto termine, mi entrenamiento te ayudará a entrar en el cuerpo de bomberos —replicó, mostrando su clásica tranquilidad.

Había llegado un momento en el que había dejado de preguntar por novedades. En cuanto algo sucedía, se formaba un revuelo que concluía con un informe oral por parte del descubridor. Vladimir y Keyla también estaban moviendo sus hilos. Viéndolos trabajar me daba cuenta de lo verdaderamente importante que era tener influencias. En varias ocasiones había visto cómo, con un par de palabras, medio mundo se había movilizado, y era algo digno de admirar.

—¿Listo?

—Claro.

Vladimir me instó a levantarme y nos colocamos en el centro del tatami que había en el gimnasio. Ese día, nos habíamos desplazado hasta la mansión de los Knox-Andersen, pues tenían un gimnasio más amplio. Llevaba varios días

durmiendo allí o, más bien, intentándolo. Keyla había determinado que no debía permanecer solo mucho tiempo y, menos, a la vista. Y su palabra era ley. Ni siquiera había podido ir a mi piso a por algo de ropa, sino que unos escoltas habían asaltado el apartamento y, poco después, habían aparecido ante mí con sendas bolsas repletas de ropa.

Un golpe me vino desde la derecha, haciéndome perder el aliento durante unos segundos. Vladimir no me dio tregua y volvió al ataque.

—Fokus!⁵ —ladró en ruso.

Había aprendido varias cosas en esos días, como las órdenes básicas que decía Vladimir. Generalmente, las daba en ruso, pues la mayoría de sus hombres las conocían o hablaban el idioma con fluidez. Sólo le había visto hablar en su lengua materna con Keyla, Blake y Lush, aunque siempre se le escapaba algo cuando hablaba de trabajo.

—Protege siempre tus flancos —instruyó, lanzando una patada hacia mi cabeza—. Y ten los puntos débiles de tu oponente y los tuyos siempre controlados.

Cada una de sus instrucciones quedaban grabadas a fuego en mi mente. Era de vital importancia saber actuar frente a quien fuera que tuviese a Paola. Según había podido dilucidar, eran asesinos con negocios de trata de blancas, armas y drogas. Era una auténtica banda de crimen organizado, algo que se me escapa de las manos. Sin embargo, tenía fe suficiente en mí y mis posibilidades. O, más bien, confiaba en volver a verla.

Muchas veces, cuando estaba a solas y mi cabeza tenía la oportunidad de ser consciente de lo que estaba sucediendo, me costaba respirar. La sola idea de no volver a ver a Paola, sana y salva, me provocaba una sensación de pánico que me ahogaba. No podía imaginar un mundo sin ella, sin esa sonrisa que lo iluminaba todo o esa mirada que me desarmaba. Era extraña la forma en la que la vida te revelaba cosas. Había tenido que desaparecer de mi vida para darme cuenta de algo muy importante, y es que me había enamorado de Paola. Mi corazón había dejado de ser mío para pertenecerle a ella, irremediablemente.

Estaba bloqueando una serie de ataques cuando Drake apareció en el gimnasio. También iba vestido con ropa de deporte, pero, a diferencia de Vladimir y de mí, su atuendo se debía a la necesidad de comodidad mientras trabajaba cara al ordenador.

—Reunión —dijo, señalándonos a ambos.

Esa palabra sólo quería decir que había novedades en el caso de Paola. Por eso, nos precipitamos hacia la salida. Vladimir empezó a ladrar órdenes a todos

los gorilas que se cruzaba, los cuales dejaban lo que estaban haciendo para seguirle. Pronto, cerca de la mesa del despacho de Keyla, nos reunimos un gran número de personas. Drake había conectado un proyector y su madre aparecía en la pantalla, acompañada por Serena y otras personas que ya me había cruzado durante esos días.

—¿Y bien? —apremió Keyla.

—He estado revisando las grabaciones, otra vez, y hay algo que me ha llamado la atención —empezó Drake, mostrando unos papeles a la cámara—. El tipo al que interrogasteis le dijo a Ena que no pillarían a Johnson si llegaba al Viejo Mundo, ¿no?

—Sí —ratificó su hermana—. Con eso haría referencia a Europa y Asia, ¿no?

—Eso creía yo —asintió—, hasta que leyendo el nombre de los barcos registrados en el puerto mercante de Wilmington, que está en Delaware, vi el nombre de un barco carguero que me llamó la atención.

—No me digas que se llamaba Viejo Mundo —susurró Serena.

—Sí, así se llamaba.

—¿Por qué se nos pasó eso? Es muy significativo —increpó Keyla, mirando con ojos penetrantes.

—Porque estaba en turco —aclaró su hijo—. Ha sido Naya la que me ha dado la pista porque tiene algunos conocimientos de turco y ha reconocido el idioma.

—Bien. Quiero una hoja de ruta de ese barco. Quiero saber a quién pertenece, qué transporta, a dónde va. TODO —ordenó Keyla.

Había una pista. Una pista buena.

En mi cabeza, se empezó a formar un esquema de los posibles pasos a seguir a continuación. También apareció una calculadora para saber cuánto se tardaba en atravesar un océano.

¡Había una pista!

*** **

Desde que había empezado a comer, me sentía mejor. Me notaba más despierta, con la mente despejada y sin miedo a desmallarme a cada momento. A Terry Johnson eso le había gustado y había colocado algunas luces más por mi

zulo, e incluso me había permitido darme un baño en una ducha decente.

Gracias a mi lucidez, había descubierto que estábamos en un barco de contenedores y que lo que se transportaba no era algo precisamente lícito. Sin embargo, nada de eso importaba, pues no había conseguido enterarme del destino del barco.

De vez en cuando, mi captor venía a verme y era amable conmigo, aunque se negaba a darme detalles. Ni siquiera me decía el tiempo que llevábamos metidos en esa ratonera ni me dejaba establecer una rutina con las comidas, porque había días en los que me daban poca comida cada pocas horas, y otros en los que me daban mucha comida lo que parecía ser una vez al día. A él le gustaba saber que me tenía en la palma de la mano, que mi sola existencia dependía de su libre albedrío. Era un auténtico sociópata, como ya había dilucidado durante la sesión de evaluación.

Lo peor de todo llegó el día en el que unas mujeres, exóticas y de piel tostada, se metieron en mi cubículo para arreglarme. No me permitieron desnudarme ni bañarme por mí misma. Ellas, con esponjas y apresuradas como si tuvieran un tiempo limitado, me cambiaron de ropa y maquillaron como si fuera a algún lado.

—Estás preciosa —sonrió Johnson, mirándome de arriba abajo—. Espero que me hagas muy rico, querida.

Sus palabras me asquearon. Me sentía como un objeto al que todo el mundo tocaba para ver si la calidad era buena. Incluso una de las mujeres se había atrevido a inspeccionar mi sexo y mis senos.

Les odiaba. Odiaba a cada uno de los tripulantes de ese maldito barco y, si lograba escapar de ahí, pensaba vengarme.

Por desgracia, la luz de la esperanza se iba apagando. Algo en mi interior me decía que, si fuese a ser rescatada, ya lo habría sido. Ir por mar era complicado de rastrear, y no dijéramos ya cuando atracáramos en algún lugar del mundo. Si es que no habíamos llegado ya a un puerto. Cada vez que estaba en la cama, tumbada mirando la bombilla oscilante, pensaba en mi familia, en mis amigos y en Hunter. Pensar en mi vida en la ciudad me ayudaba a no rendirme. Ellos eran los que realmente me estaban soportando anímicamente, aunque fuera a distancia. Muchas veces me sorprendía a mí misma pensando en sus rostros, rememorándolos, porque no quería olvidarles. Quería que sus caras fueran lo último que viera antes de morir, si es que ese día llegaba. Soñaba con el momento de mi huida una y otra vez. Pero estaba tan vigilada, que no podía cumplirlo sin despertar sospechas.

Afortunadamente, mis heridas en el rostro sanaron, aunque el color púrpura seguía adornando mi piel. Nada que el maquillaje no tapara, por supuesto.

—¡Arriba! —ladró uno de mis guardias.

Las mujeres que me habían aseado me cogieron de los brazos y me sacaron del zulo. Iba vestida con prendas vaporosas y semitransparentes, y con unos tacones altos que apenas me permitían seguir el ritmo de esas sirvientas. Me lanzaron dentro de un camarote, donde Terry estaba arreglándose frente a un espejo.

—Salid de aquí —ordenó, por lo que me quedé a solas con ese hombre—. Hoy es el gran día, Paola.

—¿De qué hablas? —susurré con el alma encogida.

—Hoy es el día en el que me harás rico —rio, ajustándose la pajarita.

—Hijo de puta —gruñí, entendiendo lo que quería decirme.

—Seguro que el mejor postor puede encontrarte un hueco en su harén —comentó como si hablase del tiempo—. Eres preciosa... Deberías agradecermelo.

El mundo pesó sobre mí como una losa gigante, aplastándome. El miedo empezó a apoderarse de mis nervios. No podía creer lo que iba a sucederme. Sólo tenía ganas de llorar y de suplicar. Prefería morir a dejarme llevar por sus planes.

—Vas a venderme —susurré, aterrada.

Capítulo XXIV – El mejor postor

Llevábamos demasiados días de retraso, por lo que no íbamos a poder seguirles por mar. Sin embargo, el rastro que había dejado el barco no daba lugar a dudas: se dirigía a Turquía.

Serena y Drake habían pasado horas frente a los registros, comprobando el cargamento y las rutas. Así habían llegado hasta el capitán del barco, un turco que tenía una reputación bastante cuestionable en su lugar de origen. De hecho, Keyla había comprobado con sus contactos de la Interpol que se trataba de un conocido traficante de armas al que nunca habían podido coger.

—Ihan Kaya —comunicó el hacker por el dispositivo—. Es el capitán del barco y, en la Deep Web, se le conoce como «El Turco». Se dedica a vender armas, especialmente a gobiernos opresores. Antes de ir a Turquía, hará una breve parada en un puerto de España, aunque no pone el motivo, y seguirá su ruta hasta Estambul. Allí tiene permiso para descargar cien contenedores.

Esa explicación había sido suficiente para que Keyla preparase sus jets privados. Uno viajaría a España para ver si lograban interceptarlos, mientras que otros dos irían a Estambul. Yo iría a ese último destino, pues Vladimir no creía posible poder llegar a tiempo para coger en España a Paola. A su vez, el padre y los abuelos de Serena y Drake se quedarían con los padres de Paola, y su hermana Darla se uniría a Keyla en los pisos que habían concertado en Turquía. Porque sí, la familia Andersen había adquirido inmuebles en ese país para poder montar un dispositivo digno de la serie *C.S.I.* Tenían pensando utilizarlos si las circunstancias lo permitían, aunque Serena había dejado caer que la adquisición de esos pisos era, simplemente, una forma de asegurarnos un alojamiento. Sin embargo, lo más previsible era que los que no iban a participar en el rescate, esperarían en el jet.

—¿Lo llevas todo? —preguntó Serena, uniéndose a mí en la parte trasera del SUV que conducía su escolta.

—Eso creo y espero.

Ella se iba a venir en el mismo vuelo que Vladimir y yo. Había tenido una fuerte discusión con sus padres, que opinaban que debía quedarse en Nueva York, pero al final había ganado e iba a entrar en acción. Drake también iba a venir, pero su puesto estaría junto a su madre, algo que sólo Nayasha había

logrado, pues quería entrar en combate conmigo.

Vladimir me había hablado de cómo sería el asalto, aunque no había nada seguro hasta llegar allí y ver el panorama. Muchos nos temíamos que no iba a ser tan sencillo como, según él, parecía. Por si acaso, Vladimir y sus hombres habían cargado el avión con armas de distinto calibre, munición y otros artilugios por los que no había querido preguntar.

—Cuando llegemos tendremos un informe completo de ese hijo de perra y, con suerte, nos llevará directamente a Terry Johnson y al cabrón de Jamie Bear —escupió Serena, destilando odio.

Parecía mentira que alguien como ella fuera a intervenir en la operación, pero el ruso no había puesto ninguna pega. Eso me llevaba a pensar que ella, por muy señorita que fuese, no dejaba de ser una guerrera. Y, por lo que podía notar por parte del género masculino de la agencia de Vladimir, era algo que no terminaba de gustarles. Algunos incluso consideraban que era un lastre, pero algo me decía que estaban equivocados.

Entramos a la pista del aeropuerto con nuestros vehículos sin necesidad de pasar por facturación o controles de seguridad, por lo que pronto estuvimos subidos en los jets. Tenían personal de abordaje, los cuales ni siquiera se atrevían a hablarnos sin permiso, algo que llamó mi atención.

—Es por la confidencialidad —explicó Serena, leyéndome el pensamiento—. Su función es no ver, no oír y callar.

—Un poco extremista, ¿no?

—Cosas de mamá —replicó, encogiéndose de hombros.

Dicho eso, se alejó y desapareció por una puerta. Por las indicaciones que había compartido Lush, el jet contaba con una habitación privada, cocina y una amplia cabina que podía albergar a todo el escuadrón, como él lo llamaba. Tenía razón al afirmar que era un lujo viajar en uno de esos aviones, pues todo relucía como nuevo a mi alrededor. Los acabados de la tapicería eran de calidad, las mesas brillaban pulidas y los remates en dorado reflejaban todas las superficies. El suelo estaba enmoquetado en color crema, pero no se distinguía ni una sola marca en el tejido. Era complicado asimilar cómo había llegado a formar parte de algo así. No conseguía ni entenderlo yo mismo.

Tomé asiento cerca de una de las ventanillas, me abroché el cinturón y saqué el dispositivo de música que me había cogido para la ocasión. Quería descansar en la medida de lo posible, pues lo que me esperaba al otro lado del mundo era demasiado importante como para estar agotado.

Antes de darme cuenta, el avión había despegado. Lush estaba con Vladimir,

conversando en torno a una de las mesas; mientras, el resto del equipo se dedicaba a otros asuntos. Algunos incluso ya estaban roncando sobre su asiento.

Me dediqué, durante un par de horas, a mirar a la nada. En mi cabeza se sucedían las instrucciones que me habían dado durante los entrenamientos. Decenas de imágenes me acosaban, como repasando los movimientos precisos para desarmar o noquear a un oponente. La adrenalina corría por mis venas, quemándome. Necesita acabar con todo eso, recuperar a Paola y volver a Nueva York.

*** **

Estaba tensa cuando subí al avión. No me gustaba discutir con mis padres y, menos, cuando iba a correr un gran riesgo. No es que fuese una suicida, pero sabía de sobra que podía participar en la misión de rescate de Paola. Además, se lo debía. Me sentía culpable por su secuestro, pues me había mostrado de acuerdo en lo de reducir su seguridad y exponerla más. Quizá, si ella hubiese estado enterada de nuestras intenciones, habría estado más atenta a las señales. Habría sido menos confiada. Sin embargo, había pecado de ingenua y había terminado cayendo en la trampa de ese hijo de perra de Jamie. Que los Dioses le ayudaran porque, si me lo cruzaba, pensaba ajustar cuentas con él.

Me dejé caer en la cama de la única habitación que había en ese pájaro de metal y dormité hasta que sonó por los altavoces la voz de Vladimir pidiendo que nos reuniéramos en la cabina principal.

Desde que habíamos descubierto el camino que iban a tomar los secuestradores de Paola, me había inmiscuido en los planes de Vladimir, para su pesar. Sabía que él me quería segura en casa, junto a su marido y su hija, pero todos sabían que yo no era de quedarme en la trinchera. Por eso, había decidido hacer uso de todo lo que me habían enseñado de pequeña, sobre todo de esa habilidad para las armas que tanto me gustaba.

Salí descalzada del dormitorio y me aproximé hacia donde estaban los altos mandos de esa operación: Vladimir y Lush.

Desde hacía un tiempo, Lush se había convertido en una parte importante de la agencia de seguridad del ruso junto a los dos escoltas personales de Drake. Entre los cuatro manejaban los hilos de la seguridad de toda la familia, aunque

siempre era Vladimir el que tenía la última palabra.

—¿Qué ocurre? —hablé, sentándome junto a Lush.

Ambos señalaron el monitor de la pantalla. No me había percatado de que el hacker con el que estábamos trabajando estaba allí, esperando pacientemente. En cuanto Hunter se sentó frente a mí, empezó a hablar.

—Bien —asintió, dejando que en la pantalla aparecieran fotografías a la vez que hablaba—. Quedaos con las caras de estos tíos porque son los que han organizado una subasta en Estambul. Ihan Kaya es el cabecilla de una red de prostitución que compra y vende mujeres de todas las partes del mundo. Pero él sólo es la punta del iceberg, porque su grupo trabaja directamente para, ¡exacto!, Terry Johnson. He de reconocer que el hijo de puta tiene una red bastante bien montada y muy oculta en la Deep Web, pero he conseguido encontrar un foro en el que se hablan de cosas ilegales, ya sabéis, asesinatos, secuestros, compra y venta de armas... Y, por supuesto, de trata de blancas.

De repente, una imagen enorme de Paola invadió la pantalla, sobrecogiéndonos a todos. Estaba maniatada en una silla con la mirada perdida y semidesnuda.

—Paola es el plato fuerte —continuó, aunque ahora sólo podía atender a la imagen de mi amiga—. La están vendiendo como una chica preciosa, de clase alta y buena familia. Además, que sea rubia y de piel blanca está desatando las apuestas de los millonarios árabes.

Me sentí morir con todo lo que estaba diciendo. No podía ser cierto. No podían estar a punto de vender a Paola.

—¿Se sabe el lugar en el que se va a celebrar la subasta? —pregunté, angustiada.

—Es una puja privada a la que sólo se accede con invitación —informó, volviendo a aparecer en la pantalla—, pero os he conseguido un pase.

—¿Sólo uno? —se quejó Hunter.

—Creedme si os digo que ese evento está muy solicitado —escupió el hacker—. No he podido hacer más... Pero la invitación que he conseguido también permite UNA acompañante.

Noté cómo todas las miradas se clavaban en mi rostro. Estaba claro que sería yo la que ejerciera de invitada. Lush, a mi lado, miró elocuentemente a Vladimir, y Hunter se removió incómodo. Sin embargo, el ruso parecía tranquilo, y yo tenía sed de venganza.

—Cuando aterricéis, la puja estará a punto de empezar —informó con voz monocorde—. Voy a disponer unos vehículos para que os lleven allí

directamente. Cuando estéis frente a la puerta de metal, tenéis que saludar con código morse usando la puerta. Eso os permitirá entrar.

—¿Algo más?

—Lo demás es cosa vuestra —zanjó—, pero para estas cosas se suele llevar un antifaz, para mantener el anonimato y esas cosas.

—¿Has informado a la señora Andersen?

—Antes que a vosotros —aseguró.

—Perfecto —asintió el ruso—. Haz que los coches nos traigan antifaces también. Cambio y corto.

Presionó una tecla y la pantalla volvió a mostrar la imagen del escritorio. Vladimir permaneció callado durante unos segundos que se me hicieron interminables. Nadie se atrevió a interrumpir su trance hasta que volvió en sí y empezó a toquetear el ordenador. Supe qué estaba intentando cuando las caras de mi madre, Darla, Drake y los dos escoltas personales de mi hermano aparecieron en la pantalla.

—Escuchadme —ordenó, plantando las manos sobre la mesa—. Esto es lo que vamos a hacer.

*** **

Estar allí, sentada en mitad de un escenario negro, vestida con lencería, maquillada como una cualquiera y completamente ida, fue lo más difícil a lo que me había enfrentado en la vida. Pero lo que más dolor me provocó fue ver cómo Terry le designaba a Jamie la tarea de adecentarme para la subasta. Ni siquiera había parpadeado a la hora de drogarme a la fuerza.

—Tú no... —susurré, derramando lágrimas en silencio.

No habría esperado que Jamie continuara metido en todo ese asunto. En mi cabeza no entraba que él, precisamente él, confabulara con un delincuente de la calaña de Terry. Eso me había roto en mil pedazos. Cuando me tuvo lista, me tomó en sus brazos y me llevó hasta un escenario decorado con telas rojas y negras, con una silla alta en medio. Me sentó allí y se acuclilló frente a mí para hablarme.

—Ahora, te vas a quedar tranquila —ordenó.

No añadió nada más y yo no hice nada por evitarlo. Me sentía ida, como si no fuera capaz de negarme. Era una marioneta sin hilos. En cuestión de unos

minutos, otras sillas similares a la mía aparecieron cerca de mí y, con ellas, otras chicas en las mismas circunstancias que yo.

Quería gritar, pero era incapaz de ceder a mis impulsos, aunque sí accedía a todo lo que me decían y escuchaba un murmullo constante. No sabía qué estaba a punto de suceder, pero el miedo estaba metido en cada célula de mi cuerpo y, no ser capaz de huir por supervivencia, estaba generando un choque emocional que no podía gestionar.

En frente de nosotras, por debajo del escenario, había varias mesas con manteles negros y sillas *tiffany* del mismo color. Poco a poco, fueron siendo ocupadas por tipos con máscaras y alguna que otra mujer ataviada de la misma manera. Iban vestidos de forma elegante, pero apenas podía vislumbrar detalles de sus facciones.

De pronto, todas las luces se apagaron y un único foco apuntó hacia un lado del escenario. Me sentí temblar cuando Jamie tomó la palabra frente a un atril de madera.

—Buenas noches, queridos amigos —comenzó a hablar—. Hoy se presenta ante nosotros una noche muy interesante.

La sonrisa que se dibujó en los rostros de los asistentes me provocó un auténtico ataque de angustia. La maldad estaba en cada uno de sus gestos.

—Empecemos la subasta —continuó—. No olvidéis que, para pujar, tenéis que levantar la paleta que se os ha entregado en la entrada. No están permitidos los dispositivos móviles y para recoger vuestra compra hay que pagar en efectivo y en dólares.

La subasta comenzó cuando otro foco alumbró una de las sillas del escenario. La puja rápidamente empezó a subir y, pronto, alcanzó el millón de dólares. Todo eso parecía una auténtica pesadilla y esperaba despertar pronto.

Por desgracia, cuando el foco llegó a mi asiento, supe que todo se había perdido. Jamás saldría de allí libre.

—Esta preciosidad rubia ha tenido mucha popularidad —indicó Jamie alegremente—. Recién traída desde Manhattan. Es rubia natural, con tez blanca y está completamente sana.

Empecé a hiperventilar cuando las paletas empezaron a levantarse sin cesar.

«Por favor... Que alguien me saque de aquí», lloré en silencio.

Fueron más de quince minutos de agonía. Los asistentes aceptaban las desorbitadas cifras que Jamie lanzaba e incluso algunas de las mujeres que habían asistido pujaron por mí.

—Diez millones —soltó un hombre corpulento y de piel morena—. Diez

millones por la americana.

—¿Alguien ofrece quinientos mil más? —preguntó Jamie, aunque nadie pareció interesado—. ¡Vendida!

Entré en pánico cuando los focos volvieron a apagarse. Yo había sido la última en ser subastada, lo que quería decir que iban a sacarme de allí en breve. Pero, así de drogada, no podría escapar. Maldita fuese, no podía ni andar por mi propio pie. Los asistentes se retiraron de allí, cada uno metido en su propia conversación, alardeando de sus compras y victorias.

Terry Johnson apareció de la nada, luciendo una máscara negra y una sonrisa que quise borrarle a puñetazos. Se inclinó delante de mí, agarrándome el rostro como si me examinara, y susurró:

—Has tenido suerte. Vas a ser una más en el harén de ese jeque —comentó—. Pronto, le darás todos los hijos que quiera y, cuando se canse de ti, te ofrecerá como regalo a cualquiera de sus hombres.

Y lloré. Sin lágrimas, pero lloré rota de dolor.

Por detrás de Terry, apareció el tipo que me había comprado. Lo reconocí al instante por su corpulencia y, de algún modo, esperé que fuera a sacarme de allí y a devolverme con mi familia. ¿Pero qué buena persona compra a otra? Era imposible que me dejara libre.

Habló en un idioma que no entendí con un tono tan frío que me heló la sangre. Tenía la voz profunda, carente de sentimientos, con un toque metálico que se quedaba grabado en lo más profundo de la mente. Se acercó a mí con una sonrisa en los labios y me tomó por los hombros. Quise resistirme, pero una vez más fui trasladada de un sitio a otro y no pude hacer nada para evitarlo. Me llevaron hasta una sala vacía, a excepción de un sofá y una mesa, y ambos hombres empezaron a hablar. Poco después, el que me había comprado entregó un maletín, que no me había fijado que llevaba, y se lo entregó al cabrón de Terry.

—Disfruta de ella.

—*Evet*^a —ronroneó el desgraciado

Terry Johnson abandonó la habitación, por lo que me dejó a solas con el depravado de mi dueño. Empecé a temblar en cuanto se aproximó a mí y me miró de arriba abajo, deteniéndose en ciertas partes de mi cuerpo. Sin embargo, lo peor fue cuando me tocó. Empezó a examinarme, como si acabase de comprar un caballo. Poco a poco, empecé a sentir que recuperaba movilidad en las piernas, por lo que, haciendo uso de toda la fuerza que me quedaba, levanté una de las rodillas cuando justo cuando se inclinaba para olerme. Acerté de lleno en

su entrepierna, por lo que aproveché para arrastrarme hasta la salida. Por desgracia, la droga que me habían inyectado no se había desvanecido del todo y apenas era capaz de controlar mi cuerpo. Por eso, logró pillarme.

—*Sürtük!*^b

Me cogió por el tobillo, retorciéndolo hasta ponerme boca arriba y consiguiendo que gritara de dolor. No tardó mucho en tomar mi pelo en un puño y levantarme a peso del suelo para volver a dejarme caer en él por culpa de un bofetón que hizo que todo diera vueltas.

—¡Eres mía!

Jadeé en el suelo, aturdida por el golpe, con la mirada empañada a causa del dolor. Después, recibí otros golpes, pero apenas podía sentir algo, como si tuviese una conmoción. Perdí la noción del tiempo por completo. Incluso llegué a pensar que estaba muriendo.

Capítulo XXV – Tarde y mal

Habíamos llegado tarde. Lo supimos en el momento en el que llegamos al puerto de Estambul, donde varios coches emprendían la marcha.

Nos quedamos durante unos minutos observando, esperando ver a Paola en alguna parte y poder recuperarla, pero allí sólo había hombres o mujeres demasiado elegantes.

—Tiene que estar dentro aún —susurré, mirando a Vladimir.

—Tienen que estar pagando por lo subastado —inquirió Lush.

—Seguimos con los grupos de dos —informó Vladimir—. Lush, entra como si Serena se hubiese dejado algo. Ya sabes cómo proceder. El resto, tomaremos las posiciones acordadas.

Me erguí y salí del coche. Me había puesto un vestido negro ajustado y largo, junto a unos zapatos de tacón alto. Lush se había encargado de apuntar lo poco práctico que era mi atuendo, pero Vladimir le había rebatido con la necesidad de infiltrarme, además de que había apelado a mi habilidad para moverme sobre ese calzado.

—¿Lista?

Comprobé que mi arma estuviese escondida en la liga de mi muslo derecho y que el pequeño revólver que sujetaba en el escote tuviera fácil acceso. Cuando di por buena mi munición, asentí hacia mi escolta.

—Vamos.

Me cogió del brazo de forma brusca, apretando de tal forma que me hacía daño, pero no me quejé. Era parte del plan.

Caminamos, o más bien fui arrastrada, hasta la entrada. Allí, Lush tocó a la puerta como se nos había indicado y, en pocos segundos, un hombre abrió. Tuve que controlar toda mi furia para no lanzarme contra su cuello, sobre todo, al descubrir que se trataba de Jamie. Iba vestido con un traje oscuro y máscara, y detecté que debajo de la americana había lo que parecía un arma.

—Disculpa —empezó Lush, fingiendo un acento de Europa del Este que me dejó de piedra—, pero a mi mascota se le ha caído su collar.

Lush me cogió del cuello como si mostrara que no había nada en él. Mientras tanto, yo rezaba para que la máscara que llevaba puesta fuera suficiente para ocultarle mi identidad. Jamie y yo habíamos coincidido muchas veces, y un fallo

en nuestros cálculos podía suponer el fracaso de la misión. Nos miró de arriba abajo. Parecía que trataba de averiguar si lo que decíamos era cierto o si habíamos estado en la subasta. Afortunadamente, contábamos con que todos los asistentes habían acudidos ataviados de una forma similar, por lo que era fácil confundirnos.

—Adelante.

Mi escolta volvió a arrastrarme, conduciéndome por un pasillo oscuro y recargado, hasta una sala más amplia con mesas y un escenario. Todo parecía tranquilo y no se escuchaba nada más allá del repiqueo de las mujeres que se afanaban por recoger toda la escena.

—¡Tú! —gritó Jamie, señalando a una de las mucamas—. ¿Has encontrado un collar?

—*Hayir, efendim*^c —susurró la muchacha.

—Esta dice que no lo ha visto.

Había hablado en turco, deduje. Había mirado las palabras más básicas, por lo que sólo había entendido la palabra que denotaba negación.

Tras las palabras de Jamie, Lush me cogió del pelo y tiró de él, alzándome la cabeza.

—*Teper*!⁶ —exclamó el guardaespaldas con la cara muy pegada a la mía.

Esa era la señal que habíamos acordado durante el trazado del plan. Los responsables de cada grupo llevaban un pinganillo en uno de los oídos, por lo que podían comunicarse entre sí y, a su vez, transmitir las órdenes al resto del equipo. Por eso, cuando Lush dijo esa palabra, un fuerte estruendo provino desde uno de los laterales del lugar. El momento de confusión y caos no duró más de unos segundos, lo suficiente para que Jamie echara a correr por un pasillo cercano al escenario.

Un grupo de hombres corrió hacia donde Vladimir y Hunter, junto a otros hombres, habían irrumpido. Los vi armados hasta los dientes, con pistolas y rifles, e incluso cuchillos de grandes dimensiones, y se iban abriendo camino hasta nosotros, dejando tras de sí un reguero de cuerpos. Las órdenes decían que, si se podía evitar matar, lo evitáramos, pero a juzgar por el sonido de gritos y disparos, no era algo que estuviésemos siguiendo.

Lush, a mi lado, me tomó de la mano y tiró de mí para sacarme de la trayectoria de unos tiradores que se incorporaban a la batalla.

—Tenemos que buscar a Paola —le dije, soltándome de él.

Se comunicó con Vladimir en ruso, aunque realmente dudaba de que lo hubiese escuchado. Los nuestros parecían ir ganando, pues su ferocidad era más

que evidente, pero había mucho ruido y ni yo era capaz de oír mis propios pensamientos.

—Vamos.

Volvió a tirar de mí y nos escabullimos por el pasillo por el que había desaparecido Jamie. El ruido de la sala principal quedó amortiguado conforme nos adentramos en la nave.

—Saca tu arma —ordenó mi escolta.

Obedecí de inmediato sin dejar de andar, abriendo la falda del vestido y desenfundando la *Glock* plateada que había cogido.

—Atenta.

Caminamos por el pasillo en silencio, a excepción del sonido que producían mis tacones al golpear el suelo de asfalto. Íbamos muy pegados, con él en guardia hacia el frente y yo cubriendo nuestras espaldas. Sorprendentemente, me sentía tranquila, aunque los niveles de adrenalina de mi cuerpo estaban por las nubes. Podía sentir que estábamos cerca de Paola y que pronto toda esa pesadilla terminaría. Lo único que esperaba era que no fuera demasiado tarde y que mi amiga estuviera en buen estado.

De pronto, Lush se detuvo y se llevó la mano a la boca, indicando que mantuviera silencio. Noté cómo se concentraba, respirando con tranquilidad y con los ojos cerrados. Estaba tratando de escuchar lo mismo que él, pero no tenía su entrenamiento y para mí sólo había una cacofonía de golpes, disparos y gritos. Sin embargo, cuando Lush me miró, hizo un gesto hacia una puerta negra y supe que debíamos entrar ahí dentro.

—Cúbreme —susurró.

Asentí una vez y me coloqué en el lado contrario al de las bisagras. Cuando me vio lista, derribó la puerta de una patada y entró. Yo titubeé unas milésimas de segundo, temiendo lo que podría encontrarme ahí dentro.

—Serena...

No hizo falta más para saber que lo que había ahí dentro no iba a gustarme. Lo bueno al entrar fue que habíamos encontrado a Paola viva; lo malo, que un tipo la tenía agarrada por el pelo y le apuntaba a la cabeza con una *Magnum*. La ira empezó a crecer en mi interior, y el instinto me pedía a gritos que le volara la tapa de los sesos a ese tipo. Por desgracia, eso podría suponer poner en peligro a Paola.

—Dejad las armas —ordenó.

Yo no me moví. No quería quedarme desarmada ante él, pero cuando vi que Lush descendía y dejaba su pistola en el suelo, no me quedó más remedio que

imitarle. Pude escuchar como susurraba algo en ruso, pero no fui capaz de entenderle, sólo recé para que estuviese comunicándose con Vladimir y que este le pudiese escuchar.

—Deja a la chica —pidió mi compañero.

—¡Es mía! —bramó, apretando a mi amiga semiconsciente contra su gran cuerpo.

—Déjala —advirtió.

El tono que estaba usando Lush era absolutamente demoledor. Cada una de sus palabras destilaba silenciosas amenazas. Era imposible no darse cuenta de ello, por lo que no me sorprendió cuando el cabrón lanzó a una maltrecha Paola contra mi escolta y se precipitó hacia la puerta aprovechando el momento. Lush, dejando con mucho cuidado a Paola en el suelo, recuperó su arma y salió de la habitación tras el agresor.

—¡Quédate aquí! —gritó, saliendo por la puerta.

Ni siquiera había pensado en seguirle. La prioridad en ese momento era Paola y comprobar la gravedad de sus lesiones. Me arrodillé junto a ella y lo primero que hice fue colocar los dedos en su cuello y verificar que tenía pulso.

—Gracias a Dios —susurré, soltando un aliento que no sabía que estaba conteniendo—. Está viva.

Respiraba con dificultad y muy lentamente, pero su corazón latía. Tenía un aspecto terrible, con el rostro lleno de sangre, el pelo revuelto, algunas partes amoratadas e inflamadas, y temía que algo estuviese roto. Pero estaba viva.

Lo primero que se me ocurrió hacer fue sacar el teléfono móvil que guardaba también en la liga del muslo para mandarle un rápido mensaje a mi madre:

“La tenemos. Está viva. Avión medicalizado”

Esperaba que con ese mensaje todo se pusiera en marcha, pero antes tenía que sacarla de allí. El plan indicaba que debía esperar escondida a que Lush o Vladimir me sacaran de allí, por lo que arrastré a Paola hasta una esquina que quedaba oculta de la puerta. Estaba en plena tarea, jadeosa por el esfuerzo, cuando escuché el chasquido que hace un revólver al ser amartillado. Me quedé quieta, sabiendo que alguien me estaba apuntando con un arma, pero con la única intención de proteger a Paola de más daños.

—¿Quién eres?

Reconocí la voz de inmediato.

—¿De verdad no me has reconocido?

Me giré lentamente, maldiciendo el haber dejado mi *Glock* abandonada en el suelo, y me quité la máscara. La expresión que se le quedó al reconocerme no

tuvo precio.

—¿Cómo eres tan hijo de perra, Jamie? —gruñí sin amilanarme.

El gilipollas se cuadró, intentando mostrar una seguridad que sabía que no tenía, y levantó el arma para dirigir el cañón hacia mi cara.

—No te muevas, Serena —ordenó.

—¿O qué? ¿Me vas a matar?

No le di tiempo a responder. Con un rápido movimiento, golpeé su muñeca con una patada, por lo que el arma cayó al suelo, disparándose con el impacto. Me lancé contra él de inmediato con los puños en alto y lo derribé. Nos revolcamos en el suelo, quedando yo encima. Mis puños impactaron en su cara de inmediato, produciéndome un dolor punzante en los nudillos, pero no me importó.

—¡Desgraciado! —le grité, con la ira saliendo de mí.

Dejé de golpearle cuando dejó de forcejear. Ilusa de mí, creía que podría dejarlo todo ahí, pero me equivocaba. Jamie, al ver que los golpes cesaban, volvió a girar sobre sí mismo, colocándose sobre mí. Era más corpulento que yo y, pasada la sorpresa, había reaccionado de la peor de las maneras. Sus manos se habían colocado en torno a mi cuello y me impedían respirar con normalidad. Tenía que hacer algo con urgencia o no iba a durar mucho más hasta perder el conocimiento.

—¡Zorra! Todo se ha jodido por tu culpa.

Boqueé buscando aire, pataleando para poder desembarazarme de su cuerpo. Pero no podía. El aire había abandonado mis pulmones y las fuerzas fueron dejándome también. En mi mente no dejaba de repetirme que lo único que necesitaba era una oportunidad para sacar la pistola de mi escote.

—Jamie... —susurré, fingiendo que perdía la consciencia.

Sus manos se aflojaron como si comprobara que tan solo estaba quedándome inconsciente y no matándome. Fue entonces cuando le propiné una patada en la entrepierna y pude meter la mano por mi escote. Atrapé la culata del revolver enseguida y, aunque estaba algo aturdida, pude darle en la cabeza con ella. Ambos nos quedamos unos segundos tendidos en el suelo, tratando de recuperarnos del forcejeo, a pesar de que debía reaccionar con rapidez.

Me levanté con esfuerzo, con las piernas temblando y el corazón latiendo a una velocidad peligrosa. Jamie seguía mis movimientos al ralentí hasta el punto en el que quedó arrodillado frente a mí, suplicando. Sabía que veía en mis ojos la determinación y en esa escena sólo había un desenlace posible.

—Serena... Ena...

—No puedo creer que hayas hecho esto —susurré—. La gente como tú, que se envenena de rencor, no merece vivir.

—¡Por favor! —suplicó, viendo cómo amartillaba el revólver.

—Me conoces. Sabes que para nosotros la familia es lo primero —dije, mirándole fijamente a los ojos—, y tú has vendido a alguien que forma parte de ella.

Empezó a balbucear excusas, suplicando por su vida. Nada de lo que dijera podría subsanar el daño producido. Paola estaba destruida en esa esquina y yo ya empezaba a notar el dolor en el cuello. No sólo había traicionado a Paola, sino que había intentado matarme.

—Disfruta de tu infierno, Jamie.

Disparé sin que me temblara la mano. La bala fue a parar al centro de su frente y rápidamente sus ojos perdieron el brillo de la vida.

—Serena, ¿qué has hecho?

La voz de Lush me sobresaltó. Tenía manchas de sangre en los nudillos y en la cara, y su pierna no parecía tener buen aspecto. Se sujetaba el muslo con fuerza, pero no dudó en caminar hasta mí para ver a Jamie tendido en el suelo, inerte.

—Justicia —respondí.

No me juzgó. Quizá porque, en algún momento, se había percatado de las marcas que empezaban a aparecer a alrededor del cuello, adornándolo como si de un collar se tratara.

—Bien —dijo al fin—. Nos vamos.

Cojeó hasta la esquina en la que había escondido a Paola y la tomó entre sus brazos. Iba dejando un reguero de gotitas de sangre, pero no quise preocuparme, al menos durante esa fase crítica.

—¿Y Vladimir?

—No lo sé.

—¿Hunter? —sospesé, temerosa por la respuesta.

—Hace rato que se ha cortado la comunicación.

*** **

Estaba siendo una auténtica matanza. No dejaban de salir hombres por todas partes, armados con verdaderos arsenales, que no dudaban en atacarnos con fiereza. Perdí la cuenta de los hombres a los que me había enfrentado e incluso llegué a perder de vista a Vladimir durante demasiados minutos.

—¡HUNTER! —gritó el ruso.

Seguí el sonido de su voz, mirando por todas partes para ver si estaba herido o necesitaba mi ayuda para librarse de algún enemigo. Sin embargo, lo encontré en la entrada de un pasillo estrecho y oscuro. Llevaba su subfusil de asalto colgado del hombro y su semiautomática corta en la mano que colgaba a su lado.

—Hay que buscar a Serena y a Lush —espetó cuando llegué hasta él, esquivando a un par de hombres.

El resto del equipo abandonaría el lugar en breve, siguiendo la orden de Vladimir. Lo importante, y la máxima prioridad, era sacar con vida de allí a Serena y rescatar a Paola, pues el resto éramos prescindibles para Keyla Andersen.

—¿No puedes comunicarte con él?

—Un hijo de perra me ha arrancado el dispositivo en una pelea —se quejó, mostrando el cable cortado que colgaba de su oreja—, pero sé que tenían problemas y que habían encontrado a Paola.

—¿Viva? —pregunté, ansioso.

—Eso ya no lo sé.

No dijo nada más y yo no quise insistir porque veía que el ruso estaba en un modo agresivo que imponía bastante. La buena noticia era evidente, pero todo estaría bien si Paola estaba viva. Si no... No quería pensar en eso. Tenía que permanecer con la mente fría, tal y como se había encargado Vladimir de enseñarme.

El pasillo estaba desierto y había un par de puertas abiertas que daban a sendas habitaciones. La primera estaba vacía, aunque había una clara escena de lucha. La sangre manchaba el suelo en varios puntos, pero lo verdaderamente alarmante era el cuerpo sin vida de un tipo en mitad de la habitación. Estaba boca abajo con un gran charco de sangre alrededor de su cabeza.

—Joder... Es Jamie Bear

Reconocí el nombre enseguida. Era el exnovio de Paola, el que le había tendido una trampa y la había entregado al hijo de perra de Johnson. No sé quién apretó el gatillo que terminó con su vida, pero se lo agradecí en silencio. E incluso me alegré. Salimos de allí, vibrando por el nerviosismo, y nos dirigimos a la otra habitación. Fue allí donde encontramos a Terry Johnson, rebuscando en

unos papeles que estaban sobre una mesa. Cerca de él había un maletín abierto con miles de dólares en billetes pequeños y lo que parecía un sobre con documentación falsa.

Vladimir me hizo un gesto con la cabeza, por lo que me uní a su acecho con el arma en alto. El encargado de intimidarle fue el ruso, que colocó el cañón de su arma en la nuca de Johnson.

—¿Vas a algún lado?

Se quedó helado, o eso pareció, a pesar de que al verle la cara tenía una sonrisa burlona dibujada en los labios. Me dieron ganas de darle un puñetazo en ese momento, pero Vladimir me advirtió con una mirada que me contuviese.

—El perro de Keyla Andersen —saludó sin girarse.

—No me toques los huevos, Johnson —gruñó Vladimir—. No quiero tener que reventarte la cabeza. No quiero mancharme de sangre.

La réplica nunca llegó. Un suave ruido llegó desde un armario empotrado y Vladimir me pidió que mantuviese el arma contra la nuca de Johnson mientras él iba a ver que había en el interior del mueble.

Ocupé su puesto y vi cómo se acercaba hasta el origen del ruido, abría la puerta de un tirón con el arma lista para neutralizar una posible amenaza y se quedaba paralizado. Lush estaba ahí dentro algo pálido, pero ejerciendo de escudo para Serena y, para mi gran alivio, para Paola. El aspecto de esta última era realmente lamentable, pero tenía color en las mejillas, a pesar de lo amoratado de su rostro.

Lush y Vladimir intercambiaron unas palabras en ruso, pero mi atención estaba completamente centrada en Paola. Estaba herida, hinchada, con moratones por todas partes, semidesnuda y con el pelo revuelto. Odié verla así y me fui envenenando a cada segundo que pasaba. Todo eso había sido una maldita locura que Paola no se merecía. Que ese hijo de puta se hubiese atrevido a venderla y a ponerle una mano encima, encendía esa parte de mí que jamás había conocido. Esa que me impulsaba a derramar sangre por las personas a las que amaba.

Mi ensimismamiento debió durar mucho, pues el tío al que apuntaba con un arma aprovechó el momento para apartarse de la trayectoria de mi arma y precipitarse hacia la salida. Por desgracia para él, no llegó muy lejos. Algo en mi mente se activó e instintivamente disparé contra él. Su cuerpo cayó al suelo con un ruido sordo, pero, hasta que no vi su sangre bañando el suelo, no fui capaz de dejar de disparar.

—Suficiente —ordenó Serena, llegando hasta mí—. Paola te necesita fuerte,

no completamente loco.

Sus palabras me hicieron volver a la realidad y me dirigí inmediatamente hacia ella. La tomé en brazos con sumo cuidado, comprobando que su pulso estaba en su sitio y que su respiración, si bien pausada, era tranquila.

—Lush —llamó Vladimir—, ordena la retirada.

El subordinado le hizo caso y, en pocos segundos, estábamos corriendo hacia la salida. Vladimir iba abriendo paso mientras Serena ayudaba a Lush por la retaguardia. Yo era el encargado de llevar a Paola, refugiándola entre mis brazos.

—Ya está, princesa —susurré en su oído antes de depositar un beso en su frente.

La sala donde había tenido el asalto estaba sembrada con varios muertos, pero todo parecía haberse disipado. Quizá fuese por la orden de retirada de Vladimir o porque los nuestros habían acabado con los del bando contrario. Corrimos hasta el lugar en el que habíamos dejado el coche y pronto recibimos una ráfaga de disparos que nos obligó a escondernos detrás del vehículo. El resto del equipo respondió al ataque mientras nosotros emprendíamos la marcha hacia el aeródromo. Serena no quería pasar por los pisos francos, pues la situación daba a intuir que alguien podría seguirnos y acorralarnos en nuestro territorio. Por eso, se había comunicado con su madre y los vuelos ya estaban preparados.

Conducía Serena, a toda velocidad, mientras Vladimir y Lush vigilaban que nadie nos siguiera.

—Los nuestros ya van detrás nuestra —informó Lush, jadeante por la tensión del momento.

—¿Hemos tenido bajas? —se escuchó la voz de Serena.

—Heridos muchos, muertos ninguno —aseguró su tío.

—Bien.

Capítulo XXVI – Médico sin título

La llegada al aeropuerto fue un poco caótica. El grupo de escoltas, que se había quedado con Keyla, Drake y Darla, nos rodearon en cuanto bajamos de los coches. Alguien tomó a Paola en brazos y se precipitó hacia la pasarela que conducía a un avión enorme con el que no habíamos viajado antes.

Cuando apareció Keyla, corrió hacia su hija y la abrazó, seguida de Drake. Ambos se veían ansiosos, con los ojos desorbitados y una postura demasiado rígida. Darla, a su vez, siguió a su hermana al interior del avión, donde otros heridos estaban siendo conducidos por sus compañeros. Un pequeño grupo se colocó en guardia para comprobar que nadie nos hubiera seguido o hacer frente a una emboscada, pero ya no presté atención a ello, pues Vladimir me había cogido y tiraba de mí hacia el nuevo avión.

Se trataba de un avión medicalizado con varias camillas en la cabina principal y butacas especiales. Había equipo médico típico de hospitales repartido por todas partes, aunque todo estaba como anclado a las paredes y el suelo. Paola estaba en una de las camillas con su hermana a un lado y Serena al otro. Keyla también estaba allí, hablando con Vladimir y Lush en ruso mientras otros hombres revoloteaban por allí, ayudando a sus compañeros heridos.

—Serena —llamó su madre—, ¿estás segura de que no puedes hacer nada?

—Os repito que mi doctorado no es en medicina —gruñó sin dejar de atender a Paola.

—Pero tienes conocimientos básicos —apuntó Vladimir—. Blake te enseñaba.

—No lo suficiente como para atender a alguien...

Era curioso que dijera eso, pues, mientras hablaba, había colocado una vía en la mano de Paola y había inmovilizado el tobillo inflamado y amoratado. Su madre también se dio cuenta, pues enarcó una ceja y añadió:

—¿Crees que puedes hacerte cargo si Blake te asesora? Sólo hasta que aterricemos.

Serena se mantuvo en silencio durante unos minutos mientras comprobaba el pulso de Paola con un fonendoscopio que había encontrado en uno de los portaequipajes.

—Avisa a Blake —soltó al fin, suspirando—. Y haz que despegue este trasto.

Keyla se puso en marcha de inmediato junto a Vladimir, y Lush se acercó hasta la camilla. No sabía por qué no habían cogido a un médico, pero en esos momentos lo único que importaba era el estado de Paola, y Serena parecía estar obrando bien.

—¿Cómo está?

—Magullada, deshidratada y quizá con bradicardia —explicó—, pero eso puede deberse a la debilidad.

—¿Lesiones graves? —quiso saber Lush.

—No lo sé a ciencia cierta, pero no lo parece —apuntó, pensativa—. Lush, ¿puedes dejarme la linterna táctica de tu *Glock*?

Su escolta le obedeció. Se sacó el arma de la cartuchera y, con un movimiento rápido, desacopló el pequeño artilugio de la parte de abajo del cañón de la pistola. Se la lanzó a Serena con rapidez, y ésta la encendió y realizó movimientos con ella por encima de los párpados de Paola, abriéndolos delicadamente con los dedos.

—Tiene pupilas reactivas, así que no debería tener daños cerebrales, aunque eso lo sabremos mejor con un escáner.

Todos asintieron a su alrededor, fascinados por la facilidad que tenía para diagnosticar a Paola. El alivio nos recorrió a todos ante sus palabras, especialmente a Darla y a mí.

—Qué bien te enseñé.

La voz de Blake se escuchó de pronto, y su cara apareció en las pantallas de televisión situadas a lo largo de la cabina. Keyla y Vladimir habían entrado también, y se acercaron hasta Paola para mirarle más de cerca.

—¿Por qué no despierta? —preguntó Darla.

—Por el estado general de su cuerpo —comentó Serena—. El estrés, la deshidratación y el posible dolor que siente han hecho que su cerebro se suma en un sueño profundo.

—¿Has comprobado sus constantes? —preguntó su tío, a lo que Serena las empezó a cantar—. Bien. Ponle suero, analgesia y antiinflamatorio en el gotero, y despegar.

Una vez más, Serena se movió con rapidez, mirando en cajones y neveras, buscando los medicamentos que su tío le había indicado. Mientras tanto, el doctor no dejaba de dar instrucciones a otros para que atendieran a otros heridos. Cuando todo estuvo listo, Keyla dio la orden de que nos sentáramos y el avión despegó.

—¿Y el resto? —pregunté sin apartar la mirada de Paola.

—Despegarán dentro de un par de horas para no congestionar el tráfico aéreo.

El avión tomó altura rápidamente. Keyla había empezado a trabajar en su ordenador, al igual que Vladimir, y yo me había vuelto a levantar para ponerme junto a Paola y su hermana.

—No podemos hacer más desde aquí —dijo Serena—. Si algo cambia, llámame.

—Entendido.

Dicho eso, se levantó y se acercó a un pálido Lush, que permanecía sentado con los ojos cerrados y una fina capa de sudor que empezaba a cubrir su frente.

—Lush... Hay algo mal en ti.

—La pierna —se quejó.

Serena lo miró, frunciendo el ceño, y después cogió el camal de la pierna derecha y lo rasgó de un tirón. Por el ruido que hizo, daba la sensación de que la tela estaba empapada, y fue entonces cuando la sangre, por todas partes, fue patente.

—Joder...

La chica se levantó y corrió hasta uno de los compartimentos del portaequipajes. De ahí sacó una bolsa cargada con material quirúrgico y volvió junto a su guardaespaldas. Sacó una botella de suero fisiológico y la derramó sobre la pierna, limpiando toda la zona de sangre. Así fue como quedó al descubierto un profundo corte en la cara externa del muslo.

—¿Cómo te has hecho esto?

—Ese cabrón... Tenía un cuchillo oculto —se quejó, cerrando los ojos cuando Serena tocó la herida.

Se había puesto unos guantes blancos y examinaba con ojo clínico el corte. Desde mi posición, parecía profundo y sangraba profusamente. Me sorprendió el hecho de que, herido como estaba, Lush hubiese sido capaz de culminar la misión, encontrando a Paola y manteniendo a salvo a Serena.

—Sangra mucho... —percibí, temiendo que tuviera algún vaso sanguíneo dañado.

—Sí, pero ahí no hay arterias o venas importantes —explicó—. Necesito que vengas y presiones para cortar la hemorragia, Hunter.

Me apresuré a obedecer, pues Lush parecía cada vez más pálido y sudoroso. Serena desapareció de la cabina a través de una puerta y volvió con unas cuantas botellas en las manos que parecían bebidas isotónicas.

—Necesito que bebas esto —le pidió, colocando la boquilla de la botella

sobre sus labios—. Vamos.

La herida fue dejando de sangrar poco a poco hasta que Serena cogió una jeringuilla y anunció que iba a tratar de suturarle la herida.

—Te quedará cicatriz porque yo no tengo experiencia cosiendo, pero así podemos evitar que se vuelva a abrir.

—No me jodas...

—Voy a inyectarte un...

—¡No! Nada de pincharme mierda.

Se produjo un breve tira y afloja entre ellos, a base de miradas y cejas enarcadas, pero Serena terminó cediendo.

—Hunter, vas a tener que sujetarle mientras le coso —pidió, mirándome con fijeza—. Y dale algo para que muerda.

Los minutos siguientes los recuerdo realmente agónicos. Lush mordía un rollo de venda mientras Serena iba suturando el corte de dentro hacia fuera. Cuando todo terminó, el alivio flotó por toda la cabina. Incluso Vladimir y Keyla se habían acercado a nosotros, y Blake había comprobado el trabajo de su sobrina, indicándole los puntos a mejorar.

—No soy médico —había dicho Serena, zanjando el tema.

Después, había ido hasta Paola para comprobar que todo seguía igual, aunque las pulsaciones habían aumentado un poco, lo que dijo ser buena señal.

—Harías bien en descansar —comentó la rubia, quitándose los guantes de látex—. Aún quedan varias horas de vuelo y necesitamos fuerzas para afrontar lo que viene.

—¿Qué más puede venir?

—La burocracia... —lamentó—. Avísame si hay cambios.

Dicho eso, se fue junto a su madre. Observé cómo se sentaba a su lado y esta le rodeaba los hombros con el brazo y depositaba un beso en su frente. Serena cerró los ojos, recostada en Keyla, y dejó que el vuelo pasara rápido.

Visto que todo el mundo se había aposentado, decidí imitarles. Me quité las botas y las cartucheras, y me senté en la butaca más próxima a Paola. Darla estaba dormida también, aunque cogía una de las manos de su hermana. Yo no pude más que imitarle, deseando que pronto abriera los ojos y me mirara.

*** **

Tenía una sensación extraña en el estómago, aunque me sentía flotando. A mi alrededor, sólo había negro y los párpados me pesaban toneladas, por lo que era incapaz de abrirlos. Poco a poco, fui consciente de mi cuerpo, aunque apenas lo sentía. Un suave ronroneo me acompañaba, y sentía la presencia de alguien cerca de mí. Tuve que concentrarme mucho para poder mover la mano que algo sujetaba, pero apenas fui capaz.

No sé cuánto tiempo estuve así, bailando entre la semiinconsciencia y la oscuridad más profunda, pero, en algún momento, fui capaz de abrir los ojos. Fue entonces cuando las imágenes de lo que había ocurrido llegaron a mí. No quería volver a abrir los ojos y descubrir que seguía atrapada o que el tipo que me había comprado me había metido en otro zulo maloliente. Temía no poder ver otra vez a mi familia. A mis amigos. O a Hunter.

—Hunter...

Me maldije por haber dejado que mis labios soltaran ese sonido. Quería pasar desapercibida por un tiempo hasta que me sintiera con fuerzas suficientes como para afrontar mi realidad. Sin embargo, mi anhelo había ganado a mi sentido común y el nombre de Hunter había salido de entre mis labios.

Sacando fuerzas de flaqueza, abrí los ojos. Inmediatamente, me asusté, pues había alguien cernido sobre mí. Sentí que un grito ascendía por mi pecho, pero quedó atascado en mi garganta. La neblina que cubría mis ojos se dispersó con un par de parpadeos, y lo primero que vi fue a Hunter, como si mi leve susurro de anhelo lo hubiese invocado.

«¿Es real?», me pregunté, mirándole.

Realmente, esperaba que no fuera un espejismo. No podría soportarlo. Así como tampoco podría soportar que lo hubiesen cogido a él.

—Hunter... —volví a susurrar.

—Hola, princesa —susurró también—. ¿Lista para ir a casa?

La tensión de los días atrás pasó de un plumazo. Miles de lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas, aliviada por descubrir que su presencia no era un espejismo. Él estaba allí, conmigo. Me había rescatado.

Capítulo XXVII – Normalidad relativa

La vuelta a Manhattan fue un auténtico desastre. Paola fue ingresada en el Lenox Hill Hospital, en la planta privada que el propio Blake Andersen había cerrado al público. Yo pensaba que podría verla con normalidad, pero ni siquiera me dejaban entrar en su habitación, y Serena me había dicho que, si ocurría algo, me avisaría. Por eso, había estado recluido en mi apartamento.

Parecía que había pasado mucho tiempo desde el secuestro de Paola, pero apenas habían sido un par de semanas de agonía, por lo que los días libres que me debían en el bar seguían vigentes. Sin embargo, le había pedido al jefe que me trasladara al restaurante de Manhattan. Quería estar más cerca de Paola, y en Brooklyn me sentía un poco aislado. No había puesto pegatas, afortunadamente, pero mi cambio de lugar de trabajo implicaba tener que viajar varios minutos todos los días, por lo que había empezado a plantearme cambiar de residencia. Por desgracia, me temía que los vecinos de Manhattan no eran mucho de compartir piso.

«Todo a su tiempo», me repetía una voz en la cabeza una y otra vez.

Las ansias por tener a Paola cerca eran abrasadoras. No era algo enfermizo, pero me había dado cuenta de la realidad del dicho “nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes”. Esas palabras que tanto decían nuestros mayores contenían una verdad abismal, que yo acababa de comprobar en mis propias carnes. El verme privado de Paola había sido un auténtico suplicio y no quería ni imaginarme qué habría ocurrido si no hubiese cedido a mis deseos. Si no hubiese ido a por una segunda oportunidad con ella.

Suspiré, hastiado. Quería ir al hospital, pero sabía que a ella le convenía descansar y recuperarse de todo lo vivido, pues sus heridas sanarían pronto, pero los traumas provocados por esos desgraciados iban a ser lo más complicado de curar.

Me dejé caer en la silla del estudio y, antes de darme cuenta, había cogido la pistola de tatuar que había estado cogiendo polvo demasiado tiempo y me estaba dibujando una pe mayúscula en la base del dedo pulgar de la mano izquierda. Había sido un acto reflejo, pero no podía arrepentirme de algo tan permanente. No cuando iba dedicado a ella, a Paola.

Estaba curándome la nueva marca de tinta cuando llamaron a la puerta, por

lo que apenas pude cubrirme con papel transparente el tatuaje. Fui hasta la puerta, sorteando las maletas que aún no había deshecho, y abrí la puerta de un tirón, esperando ver a algún conocido. Sin embargo, lo que encontré fue a dos policías vestidos de uniforme que me enseñaban la placa. Lo primero que pensé fue que iban a detenerme por haber matado a Terry Johnson, pero sus siguientes palabras me dejaron frío:

—¿Hunter Bunch? —asentí a su pregunta, nervioso—. ¿Puede acompañarnos a comisaria? Necesitamos que reconozca un cadáver.

—¿Disculpe?

—Se ha encontrado un cuerpo en una casa abandonada en el Bronx —explicó uno de ellos—. Se trata de una joven que figura que tiene residencia en este apartamento.

La sangre se me heló en el cuerpo. Debía haber una confusión en todo lo que había dicho, pues Gina no podía haber muerto. Se suponía que debía estar en alguna parte, poniéndose hasta el culo de drogas, pero no muerta.

—Un momento —pedí, entrando al apartamento a coger las llaves, la cartera y el teléfono móvil.

Al salir, los agentes me escoltaron hasta un coche patrulla, donde me hicieron subir en la parte trasera. Estaba separado de la parte de delante por una lámina de metacrilato transparente y los asientos eran incómodos y sucios. Condujeron hasta Kips Bay, uno de los barrios de Manhattan, donde estaba la morgue de la ciudad. No estaba seguro de si sería capaz de ver su cuerpo, pero Gina no tenía más familia.

¿Cómo habíamos llegado a eso? Los remordimientos empezaron a hacer acto de presencia en mi mente y me sentí como un auténtico hijo de perra al no haber hecho algo más por ella.

—No es necesario que vea el cuerpo —explicó uno de los agentes cuando aparcó el coche—. Es suficiente que diga algún rasgo característico de la joven.

—De acuerdo.

Me guiaron por unos pasillos iluminados con luz fluorescente y parpadeante. Era todo algo tétrico, y el zumbido de aparatos eléctricos acompañaba el paseo hasta la puerta del fondo. Los agentes tocaron y una mujer vestida con una bata blanca, el pelo recogido en lo alto de la cabeza con un lápiz y una carpeta en la mano apareció.

—Hola —saludó, tendiéndome la mano desnuda—. Sé que estas cosas no son sencillas y, por eso, no obligamos a nadie a ver un cadáver. No es agradable —explicó—. Así que, si pudiese facilitarme algún dato...

—Tenía muchos tatuajes en los brazos —dije, recordando las horas que había estado tatuándole.

—¿Puede ser más concreto?

—Tenía rosas de distintos colores en el antebrazo.

La mujer abrió la carpeta y sacó una foto en la que tan solo se distinguían los tatuajes que yo había descrito.

—¿Cómo estos? —preguntó, enseñándome la foto.

—Como esos.

*** **

Tras varios días en el hospital, seguía sin sentirme con fuerza para encarar al mundo. Lo que me había pasado era algo grave, tal y como me recordaban mis padres a cada oportunidad, y necesitaba tiempo para sanar mis heridas mentales. Mi padre había conseguido que un colega suyo hablara conmigo, y se había ofrecido a hacerme terapia. Era algo que yo había agradecido enormemente, aunque me costara abrirme. No era fácil recordar el miedo, la incertidumbre, el dolor, el odio... Volver a esos momentos de agonía era algo que no quería hacer, pero contarle al terapeuta mis sentimientos me estaba ayudando a seguir adelante.

—No se trata de olvidar el dolor —me había dicho durante nuestra primera conversación—, sino de aprender a vivir con tus heridas de guerra.

Palabras llenas de significado que había tomado como dogma. Eran cosas que yo sabía, pero no por nada los psicólogos éramos los peores pacientes. Aun así, sabía que podría con lo sucedido. Tenía una vida que disfrutar.

—¿Y Hunter? —le pregunté un día a Serena, que permanecía junto a mí casi todo el día

—Está bien, pero tiene que recuperarse también.

Keyla me había contado todos los acontecimientos cuando me había recuperado lo suficiente, y sabía que todos los que habían acudido a rescatarme necesitarían varios días para reponerse. Aún me costaba asimilar que Serena hubiese ejecutado a Jamie, que Lush hubiese matado al tipo que me había comprado y que Hunter hubiese terminado con la vida de Terry Johnson. No lamentaba esas muertes, en absoluto, pero sí que personas cercanas a mí hubieran sido los responsables. Terminar con la vida de alguien generaba una

cicatriz en lo más profundo de la conciencia, del alma, por mucho que lo hubiese hecho para defenderse o defender a alguien. El que más me preocupaba era Hunter, y necesitaba verle, pero no le dejaban entrar, algo que empezaba a mosquearme de verdad.

—Tienes visita —dijo alguien desde la puerta.

Una enfermera abrió la habitación y entraron en tropel Mael, Kay, Eve y Alf, seguidos por mi hermana, Drake, Nayasha y Serena. Al verlos, las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos y, pronto, las derramé sin remedio. Había llegado a pensar que jamás los volvería a ver, y eso me había roto por dentro.

Los recién llegados se acercaron a mí y me abrazaron con cuidado. Se les veía algo demacrados, a pesar de ser una época estival. Tenía entendido que habían sido alertados de inmediato cuando había desaparecido y todos habían permanecido en Los Hamptos. Incluso Alf había dejado atrás Miami para estar pendiente de mí. Tenía a los mejores amigos del mundo y, junto a ellos y mi familia, conseguiría sobreponerme a la terapia y volver a ser la Paola Vincent que siempre había sido.

Realmente, me echaba de menos a mí misma.

Capítulo XXVIII – Las cartas sobre la mesa

Tras varios días encamada en el Lenox, perdí la paciencia cuando pedí ver a Hunter y no me lo permitieron. Mis padres se habían empeñado en que debía descansar, que no debía tener visitas de desconocidos y, mucho menos, de alguien como él. Desde un principio, había considerado la idea de que a mis padres no les gustara Hunter, especialmente por sus tatuajes, pues cubrían gran parte de la piel visible; pero, en el momento en el que me habían mostrado su esnobismo, me había quedado alucinada. Su actitud hacia todo el mundo siempre había sido buena, llena de amabilidad y sin mostrar un ápice de reticencia hacia alguno de nuestros conocidos. Al parecer, todo eso había cambiado tras mi secuestro, como si el culpable de todo hubiese sido Hunter, cuando el responsable había sido el chico que ellos tan rápidamente habían admitido en la familia.

—¡Es un buen hombre! —grité, incorporándome en la cama—. No le conoces como para decir que no es bueno para mí.

—He tenido suficientes novios para ti —zanjó mi padre, cruzándose de brazos—. No te puedes fiar de nadie y a ese chico ni lo conocemos.

Su perorata continuaba de la misma forma. Su único argumento era que alguien de bien, de buena familia, no podía lucir como si acabara de salir de una cárcel de máxima seguridad. Estaba a punto de mandar a mis padres al diablo cuando mi hermana, que se había mantenido en un segundo plano durante toda la discusión, se levantó y se acercó hasta mi cama.

—¿Os estáis escuchando? ¿No veis cómo esta Paola? Acaba de pasar un auténtico infierno y vosotros, egoístamente, no le permitís ver a la única persona que pone una sonrisa permanente en su cara —acusó, mirándolos con el ceño fruncido—. Por no hablar de que ese al que negáis, fue uno de los que se jugó la vida para sacar a Paola, vuestra hija, de ese agujero.

El silencio se hizo en toda la habitación. En mi interior, yo estaba aplaudiendo a mi hermana con cada fibra de mi ser, aunque desde fuera parecía tonta por estar con la boca abierta, mirándola sin parpadear.

—Hablaemos de esto en otro momento —dijo mi padre, levantándose del sofá e instando a su mujer a seguirle al pasillo.

El silencio permaneció entre nosotras durante unos segundos hasta que ella

se puso a mirar algo en su teléfono.

—Gracias —dije al fin.

—Sólo he señalado lo evidente —comentó sin mirarme—. ¿Estás bien? Tengo que salir un momento.

—Estoy bien —asentí, recostándome en la cama.

—No tardaré —sonrió, yendo hacia la puerta.

—¡Espera! —salté, con una idea apareciendo en mi mente—. Darla... ¿Puedes ir a hablar con Hunter? Me gustaría verlo.

Mi hermana me miró impasible, pero finalmente hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sabía que ella le explicaría lo sucedido y esperaba volver a verle pronto. No sabía lo que era echar de menos a alguien así hasta el punto de sentir dolor físico.

*** **

Hacía un par de horas que Blake, el tío de Serena y Drake, nos había dicho que estaba tramitando el alta de Paola. Al fin, mi hermana estaba suficientemente recuperada, aunque nos habían recomendado que se tomara las cosas con calma. Sin embargo, al enterarnos de las buenas noticias, no habíamos dudado en organizar una fiesta en su honor. De hecho, en ese momento, ya teníamos reservado un local de Manhattan, y el cáterin había sido contratado *in extremis*. Lo único que faltaba era avisar a nuestros amigos, aunque íbamos a limitarnos a nuestro círculo más cercano.

Las palabras de mi hermana me habían hecho ver su necesidad de estar con Hunter, por lo que estaba intentando averiguar dónde vivía, pues no sabía nada más allá de frecuentar Brooklyn. La respuesta a mis dudas se resolvió gracias a Serena, que conversaba con su tío en la entrada del hospital. Mi amiga, al verme, se acercó a mí sin dudar.

—Ena, ¿tú sabes dónde vive Hunter? Paola insiste en verlo y yo estoy de acuerdo.

—Fui una vez, pero ya sabes cómo soy con las direcciones —explicó—.

Dame un segundo y te lo averiguo.

Se alejó un momento en dirección hacia su escolta. No me había fijado en que Lush estaba allí, pasando desapercibido entre el personal sanitario, apoyado en la jamba de la puerta. Conversaron durante unos segundos, en los que él comprobó algo en su teléfono móvil. Poco después, Serena volvió conmigo.

—Me han pasado la ubicación por mensaje —informó, enseñando la pantalla de su teléfono.

—¿Me acompañas?

—Claro. ¡Vamos!

Serena me guio hasta su coche, donde su chófer ya esperaba. Lush nos siguió y se subió al asiento del copiloto.

—No vive lejos del bar —informó.

Lo que más nos costó fue llegar hasta Brooklyn, pues a esas horas el tráfico era intratable. Incluso llegamos a encontrar un gran atasco en el Puente de Williamsburg, lo que alargó nuestro trayecto casi una hora.

—Vive en ese edificio —señaló Lush, indicando una construcción envejecida—. En la segunda planta.

Serena y yo nos apeamos y caminamos hasta la escalera de acceso al edificio. Lush no se separó de nosotras en ningún momento, algo que agradecí. No eran prejuicios, pero estaba acostumbrada a unas calles más iluminadas y de colores más alegres. Allí todo eran tonos grises, y la gente nos miraba como si fuéramos bichos raros. Seguramente, la gente se preguntaría qué haríamos allí, pues a pesar de ir vestidas con ropa informal, era más que obvio que no pertenecíamos a ese barrio. Y la presencia del escolta de Serena y su coche privado no nos ayudaban especialmente a pasar desapercibidas.

—Toca en la puerta —pidió Serena, con la mirada fija en el timbre.

Le hice caso, deseando salir de allí, y esperamos pacientemente hasta que la puerta se abrió. Para nuestra sorpresa, no fue Hunter el que abrió la puerta, sino un tipo al que no había visto en mi vida.

—¿Está Hunter? —pregunté, esperando no haberme equivocado de puerta.

Nos miró de arriba abajo con la cejas enarcadas y se giró hacia el interior de la vivienda.

—¡Hunter! Hay unas pijas que preguntan por ti.

Serena y yo nos miramos, sorprendidas por el atrevimiento de ese tío.

—¿Serena? ¿Darla? —preguntó Hunter al vernos en el umbral de la puerta—. ¿Ha pasado algo?

Vi cómo se acercaba a mi amiga y le daba un rápido abrazo para luego

acercarse a mí y depositar un ligero beso en mi mejilla. Me fijé en que iba vestido con un traje oscuro, al igual que su amigo, y que sus ojos estaban un poco enrojecidos.

—No, tranquilo —hablé—. Hemos venido para decirte que a Paola le van a dar el alta esta tarde y queremos celebrar una fiesta.

—¿Una fiesta?

—Sí, a modo de bienvenida, pero también para relajar las tensiones por todo esto que nos ha pasado —aclaró Serena—. Y Paola quiere verte.

—No deja de preguntar por ti —intervine—. Ella siempre ha querido tenerte allí, pero mis padres son un poco... Clásicos.

—Ya...

—Lo que estamos tratando de decirte, es que Paola quiere estar contigo sin importar lo que le digan, y sería genial que te viera esta noche en la fiesta —concluyó Serena, esperanzada.

Se hizo un silencio denso, en el que pudimos ver cómo sus intereses chocaban. Estaba claro que había pasado algo, pues tenía un brillo triste en el fondo de sus ojos, pero tampoco quería inmiscuirme en asuntos que no me concernían.

—¿Vendrás?

—Lo pensaré... Pero no tengo el ánimo para muchos festejos.

Vi cómo Lush se acercaba a Serena y le susurraba algo. Automáticamente, la expresión de mi amiga se transformó y supe que su escolta le había dicho algo importante que, en algún momento, había averiguado.

—Entiendo que no tengas ánimos, Hunter, pero tenemos que seguir adelante y Paola está esperando por ti.

La mirada de entendimiento que se lanzaron me dejó sin aliento. ¿Qué había ocurrido que yo no sabía?

Me despedí de él con un beso en la mejilla mientras Serena lo atrapaba entre sus brazos y lo abrazaba con fuerza. Serena y él se habían unido mucho tras los últimos acontecimientos, y es que no en vano decían que los que guerreaban juntos se convertían en hermanos.

—Nos vemos.

Las palabras de Serena quedaron suspendidas en el aire, con la convicción de que iría a la fiesta, vería a Paola y todo se enderezaría de una vez por todas.

Era el momento de empezar a ser feliz.

*** **

Me habían hecho la última revisión hacía unos minutos y las palabras de Blake habían sido más que claras: estaba lista para abandonar el hospital.

Mi mente seguía curándose, pero me sentía con fuerzas suficientes como para enfrentar al mundo, aunque sabía que me quedaban horas de terapia por delante, sobre todo si quería seguir ayudando a mis propios pacientes.

En cuanto me habían dado la noticia de mi alta hospitalaria, me había precipitado hacia la ducha, ansiosa por desprenderme de ese olor a desinfectante tan propio de los hospitales. Me habían llevado todas las cosas que yo solía usar en mi casa y algunas de mis prendas de ropa favoritas. Incluso mis padres me habían informado de su intención de llevarme a cenar a un buen restaurante.

Al terminar y mirarme al espejo, pude verme a mí una vez más. Ya no parecía esa mujer convaleciente que había pasado un calvario. Mi piel volvía a tener un color sano, mis ojos brillaban y apenas me quedaban marcas, fruto de los golpes.

—Ya era hora de que dejaras de parecer un enferma —soltó Alf desde la puerta del cuarto de baño—. Empezaba a pensar que la Paola de siempre no iba a volver.

—Necesito salir de aquí, eso es todo.

—Pues vamos —sonrió, tendiéndome el brazo—. Tus padres te esperan en la entrada.

Me agarré a él, pues, aunque mi tobillo retorcido ya había sanado, aún lo notaba algo rígido. Caminamos por el pasillo del hospital hasta el ascensor, despidiéndome de aquellas enfermeras que habían estado tan pendientes de mí durante esas semanas. En la entrada, mis padres charlaban con Drake y Vladimir, y también Keyla y Will habían ido a despedirse de mí.

Ver cómo todos se preocupaban por mí, removié algo en mi interior y las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos. Desde que había sido consciente de lo mucho que habían hecho por mí, no podía contener ese sentimiento en mi interior. No sabía ni cómo agradecer todos sus sacrificios.

—Cariño, cómo me alegro de que ya puedas volver a casa —dijo Keyla, abrazándome con cariño.

—Se te ve muy bien —añadió Will, sonriendo con dulzura.

—Recuerda que tienes que tomarte las cosas con calma un tiempo, Paola —

alegó el médico, aunque tenía una mirada chispeante—. Has pasado por mucho.

Mis padres se acercaron a mí. No habíamos vuelto a hablar del tema de Hunter, pero algo me decía que las palabras de Darla habían calado hondo.

—El coche espera, cielo —anunció mamá.

—Muchas gracias a todos —me despedí, acongojada sin remedio—. Os debo una muy grande.

—No digas tonterías, Paola... No hicimos nada que tú no harías por nosotros.

—Aun así, muchas gracias.

Repartí besos entre ellos, seguidos de largos abrazos, y dejé que mis padres me llevaran hasta el coche. No sabía a dónde querían llevarme a cenar, aunque imaginaba que sería cerca del ático de Serena, pues iba a instalarme allí hasta que volviera a sentirme segura en mi apartamento. No iba a ser mucho tiempo, o eso esperaba, porque quería recuperar la normalidad cuanto antes.

Nos detuvimos frente al Eleven Madison Park, uno de los mejores restaurantes de la ciudad que estaba muy cerca de Central Park. Solíamos ir allí a veces, cuando mi hermana y yo todavía vivíamos en la casa familiar, aunque las visitas fueron menos frecuentes conforme íbamos creciendo.

—Tu hermana tiene que estar dentro esperando —anunció mi padre.

El coche se alejó en cuanto nos apeamos y juntos fuimos hacia el restaurante. No podía ver a ninguno de los comensales, aunque a juzgar por la cantidad de coches que había en el local tenía que estar lleno de gente.

—¡SORPRESA!

Me quedé totalmente parada en la entrada del restaurante. Habían movido las mesas, dejando un amplio espacio en el medio que, en ese momento, ocupaban personas importantes en mi vida. Estaba mi hermana junto a todos nuestros amigos; mis tíos sonreían a un lado junto a otros primos y familiares; e incluso Keyla y su familia habían llegado antes que nosotros para darme la sorpresa.

No dudé en acercarme a todo el grupo y sentirme arropada. Ellos iban a jugar otro papel importante en mi recuperación, en sanar mi corazón roto por culpa de un puñado de mal nacidos. Una suave música empezó a sonar y algunos camareros se acercaron a nosotros para ofrecernos bebidas y cosas de picar. Fue entonces cuando vi a Hunter. Estaba cerca de la barra, hablando con uno de los camareros, sin integrarse con los invitados.

—Ve y habla con él —medio ordenó Serena, junto a mí—. Él también ha tenido que lidiar con su propio infierno.

Esas simples palabras me devolvieron a una realidad que yo misma había

adornado. No quería ni imaginarme lo que debía sentir Hunter y, encima, había estado pasando él solo esos días, pues no le habían permitido verme. No era justo que lo trataran así y ya me iba a encargarme yo de compensarle de algún modo.

Me acerqué con lentitud, sorteando a los invitados que llamaban mi atención para que hablara con ellos. Ya habría tiempo para eso más tarde. Ahora, necesitaba decirle unas cuantas cosas a ese hombre tatuado que me miraba con intensidad.

—Hola, princesa —saludó, sonriendo de medio lado.

—Hunter...

El abrazo que me dio no podía describirse con palabras. Mi corazón sintió su calidez y se llenó de ese sentimiento que tanto había extrañado. Jamás había sentido algo tan intenso por alguien. Nunca había conocido ese sentimiento que me hacía querer gritar de felicidad.

—¿Estás bien? —susurró, apartándose de mí y cogiendo mi rostro entre sus manos.

—Ahora sí —asentí, mirándole a los ojos.

Sus manos me acariciaron el rostro como si comprobara que mis palabras eran ciertas.

—Estoy bien —aseguré.

Me fijé en un nuevo tatuaje que se había hecho en la mano y que destacaba sobre el resto por el color negro intenso. Mi respiración se cortó al identificar la inicial de mi nombre.

—¿Esto es por mí?

—¿Y qué no es por ti, princesa?

No pude evitar sonreír. Exudaba felicidad por cada poro de mi piel, tanta, que era incapaz de retenerla. Era como estar en una burbuja en la que sólo estábamos él y yo. Quizá ese fue el motivo por el que de mi boca brotaron esas palabras tan importantes y tan difíciles de decir. Esas que pueden cambiar el rumbo de una relación para bien o para mal.

—Te quiero.

*** **

La fiesta estaba en su apogeo y todo estaba saliendo a la perfección. Ni mis padres ni yo habíamos querido que fuera algo excesivo, nada que fuera más allá de un poco de música, algo que tomar y charlas con nuestros seres queridos.

Observé cómo Paola bailaba con Hunter. Muy acaramelados se movían al son de la suave música. Se le veía tranquila, con una mirada en paz, lo que me llenaba de alegría. Lo que más temía es que Paola no fuese capaz de superar lo sucedido, o que Serena o Hunter tampoco pudiesen olvidar que sus manos estaban manchadas de sangre. Sin embargo, ambos se mostraban enteros y no parecía que tuviesen problemas para sobrellevar lo ocurrido. Y Paola iba por el mismo camino.

Me giré para darles un poco de intimidad y me dediqué a beber de mi copa hasta que Serena llegó a mí. Estaba un poco alterada, pero se mantenía bajo control.

—Creo que Lewis está aquí —anunció.

Algo en mí se congeló. Hacía mucho que no sabía nada de él y quería seguir así. Lewis me había roto como mujer en muchas ocasiones y estaba empezando a recomponer los pedazos de mi alma.

—¿Dónde?

—Lo he visto por la barra. ¿Quieres que mande a alguien para que lo eche?

—Quiero hacerlo yo.

Le di mi copa y caminé hasta donde me había indicado. No tardé mucho en verlo recostado sobre la barra y mirándome con auténtico odio. Antaño, esa mirada me habría parado los pies, pero en esos momentos sólo me infundió valor. Me detuve frente a él, mirándole a los ojos, impassible.

—¿Qué haces aquí?

—¿Para eso querías que lo dejásemos? Para poder follarte a quien te diera la gana.

—Eres un enfermo —gruñí—. No tienes ningún derecho a estar aquí.

—Ya te diré yo a qué tengo derecho.

Su mano se me ancló al brazo y me arrastró hacia la parte trasera del local, donde la oscuridad teñía cada rincón. Sabía que quería pegarme y descargar su frustración en mí, pero no iba a dolerme en el orgullo esa vez. No con mi gente alrededor.

—Sabía que no valías nada

—Lewis vete de una vez de aquí —espeté—. ¿No ves que no pintas nada aquí?

Esas palabras fueron el detonante. Algo en su cabeza se cruzó y le impulsó a levantarme la mano. Esperé el golpe, pero nunca llegó porque Serena se había puesto delante y lo había detenido.

—Si la tocas, te mato —espetó mi amiga, con la mandíbula tensa—. Lárgate de aquí.

Fue a protestar, pero Lush lo cogió por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hasta la salida. Sabía que, por el simple hecho de haber supuesto una amenaza para Serena, los hombres de Vladimir iban a darle una lección que, con suerte, propiciaría que ese mal nacido me dejara en paz.

—¿Darla? —llamó mi amiga.

Noté sus ansias de respuestas y las tendría, pero no ese día. Cuando todo volviera a su cauce, yo le contaría mi tormento, pero hasta entonces quería estar tranquila.

—Ahora no, Ena —casi supliqué.

—Entiendo. —Agradecí que me entendiera como siempre—. Y no te preocupes por él. Estoy segura de que no volverá a molestarte.

Le sonreí entre agradecida y cansada, y recibí un rápido abrazo por su parte. Después, se alejó y me dejó allí para que volviera a tomar el control de la situación.

En cuanto sentí que mis nervios volvían a su ser, recorrí el espacio que me separaba del resto de invitados y me uní a Eve, Mael, Alf y Kay, que conversaban animadamente. Al poco tiempo, se nos unieron Serena, Drake y Nayasha, y finalmente Paola y Hunter. Me sentaba bien estar con ellos de nuevo y ver a todos sonreír en torno a una conversación banal con nuestras bromas siempre por medio.

—¿Otra copa? —preguntó un camarero.

—¡Por favor! —saltó Serena.

Una noche así, todos juntos, era como volver a ese verano que nos habían arrebatado. Era volver a esas noches de playa, música y fiestas. Y era en esos momentos cuando me daba cuenta de que esos instantes, con mis seres queridos, eran de las pocas cosas que valían la pena en este mundo.

«Ya habrá tiempo para recuperar el tiempo perdido», me dije, tratando de convencerme.

Y así iba a ser... Al menos durante un tiempo.

Epílogo

Un año después...

Hacía un par de semanas que Hunter había venido a mi despacho, en el Edificio Andersen, para pedirme un favor. No me había dado muchos detalles, pero había deducido que iba a dar un paso importante en su vida de pareja.

—Eres una de sus mejores amigas —me había dicho, nervioso— y seguro que le encantaría que estuvieses allí.

—Dime hora y lugar.

—Te mandaré un mensaje... Pero antes necesito que me hagas un favor.

Me explicó que quería hacerle un juego, pues se aproximaba una fecha importante para ellos y quería hacerle algo especial. Así que, tras contarme por encima las misiones de otros amigos, me dijo la mía:

—Es sencillo —sonríó—. Solamente, tienes que mandar a un mensajero con una nota que contendrá una palabra.

Por eso, le había pedido a su secretaria que le entregara una nota firmada con mi nombre y una única palabra: Sofá.

No sabía de qué iba todo eso, pero, en teoría, todas las pistas que Hunter le estaba proporcionando iban a llevar a mi amiga a un punto de encuentro en Central Park.

Desde hacía unos meses, Hunter y Paola se habían ido a vivir juntos a un apartamento pequeño, pero acogedor, en Manhattan. A ambos les iba muy bien e incluso él había retomado sus estudios para convertirse en bombero. De hecho, las pruebas estaban a la vuelta de la esquina.

Paola también había retomado su rutina y, aunque seguía yendo a terapia, llevaba una vida apacible. De vez en cuando, quedábamos para cenar y salir a tomar algunas copas, como antaño, y ya no mostraba esa mirada de compasión cuando nos miraba a Hunter y a mí. Sabía que temía que él o yo nos rompiéramos por lo que habíamos hecho durante su rescate. Sin embargo, el arrepentimiento no formaba parte de nuestros sentimientos porque, sencillamente, lo habíamos hecho por causas mayores. Era perderlos a ellos o a Paola, y la respuesta era bastante evidente para ambos.

Y al fin, había llegado el momento indicado por Hunter. Nos había citado a todos los miembros de la GoldGroup Society, incluyendo a Nayasha y a Albert,

el nuevo novio de Darla, en Central Park. También les había pedido a unos compañeros de trabajo que se unieran a nosotros ,y por supuesto, que Alf no podía faltar a una cita a la que había asistido con Thomas, el camarero que había conocido en el Nexus.

Una vez estuvimos todos juntos, caminamos hasta el lago de Central Park y nos distribuimos por el embarcadero en el que se alquilaban los botes para dar un paseo por el lago.

—Nosotras ponemos las velas —dijo Darla, señalando a Eve, Naya y un par de chicas más—. Ena, tu haz fotos del proceso mientras los chicos se dedican a vigilar.

Teníamos que esperar a que Hunter viniera junto a Paola mientras nosotros organizábamos todo. Las instrucciones de Hunter no eran muy precisas, pero nosotras habíamos ido tomando decisiones por él, optando por hacer un recorrido de velas que terminaba en un círculo iluminado.

Entre todas fuimos colocando en el suelo las velas, mientras los visitantes nos miraban con curiosidad. Tenía que resultarles extraño ver a casi veinte personas vestidas de blanco y preparando semejante espectáculo.

—Todos a sus puestos —anunció Darla, viendo cómo Albert andaba apresurado hacia ella.

Todos nos colocamos junto a las velas, haciendo el mismo dibujo que ellas, y vimos emocionados cómo Hunter guiaba a Paola por el pasillo que habíamos formado. Yo no dejaba de grabar y hacer fotos, aunque me fijé en que los curiosos que nos observaban también estaban haciendo sus propios reportajes.

Hunter caminó hasta el centro del círculo y colocó a Paola de frente a todos para luego quitarle el antifaz que la había mantenido ajena a todo lo orquestado a su alrededor. Su expresión de sorpresa fue totalmente genuina, pero, en cuanto su novio empezó a hablarle, se tornó chispeante y emocionada.

—Hunter... —susurró, incapaz de borrar la sonrisa de su cara.

—Paola, mi amor —empezó a hablar—, un año junto a ti ha sido suficiente para darme cuenta de que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Juntos hemos pasado por situaciones difíciles, pero hemos sabido seguir adelante; estos meses viviendo contigo han sido de los mejores de mi vida; y te quiero más que a mi propia vida, princesa.

Todos vimos emocionados cómo Hunter hincaba la rodilla y sacaba un cajita del bolsillo del pantalón.

—Por todo eso y mucho más, sé que seremos felices juntos —añadió, abriendo la cajita—. Así que te pregunto, ¿quieres casarte conmigo?

La respuesta de Paola fue inmediata y, asintiendo, se lanzó a sus brazos para fundirse en un apasionado beso con él. Empezamos a aplaudir y a nosotros se nos sumaron las decenas de personas que eran testigos de ese momento tan especial. Yo no podía dejar de sonreír sin dejar de tomar fotos mientras Paola se acercaba a nosotros para abrazarnos. Sus mejillas estaban anegadas en lágrimas de felicidad y en sus labios estaba esa sonrisa permanente que no había perdido desde hacía un año.

Fue al acercarse a mí cuando pude ver su anillo. Era discreto, con un pequeño diamante engarzado en una alianza de oro blanco, que iba perfectamente con la personalidad de Paola.

—¡Ena!

Su abrazo casi me partió en dos. Escuchaba su risa suave en mi oído, entremezclada con su llanto.

—Enhorabuena, cariño —le dije, devolviéndole el abrazo—. Te mereces mucho esto.

—Me va a dar un infarto —se carcajeó, separándose de mí.

Fue entonces cuando Hunter tomó su lugar y me estrechó entre sus brazos.

—Felicidades, colegui —reí—. Hazla feliz, ¿eh?

—Gracias, Ena... Por todo.

—Cuando quieras.

Los besos y los abrazos se sucedieron durante un buen rato hasta que Albert y Alf sacaron unas botellas de champán para brindar.



—¡Que hable! —gritó Loraine, una de las amigas de Paola.

Paola tomó la palabra de inmediato, pues a Hunter se le veía un poco cohibido. Una vez más, hubo una ola de agradecimientos.

—Realmente, no sabéis hasta qué punto sois importantes para nosotros —comenzó—. Muchos de vosotros habéis estado en mi vida durante muchos años y otros fuiste llegando como bonitas casualidades. Estoy deseando compartir con vosotros estos momentos... ¡Nos vamos de boda!

No sé por cuánto tiempo estuvimos allí, pero en el momento de irnos se planeó una rápida cena en un restaurante del Soho, a la que por desgracia no podía ir.

—Quedaremos para cenar —prometí—, pero hoy me es imposible.

—Sólo serán un par de horas...

—Tengo que coger un vuelo —expliqué—, y lo tengo planeado de madrugada para llegar mañana pronto a Los Ángeles.

Al decirles eso, no insistieron más. Sabían que, a pesar de haber retomado mis investigaciones, estaba en plena transición de traspaso de poderes de los laboratorios y debía supervisar los últimos detalles de la operación.

—Enhorabuena de nuevo —me despedí, soplándoles un beso a todos.

Caminé hasta la entrada del parque en la que Lush me esperaba. Estaba junto al coche, observando a su alrededor, alerta. Cuando estuve junto a él, me acompañó hasta la parte trasera del coche, me abrió la puerta y ocupó el asiento del copiloto. El coche se puso en movimiento enseguida y emprendimos el camino hacia el aeropuerto. Aproveché el trayecto para ver las fotografías que había tomado, aunque ya las seleccionaría más tarde y le pediría a mi padre que las retocara para que quedaran perfectas.

Un volantazo me sacó de mi distracción. El conductor estaba tratando de esquivar a unos vehículos que venían de frente y Lush blasfemó en ruso con todas sus ganas.

—¡Agáchate! —gritó, dirigiéndose a mí mientras sacaba un arma por la ventanilla.

Obedecí de inmediato, escondiéndome detrás del asiento trasero, tanteando el suelo hasta encontrar un arma que tenía que estar ahí escondida. Por desgracia, no me dio tiempo a sacarla. El vehículo se detuvo abruptamente con un fuerte ruido y me di un fuerte golpe en la cabeza. Mi cuerpo quedó atrapado entre los asientos y apenas podía moverme o respirar. El dolor era insoportable. Sentí que la puerta se abría y alguien tiraba de mí, haciendo que el dolor empeorara.

—Serena, despierta —dijo alguien, creo que Lush.

Todo estaba difuso. Un zumbido me atormentaba, y notaba algo resbalando por mi mejilla.

—*Sladkaya*⁷... Por favor —susurró Lush en mi oído.

«No me hables en ruso», pensé sin poder articular palabra.

Unas suaves sacudidas me provocaron náuseas y un fuerte dolor de cabeza. Hubo otro estruendo y una lluvia de algo que me impedía seguir respirando con normalidad cayó sobre mi rostro. Todo a mi alrededor empezaba a desaparecer, como si flotara. Me costaba respirar, pero el dolor estaba desapareciendo poco a poco.

Después, todo se volvió negro.

Fin.

Glosario

¿Curiosidad? Aquí podréis saber que se dice en ruso.

- ¹. Mierda
- ². Yo te protegeré.
- ³. Gatita
- ⁴. Odio que te haya tocado. Odio que te haya besado.
- ⁵. ¡Céntrate!
- ⁶. ¡Ahora!
- ⁷. Dulce (referido a cariño).

-
- ^a. Sí (en turco).
 - ^b. ¡Zorra! (en turco).
 - ^c. No, señor (en turco)

ANTES DE QUE TE VAYAS...

Conoce la historia de Drake y Nayasha en:



¡Y no te olvides de la gran Keyla Andersen y su historia de amor! Descúbrela en:



Agradecimientos

Una vez más volvemos a este apartado, y una vez más tengo que dar infinitas gracias. Por supuesto, esta historia no habría sido posible sin los detalles proporcionados por los auténticos Hunter y Paola, que con paciencia me guiaron a través de su romance.

Gracias a todas esas personas que se han prestado para ser retratadas aquí: Darla, Mael, Kai, Eve, Drake, Nayasha, Alf, Pauline... ¡Todos! Sin vosotros esta historia no habría sido posible.

No puedo dejar de agradecerle esto a mi familia y su constante insistencia para leer más historias. A mi madre por leerme e inspirarme, a mi padre por transferirme el amor por las letras, y a mi abuela por recordarme cada día que quería mi libro.

A la magnífica fotógrafa que me cedió la fotografía, a Miriam por convertirla en portada, y a Estefanía por tener la paciencia de revisar todo este lío.

Por último, pero no menos importante, a lxs lectorxs que tanto me aportan a través de las redes con sus mensajes de cariño y curiosidad. Sin vosotros, escribir perdería un poco de sentido.

NOTA DE LA AUTORA

Ser escritora autopublicada es duro, pero satisfactorio. Por eso agradecemos las opiniones en AMAZON. Con vuestros comentarios, nuestra obra llega a más gente y compartir historias es uno de los mejores regalos que se pueden hacer.

También os animo a que me sigáis en redes. Me encanta interactuar con vosotros.

Sendra Black

Facebook: Sendra Black

Twitter: Sendra Black

Instagram: sendra.black.escritora